

treinta cinco

UNA HISTORIA DE HOMBRES





C. Vela

Treinta y Cinco

Una historia de hombres

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

1. ¿Son los 30 los nuevos 20?

¡Que los treinta son los nuevos veinte! ¡Y una mierda... !

Bueno, quizá los treinta recién cumplidos, pero, ¿qué me dices de los treinta y cinco? De verdad, ¿crees que tendría esta conversación con mi mejor amigo a los veintitantos?

“Óscar, creo que las pastillas para evitar la caída del pelo me están dejando impotente. No se me levanta, a veces”.

¡Qué! ¡Cómo! ¡What! ¡Quoi! □□□(Sí, hasta en chino).

Todo empezó un domingo de Mayo

Todo empezó, justo, una semana después de cumplir los treinta y cinco. Hasta entonces, había vivido en la ignorancia; lo que significa vivir en la felicidad, y los treinta habían sido los nuevos veinte.

Como todos los domingos, el despertador sonó temprano. Me giré rápido para apagarlo, antes de que ese sonido molesto y repetitivo despertara a Alex, mi mujer. Intentando no hacer ruido, eché las sábanas hacia atrás para salir de la cama. Nos habíamos quedado dormidos desnudos, y Alex estaba tan guapa... Las sábanas apenas cubrían su cuerpo. No pude resistir la tentación de besar su espalda desnuda. Después, la tapé para que no cogiera frío.

-Suerte, ¡que ganéis! - balbuceó Alex sin abrir los ojos.

-Te quiero, duérmete - volví a darle otro beso, esta vez en los labios.

Lo que daría por volverme a la cama con ella, y seguir durmiendo hasta las tres de la tarde. Además, me dolía la cabeza a horrores. Anoche, habíamos salido a cenar, el vino blanco y las copas me habían dejado un poco de resaca. Pero había merecido la pena, lo habíamos pasado muy bien. Cuando bebíamos, los dos nos desinhibíamos y el sexo era como volver al principio de la relación, cuando nos conocimos por primera vez: siempre buscando experimentar, el uno con el otro.

Me quedé meditando unos segundos más, decidiendo si volver a meterme en la cama o vestirme.

¡Maldita sea!, ¿por qué me había comprometido otro año con el equipo de fútbol? No podía fallarles, seguro que una semana más, estábamos los justos para jugar el partido. Me armé de valentía, y conseguí ponerme la equipación. Después fui a la cocina, preparé el desayuno: café con leche, tostadas e ibuprofeno para el dolor de cabeza.

Mientras desayunaba, miré el móvil. Tenía un WhatsApp de David: “somos justos, Óscarinho. ¡No me falles!” David siempre me llamaba Óscarinho, los días de partido. Como me imaginaba: éramos justos, definitivamente, tenía que ir.

9 am – Las afueras

Me asomé a la ventana, mientras me acababa el café. No se veía nadie en la calle, ni un alma. Nos habíamos mudado hacía unos meses, a una casa en las afueras, en un barrio residencial de Madrid. Literalmente, a cinco minutos de la casa de mis suegros. No me había quedado otro remedio. Alex había insistido tanto en mudarnos aquí. Por suerte estábamos de alquiler, y soñaba que algún día volveríamos a vivir en el centro de Madrid. Echaba tanto de menos, nuestro mini piso de cuarenta metros cuadrados en el barrio de Malasaña.

Una chica salió del portal, acompañada de sus tres hijos. Empujaba un carrito doble, y el otro, que era el más mayor iba andando unos pasos por delante del carro. Aquí,

todas eran familias numerosas. Hasta las había con cuatro y cinco hijos. En Malasaña, el que más, tenía un bulldog francés. Me reí al recordar, que David llamaba a mi urbanización: “Las conejeras” cuando en realidad, se llamaba: “Las conservaras”, en honor a las antiguas fábricas de conservas que había por la zona.

“Ahora que te has mudado a las conejeras tendrás que tener al menos un par de hijos. ¡Qué menos, que la parejita!”. Me decían mis amigos, medio en serio, medio en broma, mientras me ayudaban a hacer la mudanza. Entonces, dejé de reír, al recordar esa parte.

La familia se dirigía a su coche, un BMW todoterreno que estaba aparcado al lado de mi pequeño Seat Ibiza al que yo, cariñosamente, había apodado: “Mochito”. Mochito era pequeño en tamaño, pero no en edad. Mi coche ya tenía veinte años, y el pobre estaba sucio, como si acabara de venir de correr el París-Dakar. Entonces recordé que con la mugre mis amigos me habían dibujado tetas y culos por todo el cristal. El niño mayor, el único que andaba, se acercó a tocar uno de los culos, precisamente, unos de los que mejor estaba dibujado. La madre lo tiró del brazo tan fuerte que casi se lo arranca de cuajo. Vamos, como si hubiera metido la mano entre los barrotes de la jaula de los leones del zoo. Una vez que el niño estuvo a salvo del falso ano, se quedó mirando mi coche con gran enojo. Pensé que le iba a dar una patada, o algo así. Pero, en lugar de eso, lanzó una mirada fulminante, alrededor de la urbanización. Como si supiera que el culpable estaba, justo en esos momentos, asomado a la ventana. ¿Intuición femenina o casualidad? El caso es que me tuve que esconder detrás de la cortina hasta que se marcharon. Definitivamente, no pertenecía a este sitio.

Llegué al polideportivo, donde jugábamos los partidos. Al ver aparecer mi coche, David alzó los brazos en alto, en un claro gesto de alegría. David era mi mejor amigo desde la infancia. Nos habíamos criado en el mismo barrio al sur de Madrid, habíamos ido al mismo colegio, e incluso, a la misma clase. Siempre habíamos sido inseparables. David, era un ligón compulsivo. Siempre lo había sido. Durante la época del colegio, ya apuntaba maneras, dando inocentes besos en los labios a todas las chicas. En el instituto, cuando todos empezábamos a tantear el sexo opuesto (las que se dejaban) él, se echó una novia que estaba en la universidad (que se dejaba mucho más). En la universidad, cuando todos empezábamos con nuestras primeras relaciones serias, él, para mantenerse un paso por delante, se lió con una de las profesoras de su facultad (les pillaron haciéndolo en el despacho del decano y aquello fue un escándalo). Y ahora que es profesor de la universidad de arquitectura, no quiere saber nada de las profesoras y se tira a todas las alumnas. Su vida sexual y académica, siempre han ido de la mano. A diferencia de mí, él nunca tiene vergüenza de nada. Tiene un carácter extremadamente extrovertido, y yo, extremadamente introvertido. Así que como amigos, nos complementamos a la perfección. David es de esa clase de persona que cae bien a todo el mundo.

Desde hacía diez años, todos los domingos quedamos para jugar al fútbol. Al principio, jugamos al fútbol tradicional, es decir, once contra once. Con los años, y debido a las responsabilidades laborales, la gente fue desapareciendo, y nos tuvimos que pasar a la modalidad de siete contra siete. Y ahora, con suerte conseguíamos juntarnos los cinco reglamentarios, para jugar al “futbito”.

Como éramos cinco, justos, tuve que jugar todo el partido entero. Los últimos minutos estaba asfixiado. El vino de la cena y el café con leche del desayuno, me habían dado una acidez de estómago tremenda, y mi úlcera de hiato se estaba resintiendo. Pero, yo a lo mío: corriendo la banda, atacando la portería contraria y defendiendo nuestra área. Había perdido velocidad, eso seguro, pero aún conservaba buena técnica, y había metido tres goles y hecho tres caños. ¡Me sentía como Messi! Bueno, si soy completamente honesto, nuestros rivales tenían treinta años más, eso de media. Alguno, yo creo, que rondaba los ochenta, al que le hice el caño, concretamente. Daba

igual, lo habíamos pasado bien, y eso es lo que importa. Aunque, si tienes que madrugar un domingo... mejor, ganar.

Lo mejor de los partidos del domingo es la cervecita y el aperitivo de después. Nuestros rivales resultaron ser la mar de majos. Les esperamos a que se quitaran las rodilleras, las tobilleras, las coderas y una cosa extraña para la cadera, que nunca había visto. Mientras se despojaban de sus protectores, y se rociaban de réflex, con cara de extremo dolor, no podía dejar de mirarlos, y preguntarme: si nosotros, también, seguiríamos jugando al fútbol con su edad. David se acercó, y me agarró del cuello.

-¡Qué partidazo, Óscarinho! – entonces nos quedamos observando a nuestros rivales, que seguían poniéndose ungüentos para el reuma, y nos descojonamos sin parar –. Sí, ¡qué gran victoria!

Manuel, el más mayor del equipo contrario, al que le hice el caño, estaba un poco sordo y había venido al partido acompañado de sus dos nietos.

-¿Quieres réflex, chaval? - me preguntó Manuel, ofreciéndome el bote.

La verdad, es que la espalda me dolía un poco. No me había recuperado totalmente del lumbago que había sufrido hacía unos meses, y que me había dejado fuera de la competición, por un rato.

-No, estoy bien, gracias - contesté.

-Ah, como te tocas la espalda todo el tiempo.

-Bueno, déjame un poco - lo pensé, mejor. Entonces, el nieto mayor le dio el réflex al pequeño, que me lo trajo corriendo, como si fuera una lesión de vida o muerte. - Aquí tiene, señor - me dijo el muy capullo. “¿Cómo qué señor?” pensé para mí, mientras me rociaba la espalda con el espray. ¿Acaso no veía que su abuelo me había llamado “chaval”? No me gustan nada los niños, pero por alguna razón todos se me acercan a darme el coñazo.

-Mi padre tiene tu edad, pero no juega al fútbol. ¿Me enseñas a hacer ese regate que le has hecho a mi abuelo?- me preguntó el niño, que tenía pinta de repollo: pantalón corto, calcetines largos y camisa. Pero, ¿por qué coño visten así a los niños? El pobre, parecía una marioneta.

-Es que nos vamos, ya - dije para liberarme-. Otro día, chaval.

Entonces, se fue cabizbajo. Me sentí un poco mal. Sobre todo, porque no tenía a nadie que le enseñara a jugar a fútbol. Mi padre me había enseñado a hacer ese regate que tanto le gustaba, a chutar con mi pierna mala y a rematar de cabeza sin cerrar los ojos. Cuando todos estuvimos listos nos juntamos, y formamos una expedición camino del bar. Cómo no, el abuelo y los dos nietos se subieron en mi coche.

-Mi padre tiene un coche muchísimo mejor - dijo el hermano de la marioneta, que iba vestido de la misma guisa, pero este, al ser más mayor y con más nariz, se parecía a Pinocho.

Se había metido con “Mochito”, mi única pertenencia, y eso me dolió en el alma.

-Es el coche de mi mujer - contesté, renegando de mi “Mochito”, que tantas satisfacciones me había dado en los últimos quince años.

-Pues, mi madre tiene un todo terreno - prosiguió el pequeño de los hermanos.

-Y las tetas de plástico, seguro – soltó David, por sorpresa, como si no hubiera nadie presente, y ante la cara de asombro de Pinocho y Pepito. Menos mal, que el abuelo estaba sordo, y sólo pilló la última palabra.

-Sí, mi nuera tiene un coche muy seguro. Deberías comprarte un cuatro por cuatro. Con esos coches, eres el rey de la carretera.

Si empiezo a ahorrar ahora, cuando tenga tu edad me lo compro, pensé cabizbajo. Si los todoterrenos, eran los reyes, ¿Mochito, qué era? ¿Un vagabundo?

El bar “Oreja”

Llegamos al bar "Oreja" un bar típico de pueblo, pero que ponían unas tapas estupendas. En realidad, se llamaba "Bar Alfonso", pero nosotros le decíamos "el bar Oreja" porque, esa era la especialidad. A mí, la oreja no me hacía ninguna gracia, y por la cara de asco que ponían Pepito y Pinocho, a ellos tampoco. Quién iba a decir que los dos chavales repollo iban a tener algo en común conmigo: la animadversión a comerse partes raras de los animales.

Pasamos un gran rato riéndonos, mientras nos tomábamos unas cervecitas y unos aperitivos. Por suerte, después de la oreja sacaron unas tapas de ensaladilla rusa y tortilla de patata con unos trozos de pan.

De repente, se oyó un estruendo; una tremenda pedorreta. Digo "pedorreta" porque duró lo suficiente, en el espacio tiempo para que todo el mundo se callara para escuchar el final de la sinfonía. El trueno vino del lado de Manuel. Hasta juraría que su cadera hizo un vaivén, porque le falló una rodilla del esfuerzo. Pero enseguida, salió al quite como un buen torero, y le echó la culpa a su nieto pequeño. Es lo que tiene la experiencia frente a la juventud, que reaccionas con maestría ante cualquier situación embarazosa.

-¡Pero niño, no seas guarro! - le dijo a su nieto, que se puso rojo como un tomate, al instante. Otro señor, compañero de equipo de Manuel, se giró por el estruendo. - ¡Qué olor, por Dios! - exclamó, tapándose la nariz con una mano, y con la otra tirándole de la oreja al pequeño cagón.

-¡No te habrás cagado, chaval! ¡A ver, si venía con sorpresa!

Me pareció un poco cruel que le echaran la culpa por el mal olor, pero no pude evitar descojonarme del niño. Entre lo feo que era, la ropa que le habían puesto su padres y lo rojo que estaba por la vergüenza y el tirón de orejas que se había llevado, no pude evitar reírme, y de paso vengarme de él, por haberse metido con Mochito.

Empezó a oler tremendamente mal a pedo. Hasta algunos clientes salieron del bar. No sé si había sido el pequeño cagón o el abuelo, pero olía fatal. Gracias a Dios, el olor a réflex de la rodilla de Manuel y de mi espalda, contrarrestaba los efectos del gas maligno.

15:00 pm

Poco a poco, fue desapareciendo toda la gente, porque era la hora de irse a comer, no porque siguiera el mal olor.

A Manuel y a los niños les vino a buscar la madre en su todoterreno, muy seguro y caro. La mujer entró en el bar con un look despampanante. No es que fuera especialmente guapa, pero llevaba unos vaqueros muy ajustados y tenía un cuerpo perfectamente tonificado, más propio de una veinteañera; probablemente moldeado con horas de personal training, liposucción, spinning y pádel.

Entró en el bar, con cara de asco, como la de sus hijos al ver la oreja. Estaba claro, que éste no era el tipo de ambiente que solía frecuentar la familia. Sin decir ni hola, y sin apenas mirarnos, aunque, bueno, nosotros ya le mirábamos bien a ella, llamó a sus hijos. ¿Cómo habían podido salir unos niños tan feos de ese pedazo de tía? Tenían que haber salido al padre, porque el abuelo tampoco tenía esa napia.

-Bosco, Pelayo, al coche ahora mismo, que nos está esperando vuestro padre para comer. - Tenía una voz muy ronca que no hacía justicia a su belleza. Debía de fumar, o haber fumado lo suyo.

-Daos prisa, que estoy bloqueando un coche, aunque no sé, si está abandonado.

-Es el coche de Óscarinho - dijo el más pequeño, que no sé, si era don Bosco o don Pelayo. ¿Pero qué nombres eran esos?, ¿en qué siglo se creía que

vivimos?

-Es el coche de mi mujer – volví a repetir, para el botón de mi camisa.

Después, me giré avergonzado, ante la tía buena que parecía de otro planeta.

Víctor vino sofocado, estaba sudando más que en todo el partido.

-¿Habéis visto esa tía? ¡Por el amor de Dios! ¡Madre mía! Yo quiero una mujer así – dijo, mientras se comía un cacho de oreja enorme. Parecía una oreja entera, hasta juraría que tenía pelillos. La escena me pareció dantesca. Hablar de una mujer así, comiéndose eso. Era como gritar: “paz” mientras disparas con una pistola al aire.

Víctor era mi vecino. Mi vecino de la infancia, no el actual. Si David era el ligón y yo el tímido, Víctor era... un auténtico personaje. Tenía treinta y nueve años, y vivía todavía con su madre. No porque tuviera dificultades económicas, sino porque estaba esperando a que apareciera la mujer de su vida para casarse e irse a vivir con ella. Vamos, que nunca se iría de la casa de su madre.

Durante muchos años no fuimos amigos. Tan sólo, teníamos una relación cordial de vecinos. Básicamente: hola, adiós y qué buen tiempo hace... yo pensaba que era un tío muy raro, y la verdad, es que tampoco me apetecía hablar mucho más con él. Pero, un día, cuando aún estaba estudiando en la universidad nos pusimos a hablar en el portal. Me contó que nunca se había enrollado con una tía, y que no tenía ningún amigo con quién salir los fines de semana. Me dio lástima, y le introduje en mi pandilla. Fue, la mayor obra de caridad que he hecho en mi vida. Víctor es la persona más rara que conozco: hipocondríaco, feo, muy feo y el peor jugador de fútbol de la historia, pero David y yo, le tenemos cariño.

-¡Pero qué dices, Dino! - David llamaba a Víctor por el apodo de “Dino”.

Dino, de dinosaurio, por ser el mayor de la pandilla y por tener costumbre más propias de la tercera edad.

-¡Cómo vas a tener tú, una mujer así, con lo feo que eres!

-Puede que el físico no sea mi punto fuerte, pero tengo otras cualidades

-se defendió Dino.

-A ver, ¿cuánto dinero tienes en el banco?

-Tengo unos buenos ahorros...

-Eso no es suficiente para casarte con una tía así. Bueno, que como vives con tu madre y no pagas alquiler, tienes que tener una buena hucha - dijo ahora David, metiendo cizaña.

Pero Dino nunca se alteraba ni entraba en confrontaciones, él es muy raro pero es todo corazón; un hombre de paz.

-¡Qué pasa! Pues, para que lo sepas, soy accionista del banco Santander

– dijo, orgulloso de las diez acciones que se había comprado hacía unas semanas.

-¡Que no, Dino! ¡Que tú eres feo! ¡Asúmelo de una vez! Tienes que ir a por las feas.

Y la paciencia que no es infinita, ni siquiera la de Dino, hizo, que al final, estallara.

- ¡Y tú, qué!, mira qué pedazo de tías te haces y estás calvo. Yo conservo toda mi melena, y soy cuatro años mayor que tú – respondió, golpeando donde más le dolía al galán, venido a menos.

Fue entonces cuando se derrumbó el muro de la juventud, y sin venir a cuento soltó el ya famoso e infame:

-Creo que las pastillas para mantener el pelo me están dejando impotente.

Se hizo un silencio, casi absoluto, si no fuera porque las tripas de Dino empezaron a sonar de manera exagerada. No sé, si porque se sentía mal por haber sacado el tema de la falta de pelo, o porque se había comido una oreja entera con exceso de pelo.

-Tengo que ir al baño, me están dando retorcijones. - Y es que el pobre

Dino, sufría de colon irritable desde su infancia.

-Ya, le ha entrado el culo fino - dije para quitar hierro al asunto del pelo.

-Claro, se ha zampado la oreja de Dumbo – dijo David que, también, se había dado cuenta del ejemplar que se había comido.

-¡Menos mal que no le ha entrado el apretón delante de la rubia! - Y nos empezamos a reír.

David no volvió a sacar el tema de la impotencia, y eso que yo, me mostré receptivo por si quería conversar. No es que quisiera oír sus problemas de erección, pero para eso estaban los amigos, ¿no?

3:45 pm – Llego muy tarde. Alex me va a matar.

Mochito y yo nos fuimos para casa. Fue un viaje de reflexión, no podía parar de pensar en lo que David me había dicho. Había leído en algunas revistas cosas como que a partir de los treinta empieza la decadencia física; pero nunca me había planteado que podía haberme llegado ese momento. Si a David le pasaba, ¿por qué no me iba a pasar a mí? ¿Tendría un gatillazo la próxima vez que hiciera el amor con Alex? Hasta ahora, nunca había tenido ningún problema en la cama. ¿Cómo se lo tomaría Alex? ¿Cómo me lo tomaría yo? No soy tan hipocondríaco como Dino, pero sí soy un poco aprensivo. ¿Era normal tener problemas de erección a los treinta y cinco? Y, ¿cómo funcionaba la cosa? ¿Había que ir al médico y pedir viagra? ¿Así, sin más? Pero yo era muy vergonzoso. ¿Me atrevería ir al doctor o, buscaría las pastillas en el mercado negro de Internet? Demasiadas preguntas...

“Las pastillas crece pelos me dejan impotente”. ¿Pero qué clase de frase era esa?... La verdad, es que era un eslogan cojonudo para una camiseta. Y, yo que siempre estaba pensando en nuevas ideas de negocios para salir de mi semi pobreza, empecé a imaginarme la camiseta con el mensaje, y los cientos de unidades que venderíamos. Quizá, no le hiciera mucha gracia a David, pero... le podría dar una parte del beneficio por derechos de autor.

Tan distraído estaba en mi absurdo negocio, que aceleré más de lo debido al salir de la rotonda. Mochito se quejó, él también se estaba haciendo viejo y tampoco se le levantaba la aguja del acelerador. ¿Era el final de una era? ¿El final de la subida, y el comienzo de la bajada?

Mochito aceleró como en sus mejores tiempos, lástima que los frenos no volvieron a su juventud, y sin más remedio golpeé la parte de atrás de un Mini Cooper rojo, que parecía recién sacado de fábrica. – ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! - exclamé por tres veces, cada cual con más énfasis.

Eran casi las cuatro de la tarde, y casi no había tráfico, así que dejé el coche donde estaba, eché el freno de mano y me bajé del coche. Por suerte, no le había hecho nada, tan sólo, una pequeña abolladura en el parachoques de atrás.

El sol me deslumbraba y no veía bien quién se bajaba del Mini. No sabía si sería un tío enojado de doscientos kilos, o una tía enojada de doscientos kilos, pero por alguna razón me imaginaba a alguien muy grande y cabreado. Como si fuera un mecanismo automático de protección saqué el pecho hacia fuera para parecer más fuerte. Hacía muchos años que no hacía ni una sola flexión. El fútbol de los domingos era mi única actividad deportiva. Pero me mantuve firme como un soldado por si era un tío enojado y tenía que confrontarle. Esperaba con todas mis fuerzas, que no lo fuera. Había evitado cualquier tipo de confrontación física en mis veintes, y ciertamente no me apetecía tener una confrontación a mis treinta y cinco; y, menos con una desventaja de ciento treinta kilos. Por sorpresa, y qué sorpresas, una chica muy guapa se bajó del coche. No parecía muy contenta, como era lo normal, pero tampoco estaba enojada sino más bien confusa por la situación. Al acercarme más hacia su coche me di cuenta

que tenía la letra “L” de novata en la bandeja de atrás. Probablemente, la llevaba quitada a propósito para que no se supiera que era un conductor novel. Todos hemos hecho ese truco de dejar la “L” en la bandeja de atrás como si se hubiera despegado del cristal por sí sola.

Se llamaba Laura y aparentaba dieciocho años recién cumplidos. Menos de dieciocho no podía tener porque iba conduciendo, pensé para no sentirme culpable por desnudarla con la mirada. Era morena, bajita y extremadamente guapa. Llevaba unos shorts vaqueros cortados al límite de las nalgas, y se había dejado los bolsillos hacia fuera, como si el pantalón estuviera roto. A pesar del tiempo primaveral llevaba puestas unas botas que le daban un toque muy sexi. Se veía que le gustaba arreglarse. Me quedé embobado mirándola hasta que el pitido de un coche me sacó de la inopia. El coche se paró, y bajó la ventanilla. Un hombre de unos cincuenta años, con cara de pocos amigos y exceso de peso, nos preguntó si estábamos bien. - ¿Necesitas ayuda?

-Sí, sí - contesté, aturdido, por la situación.

-¿Tú, estás bien?- volvió a preguntar, esta vez, mirando a la chica.

-Sí, no ha pasado nada - contestó ella.

El coche se marchó. Ese sí que era el gordo luchador de doscientos kilos. Agradecí al destino no haber chocado con él.

-Lo siento mucho - me disculpé, mientras tocaba la abolladura que le había hecho a su coche -. He intentado frenar, pero no me ha dado tiempo.

-No pasa nada, no parece gran cosa.

-Me siento fatal... el coche parece nuevo - volví a disculparme.

-Lo importante es que no ha pasado nada, ¿no?

-Sí, claro. Eso es lo importante. - Otra vez, me quedé embobado mirándola.

-¿Qué hacemos, firmamos los partes del seguro? - preguntó la chica, al ver que yo, no decía nada.

-Sí, sí... perdona. Los tengo en la guantera.

Abrí la puerta del coche sin prestar ninguna atención a los daños que había sufrido Mochito, que eran bastantes más graves que los del Mini Cooper.

¿Pero, qué me pasaba? ¿Qué hacía mirándola así? Le doblaba la edad. Seguro que se había dado cuenta. Pensaría que era un salido...

-Tu coche sí que ha quedado hecho un asco - me dijo, con cara de lástima.

-Sí, bueno... no te preocupes, es un trasto viejo. No lo uso mucho.

Cogí los papeles del seguro. Hace un rato me había enojado porque un niño se metía con mi coche, y ahora yo le llamaba “trasto viejo” delante de la morena guapa, que había conocido hace dos minutos. Así es la vida, pensé mientras buscaba un bolígrafo.

-No encuentro ningún bolígrafo, ¿tienes uno?

-Sí, espera. - Se dirigió al coche y se agachó para buscar el bolígrafo en el bolso. No pude evitar mirarla otra vez. El móvil empezó a sonar. Era Alex.

-Aquí, está.

Puse el móvil en silencio, ahora no podía hablar, y nos pusimos a rellenar los partes del seguro.

Laura tenía 21 años. Yo no le dije mi edad. Era estudiante de psicología en la universidad Complutense de Madrid, y me contó que se dirigía a casa de una amiga para estudiar un examen que tenía al día siguiente. ¡Qué lejos quedaba ya la universidad!... suspiré.

Le dejé mi teléfono por si necesitaba algún dato más, y cuando nos estábamos despidiendo me hizo una pregunta que me dejó totalmente descolocado:

-Oye, tú... ¿No tendrás marihuana, no?

La pregunta me sorprendió mucho. Me quedé un rato meditando, antes de contestar. Hasta se me pasó por la cabeza que fuera una policía secreta, y me hubiera engañado

con todo eso de que estudiaba psicología, y se dirigía a casa de una amiga para estudiar. Eché un vistazo a su pantalón para ver si llevaba pistola. Pero... ¿Dónde? El pantalón era tan mínimo que no cabría ni una bala.

-No, no tengo – contesté, finalmente.

-Lo siento, es que me ha parecido que tenías pinta de fumar.

-¿Yo? No, qué va...

- No sé por qué, pero me ha dado impresión. Quizá, como el coche es tan viejo... Creo que me ha recordado a los coches de los camellos, en las películas. Soy un poco peliculera, como puedes ver - ahora, se reía.

Mierda, necesito dinero para cambiar de coche. Pensé, mientras me reía para acompañarla, no porque me hiciera gracia.

-No te lo tomes a mal, ¡eh! Me encanta tu coche, parece... no sé...

¡salvaje!

-¿Salvaje? - me reí... Ahora sí que tenía gracia.

-Sí. Me refiero a que tiene pinta de haber vivido muchas aventuras.

-Sí, eso es verdad; hemos pasado buenos ratos juntos.

¿Qué es lo que pasaba por la cabeza de esta chica? ¿A qué venía todo este rollo “del coche salvaje”?

-En fin... Qué pena que no tengas hierba... Me apetecía tanto fumar esta tarde, y mi contacto me ha dejado tirada. Incluso ahora mismo, me fumaría uno contigo... pareces un tío interesante.

¿Acaso estaba flirteando conmigo? ¿O, simplemente, se refería al término “interesante”, desde un punto de vista profesional? Acababa de decir que era estudiante de psicología.

-Sí, yo también me fumaría uno contigo. Tú, también pareces interesante.

¡Pero, qué coño estaba diciendo! Parecía tonto.... “¿Tú, también pareces interesante?”

¿Qué clase de respuesta era esa? Además tan solo había dado un par de caladas a un porro en mi último año de universidad. El humo me ahoga, y me pongo a toser. Mi única experiencia real con la marihuana había sido en un viaje que hice con Alex a Ámsterdam. ¡Qué bien lo pasamos! Como no me gusta fumar, nos compramos una “magdalena mágica”. Estuvimos riéndonos cuatro horas sin parar. No podíamos parar de llorar de la risa. Ni siquiera pudimos cenar esa noche, porque cada vez que intentábamos entrar en un restaurante nos moríamos de la risa, y nos teníamos que salir. Fue uno de los momentos más divertidos que he pasado con Alex. Y, precisamente, Alex volvió a llamarme al teléfono en esos momentos. ¿Estaban nuestras mentes sincronizadas?

-Bueno, tengo que irme. Me están esperando - me despedí precipitadamente. Se había hecho muy tarde, y Alex me estaría esperando para comer. Además, mejor escapar de esta conversación, que no sabía a dónde me podía llevar.

-Sí, yo también. Mi amiga me espera para estudiar.

-Llámame si necesitas algo - dije desde la ventanilla del coche, mientras me despedía por última vez, con la mano.

4:30 pm – Por fin, llegando a casa.

El encuentro con Laura me había dejado el coche totalmente abollado, pero sin duda, me había subido el ego. Quizá, después de todo, no era tan mayor. Si una chica guapa de veinte años había flirteado conmigo, es que no estaba acabado. Pero, yo era totalmente fiel a Alex. La quería con locura, y nunca se me ocurriría ponerle los cuernos. Aunque, ¿a quién no le gusta que una chica guapa se fije en ti?

Laura desapareció completamente de mi cabeza, y Alex ocupó su lugar. Alex era muy guapa, también, y podía llegar a ser muy sexi. El episodio con Laura me había puesto

de buen humor, y sin duda, por lo menos hoy, no iba a necesitar viagra. Estaba deseando llegar a casa para hacer el amor con mi mujer. Me pregunté, si se habría puesto ese vestido de verano que se había comprado el mes pasado. Estaba tan sexi con él, y quizá se había hecho esa trenza que tanto me gustaba. ¡Qué guapa estaba cuando se recogía el pelo, y dejaba el cuello al descubierto! Mi imaginación siguió volando, y volando llegué a la puerta de casa, y volando... casi salgo por la ventana del bufido que me echó mi mujer, por llegar tarde. Sin duda, el matrimonio no es como una comedia romántica de las que ponen en la tele los domingos. Alex me estaba esperando en la puerta con un cazo de cocinar en la mano, y el vestido corto de mi imaginación... se había convertido en una camiseta de publicidad, que anunciaba un medicamento para combatir el estrés, y un pantalón viejo de chándal, que además era mío. Y es que por mucho que uno quiera a su mujer... ese atuendo no es nada sexi. Claro que yo con mi pantalón corto de fútbol y mis canillas blancas, delgadas y peludas... tampoco es que George Clooney hubiera abierto la puerta con un maletín cargado de Nespresso... Si estábamos en una película, más que romántica... era de terror.

-Me habías dicho: que venías a las tres, y son casi las cinco de la tarde.

Seguro que te has entretenido con tus amigos tomando cervezas.

-Solo una. He tenido un pequeño golpe con el coche.

-¿Sólo una? ¡Y yo me lo creo!... cómo vendrías para chocarte, porque en el barrio no hay nadie los domingos. Mira, ni un solo coche – dijo señalando la ventana, por la que casi salgo volando.

Ahora es cuando me encantaría contestarle: “Si no nos hubiéramos mudado a cien metros de tus padres, y nos hubiéramos quedado en el centro. Allí sí habría coches para chocarse y no me acusarías de tomar cervezas de más con mis amigos”. Pero no era el momento de iniciar una discusión, y menos con alguien que lleva una camiseta anunciando pastillas para el combatir el estrés. No es ético...

-Ha sido una de verdad, una sola cerveza. Lo juro - dije poniendo mi mano en el corazón, justo donde estaba el escudo de mi equipo de fútbol. No lo hice aposta, pero me pareció gracioso y me empecé a reír -. Lo juro por los mosqueteros club de fútbol – que así se llama mi equipo.

Pero las mujeres no cogen esas bromas, al menos no, cuando pasan de los treinta.

-Estás borracho - dijo mientras me daba otra vez con el cazo en la cabeza, como si hubiera sido capaz de oír mi pensamiento sobre las mujeres en la treintena.

-¡Ay, no me des! - me quejé, pues el cazo era de acero, un regalo de su abuela -. Lo que ha pasado, es que no le han funcionado bien los frenos a Mochito.

-Te he dicho mil veces que lleves el coche al desguace, que nos compremos otro.

-Pero si tiene setenta y cinco mil kilómetros, solo. El motor está nuevo...

-¡Ay qué ver, qué pesado eres con lo del motor y los kilómetros! ¿Y qué pasa con las demás piezas? El coche suena como una cafetera antigua. Con ese coche... y, esas pintas... parece que estás vendiendo droga.

¿Segunda vez en un día? A ver si es verdad, que al final parezco un traficante.

-Pues ahora, te vas a comer el arroz duro, porque se ha pasado – entonces me llevé el tercer “cazazo” en la cabeza, aunque esta vez con más tacto. Gracias a Dios que ya había acabado la universidad y no tenía que estudiar más, porque esos golpes te tienen que dejar sin neuronas, seguro.

Al pensar en la universidad, Laura volvió a mi cabeza. Lo que daría por estar ahora fumándome un porro con esa niña de veinte años. Mejor aún: volver quince años atrás, donde todo era felicidad y no había preocupaciones...

¿Que los veinte eran los nuevos treinta? ¡Qué gran mentira! A mi mejor amigo no se le

levantaba, y mi mujer me daba con un cazo en la cabeza en lugar de querer hacer el amor. ¡Qué mierda de treintena!

Domingo por la tarde: relax... por un rato...

La tarde transcurrió con normalidad: comimos el arroz, que aunque Alex decía que se le había pasado, a mí me supo a gloria. Alex era una cocinera buenísima. No sé de quién lo había aprendido, porque mi suegra era un desastre en la cocina, y lo peor es que insistía en traernos tapers todos los domingos; la nueva remesa estaba a punto de llegar... Desde que me había casado con Alex mis dolores de estómago eran constantes. Juraría que había desarrollado una úlcera, y no porque estuviera estresado en los últimos años. Yo lo achacaba a los tapers de mi suegra, pero cualquiera se lo decía a Alex.

Sin ir más lejos, hace dos semanas hizo croquetas de bacalao, y no solo nos trajo un taper, sino diez. Como no nos cabían todos en el congelador, estuvimos tres días seguidos comiendo croquetas de bacalao. Las croquetas estaban duras como un leño y tenían un color blanco merengue por fuera. Nunca había visto croquetas blancas. Yo las denominé: fósiles de caca de perro, pero a Alex no le hizo ninguna gracia. Bueno, pues al tercer día me llevé el taper de fósiles al trabajo, y como no me apetecía comer más "mojoncillos", me dirigí hacia la basura con la intención de tirar el taper. Hasta dudé en qué contenedor tirarlo: si en el de orgánico o en el de las pilas radiactivas. Manolo, el bedel de la universidad, me vio abriendo la basura. Manolo está gordo como un truño, y su mujer le tiene a dieta de verduras. Así, que cuando me vio que iba a tirar las croquetas se abalanzó sobre ellas.

-¿Pero, qué haces Óscar? No tires las croquetas - dijo mientras las rescataba del cubo de la basura -. El tiempo que hace que no como croquetas. Mi mujer me está matando con la dieta del calabacín.

-¡No, Manolo! – intenté frenarle -. Mejor no las comas, que son de mi suegra y están asquerosas.

-Peor que comer un mes calabacín, no puede haber nada - y esas fueron sus últimas palabras. No pienses mal, no se murió. Fueron sus últimas palabras de la semana, porque, el pobre, estuvo con vómitos y cagalera siete días y siete noches. Eso sí, gracias a las croquetas de mi suegra perdió más peso en unos días, que con la dieta del calabacín en un mes.

No lo había pensado, hasta ahora, pero quizá tenía ahí otro buen negocio. "Adelgaza en siete días con la dieta del fósil". Aunque la idea de tener a mi suegra de socio empresarial, no me atraía demasiado.

Antes de que llegaran mis suegros a casa, le conté a Alex la historia de Manolo y las croquetas. No es que quisiera enfadarla más, pero si seguía comiendo sus tapers... no sé qué iba ser de mí. Contarle la historia... fue en pura defensa propia.

Le conté todos los detalles médicos que Manolo me había detallado, cuando se recuperó. Le habían diagnosticado: ¡una intoxicación! Pero, Alex que defendía la comida de su madre hasta la muerte, no parecía convencida.

-Pero qué tonterías dices, Óscar. Las croquetas estaban buenísimas; las hizo mi madre con la termomix - como si alguna vez cocinara con otra cosa, pensé -. Mis padres se han comido tres tapers, cada uno, y no les ha pasado nada.

-Claro, pero eso es como cuando vas a la india: ellos pueden comer toda esa comida extra picante, pero tú, si la pruebas, te entra cagalera.

El telefonillo sonó. Nuestra nueva casa de las afueras tenía videoportero, para ver quién llamaba. ¡Cómo si hasta las afueras, fuera a venir alguien interesante a visitarte! Eran mis suegros, y traían comida para envenenar a todo el vecindario.

A parte del tema de la comida, mi relación con los padres de Alex era cordial. Fría, pero

cordial. Alex estaba muy unida a sus padres, y yo intentaba integrarme en la familia García de la mejor manera posible, o mejor dicho: lo que me dejaban. Su madre, Aurora, era la típica ama de casa. Se había pasado la vida cuidando de su marido y de sus dos hijas, y ahora a sus casi sesenta años, intentaba que todo siguiera igual. Le gustaba sentirse importante en la familia, sentirse necesaria, y traernos tapers, toda la semana, era su manera de manifestarlo. Había sido una mujer muy atractiva en su juventud, por lo que había visto en las fotos que exponía en el salón de su casa, y se parecía mucho a Alex cuando tenía su edad. Pero en los últimos años, desde que le dio por dedicarse al mundo de la cocina, había engordado veinte kilos, por lo menos. A veces, cuando la miraba, me preguntaba si Alex, sería así cuando fuera mayor.

Aurora me trataba con cariño, y siempre me había aceptado bien en la familia, todo lo contrario que Antonio, el padre de Alex. Podía ver, claramente, en la mirada de mi suegro, cómo me decía: que no era suficiente para su hija. No teníamos nada en común, y cuando nos quedábamos a solas, era difícil encontrar un tema de conversación con el que romper los largos silencios. Antonio sabe de finanzas, de economía, de física y de química. Yo, se de literatura, de cine y de teatro. A Antonio le gusta el baloncesto a mí, el fútbol. Antonio mide un metro noventa y algo, y en su juventud había jugado al baloncesto profesional, según decía él: en la cantera del Real Madrid, aunque yo nunca he visto ninguna foto que lo corroborara. Y yo, mido veinte centímetros menos que Antonio, de hecho Alex era igual de alta que yo, y el partido de fútbol de esta mañana había sido una de mis mejores actuaciones deportivas. Antonio adora a los gatos, tenía tres, a los que parecía hacer más caso que a su familia. Yo, soy de perros. Además, era alérgico a los gatos; en cuanto se me acercaban me salían ronchas en las caras. Ahora que lo pienso... todo lo que no me gusta se me acerca: los niños, los gatos... Siempre que íbamos a casa de los padres de Alex, a Antonio, se le "olvidaba" encerrar a los gatos. Según entraba en la casa me salían ronchas en la cara, me picaba todo el cuerpo y no podía parar de estornudar. Al principio, cuando empezamos a salir, pensaba que era Antonio, el que me producía esos efectos, después más tarde, ya de casados, descubrí que era alérgico a los gatos. Cuando Alex le pedía que encerrara a los felinos en la habitación, ponía muy mala cara, y los cuatro: Jordan, Magic y Larry que así se llamaban los gatos, y el propio Antonio me echaban una mirada asesina. Una de las primeras veces que entré en la casa de los García, tuvimos una pequeña discusión de sobremesa, sobre el tema gatos perros. Yo, defendía mi postura: los perros son cariñosos, fieles, puedes jugar con ellos... en ningún momento mencioné que odiaba a los gatos, acababa de conocer a Alex e intentaba caer bien en su casa... Pero Antonio dejó claro que yo no le gustaba, desde el primer momento. Su discurso fue el siguiente: "Los gatos son listos, independientes e inteligentes. Los perros son estúpidos, y hacen cosas estúpidas. Digamos que si los perros fueran personas, estudiarían letras como tú, y los gatos ciencias como yo y mi hijas". Esa fue su frase bienvenida a la familia. Ante eso, ¿qué puedes decir? ¿Amén?

El tema ciencias y letras era un tema muy recurrente en las conversaciones de la familia García. Antonio estaba jubilado, pero en su día había sido economista de éxito, y ahora, se dedicaba a vivir de la bolsa. Así que a mí, con mi carrera en filología italiana me consideraban un cero a la izquierda. Realmente yo no elegí estudiar filología italiana pero, era para lo único que me daba la nota de acceso a la universidad. Y para lo único que me había servido chapurrear italiano, era para ligar con las italianas un verano que fui a Ibiza con mis amigos.

Últimamente, hasta Alex sacaba el tema de las ciencias y las letras, ¿sería genético? Podía notar cómo, con el tiempo, había adquirido ese hábito de su padre. A Alex le iba de maravilla en su trabajo, era directora de una sucursal en el banco. Mientras que yo... seguía trabajando como auxiliar administrativo. Creo que inconscientemente, ella se sentía superior a mí, o yo inferior a ella o puede que las dos cosas. No es que me

sintiera celoso de su éxito profesional, al contrario, me alegraba muchísimo de cómo le iban las cosas en el banco. Pero me preocupaba que cada vez dependía más y más, económicamente de ella. ¿Se cansaría Alex de mí? ¿Buscaría a otro hombre con más éxito? ¿Alguien como su padre?

Tarde de domingo con mis suegros. ¿Qué más se puede pedir?

Como todos los domingos, había llegado ese momento en que Antonio y Alex se ponían a hablar economía: acciones, microeconomía, macroeconomía, Forex, Ibex... yo no entendía un pimiento de lo que decían, pero de vez en cuando le miraba y asentía como si estuviera de acuerdo con todas la teorías de Antonio.

-¿Vendiste las acciones que te dije?

-Sí papá, gracias por el consejo. ¿Cómo podías saberlo? Nadie en el banco esperaba una bajada así.

-Años de experiencia, hija. No te preocupes, ya te llegará - dijo Antonio siguiendo con la conversación padre-hija, maestro-discípulo.

Yo, que siempre intentaba ganar algún punto con mi suegro, me acordé que Dino, acababa de ganar doscientos euros con las acciones del banco Santander.

-Yo estoy pensando en invertir algo en acciones del Santander, un amigo mío ha ganado doscientos euros.

-Ahora no es el momento, ¿no ves que está en alza? ¿No le has explicado a tu marido lo básico de la bolsa? - dijo riéndose, disfrutando de mi ignorancia. -Tú chaval, mejor déjale el tema del dinero a tu mujer. Zapatero a sus zapatos.

Pero, ¿cuál eran mis zapatos?... ¿hablar italiano?: "Pues, Vaffanculo, Antonio. Vaffanculo". Le contesté en mi imaginación, mientras juntaba las palmas de las manos como hacen los italianos.

-Pues, Óscar tiene muy buenas ideas, papá – salió Alex en mi defensa -.

Siempre se le están ocurriendo unas ideas de negocios, buenísimas.

-Sí, sí ya lo veo - respondió Antonio, entre dientes.

-Cuéntale lo del negocio en Internet, Óscar - dijo Alex entusiasmada.

-Déjalo, Alex, no es nada... es solo una idea, todavía - no me apetecía dar muchas explicaciones.

-Vamos, cuéntaselo. No seas tímido. A lo mejor si convences a mi padre... hasta te consigue la financiación. ¿Verdad, papi? – entonces, Alex tiró de los mofletes a su padre.

Antonio adoraba a su hija, y aunque a ella le sonreía, podía ver cómo contestaba, por telepatía, a mi "vanffanculo" con un gesto pasándose el pulgar por la barba, como los de la mafia. Y es que Antonio con su pelo blanco peinado hacia atrás, su caro traje italiano y sus manos gigantes podía pasar, perfectamente, por un capo de la camorra. ¡Por Dios! Si tenía que deber dinero a alguien, que no fuera a Antonio.

Ante la existencia de Alex me dispuse a relatar mi idea de negocio online, que había ideado con David. Me levanté, comencé mi exposición. La voz me temblaba. Exponerle el negocio a mi suegro, era peor que hacerlo al banco.

-Pues... como ha dicho Alex es negocio online... - comencé.

-¿No será ilegal? – me interrumpió, Antonio -. Todos los días veo en las noticias gente que arrestan por negocios de esos en Internet.

-No, no queremos vender por Internet, es una página que...

-Oye, ¿por qué no vendemos mis tapers por Internet? – ahora, era

Aurora, quién me interrumpía -. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Nos podemos hacer de oro, Óscar - dijo entusiasmada.

-Pero, qué dices Aurora, ¿cómo vas a vender tus tapers por Internet?

¿Quién te va a comprar a ti los tapers? – saltó Antonio.

-Antonio, todo el mundo dice que le encanta mi comida. -“Hay que ver, que hay mentirosos en el mundo”, pensé mientras me volvía a sentar, viendo que mi exposición empresarial no iba a continuar.

-A ver si nos estamos volviendo locos con la edad - dijo Antonio, haciéndole el gesto de majara a su mujer, con el dedo.

-Pues no te pienso dar un duro cuando haga una fortuna - le contestó Aurora, enojada, a su marido.

-¡Sí, tú a mí! – reía Antonio.

-Pues yo creo que es una buena idea, papá - Alex se unió a la conversación.

Entonces me di cuenta que mis ideas, no eran buenas en absoluto. Alex, solo decía que le gustaban mis ideas de negocios, para hacerme sentir bien, igual que ahora a su madre.

Lejos de sentirme ofendido, me sentí afortunado por tener una mujer como Alex. Alguien que se preocupaba por mí. Aunque eso, no cambiaba el hecho de que tenía que hacer algo más con mi vida. No quería ser un auxiliar administrativo mileurista, toda mi vida.

La familia García continuó, un rato más, con el debate sobre si llevar a cabo o no el negocio de los tapers. Por suerte, para la humanidad, Aurora desistió de su idea; no queremos otra arma de destrucción masiva en el mundo.

Noche de Domingo – Alex y yo... Yo y Alex

Por fin los García se fueron, y Alex y yo nos quedamos a solas para disfrutar de lo que quedaba del domingo. Nos pusimos a recoger las copas y las botellas, y es que la familia García tendría muchas cualidades con los números pero si tuviera que apostar en algo por ellos sería en un campeonato de beber alcohol por familia. A lo tonto, entre Aurora, Antonio y Alex se habían soplado dos botellas de vino y seis chupitos de limoncello, y aún faltaba la hermana pequeña de Alex, Sandra, que no solo había heredado de sus padres su mente científica, sino también su capacidad de beber litros de alcohol como quien no quiere la cosa.

-Tu padre me odia – dije mientras limpiaba el cristal de la mesa.

-¡Pero qué dices! ¿Cómo te va odiar?

-Tenías que haber visto su cara, cuando le has dicho que financiara mi negocio.

-No te lo tomes personal, mi padre se pone en guardia cuando habla de negocios. Mira cómo se ha puesto con mi madre, también.

-Te digo, que me odia.

-¿Pero, quién te va odiar a ti? Es imposible - dijo Alex, abrazándome de manera cariñosa -. Pero no le digas, por favor que este año quieres votar al partido ecológico, orgánico, ensalada o cómo se llame.

-Los verdes... ¿qué tiene de malo? Tenemos que cuidar el planeta – respondí, comprometido con la causa.

-Que sí tontito, que sí. Que te lo digo en broma. Tú vota a quién quieras.

La verdad es que nunca me había importado una mierda lo que comprábamos o comíamos, nunca había reciclado la basura o usado bolsas de papel, y ni siquiera había votado en las pasadas elecciones; cosa que enojó a mi suegro. Aún recuerdo la conversación:

“¿Qué clase de ciudadano eres? Un hombre de verdad va a votar, llueve o truene.”

“Es solo un voto, ¿qué más da?”

“Solo un voto dice, solo un voto...” Dijo mientras movía la cabeza, renegando por el nuego que le había tocado.

Hace unos meses... aprendí que: “somos lo que comemos”

Mi conciencia por salvar el planeta empezó unos meses atrás, cuando estuve mal del lumbago. Una noche de sábado, como no podía moverme del sofá por el dolor de espalda, Alex quedó con sus amigas para cenar y tomar unas copas y yo me quedé en casa. Me sentía mal porque llevaba un par de fines de semana sin salir por quedarse conmigo, así que le insistí que saliera a divertirse.

Llamé a mis amigos, por si querían venir a casa, y hacerme compañía. Podíamos pedir unas pizzas y ver la trilogía de “American Pie” como en los viejos tiempos. David tenía planes con una alumna de la universidad. Así que Dino, que siempre estaba disponible vino a casa con una botella de Rioja y unos quesos que olían a pies. A Dino le encantaba el vino. Siempre desde que le conozco se había sentido entusiasmado por el mundo de los grandes reservas. Ahora que tiene casi cuarenta, puede parecer normal, pero Dino ya se traía sus riojas crianzas a los botellones en la calle cuando teníamos veinte y pocos, y mientras los demás tomábamos el vino más barato, mezclado con coca cola, él sacaba su sacacorchos profesional, y abría una botella de Rioja o Ribera y lo servía en copa de cristal, por supuesto. La leyenda cuenta que Dino, empezó a beber vino en el colegio, y los niños del colegio le cantaban: “A Dino le gusta el vino... a Dino le gusta el vino...” Creo que esta leyenda se la inventó David, porque a mí, Dino nunca me había contado nada de frases pegadizas con su nombre en la época escolar.

Últimamente, su gran pasión era el maridaje de vinos y quesos. Así, que cada vez que venía a casa traía una caja de vinos y un montón de quesos que compraba en pequeñas granjas, y que apestaban a pies.

-¿No tienes más copas, Óscar? - preguntó Dino, mientras sacaba toda la vajilla que teníamos en uno de los armarios.

-Tenemos seis. Ahí están todas.

-Mierda, me faltan dos para el maridaje; he traído cuatro vinos para doce quesos.

-Échalo en un vaso cualquiera – dije, sin darle importancia. Entonces

Dino cogió dos vasos de agua de nuestra colección de IKEA y los rellenó de vino. - No va a ser lo mismo, pero si no tienes más copas - dijo con resignación -. La próxima vez, me traigo mis copas de casa.

Ahora era el turno de los quesos. Dino cortó el queso en triángulos y los puso sobre una bandeja de madera, que también había traído en la mochila. Cuando terminó de cortar, colocó la bandeja sobre la mesa, las copas y los vasos de vino alrededor de la tabla de quesos, haciendo un perfecto bodegón, digno de los mejores museos.

El teléfono de Dino y el mío, sonaron al unísono: era un WhatsApp de David.

-Es de David – dijo Dino.

-Es una foto – añadí.

Abrimos el mensaje y vimos una foto de una tía, que estaba bastante buena, tomándose una copa. Se le veía el escote en primer plano, y quedaba claro que la foto no era consentida. A David le encantaba mandarnos fotos de sus ligues sin que ellas se dieran cuenta. No era un rollo morboso raro, ni nada eso, sólo lo hacía para presumir, y darnos envidia.

-¡Madre mía! – exclamó, Dino -. ¿Esta buena, eh? No sé cómo lo hace, pero, ¿dónde saca esas mujeres? Yo, desde luego, en la calle no las veo, solo en las revistas y en las fotos que nos manda David.

Dino trabajaba en el negocio familiar. Su madre tenía una agencia de viajes, especializada en la tercera edad. Dino confraternizaba, perfectamente, con los clientes. Pero no era, precisamente, el lugar ideal para conseguir una cita.

-¿No sé qué ven en él, que no tenga yo? – continuó Dino, mientras le daba un mordisco al queso roquefort a palo seco.

Hombre... que te comas el queso roquefort a mordiscos... es una cosa en la que te diferencias, pensé.

-David no se toma la vida en serio. Por ejemplo, mira en el trabajo, sigue siendo profesor asistente, igual que cuando empezó. En los últimos diez años, no ha progresado nada. – Entonces, se dio cuenta que yo, tampoco había progresado nada en los últimos diez años, e intentó arreglarlo.

-Tú eres diferente, Óscar. Tú te tomas las cosas en serio.

“La verdad... es que no” volví a pensar en silencio. Odiaba mi trabajo a muerte. Pero no quería interrumpir el discurso del roquefort.

-Mírate: te has casado, y además, tienes metas profesionales... como la novela que estás escribiendo.

¿Por qué le había contado lo del libro? Cada vez que sacaba el tema me arrepentía. Llevaba dos años estancado en la página treinta, y ahora cada vez que Dino me veía me preguntaba por el libro, y me sentía forzado a inventar alguna excusa por la cual no había continuado escribiendo.

-Por cierto, ¿has escrito algo? Ahora que pasas mucho tiempo en casa por el lumbago, podías aprovechar para continuar con la novela.

-No, estoy dándole vueltas a las historias. No es, propiamente una novela, sino más bien un libro de historias y reflexión... Quizá no es tan interesante como pensaba hace tiempo.

-¡Pero qué dices! Yo compraría el libro, seguro.

La verdad, es que sí había intentado escribir en los últimos días, pero no había conseguido rellenar ni una sola línea. Cada vez que ponía delante del ordenador me venía una urgencia, incontrolable, por abrir el frigorífico y comer algo.

-Entonces, ¿cómo va esto del maridaje? - pregunté para cambiar de tema.

Dino me explicó el orden exacto en el que debíamos comer los quesos y con qué vino debíamos combinarlo, después continuó con una extensa descripción de cada producto: el origen, la variedad de la uva, el tipo de leche del queso, la conservación... Empezamos a catar las muestras al tiempo que Dino dirigía la orquesta. Tengo que confesar que todo estaba buenísimo y los sabores casaban perfectamente.

-Qué guay sería ser rico e ir a restaurantes caros, de esos que te explican cómo han hecho cada plato - dije mientras daba un trago de vino -. Esto es impresionante. Una experiencia para los sentidos. Deberías montar un restaurante, Dino - solté de repente, dejándome llevar por la explosión de sabores.

Dino, que estaba en éxtasis con la cata, enloqueció con la idea de tener su propio restaurante.

-Tienes razón, Óscar. Esta es mi verdadera pasión. Hasta... podríamos ser socios.

-Sí bueno, como no colabore en la inversión poniendo mis seis copas de vino -dije decepcionado, porque yo también me había emocionado con la idea, y cada vez que vuelves a la realidad de la pobreza es como caerse de bruces desde un primer piso; digo un primero porque tampoco era tan pobre... teníamos el buen sueldo de Alex.

La televisión sonaba de fondo, teníamos la intención de ver American Pie, pero las imágenes de un documental, que estaban echando en esos momentos, sobre la comida que nos venden en los supermercados, nos dejó atónitos, y ya no pudimos dejar de mirar. Era asqueroso ver cómo mantenían a los animales en algunas granjas, hacinados sin el mínimo espacio para poder moverse, incluso muchos de ellos enfermaban por las condiciones, y aun así, iban directos a la cinta del empaquetado, y de ahí a nuestros platos. Al documental de las granjas le siguió otro sobre las porquerías que echaban en la comida empaquetada, y después uno más sobre comida ecológica. Nos habíamos tragado sin pestañear tres documentales. Eso sí, mientras

veíamos la tele, nos soplamos las cuatro botellas de vino y nos comimos todo el queso, incluido el roquefort. Todo ello, con la conciencia tranquila, porque Dino había seleccionado cuidadosamente todo los quesos de pequeñas granjas locales, donde las vacas pastan y corren a sus anchas.

-No voy a comer nunca más pollo que no esté criado al aire libre – dije asqueado por las imágenes del documental.

-¿Tú crees que la oreja que te ponen en el bar Alfonso es de cerdo libre?

– preguntó Dino, con preocupación. Más por la posibilidad de tener que dejar de comer la oreja allí, que tanto le gustaba, que por la libertad de los gorrinos.

-Sí, seguro. Allí, seguro. - Y después de estas palabras caímos dormidos en un profundo sueño, fruto de la mezcla de alcohol, queso e imágenes de impacto.

Estaba soñando que Dino y yo teníamos un restaurante, y en la cocina teníamos vacas vivas que ordeñábamos para hacer queso. Estaba tan feliz en mi sueño, cuando alguien empezó a menearme.

-Óscar, Óscar, despierta.

Abrí los ojos, y vi a Dino a mi lado roncando como los cochinos de la granja orgánica, y a Alex enfrente mío, meneándome de lado a lado.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa? – pregunté desconcertado.

-¿Pero qué hacéis, ahí, dormidos los dos? - dijo Alex, consternada por la imagen de ver a su marido dormido con su mejor amigo, y de fondo en la televisión, que se había quedado encendida, mostrando anuncios de línea erótica gay.

-Nos hemos quedado dormidos - contesté, bajando el tono de voz, al ver que Dino estaba como un tronco.

-¡Por Dios, qué olor a pies!, abre el balcón para ventilar - exclamó Alex, mientras intentaba mover el aire con sus manos, para espantar el hedor.

-¡Que no! Que no son pies. Huele a queso, hemos comido roquefort.

-Lo que sea, pero ventila el salón, por favor - Alex no parecía muy convencida por la explicación del queso, y miraba con cara de asco los pies de Dino, que se había quitado los calcetines -. Me voy a la cama.

Alex desapareció por el pasillo, y yo me levanté para tapar a Dino, que seguía disfrutando de su sueño, con una manta para que no cogiera frío. Al moverle los pies para tumbarle sobre el sofá salió un olor asqueroso, entonces me di cuenta que no era el queso a lo que olía el salón, sino a pies. Qué razón tenía el documental: somos lo que comemos, y así es cómo empezó mi causa por la agricultura orgánica.

El fin del fin... de semana

La tarde del domingo continuó tranquila. Alex siempre estaba de buen humor después de pasar tiempo con su familia, y de mal humor cuando pasaba tiempo sin verlos, y también cuando a mí, me veía demasiado. Cuando estaba contenta, era la persona más divertida y encantadora del mundo. Adoraba su carácter alegre y positivo. Sin duda los polos opuestos se atraen, porque yo era más bien una persona negativa. Ella siempre veía el vaso lleno, y yo, siempre medio vacío; así que nos complementábamos a la perfección. Por ejemplo: cuando llegaba el domingo por la tarde, yo me empezaba a deprimir pensando que al día siguiente tenía que trabajar, pero Alex me animaba a disfrutar de lo que me quedaba de libertad, y me recordaba lo bien que lo habíamos pasado durante todo el fin de semana.

Se podía decir, que en general formábamos un buen equipo. Como todas las parejas, también, teníamos nuestras diferencias. Donde más chocábamos era en el tema del orden y la limpieza. Alex era una obsesa compulsiva con el tema de la limpieza. Lo primero que hacía al llegar a casa era ver si había alguna pelusa en el suelo, y nunca, nunca, nunca, consentía que los platos se quedaran sin fregar para el día siguiente. No

importaba lo extenuante que hubiera sido la semana, ni siquiera la baja del médico te libraba... todo, tenía que quedar perfectamente recogido.

Recuerdo que el primer día que nos fuimos a vivir juntos, me levanté temprano, sin que Alex se diera cuenta, y le preparé el desayuno. Hice huevos revueltos, tostadas, café y un zumo de naranja natural.... Lo puse todo en una bandeja y la desperté al grito de: "sorpresa".... Sus primeras palabras al ver el banquete fueron: "Qué de cosas... Habrás recogido la cocina, ¿no?" Aunque, para ser justos, tengo que decir que yo soy un auténtico desastre y si no fuera por la mano dura de Alex... la casa se caería a cachos.

Pero esa noche de domingo, los dos estábamos contentos. Pusimos música, y juntos preparamos la comida para el día siguiente, gracias a dios, no tenía que llevar el taper de Aurora. Yo tenía asignado el rol de pinche y Alex el de chef de partie. Cuando acabamos con los menús, vimos una comedia en la tele y nos reímos un montón, y por la noche hicimos el amor, antes de dormirnos. Había sido una gran tarde domingo, un gran fin de semana. Quizá la vida, sí podía ser una comedia romántica, al menos, en ocasiones.

2. Mi vida a los treinta y cinco

Lunes seis y media de la mañana. Comienza la semana... ¡A la carga!

El despertador sonó, dando por comenzada la nueva semana. Hay personas de perros y personas de gatos, y hay personas de día y personas de noche; y yo sin duda pertenecía al grupo de los perros y la noche. Odiaba madrugar con todas mis fuerzas. Debería estar prohibido levantarse antes de las siete de la mañana, ese pensamiento fue mi primera actividad cerebral del lunes... No muy positivo, ¿verdad?

Desde que nos habíamos mudado a las afueras tenía que levantarme una hora antes, una razón más para echar de menos mi vida urbanita de centro de ciudad.

Me levanté como pude de la cama, esta es la sensación que debían sentir los boxeadores cuando les dejan noqueados e intentan levantarse antes de que la cuenta de diez acabe. Me imaginaba que me había noqueado Mike Tyson, y mientras intentaba levantarme veía a mi suegro saltando de alegría con los brazos en alto porque había apostado una fortuna contra mí.

Después de luchar por salir de la cama, y hacer la visita obligada al cuarto de baño, llegué a la cocina. Abrí el frigorífico y saqué seis naranjas que después convertí en zumo con mi magnífica licuadora de masticación lenta. Desde que había visto los documentales sobre agricultura orgánica, el zumo de cartón había quedado remplazado por zumo natural con todas sus vitaminas y nutrientes. Hice dos tostadas y cuando el café estuvo listo llamé a Alex para que viniera a desayunar.

-Qué bien huele - dijo Alex, que era del grupo de las mañanas y los gatos, y siempre se levantaba con una gran energía.

-Sí - contesté, sin más. No porque pretendiera ser seco con mi mujer, es que hasta el tercer café, no conseguía emitir más que monosílabos.

-Y el zumo... buenísimo. Muchas gracias, amor - dijo mientras me dedicaba un beso en la frente. Esa era mi recompensa por el esfuerzo de hacer el desayuno a esas horas de la mañana. Esta vez, esboqué una sonrisa y volví a contestar con un: - Sí -, pero más efusivo.

Me alegraba que le gustara el desayuno y su gesto de gratificación compensaba el esfuerzo de exprimir a diario las naranjas. Además, algo de vitaminas nos aportaría, ¿digo, yo?

El ritual, mañanero, continuaba con Alex preparando la bolsa del taper mientras yo me arreglaba, o mejor dicho, me vestía con lo primero que pillaba, ya que mi trabajo no requería ningún tipo de etiqueta; gracias a dios. Hasta había desarrollado un lema, que me permitía no tener que pensar en mi vestuario: "La ropa del domingo... para el lunes sirve"... Alex odiaba mi lema. Luego nos despedíamos en el ascensor. Yo me bajaba en la entreplanta y ella continuaba bajando hasta el garaje.

-Que tengas un buen día, amor – dijimos a la vez, mientras nos dábamos un beso.

Antes de salir a la calle, me miré en el espejo. Como intuía, el beso me había dejado los labios pintados de rojo. Me froté, enérgicamente, abrí la puerta del portal y eché a andar.

Alex se iba en coche al trabajo, ella tenía una plaza de garaje reservada en su oficina, pero yo prefería coger el autobús. El trabajo me pillaba bastante lejos y los atascos eran infernales. Era mejor pasar el tiempo leyendo, que de mal humor en la carretera. Mientras andaba hacia la parada del autobús me giré, y vi el coche de Alex, que se alejaba en dirección contraria. Agaché la cabeza y continué con mi camino como si fuera al matadero.

Cuando llegué a la parada, allí estaban todos "mis amigos del autobús" así les llamaba yo, porque aunque nunca habíamos intercambiado ninguna palabra, a algunos de ellos

llevaba viéndoles a diario, durante años. Todos, teníamos dos cosas en común: la cara de sueño y enfado por tener que madrugar, y el taper de comida en la mano; cosa que a mí, me parecía algo patético. Si me llegan a decir hace diez años que iba a acabar yendo al trabajo en autobús y con un taper para comer, no me lo hubiera creído; por aquel entonces, aún tenía sueños... y soñaba que iría en mi bonito coche al trabajo, y luego comería en buenos restaurantes con mis colegas de profesión. ¡Menudo iluso!

El autobús llegó puntual. Me puse todo lo cómodo que se puede cuando se te sienta alguien que ha comido más de la cuenta durante los últimos treinta años a tu lado, y saqué mi Kindle para leer. Me la había regalado Alex por mi cumpleaños para que no tuviera que ir cargando con libros, sobre todo, con los tochos de más de quinientas páginas que últimamente me había leído. ¿Por qué narices escribían tantas páginas? ¿Acaso cobraban al peso los escritores?

Ocho y media de la mañana. Mi oficina.

El autobús paró, justo enfrente de un inmenso cartel, que daba la bienvenida a una universidad privada, de cuyo nombre no quiero acordarme. Aquí trabajaba yo, nada más ni nada menos que desde hacía diez años de auxiliar administrativo, rellenando las matrículas de alumnos y alumnas que aún tenían sueños de triunfar en la vida.

La universidad era muy bonita, con unos extensos jardines y frondosos árboles, hasta tenía un precioso lago donde habitaban peces de tres ojos; probablemente habían mutado el tercer ojo a consecuencia de comerse la porquería que los alumnos les tiraban. Existía la tradición de tirar las chuletas al lago después de hacer los exámenes, así los peces se las comían y hacían desaparecer la prueba del delito. Este hecho ponía en seria duda la afirmación: "del saber no ocupa lugar", pues a los peces el comerse el conocimiento le hacía brotar un tercer ojo, probablemente por la falta de espacio del recipiente. Cuando entrabas en la universidad, tenías la sensación de estar en uno de esos campus americanos que salen en las películas. Pero al final, no era más que otra universidad corriente con bonitos adornos, para que a los padres pudientes les entrara por los ojos y pagaran una fortuna para que sus queridos hijos estudiaran allí.

Aquí llevaba ya, trabajando diez años; el tiempo había volado. En realidad nunca había salido de la universidad, acababa de terminar de estudiar mi carrera cuando empecé este trabajo. Me habían cogido por mis conocimientos del italiano, porque en la universidad venían a estudiar muchos alumnos de Italia. Al principio me camuflaba entre los alumnos, pero ahora, había envejecido una década y me camuflaba entre los profesores.

Mi trabajo era bastante mecánico y aburrido. Consistía en coger las matrículas que los alumnos habían previamente rellenado a mano y pasar los datos al ordenador, usando el software de la universidad. Ya me dirás tú, para qué necesitaban mis conocimientos de italiano.

El trabajo era tan mecánico, que me permitía pensar en otras cosas la mayor parte del tiempo, y así era como había desarrollado tanto mi imaginación en los últimos años. Lo malo es que había cogido la manía de sumergirme en mi mundo imaginario, ya no solo, en horas laborales sino, también, cuando alguien me hablaba de cosas que no me interesaban o convenían. Por ejemplo, cuando Alex me contaba la vida de sus millones de amigas, y sobre todo cuando empezaba a hablar de temas de niños, yo, desconectaba...

En mi departamento éramos doce personas, y solo tres hombres: Manolo, el bedel que se intoxicó con las croquetas de Aurora, Nachivo que en realidad se llamaba Nacho, pero como se encargaba del archivo yo le había apodado cariñosamente: Nachivo, y por supuesto, yo mismo. El resto eran mujeres de cuarenta para arriba, y la verdad sea

dicha, no muy agraciadas físicamente, aunque todas ellas muy cariñosas y buenas compañeras. Al principio Alex no parecía muy contenta con la idea de que solo trabajara con mujeres, hay que tener en cuenta que yo estaba en mis veinte y mis compañeras en sus treinta, según los científicos el apogeo sexual de hombres y mujeres. Pero un día Alex vino a la oficina a traerme las llaves de casa que se me habían olvidado, y después de conocer a todas mis compañeras en persona me dijo al despedirse:

“Cariño, qué tranquila me quedo, me encanta que trabajes aquí” y eso que ese día faltaba mi jefa, que era la más fea de todas.

Quizá el trabajo no era apasionante pero formábamos una gran familia, y la jefa de la familia se llama: Victoria. Ella había sido campeona de yudo en su juventud, tenía el pelo corto y vestía siempre con camisas de leñador. Te puedo asegurar, que afortunadamente la discriminación femenina no existía en mi trabajo, no sé, si porque éramos una empresa moderna o porque todos los hombres tenían miedo de Victoria. Como buena jefa, Victoria nos defendía a capa y espada. Un día la vi tener una discusión con el jefe de recursos humanos, al parecer querían reducir el personal del departamento. Se puso tan furiosa que empezó a gritarle y hacer aspavientos con una mano mientras con la otra lo agarraba por el cuello de la camisa, todos pensamos que la llave de yudo estaba al caer... Por suerte para el de recursos humanos, el director general entró para poner paz, suplicando a Victoria que lo soltara. No solo no redujeron personal, sino que desde ese día nunca más, nadie de recursos humanos volvió a entrar en nuestro departamento... y, de esto ya hace varios años.

Yo me sentaba al lado de Nachivo, que me hacía reír mucho, y eso me ayudaba a sobrellevar mejor el arduo trabajo. Nachivo era un gran compañero y una gran persona, pero más bruto que un arao. Siempre estaba comiendo, no importaba la hora que fuera, ni lo que fuera, lo importante era llevarse algo al estómago. Así, que su cajón hacía más bien la función de despensa. Si alguien en la oficina tenía hambre, Nachivo era el hombre a preguntar.

Un día a mi compañera Sara, que siempre estaba lamentándose por haber cumplido ya los cuarenta y seguir soltera, se acercó a Nachivo. Sara, era lo contrario a Nachivo, estaba obsesionada con mantener la figura y comía menos que un pajarillo. Era media mañana, y al parecer tenía bastante hambre porque, no había desayunado. “Nacho, ¿tienes algo de comer?” le preguntó el pajarillo inocente. Pero Nachivo, que no era precisamente de modales finos y que compartía todo lo que tenía menos la comida, le contestó:

“A ver Sarita, solo tengo una cosa”.

“Lo que sea” respondió sin pensarlo, mientras le crujían las tripas animadas por llevarse algo a la boca.

“Solo tengo bocadillo de polla, pero se me ha acabado el pan”.

A mí me pareció la ordinariez más grande que había oído en la vida, por lo menos en una oficina, pero por alguna razón me hizo mucha gracia y siempre recuerdo la anécdota cuando quiero explicar la bruteza de Nachivo.

Sarita tardó un poco en reaccionar al comentario. Creo que no lo había cogido muy bien, y estaba planteándose, todavía, la parte de comer sin pan.

Victoria, nuestra jefa, reprendió a Nachivo por decir tal ordinariez en la oficina, y lo amenazó con mandarle a trabajar a una granja, pero ni siquiera ella, pudo resistir reírse.

El trabajo de Nachivo, también, era muy aburrido: consistía en traer los expedientes que nosotros pasábamos al sistema informático, y luego colocarlos de vuelta en el archivo. Así, que entre idas y venidas al archivo echaba un ojo a las estudiantes, y cuando veía alguna que llamaba especialmente la atención venía como loco a contármelo. A veces insistía tanto, que tenía que pedir permiso a Victoria para

acompañarle al archivo con la excusa de que había que traer muchos expedientes. Así, en resumen, habían sido mis diez años de carrera profesional. Algunas de las guapas estudiantes a las que habíamos bajado a ver, ahora, eran: jueces, médicos y abogados; pero Nachivo y yo seguimos aquí, expedientando, archivando y mirando los culos de las nuevas promesas, a las que cada vez sacamos más y más años. Realmente, necesitaba un cambio en mi vida. Dino tenía razón. Tenía que sentarme y continuar escribiendo mi novela. En cuanto llegara a casa, cenaríamos y me pondría a escribir.

Alex y su oficina...

La vida laboral de Alex era totalmente diferente. Alex se acababa de comprar un Fiat 500 color blanco, siempre le había encantado “el huevo”, que así es como ella lo llamaba. Ahora teníamos a Mochito y el huevo, y aunque eran familia, apenas se conocían porque el huevo dormía en el garaje y Mochito lo aparcaba en el primer sitio que pillaba en la calle. Digamos que el huevo, era el hijo mimado. Alex trabajaba cerca de casa, a unos diez minutos en coche. La sucursal del banco estaba en una bonita zona residencial, en un pueblo vecino al nuestro. La zona era una de las de mayor poder adquisitivo de España. Alex estaba acostumbrada a tratar con clientes adinerados, y muchos “nuevos ricos”, como diría mi madre.

Alex era la directora de la oficina. Ella valía mucho, y su buen trabajo no había pasado desapercibido para sus jefes. Además, Antonio, mi suegro, todavía tenía buenos contactos en el mundo financiero y había movido algunos hilos para que Alex acabara en la mejor sucursal, y de paso cerca de la casa de sus padres, y ahora de nuestra casa, también.

A diferencia de mí, Alex se arreglaba mucho para ir a la oficina. Desde que era la directora, se había comprado muchos trajes caros. Habíamos ido de compras a las mejores boutiques de Madrid, donde se había gastado una fortuna en trajes y chaquetas. Yo, ni siquiera sabía que un traje pudiera valer tanto, el único que tenía lo había heredado de mi padre. Me había sentido realmente incómodo en esas tiendas de lujo. En general, me siento incómodo cuando entro en sitios de ricos, no importa si es una tienda o un restaurante, siempre tengo ese feeling de pertenecer a otro sitio, de estar totalmente fuera de lugar. Me siento como si en cualquier momento va a venir el de seguridad y me va a decir: ¡Eh tú, el del jersey de Primark, fuera de aquí ahora mismo, que sé que no tienes dinero para gastar!

Últimamente estaba un poco sensible con todo este tema de los comercios y el dinero. Todo empezó cuando unas semanas antes de navidad solicité la tarjeta de crédito de unos grandes almacenes, con la idea de hacer buenos regalos a mi familia, y así poder pagarlos a plazo. Es la típica tarjeta que tiene todo el mundo, pero a mí, a pesar de ser fijo en la universidad, me la denegaron por tener un salario bajo. Probablemente, si lo piensas bien, es una tontería superficial sin importancia, pero me hizo sentir bastante mal. Fue el detonante para empezar a pensar que tenía que hacer algo para conseguir más dinero. ¿Qué pasaría si Alex no pudiera trabajar una temporada? Con mi mísero sueldo, no podríamos vivir. Ese pensamiento, me atormentaba, y algunas noches no me dejaba pegar ojo.

Alex siempre me está diciendo que juntáramos las cuentas del banco, y así podría conseguir la maldita tarjeta de crédito, pero yo estaba empecinado en conseguirla por mis méritos. Además, no me sentía cómodo con la idea de estar en su cuenta bancaria, a pesar de estar casados, no veo nuestro matrimonio como el de mis padres, en lo que económicamente se refiere. No tengo la impresión de que todo lo mío sea suyo, o todo lo suyo sea mío, quizá esa sensación se consigue después de muchos años de matrimonio, o quizá simplemente, son otros tiempos. Por otro lado, es una gran

contradicción cuando yo daría mi vida por ella...

Solo había estado un par de veces en la nueva oficina de Alex. Era la típica sucursal de banco, nada de especial. La habían renovado hace poco y todo el mobiliario estaba nuevo. Me parecía un sitio muy frío, aunque Alex trabajaba allí, y eso le daba una cierta calidez.

Alex tenía un pequeño despacho que la separaba del resto de sus compañeros. Recuerdo, la primera vez que entré en su despacho: Alex estaba hablando por teléfono, y me hizo el gesto de sentarme, como si fuera un cliente más. Me llamó la atención la profesionalidad con la que hablaba por teléfono, especialmente porque en casa siempre me hace llamar a mí a todos los sitios: restaurantes, hoteles... Aunque era mi mujer me sentí un poco intimidado, por la atmósfera del banco, como si estuviera allí para pedir un crédito a cuarenta años: Su despacho, su cartel de directora de oficina, su traje y su tono profesional, solo quería salir de allí y estar con mi verdadera mujer, mi dulce mujer.

Todos tenemos jefes y Alex, a pesar de ser directora de oficina, no era una excepción. Si mi jefa era una yudoca justiciera que defendía a su equipo a muerte, el jefe de Alex era un capullo integral. Se llamaba Javier Gutiérrez. Si piensas en alguien pijo que trabaja en banca, acertarás al cien por cien el look de Javier Gutiérrez: llevaba el pelo repeinado hacia atrás con kilos de gomina, y siempre vestía trajes caros que pegaran con su BMW serie tres. Alex le llamaba, Javi, como si fueran amigos del alma, y a mí me ponía de los nervios. Supongo que a eso es lo que llaman, celos. Su jefe tenía unos cuarenta y cinco años y se conservaba muy bien, como dirían las abuelas, tenía buena planta. Alex siempre me había mencionado varias veces que corría maratones. "Javi está corriendo la maratón de Nueva York..." no lo soportaba. También me había contado que estaba divorciado y tenía dos hijos a los que solo veía algún fin de semana, por imposición judicial. Pero lo que más nervioso me ponía, era que su mujer le había dejado hace un año, cuando descubrió que tenía un lío con una compañera del banco. Desde entonces, se había empezado acercar peligrosamente a Alex. Alex juraba y perjuraba que no estaba detrás de ella, pero yo tenía claro que sí. Sé perfectamente cuándo un hombre, anda detrás de una mujer. No sabía cómo sacar el tema, pero una noche tuvimos una conversación, seria. A mí me inquietaba la situación, pero Alex no veía que Javier era un tiburón al acecho.

- "Está muy deprimido con lo de su mujer, necesita alguien con quién hablar" - decía Alex, que no veía que estaba cayendo en la trampa del depredador.

- "Quiere algo contigo, Alex" - me atreví a decirle un día que nos habíamos tomado un par de gin-tonic -. "No me gusta ese tío".

- "Vamos, no seas así, lo está pasando mal. Hay que ayudar a la gente".

No había duda de que el tal Javier era un profesional del engaño: antes había engañado a su mujer y ahora iba a por Alex; a mí no me la pegaba.

- "¿No estarás celoso?" - encima, Alex se reía. Yo no le veía la gracia.

- "No, qué va, no es eso" - mentí. Cómo no iba a estar celoso, ese tío era guapo, rico y con éxito. Mi única ventaja competitiva era que había llegado antes. Si se acercaba más a Alex lo machacaría, aunque me sacara dos cabezas y fuera más fuerte. Ya pensaría en una estrategia, lo atacaría por la espalda y lo estrangularía.

- "Ya sabes que tú, eres lo más importante del mundo para mí" - me estaba poniendo tenso y rojo de verdad en pensar en el estrangulamiento que le iba hacer, y creo que Alex se dio cuenta.

Ocho de la tarde - De vuelta en casa

Llegué a casa corriendo con la idea de tener algo de tiempo para escribir antes de que llegara Alex. Así, que tan pronto como abrí la puerta, corrí a la habitación me puse

cómodo y encendí el portátil. Solo llevaba escritas las treinta primeras páginas. Hacía tiempo que no me sentaba a trabajar en la novela, así que tuve que releerlas antes de continuar escribiendo. Me sorprendió gratamente lo que había escrito, soy una persona muy crítica conmigo mismo, así que si me gustaba era una buena señal. Sin duda, estaba inspirado, cuando había escrito las treinta primeras páginas, ¿por qué habría parado? Ya tendría probablemente acabado el libro, e incluso puede que lo hubiera publicado. No esperaba que ninguna editorial me hiciera caso, pero podía publicarlo yo mismo en Amazon; esa era la idea. ¡Qué orgulloso se pondría mi padre cuando viera el nombre de su hijo en la portada de un libro, aunque fuera en formato digital! La idea me conmovió, y es que de eso, precisamente, iba el libro; de la relación entre padres e hijos. Consistía en diferentes historias que narraban ese vínculo tan especial de padre-hijo. Historias que contaban lo que los padres son capaces de hacer por su hijo y viceversa. La idea se me ocurrió después de ver la película “En el nombre del padre”. Fue una de esas películas que te marcan de por vida. Siempre había tenido una relación muy especial con mi padre, para mí, era mi héroe y esa es la sensación que quería reflejar en el libro. Sensación, que seguro, sentían millones de hijos, y que se conmovían al leer mis historias.

Algunas partes del libro eran pura ficción, otras autobiográficas, y otras estaban basadas en hechos reales que en algún momento había leído o escuchado.

Mi Padre – Mi Héroe

Mi padre se llama Óscar. Así que yo siempre he sido Óscar hijo u Óscar junior, depende de quién llamara a casa.

Óscar padre había trabajado toda su vida en la universidad como catedrático de literatura, y era la persona más inteligente que conocía. Curiosamente los dos habíamos acabado trabajando en la universidad, aunque él en lo más alto y yo en lo más bajo. Él, era una autoridad en su campo y yo tenía la misma autoridad que una silla o un perchero de la facultad.

Mi padre me había inculcado el amor por la lectura desde muy pequeño, y quitando el paso por la adolescencia donde me rebelé ante todo y ante todos, no solo ante gente conocida sino también di la espalda a gente como Dumas, Hemingway o Miller, que siempre me habían acompañado en mis ratos de soledad; siempre había leído mucho. No había leído ni de lejos la cantidad de libros que mi padre cuando él tenía mi edad, pero sí que me consideraba un buen lector; especialmente si me comparaba con mis amigos o con la mayoría de la gente de mi generación.

Óscar padre se había jubilado hacía unos años, y ahora pasaba los días releendo los clásicos que había leído, por primera vez, en su infancia. Recuerdo que cuando era pequeño leíamos el mismo libro a la vez y cuando lo acabábamos discutíamos sobre él. Papá siempre intentaba que le sacara todo el jugo a la lectura, claro que por aquel entonces no lo apreciaba, para mí eran como los deberes que me ponían los profesores del colegio. Después, cuando me hice mayor, dejamos de hacer las lecturas compartidas, pero recientemente habíamos retomado la tradición, y lo adoraba. Realmente ahora que nos veíamos menos, adoraba cada segundo que pasaba con mi padre como si desde que estaba jubilado me hubiera dado cuenta que se había hecho mayor y que nada es infinito. Me había entrado un miedo tremendo de perder a mi padre, nunca le había contado a nadie ese miedo que me aterrorizaba. Quizá el libro me ayudaría a desahogarme. El pensamiento de perder a la persona más importante de mi vida, me atormentaba. Tenía que terminar este libro por él. Sí, lo haría por él.

Me puse a escribir, estaba un poco atascado pero a medida que iba avanzando, las palabras comenzaron a fluir. El sonido de la puerta me interrumpió, era Alex que acababa de llegar del gimnasio. Todos los lunes iba a clases de baile después del

banco.

-Ya estoy en casa – gritó, mientras cerraba la puerta. Solo había escrito tres páginas, necesitaba más tiempo si quería progresar. Quizá podría buscar un trabajo a media jornada, o incluso un trabajo más cerca de casa, en una cafetería por ejemplo. Muchos escritores habían trabajado de camareros, mientras finalizaban sus libros. Claro, que muchos nunca lo habían finalizado, o publicado. Pero me sentía motivado, yo sí lo conseguiría. Tendría que convencer a Alex, no iba a ser fácil. Para ella un trabajo fijo era algo a lo que no puedes renunciar. Buscaría un buen momento para sacar el tema. Alex preparó la mesa e hizo la cena, parecía de buen humor. Insistió en que no necesitaba mi ayuda, así que me puse a mirar chorradas en Facebook hasta que la cena estuvo lista. No tenía muchos amigos en Facebook, prefería mantenerlo como algo más íntimo. Mi muro estaba siempre lleno de chorradas que ponía David y los post sobre el mundo del vino que ponía Dino. Una de las publicaciones me hizo mucha gracia, era un gorila cantando una canción a una tía media desnuda; las publicaciones de David siempre involucraban tías medio desnudas.

-¿De qué te ríes? - preguntó Alex, intrigada.

-Nada, una chorrada que ha puesto David en el Facebook.

Alex se sentó a mi lado para ver de qué me reía, y no pareció hacerle tanta gracia como a mí el gorila, o quizá era la tía en bragas lo que no le hacía gracia. Entonces cogió su Ipad y abrió su Facebook, en busca de cosas más interesantes. A diferencia de mí, Alex tenía en el Facebook a medio millón de amigos: antiguas compañeras del colegio, del instituto, de la universidad, del trabajo, y así hasta tener una lista de amigos digna de algún cantante famoso.

Si mi Facebook estaba lleno de las chorradas, de mis dos mejores amigos, el suyo estaba lleno de bebés, más bebés, más bebés, niños pequeños y barrigas con futuros bebés; ¿he dicho, bebés? Su Facebook era la pesadilla de cualquier novio o marido.

-Oh mira, mi amiga de cuarto de EGB, María del Carmen está embarazada.

Alex siempre me hablaba de todas sus amigas, como si también fueran mis amigas de alma, y yo ni siquiera conocía a la tal María del Carmen, ¿qué más me da si estaba embarazada o no? Pero por complacerle presté atención.

María del Carmen tenía un enorme tripón. - ¿De cuánto está? ¿Tiene que estar a punto de parir, no?

-¡Qué va, pero si está de tres meses!

-¿En serio? – volví a mirar su foto -. ¿Está gorda, eh? - se me escapó.

-¡Qué dices! Tiene barriguita, es que siempre ha sido ancha de huesos – dijo, defendiendo a su amiga, que hacía veinticinco años que no veía.

Para Alex había tres categorías para definir el peso de sus amigas: constitución normal, constitución ancha de huesos y constitución... está hinchada. Aunque luego con mis amigos no tenía piedad. Sin ir más lejos, la semana pasada tuvimos la siguiente conversación:

-“Mira qué barriga le está saliendo a Dino, se está poniendo bufo y viejo. A ti, te va a pasar lo mismo como no te cuides” - con los hombre no tenía piedad, ahora, que nadie comentara el peso de una mujer, que ardía Troya.

-“Pero si jugamos al fútbol todos los domingos” - salté en defensa del sector masculino.

-“Sí, pero después del fútbol, os ponéis finos a tapas y cervezas”. -En eso tenía razón, pero entonces... ¿qué sentido tenía el fútbol?

Alex continuó con su repaso del Facebook.

-¡Oh, mira! – dijo señalando la foto de una preciosa niña que tendría, unos seis meses.

-¡Qué cosa tan bonita! - exclamó en un tono que daba miedo.

Hasta ahora el tema de los niños, solo había salido en ocasiones esporádicas, pero nunca lo habíamos planteado en serio. Yo intentaba por todos los medios evitarlo, aunque sabía que tarde o temprano, tendríamos esa conversación.

-¡Oh, qué guapo! ¡Mira qué mofletes! - volvió a exclamar. Esta vez, era un niño.

-¡Se está saliendo el caldo! - grité, como si la casa estuviera en llamas. Si no lo paraba, sabía lo que venía después: me miraría con esos ojos, a lo que nunca puedo decir “no” a nada, y me diría: “Yo quiero uno de esos”.

Alex me había preparado mi comida favorita para cenar. Me pareció extraño, porque era un plato laborioso que solo cocinaba en ocasiones especiales.

-¿Te gustan?

-Me encantan – de hecho, no cabía en gozo. Alex tenía una sonrisa muy extraña desde que había llegado a casa. Estaba... especialmente contenta. Aunque yo estaba totalmente concentrado en saborear mis albóndigas y no podía pensar en nada más.

-¿No comes más? - le pregunté, mientras me limpiaba el tomate de la cara.

-No, todas para ti, que sé que te encantan. Hay más en la olla, ¿te sirvo?

-No sé, estoy lleno, me he comido doce. Pero están tan buenas. Venga ponme dos más, pero luego no me digas que estoy echando tripa... si me cebas con mi plato favorito.

-Que no, tonto. Come las que quieras, si estás perfecto. Eres el marido más guapo del vecindario - Alex me sirvió cuatro albóndigas más.

-¡No, solo dos!

-Venga cométe las, si son pequeñas. - No rechisté mucho y me comí todo el plato, mientras Alex me observaba con esa sonrisa estúpida.

-¿Te pasa algo? ¿Por qué sonrías así? - pregunté finalmente, mientras me desabrochaba el pantalón. Hace unas semanas me había dicho que me estaba poniendo gordo y ahora me cebaba a albóndigas y encima me sonreía sin parar. ¿Qué estaba pasando aquí?

-Nada, estoy contenta.

-¿Y, eso? - crucé los dedos, esperando que no tuviera nada que ver con los bebés del Facebook.

-¡Creo que me van a hacer jefe regional! - dijo emocionada y meneándome de tal manera que las albóndigas empezaron a botar en mi tripa como en un partido de Roland Garros.

-¿Pero, ese no es el puesto del repinado? – si su jefe se iba de la empresa, eso sí que sería una alegría.

-Javier ha sido ascendido a director nacional. Me ha llamado esta mañana para contármelo, y quiere que cenemos juntos este viernes para hablar de mi futuro profesional. No me ha dicho nada de mi ascenso, pero tiene que ser eso, ¿no crees? ¿Para qué si no iba a querer cenar conmigo?

Ahora sí, que se me estaban revolviendo las albóndigas, de verdad. ¿Cómo podía ser Alex tan inocente? ¿Acaso no veía que el repinado quería algo con ella? Empecé a ponerme nervioso y a sudar, solo de imaginarme a mi mujer, cenando con el tío ese.

-¿Te encuentras bien, Óscar? Estás sudando a chorros.

-Sí, es que he cenado mucho. Ya te he dicho que eran muchas albóndigas. Tengo que ir al baño.

Pero, ¿qué tienen los cuartos baños que solo te vienen pensamientos de mierda? ¿Y si mi mujer se sentía atraída por Javier? ¿Y si la emborracha en la cena y la seducía? A Alex se le iba muchas veces la mano con el vino... A veces hablaba sin parar, y cuando se quería dar cuenta se había soplado la botella. Quería confiar en mi mujer, pero no

podía evitar pensar, que algo malo podía ocurrir. Javier lo tenía todo, era director nacional, regional, internacional, o los tres cargos a la vez; y yo... yo solo tenía treinta páginas de un libro, que no sabía si alguna vez acabaría. No podía permitir que fuera a esa cena. Pero, ¿cómo se lo podía decir? “No quiero que vayas a cenar con tu jefe”. Pensaría que me he vuelto un celoso, además, no me haría caso. ¡Ojalá los problemas se fueran, también, al tirar de la cadena!

Miércoles - Ya vamos por la mitad de la semana laboral...

El miércoles quedé con mis amigos para ir al cine. Dino quería ver una película japonesa subtitulada y David quería ver una película de acción. Tenían gustos diferentes y siempre teníamos el mismo problema cuando íbamos al cine. A Dino le encantaban las películas de culto y para David la saga “Rambo” estaba en su top cinematográfico. Pero los tres compartíamos risas con las comedias estúpidas como: “American Pie” o “Resacón en las Vegas”. Así que entramos a ver una película que en el cartel aparecía una pandilla de amigos en sus treinta rodeados de universitarias ligeras de ropas... Muy apropiado.

La película era mala, pero muy mala... aun así, nos reímos un rato y vimos unas cuantas tías buenas.

-¿Qué más le puedes pedir a una película? – dijo David al salir del cine.

-Hombre, siempre está bien que te dé qué pensar. Que te comas un poco el coco – contestó Dino.

-Dino, a mí me ha dado qué pensar. Estoy pensando si este fin de semana voy a llamar a María, de tercer curso, que se parece a la protagonista rubia, o a Paula de cuarto curso, que se parece a la protagonista morena. ¿Y a ti, Óscar?

-A mí... no sé... - “¿Que esos tiempos ya eran historia? ¿Que la fase más divertida de la vida ya había pasado para mí? ¿Que a mí también me gustaría volver a ir a fiestas universitarias, pero me preocupaba que mi mujer quedara con su jefe?...” – Es una tontería de película, no me ha hecho pensar en nada - mentí.

Después del cine, como era costumbre, entramos en un bar a tomar unas cervezas.

-¿Sabéis qué? Deberíamos montar una fiesta universitaria como en la película – propuso David, que siempre que íbamos al cine salía tan emocionado que quería convertirse en el protagonista sin importar cual fuera el argumento. Si era una película de abogados, quería cambiar de carrera y matricularse en la facultad de derecho al día siguiente; si era de acción, quería apuntarse a un gimnasio de artes marciales y convertirse en Bruce Lee; si era una película romántica, decía que había llegado la hora de asentarse la cabeza y buscar una pareja estable... Por suerte la emoción le duraba máximo veinticuatro horas, y después se olvidaba por completo.

-¡Pero qué dices, David! ¿Cómo vamos a hacer una fiesta universitaria si tenemos cerca de cuarenta? Que trabajes en la universidad, no significa que puedas llevar la vida de los estudiantes.

-Habla por ti, Dinosaurio, yo tengo treinta y cinco. Esta es la edad perfecta, las de veinte nos ven jóvenes, pero al mismo tiempo con ese toque maduro que nos hace irresistibles. - Dijo David, que ya se había sumergido por completo en el protagonista de la película.

-Yo prefiero una mujer de mi edad. Es como comparar un vino joven con un crianza - le contestó Dino, que no parecía estar de acuerdo con las teorías de David -. Alguien con quién poder compartir mis gustos y mis aficiones.

-Sí, alguien con quién ir a recoger fósiles, ¿no? – se rio David.

-Fósiles no, pero por ejemplo ir a recoger niscalos – le respondió Dino, que no había cogido la metáfora de los fósiles -. Sinceramente, no veo una chica de veintitantos compartiendo mi afición por lo niscalos...

-¡Mira esas!, ¡mira esas! – le interrumpió David, señalando a dos chicas que pedían en la barra.

-O mis gustos por los vinos, el paté, los quesos... - seguía Dino con su discurso.

-Eso sí, que son quesos, Dino – le interrumpí yo ahora, para que viera el panorama.

-Fijaos, chicos: se le ve el tanga por fuera -exclamó Dino, mientras limpiaba el cristal de sus gafas para ver mejor.

-Joder, qué obsesión con los tangas tienes, tío. Pareces un viejo verde.

-¿Qué pasa? Es una prenda que me fascina.

Dino tenía fijación por los tangas, era su talón de Aquiles, la Kryptonita para Superman, la calvicie para Sansón. Desde que estábamos en la universidad era capaz de ver un tanga a kilómetros, y eso que era miope.

-Ves Dino: te digo yo que lo mejor es quedar con mujeres en sus veinte David aprovechó el momento de debilidad de Dino, para hacer fuerte su teoría –. Además, las de veinte no te dan el coñazo con cosas como el matrimonio, los hijos o comprar una casa.

-Pero eso... eso se llama compartir la vida, ¿a qué sí, Óscar? – preguntó Dino al salir del hechizo del tanga.

-Eso, pregúntale a Óscar, que está casado – le desafió David.

-¿Tú, qué prefieres las mujeres en sus veinte o en sus treinta? –

preguntó Dino con seriedad, como si de mi respuesta dependieran sus cimientos ideológicos.

-Me quedé callado pensando bien mi respuesta.

Las chicas cogieron las copas y se giraron, eran realmente muy atractivas y los tres nos quedamos embobados mirándolas. ¿Qué nos pasa a los hombres? ¿Es que nunca nos conformábamos con nada? Cuando teníamos dieciocho años, veíamos a las de treinta como diosas inalcanzables, y ahora que tenemos treinta y cinco vemos a las de dieciocho como diosas prohibidas.

-Me quedo con las dos – contesté diplomáticamente para no tener que elegir, y porque en mi mente siempre aparece Alex, aunque no esté presente físicamente.

-¿Pero, con esas dos? ¿O con las de veinte y las treinta? – preguntó

Dino. No sé si de verdad, o con ironía. Los tres nos echamos a reír.

Animado por el tema de la conversación y por las botellas de vino que iban cayendo, siempre, claro, después de que Dino las catara y diera su visto bueno, me puse a relatar el encontronazo del fin de semana pasado con Laura, la universitaria a la que había abollado su reluciente y nuevo Mini Cooper.

-Os lo juro tíos, era guapísima. No de ese tipo de belleza que tienen las modelas sino más bien, no sé cómo explicarlo, una belleza real: Guapa, morena, ojos azules y tenía un piercing en la nariz y... otro en la lengua.

-Por ahora, no es mi tipo – dijo Dino, que amaba los tangas, pero odiaba los piercings. Según describía a Laura, iba recordando lo guapa que era, y cómo me había quedado pasmado como un tonto cuando la tenía delante.

-¿Y de culo y tetas cómo iba? - preguntó David, que todas eran su tipo.

-¿Y te contó algo de sus gustos? ¿Le gusta el cine, el teatro...? – preguntó ahora Dino, dejando claro las prioridades de cada uno de mis amigos.

-¿No sabrás su apellido?

-No me acuerdo, pero espera creo que tengo sus datos apuntados en el móvil. Aquí está: Laura Montiel, Laura Montiel Fonseca.

-Joder, tienes razón. ¡Pues sí que está buena! ¿No será esta? – exclamó David, mientras nos mostraba una foto de un perfil de Facebook, en su móvil.

-Sí parece, pero no estoy seguro. – La foto era muy pequeña y no se veía la cara con detalle.

-Tiene el Facebook sin seguridad, podemos ver todas sus fotos.

-Pero... tú, ¿quién eres? ¿Un espía pervertido? – dijo Dino medio en bromas, medio en serio.

-¡Pero qué dices Dinosaurio! En este siglo se liga así. Si quieres hacerte una tía, lo primero es analizar bien su perfil de Facebook.

-¡Qué pérdida de tiempo! Con lo bonito que es cortejar a una mujer, e ir conociéndola poco a poco – protestó Dino.

-Pues, como vayas poco a poco, te vas a meter en la cincuentena, Dinosaurio; que ya te están saliendo canas.

-¡Que no son canas, coño! Que son pelos rubios, ya te he dicho que mi tatarabuelo era alemán.

Mientras mis dos amigos seguían discutiendo como el perro y el gato, yo me puse a curiosear el Facebook de Laura. Tenía un montón de fotos haciendo el tonto con sus amigas. Las más recientes eran de la playa. Al parecer había estado con sus amigas en Ibiza. David y Dino, pararon de discutir al instante, al ver las fotos de las chicas en bikini. Seguimos curioseando, en su vida. ¿Será verdad que todos somos uno poco voyeur? Me hizo gracia ver que tenía un montón de post sobre la legalización de la marihuana, y me reí al recordar que me había preguntado si yo vendía hierba.

-¿Sabéis qué me preguntó? Que si yo vendía marihuana... Qué ocurrencia, ¿verdad? Esta juventud... – dije riéndome.

-No me extraña, Óscar, conduciendo ese coche - al parecer a Dino, no le parecía una ocurrencia disparatada.

-Las amigas están que crujen - sentenció David -. Mira, esta para ti, Dino - dijo señalando a una señora, que parecía ser su abuela.

-Bueno, ya está, dejemos de cotillear en su vida privada - me sentía un poco mal por estar hurgando en su intimidad, así que apagué el móvil.

-Pero, ¡qué dices, tío! ¿Cómo lo vamos a dejar ahora? Tenemos que quedar con ellas - me reí con la ocurrencia de David. Siempre estaba de broma.

-Va en serio. Tienes que hacerlo por nosotros - igual... no lo decía en broma.

-¿Cómo la voy a llamar? ¿Qué coño le voy a decir? Oye, mira que mis amigos han visto a tus amigas en bikini en tu Facebook y quieren que quedemos.

-Sí, algo así. Bueno puedes obviar lo del bikini si quieres, aunque tampoco lo veo mal.

-¿Y si se entera Alex? – no podía creer que esta conversación fuera en serio.

-¡Qué se va enterar, es imposible! - estaba claro que David desconocía el poder extrasensorial que tienen las mujeres casadas, para saber cuándo no dices la verdad -. Además, está el tema de la edad. Por si no os habéis dado cuenta, les sacamos quince años.

-Diecinueve - puntualizó Dino.

Se hizo un silencio. El tema de la edad, parecía haberle hecho entrar en razón.

-¡Ya lo tengo! – saltó Dino, interrumpiendo el agradable silencio -. ¿Por qué no le dices que has comprado marihuana? Como le gusta tanto... - cuando quería, Dino podía ser la mar de ingenioso.

-¡Me cago en la leche! ¡Dino, eres un puto genio! – dijo David mientras le besaba las canas una a una, como si la gran idea hubiera surgido a consecuencia de su veteranía -. ¡Qué idea tan de puta madre! Lanzamos el cebo y pican los peces - Dino y David se pusieron a hacer el gesto de lanzar una caña y ponerse a pescar,

como si fueran dos adolescentes que hubieran visto un sujetador por primera vez. No me podía creer que mis amigos tuvieran treinta y cinco y treinta y nueve años. Si el resto de mi generación era así, estaba claro por qué había una crisis mundial.

-¿Pero de dónde vamos a sacar marihuana? Si ninguno fumamos. – No quería ser un aguafiestas, pero en algún momento había que parar esta locura. Y la verdad era que ni yo ni mis amigos sabíamos distinguir marihuana buena de perejil fresco.

-Mi madre fuma marihuana – dijo Dino que hoy parecía tener respuestas para todo.

-¡Tu madre! - exclamamos a la vez David y yo, sorprendidos por la noticia.

-Sí, desde que se divorció de mi padre y empezó a quedar con sus nuevas amigas, todos los días se fuma un porro de marihuana antes de dormir. Hasta hacen fiestas de marihuana para divorciadas. Hacen magdalenas y bizcochos rellenos de hierba.

-¡Joder con tu madre, Dino! ¡Cómo se lo monta! Mi madre es de la sección anti-droga. – Dijo David, con pena, por no tener una madre porreta.

- El caso es que mi madre me había comentado, alguna vez, que olía a droga en el descansillo del portal - dije recordando, cómo mamá se había puesto histérica porque el portal olía a droga, y se pensaba que todos los niños de la comunidad se iban a colocar –. Claro, que siempre echaba la culpa al pobre vecino de abajo.

-¿A Paco, el andaluz?

-Claro, como siempre está riéndose y contando chistes mi madre pensaba que se había fumado algo. Mamá es de Burgos y eso de estar siempre riéndose, no lo ve normal.

-Pues, no. Era mi madre - confesó Dino.

-¿Pero cómo sabremos, si es hierba de la buena? Está claro que la tal Laura es una profesional del fumeteo, no nos podemos presentar con cualquier porquería - preguntó David que cuando un proyecto, involucraba tías buenas, podía llegar a tomárselo muy en serio.

-Tiene que ser buena, porque con lo que se ríen en las fiestas – le tranquilizó, Dino –. Además, mi madre solo compra lo más caro en todo: ropa, zapatos, bolsos... por eso mi padre se divorció de ella. Seguro que tiene que ser el Armani de la marihuana.

-¿Puedes pedirle un kilo para mañana? – preguntó David.

-¡Pero qué dices! ¡Estás loco! Cómo le voy a pedir la marihuana a mi madre. Además, ¿un kilo?, ¿qué te crees que mi madre tiene una plantación?

-No sé, un kilo, tres cuartos... mejor que sobre que falte, digo yo.

-Si no se la vas a pedir a tu madre... ¿cómo piensas conseguirla? –

pregunté, sin darme cuenta, de que sin quererlo ya me habían enredado en el plan.

-No se la puedo pedir a ella, pero yo sé dónde la consigue. Se la pasan en el centro de yoga del barrio.

-¡Coño, no me jodas! – mi barrio de la infancia, que hasta ese momento siempre me había parecido un lugar de lo más aburrido del mundo, resultaba ser un lugar de vicio y diversión -. Por eso la gente sale tan feliz de ese sitio... y yo que pensaba que era por la meditación.

-Tenemos que ir mañana, que es el único día que mi madre no va.

-¿Mañana? ¿Ya, tan pronto? No sé, no sé - dije, no muy convencido, de que fuera una buena idea.

3. ¡Día de paga!

Por fin era día de paga. ¡Qué corto era el sueldo y qué largos los meses! Ayer me había gastado los últimos euros en el cine y en los vinos. Era un auténtico desastre administrando el dinero, menos mal que Alex era economista, y se encargaba de las finanzas de la casa. Eso sí, ajustaba el dinero como nadie, y nunca me había quedado en números rojos. Concretamente este mes había dejado la cuenta en dos euros y treinta y siete céntimos. Yo creo que era una gran cualidad ajustar así el presupuesto, aunque Alex no compartía mi opinión. En la universidad nos pagaban el quinto día del mes, y siempre seguía el mismo ritual: Me levantaba, abría el cajón y cogía el Ipad, pero en lugar de meterme en el periódico deportivo, como el resto de días, abría la página del banco y ahí estaban, recién llegado del universo mis novecientos treinta euros. Por un pelín, no llegaba a mileurista. ¿Cuántos expedientes había tenido que rellenar para obtener ese dinero? ¿Mil? ¿Cinco mil? ¿Quién sabe? Nunca me había puesto a calcularlo, ni tenía intención de hacerlo. Imagínate el estrés si supiera lo que cobro por expediente tramitado. Cada vez que rellenara uno, estaría: diez céntimos, veinte, treinta, un euro, dos... ya tengo para un café... sería horrible. Una vez que comprobaba que el dinero estaba en la cuenta, me quedaba mirándolo un rato; como si hubiera amasado una fortuna digna de contemplar. Luego, comenzaba a hacer las transferencias pertinentes, ¡cuánto tardaba en venir y qué rápido se iba!

Después de realizar los primeros pagos, todavía me quedaban trescientos euros para uso y disfrute, y me moría de ganas por comenzar a gastarlos. Mañana era viernes, invitaría a Alex a ese restaurante de sushi que tanto le gustaba. Después de eso... pequeños caprichos: unas cervezas con los amigos, un café en la universidad... y así hasta el mes siguiente.

Alex siempre pagaba las cuentas cuando salíamos por ahí. Así, que en cuanto tenía un poquito de dinero me encanta invitarla. Me hacía sentir bien. Desafortunadamente su comida favorita era el sushi y como era tan caro solo podía pagar la cuenta el primer fin de semana, justo después de cobrar. Si le hubiera gustado la oreja en el bar de los domingos, la invitaría más a menudo. Pero Alex era más sofisticada que mis amigos.

Los jueves entraba en la universidad más tarde, tenía turno de once a siete. Alex ya se había marchado cuando me desperté. Sin salir de la cama le escribí un WhatsApp:

“Buenos días guapa, ¿qué tal has dormido?”. Después, añadí dos corazones al mensaje. A Alex le gustaban esas cosas y si no adornaba el mensaje con figuritas de amor y besos se pensaba que estaba enfadado con ella. Cosa, que era verdad, en muchas ocasiones.

“¿Quieres que vayamos mañana al Sushi?”. Continué escribiendo. Alex solía estar reunida con clientes así que podía pasar un rato hasta que contestara. Justo cuando iba a salir de la cama, el teléfono sonó. Era el grupo de WhatsApp que teníamos los tres: Dino, David y yo.

“Esta tarde pillamos la hierba”, escribió David.

“No pongas eso en el WhatsApp, la policía puede verlo mejor hablemos en clave”, contestó Dino.

“Pero qué coño dices Dinosaurio, deja de ver películas en blanco y negro”.

“A las siete enfrente del centro de yoga... a por las vitaminas”. Escribió Dino, en lo que él consideraba en clave.

¿De verdad iban en serio? No se les había olvidado. Pensaba que sería la típica chorrada que se dice después de dos vinos y luego ya nadie vuelve a mencionarla. Pero a David, se le había metido entre ceja y ceja las universitarias de psicología y Dino se moría de ganas por hacer algo emocionante en su vida, y lo de conseguir marihuana podía ser lo más arriesgado que había hecho en sus casi cuarenta años.

Los mensajes continuaron:

“¿Vitaminas?, ¿pero qué dices Dinosaurio? ¿No te habrás fumado la marihuana de tu madre?” ¿“Vamos a por la María, la Marihuana, la Hierba, los Canutos...?”

“¿Quién es usted? No le conozco, no escriba en mi WhatsApp” escribió Dino, asustado. Después Dino abandonó la conversación en grupo, y me escribió un mensaje privado.

“A las siete en la puerta, Óscar. El calvo está loco, casi se carga toda la operación”.

Alex tenía razón, mis amigos estaban mal de la cabeza. Alex no tenía muy buen concepto de ellos, decía que eran unos inmaduros, cada uno a su manera. Claro, que a mí tampoco me caían bien sus amigas. No podía aceptar que llamara inmaduros a mis amigos, aunque fuera verdad, cuando sus amigas eran unas engreídas, que siempre nos miraban por encima del hombro.

Dino me había preguntado varias veces por Almu, una de las mejores amigas de Alex, y que además estaba soltera. Era directora de recursos humanos, y por lo que había oído todo el mundo la temía en su empresa. Era la típica persona que siempre estaba a la defensiva. Por ejemplo, Almu tenía problemas de peso, vamos que estaba gorda como una mesa camilla. Pero siempre que venía a casa lo primero que me decía es: “¡Qué mal te veo Óscar, estás delgado pero con tripa! ¿Estás enfermo? ¿No comes?” Como si yo le hubiera dicho: ¡Qué gorda estás, Almu! ¿Te encuentras bien? ¿Tienes hambre?

Pero lo mejor era su profundo conocimiento, según ella, sobre el mundo de la nutrición y sus curiosas teorías sobre las dietas. Almu aseguraba que hasta las tres de la tarde puedes comer todo lo que quieras, y solo engorda lo que comes después de las tres. Dicho así, tampoco suena tan descabellado. Pero es que ella seguía esa teoría a rajatabla. Así, que todos los días se hartaba de comer bocadillos de chorizo y croissants con mantequilla hasta las dos y cincuenta y nueve minutos, hasta tenía una alarma para que le avisara, y después de las tres de la tarde, solo comía ensaladas. Obviamente su teoría no funcionaba y cada vez que la veía había engordado tres kilos, pero cualquiera le decía algo.

Una vez le planteé a Alex la idea de quedar los cuatro, para intentar liar a Dino con Almu. Alex me dijo que no era una buena idea, y que no creía que a Almu le interesara. Yo insistí, igualmente, así que Alex le preguntó a su amiga si quería que quedáramos los cuatro. Bueno, pues su respuesta fue: “que ella no quedaba con ese bicho raro, que ella estaba a otro nivel”. ¿Pero, qué se creía? No la soportaba, no soportaba a las amigas de Alex. Tuve que decirle a Dino, que no estaba interesada porque estaba enamorada de otro. No podía decirle la verdad. Cierto es que Dino, era un bicho raro, pero no quería dañar la sensibilidad de mi amigo.

Dejé el móvil encima de la cama y me metí en la ducha, intentando olvidarme de la historia de la marihuana.

Cuando salí, vi que Alex, había contestado a mis mensajes:

“Hola guapo”.

“No puedo, mañana tengo la cena con mi jefe”.

Había olvidado, por completo, la cena con el moñas ese. No me podía creer que fuera a quedar con él un viernes por la noche.

“¿Al final vas?”. Contesté de mal humor, esta vez sin ningún tipo de figuritas.

“Tengo que ir, es mi jefe... estoy segura que es por el ascenso”. Me imaginé el mensaje de Alex en un tono de voz seco, como cuando está de mal humor. Eso es lo malo de tener una discusión por mensajes con tu pareja, que les vas poniendo voz con tu imaginación y te vas enojando más y más.

“No lo veo bien”. Mi cabreo iba en aumento.

“Vamos no te pongas así, lo hago por los dos”. Ahora, el tono de su voz se había suavizado en mi cabeza.

“No quiero que vayas...”. Y ahora, mi mensaje era una mezcla de enfado y tristeza. Siempre había temido que Alex me dejara por alguien mejor, por alguien más de su

nivel. ¿Era este el principio del fin de nuestra historia?

No sabía si estaba actuando como un marido celoso o tenía razón en intentar proteger el sagrado matrimonio, pero la cara me ardía. Estaba cabreado, estaba enojado, estaba derrotado... tenía miedo de perderla.

Después tres mensajes, sentenciaron la conversación:

“Ya lo hemos hablado”.

“Tengo que irme a una reunión”.

“Te quiero...”, seguido de corazones.

¿Qué significaban ahora los corazones? ¿Eran sinceros? Odiaba este lenguaje de los símbolos multimedia, yo era un hombre de letras, un hombre de palabras.

Tiré el móvil contra la almohada. Quería manifestar mi rabia pero no quería joder el iPhone... todavía me quedaban dos años para terminar de pagarlo. Esto sí que era la impotencia de la clase baja: querer desahogarse y no poder ni romper tus cosas, porque están a crédito.

11am ¿batirse en duelo o usar el iPhone?

Llegué a la universidad y me senté en mi sitio a rellenar las malditas matrículas. El sistema informático había colapsado y todo el trabajo de la semana pasado se había borrado; teníamos que volver a empezar desde el principio. ¡Malditos ordenadores! ¡Maldita tecnología! Nada parecía salir bien... Por qué no habría nacido en el siglo el XVII, cogería mi florete y retaría al repeinado a un duelo a muerte. Le metería el acero por su estirado culo...

-¿Te pasa algo, Óscar? Parece que vas a matar a alguien - Nachivo debió de notar mi enojo.

Normalmente no me gusta a hablar de mis problemas, pero tenía ganas de desahogarme. Nos fuimos al archivo a colocar unos expedientes y de paso a charlar un rato. Si alguien podía entenderme era Nachivo: Los dos éramos lo que se podría denominar un par de “hombres florero”; vamos que éramos dos perdedores, que básicamente vivíamos del sueldo de nuestras mujeres. La mujer de Nachivo era dentista, había montado su consulta antes de que el sector se saturara y tenía mucha clientela fija; ganaba una pasta. Nachivo tenía el mismo mísero sueldo que yo, y a veces bromeábamos con el hecho de que nuestras mujeres nos daban la paga.

No era la primera vez que le hablaba del moñas de Javier y de sus intenciones con Alex, así que solo le puse al tanto de las últimas noticias. Necesitaba saber la opinión de otro hombre casado, necesitaba saber qué haría él en mi situación.

-¿Tengo razón en enfadarme, o no? – le pregunté.

-¡Vamos a darle una paliza! - contestó sin dudarle un segundo. Me alegraba saber que Nachivo estaba de acuerdo conmigo.

-Sí. Sí que se merece una paliza – me reí, pensando que Nachivo hablaba de manera metafórica.

-¿Tú sabes dónde vive? Podemos esperarle en la puerta de su casa.

Aunque a lo mejor, no estaba hablando de manera metafórica. Ya os he contado que Nachivo es muy bruto, y está curtido en mil batallas, y esto no es una metáfora. Vamos, que entre él y mi jefa la yudoca, éramos los “Intocables de Eliot Ness”.

-Bueno... no creo que haga falta. Pero me alegra saber que tengo razón dije intentando tranquilizar a Nachivo, que se lo había tomado de manera personal y estaba muy enojado.

-También lo podemos meter dentro del coche y llevarle a un descampado - continuó Nachivo, que seguía encendido.

-De momento no, tío - tampoco quería desechar, por completo, la idea.

Nunca se sabe.

-Cuando quieras, yo estoy listo - Nachivo golpeó una montaña de expedientes, haciéndolos volar por los aires -. ¡Mierda! La que he liado. No es que Nachivo fuera la voz de la sabiduría matrimonial, pero ahora, estaba seguro que tenía razón. Había que tomar cartas en el asunto y hacer algo al respecto. Ok, si Alex iba a quedar con Javier por trabajo, yo quedaría con Laura por mis amigos. Por supuesto no haría nada de lo que me pudiera arrepentir, pero tenía todo el derecho de quedar con ella. La conversación con Nachivo me había híper motivado, cogí el móvil y busqué el teléfono de Laura en la agenda. Empecé a escribirle un mensaje: “Hola guapa...”. Mejor borro lo de guapa, demasiado directo.

“Hola Laura, ¿te acuerdas de mí? Soy Óscar, el que te dio por detrás el domingo”. Definitivamente eso tenía que borrarlo, sonaba horrible, estaba desentrenado en hablar con otras mujeres que no fueran Alex o mi madre. Demasiado tiempo fuera del mercado.

-¡Maldito roba mujeres! Vámonos, todo recogido - Nachivo me dio un fuerte golpe en la espalda que me asustó de muerte. El móvil se me resbaló de las manos, pero lo salvé antes de que cayera al suelo, la mala noticia... que le di al botón de enviar y el mensaje apareció en el chat de Laura, como si nada. ¿Por qué no me había preguntado dos veces si quería enviarlo? La tecnología me odiaba.

-¡Mierda!...

-¿Qué te pasa, Óscar?

-¿Cómo recupero un mensaje de WhatsApp? Vamos, piensa rápido.

-Ya veo que te has tomado la justicia por tu mano. Haz el amor y no la guerra. ¡Qué golfo estás hecho! – Nachivo empezó a reírse a carcajadas al leer el mensaje.

-Que no Nacho, que no es lo que parece, de verdad. Es que tuve un accidente el domingo y le di a su coche por detrás.

-Pues viendo la foto que tiene de perfil... no sé si creerte. ¡Madre mía, cómo está la niña!

-¡Hostia! Pone que está conectada - un escalofrío me recorrió el cuerpo.

-Déjame ver. Nada, dos rayitas ya lo ha leído. Y ahora, te está respondiendo.

-No quiero leerlo - Nachivo me quitó el móvil de las manos.

-¿Me ha bloqueado, o me está insultando? – no se me ocurría otra opción. Menuda decepción se llevarían Dino y David cuando les dijera que ya no había posibilidad de quedar con ellas.

-¡Qué cachonda la tía! – Nachivo seguía riéndose.

-¿Qué ha dicho?

Nachivo empezó a leer. Leía como un niño de cinco años que acaba de aprender, y cada palabra le cuesta un mundo. El archivo, supuestamente fuente de sabiduría, le había embrutecido.

-¿Cómo... no... me... voy... a... acordar? No... todos... los... días... me... dan... por... detrás. Y concluye el mensaje con caritas llorando de risa.

-¿Qué le pongo? ¿Qué le contesto? ¿Sigo con lo de por detrás? – preguntó Nachivo que estaba en todo lo alto.

-No, no, trae – le arrebaté el teléfono de sus potentes manos, antes de que la conversación fuera a peor y no tuviera arreglo. Con lo bruto que es... capaz de ponerle cualquier cosa a la chica. Claro, que yo precisamente no le había puesto una finura, aunque había sido sin querer.

Empecé a redactar el mensaje de rectificación y disculpa: “Lo siento mucho, no quería poner eso; ha sonado fatal” después unas caritas de avergonzado con los mofletes rojos. Era un poco cursi, pero había que compensar la ordinariez que la había puesto.

“No pasa nada, me ha hecho gracia.” La conversación continuó con normalidad.

“¿Todo bien después del golpe?”.

“Ningún problema, sana y salva. Gracias por preguntar”.

“¿Y el coche? ¿Lo han arreglado ya?”

“Está en el taller, pero me lo dan el lunes”.

Nachivo seguía la conversación en silencio, leyendo los mensajes con curiosidad.

Bueno allá iba... le preguntaría si ella y sus amigas querían quedar con nosotros.

¿Debería preguntarle, sin más? Parecía una tía maja, no creo que hiciera falta el rollo de la marihuana. Claro, que a lo mejor era maja porque le había preguntado por su estado de salud. Preguntarle si quería quedar... era otra cosa. Quizá era mejor ceñirse al plan original. Pero, ¿y si no conseguíamos la marihuana? ¿Por qué estaba tan nervioso? Me recordaba al instituto cuando salieron los primeros móviles y pedías citas a las chicas por mensaje. Sentí un escalofrío por todo el cuerpo al darme cuenta de lo rápido que pasa la vida. Hace nada estaba en la universidad y ahora tenía treinta y cinco años, habían pasado diecisiete años en un abrir y cerrar de ojos. ¿Dónde se había dio la mitad de mi vida? Recuerdo un montón de cosas de la infancia, pero de los últimos años, no tengo más que flashes y un millón de fotos en mi Dropbox.

“Mis amigos y yo, hemos conseguido marihuana muy buena, ¿os apetecería quedar?”.

-Cómo te lo montas, tío - Nachivo me volvió a dar un golpe en la

espalda. ¿Por qué me daba tan fuerte, es que no era consciente de su fuerza descomunal?

No había vuelta atrás, el mensaje estaba mandado y leído... Esperé respuesta durante un minuto pero no contestaba. La sensación de euforia y de venganza había desaparecido, su lugar lo había ocupado un sentimiento de culpabilidad y una expresión de gilipollas.

-No contesta. Vámonos, tengo un montón de matrículas que rellenar – dije resignado.

Entre los dos cogimos una pila de expedientes y salimos del archivo en silencio. Entonces el móvil sonó.

-¡Ha contestado! Corre, léelo - gritó Nachivo, con exagerado entusiasmo.

-No sé si será ella, ahora lo miro - dije, pretendiendo quitarle importancia. Tenía las dos manos llenas de expediente y no podía coger el teléfono que lo tenía en el bolsillo.

-Míralo, Óscar. No puedo con la intriga. Trae, ponme los expedientes encima.

Coloqué mi taco de expedientes encima de los de Nachivo, de tal manera que la torre era tan alta que le cubría la cabeza, y no le veía.

-¿Qué pone? ¿Qué pone? No veo. - Preguntó con impaciencia, detrás del muro de papel.

Cogí el teléfono, y abrí la aplicación. Era un mensaje de Laura. Me volvió a dar otro escalofrío, este juego era ridículo.

“El viernes hago una fiesta en mi casa, ven con tus amigos y con... María... jajaja”.

-¿Algo más?

-No, la dirección de la casa.

Un nuevo mensaje llegó, mientras intentaba averiguar por qué zona quedaba la dirección de su casa. Era una carita guiñando un ojo... Durante unos segundos sentí una gran alegría, un subidón, me sentí joven otra vez. Pero en seguida me di cuenta de dos cosas:

1 - Estaba casado.

2 - No teníamos la marihuana.

¿Me había metido en un lío? Parecía que sí.

¿Dónde está la marihuana?

Teníamos exactamente veinticuatro horas para conseguir la marihuana. En cuanto saliera de trabajar iría con David y Dino al centro de yoga. No podíamos presentarnos en la fiesta sin la maría. Estaba claro: o la conseguíamos, o no íbamos. Le conté toda la historia, con detalles, a Nachivo. El accidente, el flirteo con Laura y cómo me había surgido toda la historia de la marihuana.

-Claro tío, es que llevas el mismo coche que los camellos de mi pueblo ya estábamos, otra vez...

-Me he metido en un buen lío. ¿De dónde vamos a sacar marihuana? Si además, yo no fumo. ¿Cómo vamos a distinguir si es marihuana buena, mala o regular? De hecho cómo voy a distinguir si es maría ni siquiera - podían darme orégano o hierbabuena y presentarme en la fiesta como un pardillo. Estaba claro que Laura era una experta en la materia y todos sabemos que las facultades de psicología tienen fama mundial de fumeteo.

-¿Pero cómo no me los has dicho antes, tío? Yo podría haberte conseguido un buen paquete de primera calidad. Mi primo tiene un contacto en el pueblo, pero con tan poco tiempo va a ser imposible...

-La he liado, pero bien.

Durante toda la tarde no pude parar de pensar en Laura y en la marihuana. Hasta me dolía la cabeza, igual me había colocado con mis pensamientos. La verdad es que me apetecía verla. Desde el día del accidente no había podido dejar de pensar en ella: su pelo negro, sus labios carnosos, su pantalón corto vaquero, sus piernas desnudas...

Por fin dieron las siete. Ya no había nadie en la oficina. Apagué el ordenador y salí corriendo hacia la puerta. Dino y David habían quedado en venir a recogerme.

Una berlina familiar pitó desde la distancia. Como soy miope, no veo nada de lejos sin las gafas. Pero paso de ponérmelas fuera de la oficina. Soy un miope post universitario. Vamos que me he quedado ciego del ordenador del trabajo, y ahora no me acostumbro a llevarlas. Tanto rellenar matrículas me estoy quedando ciego, poco a poco. Yo le echaba la culpa a los estudiantes extranjeros, no es que tenga nada en contra de la inmigración, pero con esos apellidos tan raros como: Kritikos, Zhāng Sān Lǐ o Andreyushkin, tenía que pegarme a la pantalla para comprobar que escribía todas las letras bien, y me había chamuscado las retinas. ¡Maldita globalización!

Apiñé los ojos y vi que era David quien me saludaba, o eso me parecía. Más de una vez había saludado gente desconocida por error. El coche siguió pitando, ahora hacía canciones con la sinfonía de la bocina; definitivamente, eran ellos. Ya cerca del coche, vi cómo Dino intentaba sin éxito que David dejara de pitar.

-Óscar, dile que pare que nos está mirando todo el mundo.

-No te preocupes Dino, que ninguna tía nos va a mirar en este monovolumen familiar. ¡A ver si te compras un coche y dejas de usar el de tu madre!

-Claro, si no te hubieras comprado un biplaza podríamos ir en el tuyo.

-Pues, por eso me lo he comprado. Para no tener que llevarte.

David se había comprado un deportivo biplaza descapotable para fardar entre sus alumnas universitarias. Hasta había hecho un Excel, para demostrar que su capacidad de ligar había aumentado un quince por ciento desde que tenía el deportivo. Dino le reprochaba, a menudo, que era un egoísta por comprar ese coche en el que solo podían ir dos personas.

Me monté en la parte de atrás, el coche estaba lleno de ganchitos y tenía una silla de niños atrás para llevar al sobrino pequeño de Dino.

-Este coche es perfecto para ir a comprar la droga, no llama la atención.

- En eso, nadie le podía quitar la razón.

-Eso seguro, Dinosaurio - dijo David mientras subía los pies en el

salpicadero, y miraba a una estudiante que salía de la universidad. - Qué suerte tienes, Óscar, todo el día viendo a estas niñas ricas por aquí merodeando.

-¡Ojalá! Pero yo estoy metido en un zulo, solo veo a mis compañeras y créeme que no es una vista de ensueño.

-¡Quita los pies del salpicadero, que lo manchas, y mi madre lo acaba de lavar! - le recriminó a David, apartándole bruscamente los pies de un manotazo.

-¡Tranquilo! Si a mí no me huelen... como a ti.

-Ya no me huelen, fue una temporada cuando nos conocimos, que era un adolescente.

-Pero si te conocí con veintidós años.

-Tuve un crecimiento retardado. Me lo dijo el traumatólogo.

David bajo los pies, y Dino arrancó el coche camino del centro de yoga.

Yoga – Fuente de espiritualidad y... ¿marihuana?

La clase empezaba en treinta minutos, así que íbamos un poco justos.

-Písale dinosaurio que no llegamos. - Intenté meterle un poco de prisa a Dino. Todavía no les había contado que ya había quedado con Laura. Primero, quería conseguir la marihuana para asegurarme. No fuera que tuviera que cancelar la cita.

-Es un coche eléctrico, Óscar; no corre más. Mi madre está muy concienciada con el medio ambiente. Yo creo que me compraré el mismo cuando tenga una familia.

-Primero tendrás que encontrar novia, y con este coche no creo que lo consigas, Dino - le pinchó David.

-Ya estamos llegando, ahí es. La puerta roja.

-Mira qué pedazo de sitio. Aparca ahí, Dino – dijo David, señalando un sitio de minusválidos.

-No, que es minusválidos. A ver si nos van a poner una multa.

Pero David hizo caso omiso y saltó con el coche todavía en marcha.

-Venga, Dino, déjalo aquí que vamos justos. - Dino aparcó el coche a regañadientes y nos bajamos -. Verás cómo nos pongan multa. Mi madre me va a matar.

David que estaba acelerado ya había entrado en el centro. Yo iba más despacio al ritmo de Dino, que iba arrastrando la pierna como si fuera cojo.

-¿Pero qué haces?

-Cojear, por si nos ve algún policía, que se piense que soy minusválido dijo Dino, que clavaba a la perfección la imitación de la cojera.

Tras varios minutos para recorrer cien metros, por fin entramos en el centro de yoga. La recepción estaba decorada con símbolos hindús y olía bastante a incienso. David estaba hablando con la recepcionista. Detrás de él esperaban otras dos chicas jóvenes en mallas ajustadas. La recepcionista reía a carcajadas con David. Debía de estar contándole algo muy divertido.

-Ya está ligando... - protestó Dino en tono entre la molestia y la admiración -. Que no hemos venido a esto, hombre. Que tenemos una misión.

David se giró echando un buen vistazo, de arriba a abajo, a las chicas que tenía detrás. Estaba en su salsa. Sonreía como un niño con un juguete nuevo mientras levantaba los dos pulgares estableciendo que todo iba a las mil maravillas.

-Mírale, no le había visto tan contento desde que le regalamos el calendario erótico de las azafatas de Ryanair.

David llegó hasta nosotros, que no nos habíamos movido de la puerta.

-Vamos chicos, ya estamos registrados. ¡Clase de prueba gratis!

-¿Qué te ha preguntado, David?

-Pues lo típico, Dino: nombres, apellidos y que si teníamos alguna lesión.

-¿Le habrás dicho lo de mi lesión de cartílago en la rodilla derecha?
preguntó Dino, con preocupación -. A ver si voy a hacer algún movimiento que me sienta mal - dijo mirándome a mí ahora, al ver que David le ignoraba.

-No te preocupes, es yoga, seguro que es una clase suave - dije, mientras le daba unas palmaditas en la espalda para calmarlo.

Entramos en el vestuario masculino. Era realmente pequeño. Dentro del vestuario había tres tíos en mallas igual que las de las chicas de la recepción, pero estos no llevaban camiseta, y lucían un torso escultural.

-Hola, chicos - nos saludó uno de ellos, haciendo unos gestos un poco afeminados.

-Hola – respondimos los tres a la a vez.

-¿Sois nuevos? - nos preguntó otro de ellos.

-Sí - volvimos a responder los tres a la vez, que seguíamos en la puerta del vestuario sin movernos.

-Bueno, yo he hecho yoga antes, pero... en casa - contestó Dino. Estábamos tan comprimidos en el espacio que pude sentir cómo David le pisaba el pie a Dino, para se callara.

-¿Sois de alguna compañía? – preguntó ahora, el tercero de ellos, que también parecía bastante afeminado.

-Yo soy funcionario - dijo David poniendo el tono de voz tan grave como podía. Los tres rieron a carcajadas.

-Qué gracioso - respondió el chico mientras salía del vestuario, y le daba una palmadita a David en la cara.

-Ya os dejamos el banco para cambiaros - los otros dos, también salieron detrás de él, riéndose sin parar. Uno de ellos se giró -. Nosotros somos de la compañía de Danza clásica de Madrid.

Dino se disponía a contestar algo pero David le pellizcó.

- Como digas que, también, has hecho danza en casa... te crujo.

-Que no iba a decir eso.

-Bueno, nosotros a lo nuestro: ¡a por la maría! - exclamó David, cerrando la puerta.

Dejamos la mochila en el banco y comenzamos a cambiarnos. David y yo nos cambiamos a toda velocidad, por si acaso venía alguien más, ya que el espacio era muy reducido. Mientras esperábamos a que Dino acabara, David se puso a hacer unos ejercicios de calentamiento como si fuéramos a jugar un partido de fútbol en lugar de yoga. Yo miraba el móvil, constantemente, a ver si tenía algún mensaje de Alex... o de Laura. En las últimas horas no había parado de comprobar mis mensajes, creo que esperaba ver alguno de Alex diciéndome que había cancelado la cena con su jefe. Entonces yo cancelaría la fiesta y toda esta historia de la marihuana se acabaría. Pero ningún mensaje llegaba y la cuenta atrás se acababa, en unos minutos estaríamos comprando la droga... esto parecía una película.

Dino seguía y seguía rebuscando en la bolsa de deporte. No paraba de sacar la ropa y meterla de nuevo en la mochila. Así, llevaba ya varios minutos.

-¿Pero qué haces, Dino?- le pregunté.

-Vamos, que empieza la clase - dijo David, haciendo gestos como si fuera a lanzar un penalti, estaba claro que no tenía ni puta idea de lo que era el yoga.

-Nada, que se me ha olvidado el pantalón del chándal, no voy a poder entrar. Vais a tener que preguntar vosotros por la droga.

-¡Ni de coña! Tú no te rajas, entramos todos. Además, seguro que te lo has dejado aposta, que te conocemos. A la mínima te escaqueas.

-Que se me han olvidado de verdad, David. Ya sé lo que ha pasado, mi madre me lo ha sacado de la bolsa y lo ha echado a lavar. La he visto que ponía una

lavadora por la mañana.

-Pero tío, ¿cuándo te vas a mudar solo? Venga, levanta que nos vamos a la clase. - Esta vez, David lo levantó del banco y lo empezó a empujar hacia la salida.

-Pero no voy entrar así - dijo señalando sus calzoncillos de cuadros.

-¿Qué pasa? Si esos calzoncillos parecen un bañador. ¿A qué sí, Óscar?

-Sí, sí, son muy largos – mentí, intentado convencerle. Se veía claramente que era calzoncillo, y no precisamente nuevos.

-Menos mal que no llevo los cortos - dijo Dino resignado.

Abrimos la puerta de la clase. La habitación estaba prácticamente a oscuras y el olor a incienso de la recepción, se había multiplicado por diez. Todos los alumnos estaban sentados sobre unas esterillas de color verde. En la clase había como unas doce personas: los tres chicos y nueve chicas, todos ellos tenían unos cuerpos atléticos.

Tanto el profesor como los estudiantes estaban sentados en la misma posición con las piernas cruzadas, en una postura que parecía imposible imitar.

Nos quedamos en la entrada de la clase sin saber muy bien a dónde dirigirnos.

Por fin, uno de los chicos que habíamos conocido en el vestuario nos hizo un gesto con la mano, señalando tres colchonetas que había a su lado.

Asentimos con la cabeza en un gesto de agradecimiento y nos sentamos a su lado.

-Os he reservado tres colchonetas a mi lado. Estamos esperando a que el profesor empiece a hablar. Sentaos y respirar profundamente – nos indicó el chico, con amabilidad. Siguiendo sus instrucciones, nos sentamos en la colchoneta y empezamos a inhalar el fuerte aroma del incienso. Yo creo que este olor era más que suficiente, no hacía falta marihuana ni nada.

-Con todas las tías que hay, y nos toca al lado de este maromo. Ya es mala suerte – protestó David, que por una vez tenía razón.

-Vamos, ni apostas – secundé su protesta.

-No veo a ninguna amiga de mi madre - dijo Dino. - Pero con lo oscuro que está...

-No jodas Dino, ¿cómo van a ser amigas de tu madre? pero si tienen todas veinte años, y están tremendas. Si fueran amigas de tu madre entendería por qué no te has ido de casa... - dijo David, que no paraba de mirar a todas las chicas, girando la cabeza como la chica del exorcista.

-¿No decías que seríamos los más jóvenes? - le pregunté.

-No sé, Óscar. No lo entiendo, mi madre me ha dicho que casi todas las alumnas del centro son de su edad.

El profesor se levantó de la esterilla. Este sí, era de la edad de la madre de Dino o más. Al igual que los alumnos llevaba unas mallas y el torso descubierto, pero a diferencia de ellos, tenía una buena barriga que en conjunto con las mallas le daba un aspecto un poco esperpéntico.

David y yo nos habíamos sentado en postura de piernas cruzadas o por lo menos lo intentábamos, ya que me sentía totalmente comprimido, si no apoyaba las manos en el suelo me caía hacia atrás. Dino no paraba de moverse en la colchoneta, parecía no encontrar la posición idónea.

-¿Este es el tío que pasa marihuana? - preguntó David con incredulidad.

-No sé, no conozco al profesor - respondió Dino que seguía muy inquieto en la colchoneta.

-Más bien parece... que reparte pizzas, ¡menuda barriga! - los tres nos reímos con el chiste de David. Pero enseguida alguien nos mandó callar desde el otro lado de la sala con el típico “¡Ssssss!” Y es que todos los alumnos parecían muy concentrados.

-Veo caras nuevas en la clase. -El profesor se estaba dirigiendo, ahora, a nosotros -. ¿Habéis hecho yoga antes?

-¡En casa! – respondió con rapidez Dino, que seguía moviéndose sin parar.
-Pues, bienvenidos a la clase de yoga para bailarines. Vamos a empezar.
-Por eso mi madre, no viene los jueves y no veía a ninguna amiga suya – dijo Dino, contento de su hallazgo, sin darse cuenta de la mirada asesina que le estaba echando David.

-Vamos a comenzar sentados con las piernas cruzadas y empezamos a respirar profundamente con la nariz. - El profesor miraba a Dino que seguía moviéndose y en lugar de con las piernas cruzadas estaba en una posición de... tumbado en la playa, tomando el sol.

-¿Quieres dejar de moverte y sentarte como los demás que estás llamando la atención? - le reprendió David.

Dino señaló su rodilla derecha al profesor, como diciendo que le dolía en esa postura. El profesor le hizo un gesto de “ok” con la mano, y tras suspirar profundamente siguió dando la clase.

-¿Te duele la rodilla, Dino? - le pregunté.

-No, es que si me siento así se me salen los huevos por el calzoncillo- contestó Dino, que se le veía realmente incómodo.

La clase continuó con respiraciones y estiramientos imposibles que intentábamos imitar como podíamos.

-No he hecho el ridículo así en mi vida - protesté.

-Recuerda por qué estamos aquí. Piensa en la fiesta con las tías - dijo David que era capaz de hacer el pino sin manos por quedar con una tía buena.

Dino, por fin, se había olvidado de su calzoncillo, y parecía disfrutar de la clase como ninguno. Estaba muy concentrado haciendo todas las posturas. Se le veía muy suelto, con un estilo peculiar; pero muy suelto. No mentía cuando decía que había practicado en casa.

El profesor seguía dando instrucciones y nombrando las posturas, primero en un idioma que se suponía que sería hindú, y luego en español.

-Ahora pasamos a Virabhadrasana... la postura del guerrero. - La postura del guerrero consistía en abrir las piernas todo lo que pudieras, y después mantener la pierna de atrás estirada mientras la otra se flexionaba. Mi cuerpo estaba a punto de romperse, cuando oí un fuerte chasquido a mi lado. Lo primero que se me pasó por la cabeza es que Dino se había roto del todo su maltrecha rodilla.

-¡Mierda! ¡Joder! - exclamó Dino que raramente decía palabras malsonantes. Después salió corriendo y abandonando la sala a toda velocidad.

-¿No me jodas que le ha entrado el culo fino? – preguntó David.

-A ver si ha sido la rodilla – aunque me parecía raro que se hubiera lesionado, porque había salido corriendo a la velocidad de la luz.

-Creo que a vuestro amigo se le ha roto el calzoncillo – dijo finalmente el chico de al lado. - Le he visto el culo al aire en el espejo cuando salía corriendo.

La clase continuó sin la presencia de Dino. Hicimos guerrero uno, guerrero dos y guerrero tres. Mi cuerpo ya no podía más. Me di cuenta de lo oxidado que estaba. Ocho horas al día sentado enfrente del ordenador durante diez años no solo me había dejado medio ciego sino también rígido como un tronco. Por suerte, durante los últimos minutos nos tumbamos en la colchoneta, en lo que parecía una especie de fase final de relajación. Si David no me llega a hablar, me hubiera quedado dormido.

-Ahora hay que preguntarle lo de la hierba y el cabrón de Dino nos ha abandonado. ¿Nos lo jugamos a pares y nones a ver quién va a hablar con Mister Jurindi?

-No, vamos los dos – contesté rápidamente, pues siempre pierdo en los juegos de azar.

-Ok - asintió David, a pesar de que él, siempre ganaba en juegos de azar.

La clase terminó con los aplausos de los presentes y el profesor saludando como si fuera una estrella del rock. Todo el mundo parecía salir contento y relajado. Hasta yo

mismo hubiera disfrutado de mi primera experiencia con el yoga, de no ser porque no me podía quitar de la cabeza que al terminar la clase tendríamos que ir a pedirle la marihuana al maestro gurú. ¿Cómo se lo tomaría? ¿Nos vendería la maría sin más? No éramos alumnos habituales, y no nos conocía, no creo que se arriesgara. Podría pensar que éramos policías, o peor aún: ¿Y si llamaba a la policía? La poca relajación que había conseguido con la clase, desapareció de un plumazo. Me estaba empezando a poner muy nervioso, nunca había comprado droga antes y la situación me estaba superando.

La gente empezó a recoger las colchonetas y el maestro gurú se puso su camiseta, ¡menos mal! Tener que ir a pedirle droga era una cosa pero ver su barrigón peludo y sudoroso de cerca mientras le pedíamos marihuana parecía mucha peor opción.

-Si alguien tiene alguna duda estoy disponible para todos – dijo el maestro gurú. ¿Acaso era una señal? ¿Qué significaba que estaba disponible? ¿Se había abierto la veda para la venta de marihuana?

-Esa es la señal - dijo David, mientras me guiñaba un ojo, aunque enseguida me di cuenta que el guiño no era para mí, sino para la chica de detrás con la que llevaba un rato intercambiando miradas poco inocentes. ¿Cómo podía pensar en ligar en estos momentos? Yo estaba hecho un flan, y él parecía tan tranquilo flirteando con una pelirroja. De pronto se levantó y se dirigió hacia ella. David se presentó y empezó a entablar una conversación con la chica que se llamaba María, vaya una casualidad; eso sí que era una señal. María, pertenecía también a la compañía de baile y tenía un cuerpo escultural. Llevaba unos leggings tan apretados que podías ver perfectamente toda su figura. De hecho, podías ver hasta su minúsculo tanga blanco, que llevaba debajo de la licra negra. ¿Pero por qué narices me fijaba en esas cosas? Demasiado tiempo con Dino... ¿Me habría pasado sus súper poderes para ver tangas dónde nadie más lo veía?

El maestro gurú estaba recogiendo para marcharse, si se nos escapaba perderíamos definitivamente la única posibilidad de conseguir marihuana antes del viernes. Qué le iba a decir a Laura, quedaría como un idiota y desde luego no podíamos presentarnos en la fiesta con unas cervezas frías, sin más. Había que actuar, ¡ya! Intenté hacerle señales a David para que se diera cuenta de que la hora había llegado, pero David cuando conocía una tía era como un perro cuando está comiendo... mejor no molestarle.

Me asomé por la puerta a ver si veía a Dino, pero no había rastro de él ni de sus calzoncillos rotos. ¡Maldito cobarde! Aunque pensándolo mejor, el pobre ya había pasado su propio mal rato enseñando sus partes a toda la clase, y lo que era peor en un aula cubierta de espejos por las cuatro paredes. ¡Se la habrían visto desde todos los ángulos!

Estaba completamente solo ante el peligro. Básicamente tenía dos opciones: o me armaba de valor y me acercaba al gran gurú a pedirle la marihuana, o lo dejaba pasar, me olvidada de la fiesta y sobre todo me olvidaba de Laura para siempre. ¿Qué necesidad tenía yo de pasar por este trago? Parecía susurrarme mi parte derecha del cerebro, mientras mi parte izquierda me mostraba imágenes de la guapa Laura haciendo yoga, todas las posturas del guerrero, en las mismas mallas negras que llevaba María. Entonces mi lado izquierdo del cerebro, mi subconsciente, lanzó un golpe definitivo: recordándome la imagen de Alex cenando con Javier. Probablemente fue un golpe ilegal, un golpe bajo... pero definitivo. Sin pensarlo más, me acerqué al gran gurú con decisión, pero cuando estaba enfrente de él me quede sin palabras; petrificado.

-Hola, eres nuevo, ¿no? ¿Cómo te llamas?

-Sí, es mi primera clase. Me llamo Óscar - estreché la mano al maestro, y enseguida me arrepentí de haberle dicho mi verdadero nombre. Menudo error de

traficante principiante.

-¿Qué te ha parecido la clase? - a pesar de su aspecto descuidado, tenía una voz muy profunda y grave que hipnotizaba.

-Me ha encantado.

-Me alegro, me alegro. ¿Te veré entonces el próximo jueves?

-Sí. Sí, por supuesto - mejor mentir. Quizá si le decía que me iba a apuntar a las clases, me ganaría su confianza. Mientras contestaba a sus preguntas, meditaba la manera de sacar el tema.

-¿Puedo ayudarte en algo más? - dijo el maestro al ver que permanecía en frente de él como un monigote, sin decir palabra.

Miré hacia los lados, David salía de la clase acompañado de la guapa pelirroja, la dejaba pasar primero, en lo que pretendía ser un gesto caballeroso, cuando en realidad lo que quería es que pasara primero la chica para mirarla el culo. De pronto, en el reflejo del espejo me pareció ver la cabeza de Dino asomarse por un segundo, pero desapareció al instante, como si fuera un espejismo. Veía agua donde no la había, veía ayuda donde no la había; estaba solo ante el peligro. ¿Qué había pasado con las grandes amistades? ¿Dónde estaban los amigos cuando se les necesitaban? Acaso no habían leído los tres mosqueteros de Alejandro Dumas: "Uno para todo y todos para uno". Seguro que no. Pero, por lo menos habrían visto los dibujos de Dartacan en su infancia, no tenían excusa.

-Me preguntaba si tendría algo de hierba para venderme - solté de repente, sin más, como si no tuviera control de mis cuerdas vocales. Se hizo un silencio que parecía eterno... ¿Hace cuánto lo había preguntado: segundos, minutos, horas? El corazón me latía a toda velocidad.

El gran gurú seguía mirando, callado, ¿estaba meditando?, ¿no me había oído? O simplemente se había dado cuenta de que era un pardillo en la materia y estaba pensando el precio que me iba a pedir por una bolsa de marihuana. La incertidumbre me estaba matando.

Por fin, el gran maestro habló:

-¿Para dormir?

¿Cómo que para dormir? Estaba preparado para todo tipo de respuestas, hasta estaba listo para echar a correr, pero no para esto.

El maestro se giró, saco un bolígrafo de la mochila y escribió algo.

-Esto te ayudará a conciliar el sueño - me entregó el papel y se marchó.

Aún quedaba una mínima esperanza. Quizá en el papel había escrito la dirección en la que recoger la mercancía. Quizá había escrito el precio que tenían los cien gramos ese día... quizá había visto demasiadas películas.

Abandoné el centro cabizbajo. David y Dino esperaban dentro del coche. Mientras me acercaba al coche, ellos me miraban con ojos de emoción, expectantes. Abrí la puerta de atrás, y me senté sin mediar palabra. Los dos mosqueteros traidores se giraron en busca de buenas noticias, en busca del tesoro al que no habían ayudado a buscar.

-¿Lo tienes? Dime que sí - preguntó y respondió David.

Le di el papel.

-¿Qué es esto, una dirección? - cómo se notaba que habíamos visto las mismas películas de la mafia. David desdoblaba el papel, como si fuera un regalo de cumpleaños, mientras Dino se disculpaba por haberse ausentado.

-Lo siento mucho, Óscar, pero se me ha rajado entero el calzoncillo y no podía volver, otra vez. Me ha visto la minga toda la clase. Estoy vetado de por vida.

-¿Pero, qué es esto? Tres gramos de clavo, cuatro de pasiflora, tres de valeriana... ¿Esto qué mierda es?

-Una receta para el insomnio, del maestro - me tumbé en el asiento de atrás, como si fuera a dormir -. Se acabó la fiesta, chicos. Sin marihuana no nos

podemos presentar.

-Menuda mierda - David abrió la ventanilla y lanzó el papel a la calle, de malas maneras.

-No lo tires, parece una buena receta para dormir. Ya sabes que tengo insomnio – protestó Dino, mientras salía del coche para recuperar el papel.

-La culpa es tuya, Dino. ¿No decías que el profesor de yoga pasaba hierba? le recriminó David.

-Claro que pasa. No sé qué le habréis pedido para que os diera una receta para dormir – se defendió Dino.

-Yo no he sido, ha sido Óscar - dijo David, quitándose el muerto de encima.

-Claro, si no me hubieras dejado tirado como una colilla – protesté.

Y así comenzamos una acalorada discusión dentro del coche, cada uno echándole la culpa al otro. De pronto, alguien aporreó la ventana. Era uno de los chicos que habíamos conocido en el vestuario.

-El que faltaba. Billy Elliot, a ver qué quiere - David abrió la ventanilla del copiloto.

-Hola chicos. No he podido evitar oír vuestra conversación antes en clase.

Creo que a quién estáis buscando es a Rasa, el otro profesor de yoga. Él es el que pasa la... - e hizo el gesto de fumar un canuto -. Os digo su teléfono.

-Lo apunto - dijo Dino mientras sacaba su recién adquirido último modelo de iPhone. Dino empezó a hablar al iPhone como si fuera una persona de verdad. -

Hola Siri. ¿Cómo estás? Yo bien... aquí, con los amigos.

-¿Quieres apuntar el teléfono de una vez? - David le dio una fuerte colleja.

-¡Ay! Que me haces daño. – A lo que el teléfono contestó: “No te entiendo”. – Siri, ¿me puedes apuntar, por favor, este número de teléfono? – volvió intentar, Dino.

-El teléfono: 609 22 33 44 – dijo el chico harto de esperar. Pero Dino le interrumpió.

- ¿Cómo se apellida el profesor Rasa?

-No sé su apellido, lo siento... Profesor Rasa, sin más.

Por fin, Dino añadió el teléfono y el chico se despidió.

- Decirle que vais de parte de Jorge de Yoga, os hará precio especial.

-Venga, llama de una vez - dijo David, metiéndole prisa.

-No. Desde mi móvil, no. A ver si se va a quedar con el número. Hay que ir a una cabina pública.

-¿Una cabina? Pero si eso ya ni existe. Venga, marca de una vez.

David le arrebató el teléfono e intentó desbloquearlo para llamar. Como veía que no lo conseguía intentó activar el funcionamiento por voz, imitando a Dino. - Llamar a Rasa de Yoga. Teléfono: llama a Rasa de yoga. ¿Esto cómo coño funciona, Dino?

-No te reconoce, solo funciona con mi voz - dijo Dino, orgulloso de su fiel

iPhone. Pero para su sorpresa ni la secretaria virtual del iPhone se resistió a los encantos de David, y el profesor Rasa estaba ya al otro lado de la línea.

-Hola... ¿Quién es?

4. Marihuana, marihuana, marihuana...

Había costado, pero la teníamos. Habíamos comprado casi un kilo de marihuana. Y es que los tres amigos pensábamos muy diferente en la mayoría de las cosas, pero si teníamos algo en común era: mejor que sobre, que falte.

Habíamos guardado la marihuana en una bolsa de agua con forma de oso, que Dino tenía en su habitación para cuando le dolía la barriga. Pero David estaba tan orgulloso de Dino por haber subido él solo a casa de Rasa y conseguir la marihuana, que ni siquiera se metió con él, por tener treinta nueve años y una bolsa de agua con forma de osito de peluche. De hecho David no paraba de coger en brazos a Dino y hasta quería mantearlo como si hubiera ganado la Champions League. - ¡Dinorhino! ¡Dinorhino! ¡Dinorhino! – cantaba sin parar. ¿Por qué nos añadía un diminutivo brasileño cada vez que hacíamos algo que le gustaba? David era un forofu del Real Madrid, y la cultura del fútbol le había marcado en lo más profundo de su ser.

Fuimos a celebrar “el triunfo” al bar de la oreja, como hacíamos siempre después de cada partido. Otro día más que nos pasábamos con las copas, esta semana se nos estaba yendo de las manos. Alex iba a enfadarse, lo suyo, cuando llegara a casa y viera que otra vez volvía contentillo un día de diario. Alex, Alex, no había pensado en ella con todo el trajín de la marihuana, las dudas resurgieron, y mi moral volvió a batirse en un duelo de espadas. “Vamos, es solo una fiesta no va a pasar nada”, le dijo mi parte irracional del cerebro a mi conciencia, que no parecía muy tranquila.

Miré a Dino y a David que bromeaban juntos como si fueran los mejores amigos del mundo, eran uña y carne, unidos por el éxito y el alcohol. Estaban en éxtasis, derrochaban alegría.

-¡Cómo está la oreja, Óscar! - dijo Dino que se había vuelto a zampar dos raciones. David, que estaba bastante borracho le agarró, y siguiendo con sus hábitos futbolísticos empezó a saltar y a gritar:

-¡Sí, sí, sí, la fiesta ya está aquí! ¡Sí, sí, sí, la fiesta ya está aquí!

En esos momentos y ayudado por las seis cervezas que llevaba encima, sentí un fuerte sentimiento de amistad, algo incontrolable, y mi parte irracional susurró: “Hazlo por ellos”. ¿Cómo podía negarme? Me abracé a mis dos amigos y empezamos a saltar los tres. Ahora sí, éramos los tres mosqueteros.

-¡Sí, sí, sí, la fiesta ya está aquí!

Jueves Noche - Como en casa en ningún sitio.

La luz estaba encendida, Alex ya había llegado a casa. Lo había pasado muy bien con mis amigos. Había sido toda una aventura, como en los viejos tiempos. Deseé con todas mis fuerzas que Alex no se enfadara conmigo por haber llegado tarde, otra vez. Cerré los ojos y me la imaginé sonriendo. Nada me apetecía menos que tener una discusión con ella.

Desde fuera se podía oír la música. Era música española, de grupos independientes, la clase de música que le gustaba a Alex, y la clase de música que escuchaba cuando estaba de buen humor. Entre sigiloso, tanteando el terreno, asomé la cabeza por la puerta de la cocina como si quisiera comprobar el fuego enemigo. En cinco años de matrimonio había aprendido a moverme como un auténtico marine para evitar broncas y collejas.

Pero la cocina, hoy, no era territorio hostil. Como si fuera una plaga, la felicidad se había extendido por nuestra casa. Alex estaba preparando la cena mientras tomaba una copa de vino de tinto y aperitivo de queso, que había cortado en perfectos cuadraditos simétricos, era ella así de perfeccionista para todo.

Cuando hay felicidad en una casa, todo cambia: el olor, el color, la temperatura. Poco

importaba el por qué estábamos así de felices, el factor que había generado este estado de felicidad era irrelevante, lo importante era el resultado. Si lo piensas bien, era irónico: Alex estaba contenta por su cita de mañana con Javier, no por quedar con él, sino porque pensaba que iba a conseguir un ascenso en esa cena. Y, yo estaba contento por haber conseguido un kilo de marihuana y por la cita con Laura, tampoco por quedar con ella sino más bien por la aventura que eso representaba, por escapar de mi vida rutinaria. Pero como he dicho: nada importaba los factores de la ecuación, yo era un chico de letras, un chico que prefería las emociones a las sumas y los sueños a las restas. Alex y yo estábamos felices, estábamos felices el uno con el otro, y eso era lo importante.

Mil olores flotaban por la casa, Alex estaba guisando un pollo, una receta que había heredado de su abuela y le salía a las mil maravillas. Estaba muerto de hambre, la clase de yoga y la emoción de conseguir la marihuana me habían dejado hambriento. Había leído en un blog que la marihuana da hambre, y tenía toda la razón. Y eso que todavía no me la había fumado.

A medida que me acercaba a la cocina los olores se ensalzaban: ajo, tomate, perejil, cebolla, pimienta... la boca se me hacía agua. Abracé a Alex por detrás, y le besé en el cuello. Su cabello se había impregnado del olor de la comida, y me quedé abrazado a ella mientras removía el guiso con un cazo, tan antiguo como la propia receta de la abuela.

Ni siquiera me preguntó que dónde había estado, o por qué llegaba tarde y oliendo a alcohol. Solo se giró y devolvió el beso. Me alegraba ver que después de cinco años de matrimonio, todavía teníamos nuestros momentos de amor y felicidad.

Después cogió un cacho de queso, lo acompañó de un trocito de pan y me lo metió en la boca.

-Pon la mesa, esto ya está listo - dijo mientras daba un pequeño sorbo a la copa de vino. Puse la mesa con delicadeza, busqué los mejores cubiertos y saqué un mantel nuevo. Una cena así se merecía un traje de gala.

Durante la cena disfrutamos de una buena conversación, nada relevante, nada de política, nada de trabajo, nada que nos hiciera discutir o enfadarnos. ¿Por qué no eran así todas las noches? ¿Quién tenía la culpa? ¿Ella, yo o la rutina?

Alex no mencionó su cena de mañana y yo, por supuesto, no mencioné mi fiesta secreta de drogas y universitarias, igual eso amargaría la velada. Me pareció justo el pacto de silencio. En su lugar, hablamos de las vacaciones de verano, este año queríamos ir a Grecia. Queríamos perdernos en una pequeña isla griega, fuera del mundanal ruido, alejados de la muchedumbre, un sitio donde pudiéramos disfrutar de playas de arena fina, sol y buena comida. Un sitio romántico donde cicatrizar las heridas del matrimonio, que se abren en invierno. Y es que no hay nada que unas buenas vacaciones no puedan curar.

Llevábamos unas semanas investigando sobre las numerosas islas griegas. Mirábamos las fotos y todas parecían tan maravillosas, que era difícil decidirse. Creta, Corfú, Silos, Santorini. Teníamos pensado irnos a finales de junio, quedaba menos de un mes y no veíamos la hora de que llegara el momento de estar desnudos en nuestra casita griega de paredes blancas y azules y hacer el amor con el ruido del mar de fondo. Eso sí que era vida.

Me acabé todo el plato de pollo y entre los dos nos terminamos la botella de vino tinto. Había sido una cena deliciosa y me arrepentí de no haber comido más despacio para saborearla más.

-Muchas gracias amor, estaba increíble – acompañé el agradecimiento con fuerte beso.

-¿Te ha gustado? - preguntó orgullosa de su obra.

-¿Que si me ha gustado? ¡Estaba de diez! - contesté sin dudar, porque el

plato bien se merecía un sobresaliente.

¿De dónde habría sacado Alex el talento para la cocina? Era una de esas cosas que no tienes explicación. Sin duda, de su madre no. Tiene que ser cierto lo que se dice que los genes se saltan una generación y pasan de abuelos a hijos. Por lo menos en este caso el gen de la cocina se había saltado a mi suegra.

Recogí la mesa y fregué los platos, mientras Alex seguía con su estudio de islas griegas. Alex tenía millones de virtudes y además de la cocina era la mejor preparando las vacaciones. Le encantaba investigar sobre los destinos a los que íbamos a viajar y siempre descubría los mejores sitios a los que ir. A veces decía que su sueño era tener una agencia de viaje.

Alex se levantó de la mesa y me acercó su vaso de vino para que lo fregara.

-Me voy a ir a la cama, estoy muy cansada.

-Vale, amor.

-¿Vienes ahora?

-Creo que me voy a quedar un rato leyendo, no tengo sueño todavía. - Le di otro beso y Alex se marchó a la cama.

Me quedé, solo, terminando de fregar. Había mentido a Alex con lo de leer. Quería sentarme a trabajar en mi libro, pero no quería contarle que estaba escribiendo, en realidad, no quería contárselo a nadie. Había empezado a escribir hace años, y apenas había avanzado. Ni siquiera sabía si alguna vez sería capaz de finalizar el libro. Además, Alex querría leer lo que había escrito. ¿Y si pensaba que era una mierda? Probablemente diría: "Sí, está bien..." y pondría esa cara de "no me gusta nada". Sabía perfectamente cuando a Alex no le gustaban las cosas, aunque no lo dijera en alto. Me daría cuenta, me decepcionaría y no seguiría escribiendo. No estaba preparado para enseñarle lo que había escrito, al menos no de momento. Este libro era mi última esperanza para dejar el trabajo de administrativo y dedicarme a algo que me gustaba. Salir de la mediocridad y disfrutar de una mejor vida. Si el libro no valía, tendría que trabajar toda mi vida en la universidad tramitando expedientes de gente joven con ganas de triunfar. ¡No podría soportarlo! Al menos mientras nadie me dijera nada negativo del libro, conservaría la esperanza. Sé que eventualmente tendría que enfrentarme a la crítica, pero no hoy. Mientras todos estos pensamientos invadían mi cabeza, acabé de fregar todos los cacharros. Esta es la suerte de los pensadores, los que vivimos en el mundo de la imaginación, que hacemos las tareas más arduas sin esfuerzo, porque estamos en cuerpo, pero no en mente. Cogí el portátil y abrí el Word por la última página que me había quedado, hacía unos días.

Leí las últimas líneas que había escrito, eran buenas, muy buenas. No podía creer que yo hubiera escrito eso. Parecían sacadas de un libro de verdad, de los que tienen portada de pasta y venden en librerías. Antes de continuar escribiendo me levanté a prepararme una infusión. Lo que más me costaba era arrancar, y siempre buscaba pequeñas excusas para no empezar: una taza de café, mirar el correo, leer una noticia... la lista de excusas para no afrontar el folio en blanco era inacabable. Ernest Hemingway decía: "que hay que parar de escribir cuando tienes claro cómo vas a continuar al día siguiente". Era sin duda un buen consejo que tenía que haber seguido la noche anterior.

Mi primer libro – una mezcla de ficción, realidad y autobiografía.

El libro contaba diferentes historias sobre relaciones entre padres e hijos. Diferentes protagonistas y diferentes situaciones en el espacio-tiempo. Algunas narraban alegrías, otras contaban historias de superación ante situaciones difíciles, pero todas querían reflejar ese vínculo especial entre un padre y un hijo.

Desde hace dos años había empezado a anotar en una libreta todas las historias que

leía, escuchaba, vivía o imaginaba relacionadas con el tema. Todas las historias que podían servirme para mi libro estaban en una libreta con carátula de Spiderman, lo sé, no puedes mencionar una cita de Hemingway y después llevar una libreta de Spiderman, así soy yo...

Hace unos meses quedamos con un compañero de trabajo de Alex y su mujer para cenar. No era la primera vez que quedábamos los cuatro. Fran y Verónica son una pareja muy agradable. Me resulta difícil conectar con la gente, especialmente de primeras, pero ellos me caen bien. Eran las típicas personas que se adaptan a todo, que no ponen pegas por nada, típicas personas con las que se puede tener una conversación agradable sobre cualquier tema. Personas normales y sencillas. Los dos eran economistas y los dos trabajaban en bancos como Alex. Así que cuando quedábamos los cuatro yo era una vez más el único de letras y el único que no tenía ni puta idea de acciones, fusiones o ecuaciones. Pero Fran y Verónica no hablaban mucho de trabajo, por lo menos no de temas relevantes. Si mencionaban algo relacionado con el mundo laboral, era para contar historias graciosas sobre sus jefes o compañeros, o para meterse con las cosas malas que tenía el gremio de los economistas, hasta se hacían auto-burla con comentarios tipo: Los economistas somos todos unos coñazos. Así que en ningún momento me sentía perdido o fuera de lugar con las conversaciones. La verdad es que agradecía no tener que hablar sobre temas de trabajo. Especialmente, porque si alguien me preguntaba algo sobre la universidad o lo que hacía allí, ¿qué iba a contar? ¿Que había rellenado treinta expedientes el día anterior? ¿Que uno de los alumnos tenía un apellido gracioso? Conejo Guerrero, Camino a la Fuente... ¿Que Nachivo y yo habíamos bajado a ver una tía buena al archivo? No, no tenía nada interesante que contar sobre mi trabajo, al menos no en una doble cita de parejas. Si alguna vez, la conversación se centraba sobre temas laborales serios... podía llegar a sentirme avergonzado y miserable, pues casi todo el mundo que conocíamos tenía una carrera más o menos destacada. Yo era el único que me había quedado en la casilla de salida.

Siempre que quedábamos los cuatro, reservamos en un restaurante japonés. A ellos, también, les encantaba el buen sushi. Hasta habíamos hablado de hacer un viaje a Japón los cuatro juntos, algún día. Claro, que sabía que era la típica cosa que se dice y nunca se hace. Lo que yo llamo: un plan que nace muerto. Esa noche habíamos quedado en un nuevo restaurante que habían abierto en pleno centro de Madrid, habíamos leído buenas críticas en Tripadvisor, y siempre estábamos en busca y captura de la mejor calidad al mejor precio. El restaurante, estaba lleno hasta arriba, suerte que habíamos reservado mesa con una semana de antelación. Una de las camareras, que vestía un kimono tradicional, nos acompañó hasta la mesa. Japón me parece un país fascinante. Ojalá no fuera un plan que nació muerto y fuéramos algún día. Allí, todo me parece increíble: la comida, las mujeres, la cultura, la historia... quizá es, porque nos llama la atención lo diferente. Me encantaría conocer Tokio. Desde que vi "Lost in Translation", una de mis películas favoritas, siempre he querido ir. Lástima que a Alex le parezca un bodrio la película. ¿Tenemos diferente sensibilidad para el arte la gente de letras de la gente de ciencias? ¿O es una cosa de Alex y mía?

Ordenamos una botella de vino blanco y una botella de sake. Ahora, que vivíamos en las afuera teníamos que ir en coche a casi todos los sitios y casi nunca podíamos consumir alcohol. No tenía sentido que uno bebiera y el otro no. ¿Dónde estaba la diversión? Pero, hoy habíamos decidido ir en taxi, para poder disfrutar de una velada completa. ¿Sabías que la plata es el mejor conductor de electricidad? Y, ¿sabías que el vino es el mejor conductor de conversación? Hasta la persona más tímida, mejora su capacidad total de verborrea cuantitativa y cualitativamente entre un cincuenta y un setenta y cinco por ciento cuando bebe vino. ¿Por qué no ponía eso en la etiqueta de las botellas? Menudo eslogan de éxito sería: "bebe con moderación si vas a conducir,

pero bebe en buena proporción si vas a conversar”. Claro que no todo el mundo necesita de este estimulante para hablar. ¿Conoces la historia de Astérix y Obélix? ¿Los galos que plantaban cara a los romanos? Bueno pues en esa aldea gala, el druida preparaba una poción mágica que multiplicaba tu fuerza por cien al consumirla. Obélix se cayó dentro del bidón de la poción mágica cuando era un niño, y a consecuencia de ello, su fuerza era siempre descomunal y ya nunca más necesitaba beber la poción mágica. Pero Astérix era pequeño y enclenque y necesitaba beber la poción para multiplicar su fuerza cuando la situación lo requería. Pues, con el tema de la conversación, Alex era Obélix, no necesitaba el vino para hablar sin parar, y yo era Astérix que necesitaba la ayuda de la poción mágica cuando la situación lo requería.

Enseguida la camarera disfrazada de geisha, nos trajo las botellas y sirvió el vino y el sake, y enseguida empezamos a conversar sin parar.

Empezamos hablando del intenso ritmo de vida que llevamos, de no tener tiempo para hacer las cosas con calma y disfrutar de los pequeños detalles, de tener que hacer las cosas corriendo y mal. La conversación derivó en el tema del afeitado por las mañanas. Fran usaba una verdadera navaja para afeitarse, su padre le había enseñado a usarla cuando era un adolescente, a su padre se lo había enseñado su abuelo, y él pensaba hacer lo mismo con su hijo, cuando fuera más mayor. Para él era un ritual bonito, algo que le recordaba a una cosa que su padre le había enseñado y que nunca olvidaría. Durante muchos años había disfrutado de este ritual por las mañanas, tomándose su tiempo para recordar buenos momentos durante el afeitado. Digamos, que era su momento especial. Pero, desde hace algunos años, el ritmo de la vida le comía. Tenía que correr por la mañana para llevar a su hijo al colegio y luego ir al trabajo que estaba en la otra punta de Madrid. Le daba pena dejar de usar la navaja y pasarse a una máquina eléctrica, que le ahorraría tiempo. Podía parecer una tontería, pero en cierto modo se sentía que traicionaría a su padre, la tradición familiar y que abandonaría su momento especial del día. Así que en lugar de dejar de usar la navaja, se había acostumbrado a afeitarse a toda velocidad, a menudo causándose cortes en la cara. Su mujer le decía que estaba chalado, por no comprar cuchillas normales, pero yo le entendía. Si mi padre me hubiera enseñado eso, yo también lo haría. Es algo que solo los que tenemos ese lazo especial con nuestros padres entendemos.

Sumergido en un clima de confianza y como si fuera algo que llevaba muy dentro desde hace años y que necesitaba compartir, empezó a relatar cómo su padre había pasado meses en un hospital por un cáncer. Su padre había necesitado varias operaciones y había pasado varios días en coma inducido. Fran había estado todos estos días junto a su padre, sin moverse de su lado. Todos los días por la mañana Fran afeitaba a su padre usando su navaja. El padre de Fran, como muchos hombres de su generación, se afeitaba todos los días menos el domingo, y Fran quería que su padre mantuviera siempre su mejor aspecto, que aunque estuviera en coma se sintiera como siempre. Sacaba su navaja y con gran destreza afeitaba a su padre hasta dejarle un aspecto perfecto, luego le ponía su after shave, la misma marca que su padre había usado desde que Fran era un niño, y para finalizar, besaba a su padre en la frente deseando que pronto estuviera recuperado. Así, se repitió el mismo proceso durante días, hasta que una tarde su padre, por fin, salió del coma. Al día siguiente Fran acudió a ver su padre a primera hora de la mañana, quería estar allí para cuando se despertase. Cuando su padre se despertó, Fran, como había estado haciendo los días anteriores sacó la navaja, extendió la espuma sobre la cara de su padre y comenzó a afeitarle. Pero enseguida el padre protestó: “¡Para! ¡Para! Más despacio, Fran, que me vas a rebanar el cuello, después de haber sobrevivido a la operación”.

Entonces Fran se dio cuenta de que había estado afeitando a su padre a toda velocidad, igual que él hacía a diario para llegar a tiempo al trabajo. No lo había hecho a propósito, simplemente había adquirido ese hábito. Se sintió muy mal, por no haber

afeitado a su padre con delicadeza.

“Hazlo despacio, de arriba abajo como yo te enseñé cuando eras niño, ¿te acuerdas?”. Entonces Fran rompió a llorar en el hospital y las lágrimas continuaron hasta aquella cena.

-Hay que disfrutar el día a día. Hay que saborear el momento, en lugar de ir corriendo a todos los sitios. Este ritmo de vida es horrible. No nos damos cuenta de que en cualquier momento ya no estaremos aquí – dijo Fran entre lágrimas.

Tan pronto como llegué a casa, escribí la historia para que no se me olvidara, con la esperanza de que algún día formaría parte del libro. Y ahora, había llegado el momento de darle su momento de gloria. La historia me ocupó cinco páginas. No parecía mucho, y empecé a hacer cálculos: Si escribo cinco páginas al día, en un mes son ciento cincuenta páginas, más treinta que llevaba son ciento ochenta páginas. No era suficiente. ¿Cuántas páginas tenía que tener un libro para poder venderse? Sin duda, era una pregunta de escritor novato, pero necesaria.

Busqué en Google: “¿Cuántas páginas tiene una novela?” Aparecieron varios blogs en lo que te daba una ligera orientación del mínimo número de páginas que debías escribir para poder publicar. Al parecer, menos de trescientas páginas suponía un problema, si querías publicar en estos días. ¿Qué había pasado con el romanticismo de escribir? ¿Acaso eran los libros una mercancía más? Me negaba a creerlo, pero no quedaba otra opción que jugar con las reglas del mercado editorial. No estaba seguro si tenía tanto material, tenía que buscar más historias, explayarme un poquito más en la descripción, profundizar en los personajes... No iba a ser una cosa de dos días, eso estaba claro. Tendría que relajarme y disfrutar del viaje.

La historia de Fran y su padre me había dejado con una profunda necesidad de pasar un rato con mi padre, de abrazarlo y charlar con él. Tenía muchas ganas de verle. Miré la hora, eran las casi las doce y media, probablemente estuviera acostado. Mañana le llamaría para quedar con él. Vi el último mensaje que le había mandado, era del viernes pasado. Hacía una semana que no hablábamos, y me fui a la cama con un poco de tristeza. Mañana en cuanto me levantara le escribiría.

Viernes “F”... “F” de Fiesta

Viernes por la mañana.

La alarma sonó y yo la apagué, sonó otra vez y la volví a apagar, así hasta cuatro veces, pero era una batalla perdida de antemano. El despertador ganó, como siempre, y me levanté de la cama. Cada persona tiene un ritual por la mañana: unos, comienzan el día levantándose con el pie derecho, otros, comienzan el día diciendo gracias por todo lo que tienen, y algunos como yo, comienzan el día maldiciendo el mundo por tener que madrugar. Después de la maldición, el ritual continuaba con una promesa o juramento: “juro que si alguna vez soy rico jamás me levantaré antes de las doce de la mañana”.

-¡Por fin, viernes! - gritó Alex, como si fuera una alondra.

Mientras, yo servía el desayuno como un búho. Es verdad que era viernes, estaba tan dormido que ni siquiera me había dado cuenta. Si me levanto antes de las ocho de la mañana me lleva un rato orientarme en el tiempo.

-No me lo puedo creer: ¡qué semana más larga!

-Sí - contesté con esfuerzo. Pero Alex tenía razón, había sido una semana muy larga. Habían sucedido tantos acontecimientos en los últimos siete días, que tenía la sensación de que había pasado un mes, más que una semana. Volver a empezar a escribir, conseguir la marihuana, la cita con Laura, la cena de Alex con su jefe... había sido una semana cargada de emociones. Pero por fin, había llegado el viernes. De pronto, me dio un pequeño retortijón de estómago, al recordar que esta noche

teníamos la fiesta y vería a Laura.

Mientras yo estaba sumergido en mis pensamientos y desayunando con los ojos cerrados, Alex hacía un repaso de todas sus redes sociales: Facebook, Twitter, Instagram y así unas cuentas más que yo ni siquiera conocía. Esa era su rutina mañanera. Ponerse al día con el mundo virtual-real.

-Esta noche he quedado con los chicos – dije, rompiendo la ley de los monosílabos.

De pronto, Alex chilló como si hubiera ganado el Euromillón:

-¡No me lo puedo creer!

El grito me despertó de golpe, y casi vuelco el café del sobresalto. Mil imágenes pasaron por mi cabeza en un milisegundo. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué gritaba? ¿Había descubierto que tenía una cita esta noche? ¿Que habíamos comprado droga? Ahora entiendo cuando dicen que toda tu vida pasa por delante de ti, un segundo antes de morir.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Alex volvió a mirar el móvil y volvió a gritar como una loca:

-¡Ahhhh! ¡Ahhh! – ¿Nos habría tocado el Euromillón de verdad? Empezaba a planteármelo. Pero la ilusión se fue tan rápido como vino -. ¡Mi hermana se ha comprometido! ¡Qué fuerte! ¡Qué fuerte! – intenté mostrar algo de alegría por la noticia, pero claro, después de haber pensado que era el Euromillón, el compromiso de su hermana, era hasta... un varapalo. Por eso siempre es mejor decir la noticia mala, o menos buena primero, y luego la buena. Así te aseguras quedarte con un buen sabor de boca.

Alex me enseñó una foto de su hermana Sandra, mostrando un anillo con un gran pedrusco, probablemente de gran valor a juzgar por el tamaño y lo que brillaba.

-¡Qué bien! - contesté intentando equiparar mi entusiasmo al de Alex, pero sin conseguirlo.

-¡Ay, qué anillo tan bonito! – suspiró Alex.

-Debe valer una fortuna – no pude evitar compararlo con el que Alex llevaba en su dedo. Estaba claro que su anillo valía por lo menos diez veces menos, y me sentí un poco mal por no haberle podido comprar uno mejor. Alex siempre decía que su anillo le encantaba. Decía que era muy “ponible”, quizá no era el mejor adjetivo para un anillo de pedida. Entonces, complementé mi frase ritual de la mañana: “si alguna vez era rico, no me levantaré nunca antes de las doce” con: “y le regalaré a mi mujer el mejor anillo de compromiso del mundo, con diamantes de verdad”. Un anillo que el de su hermana parecería una baratija a su lado.

De pronto Alex, apartó bruscamente el teléfono de mi vista.

-No se lo puedes decir a nadie – me advirtió con rostro serio -. Mis padres no lo saben todavía, se lo va a decir la semana que viene, cuando vengán a Madrid.

-No. Te lo juro. - No tenía otra cosa que hacer que ir a casa de mis suegros y decirle: “Oye, Antonio, ¿qué pasa colega? Mira, que tu hija pequeña se casa. El italiano con el que vive en pecado y con el que se acuesta todas las noches sin que tú tengas, ni puta idea. Sí, con ese.

-Por fin nos va a presentar a Francesco. Qué alegría, me muero de ganas por conocerle. ¡Qué guapo es! ¡Qué buena pareja hacen! – ahora que había jurado no decírselo a nadie, me volvía a enseñar las fotos.

El tal Francesco, era el típico italiano guaperas: Media melena con rulos que parecían de peluquería, gafas de pasta y traje de Giorgio Armani que brillaba hasta en la foto mate. ¿Por qué les gustaría tanto a los italianos las cosas que brillan? Una vez, en unas vacaciones que hicimos Alex y yo, una guía turística nos dijo: Si alguna vez quieres reconocer a un grupo de turistas italianos, son siempre los que brillan.

-Francesco también es economista, y su familia tiene varias empresas. A mi

padre le va encantar - dijo Alex, entusiasmada. No le podía quitar la razón. Por fin Antonio tendría un yerno del que sentirse orgulloso. Un yerno de ciencias -.Y tú, puedes practicar italiano con él. Podéis hablar de fútbol, creo que le gusta mucho - lo que me faltaba, encima mi italiano de pacotilla quedaría al descubierto. La única cosa que mi familia política se creía que hacía bien, "Bueno, por lo menos habla otro idioma, no es que el italiano sirva de mucho, pero algo es algo" Había dicho una vez mi suegro. No podía perder mi única ventaja competitiva. Hasta una vez tuve que fingir una gastroenteritis para no tener que ir con ellos a Roma, ya que Alex les había dejado bien claro que yo dominaba la lengua y me encargaría de todo.

-Me muero de ganas por conocerle - dije con una mezcla de exaltación fingida e ironía que resultó en un tremendo gallo, superando al mejor de mi época adolescente.

-¡Ays! Pero qué chico es mi niño, qué gallos tiene - Alex me abrazó y empezó a besarme, como si fuera un niño pequeño. Estaba muy contenta y tenía razón para estarlo: la boda de su hermana, el posible ascenso que le esperaba esta noche, todo parecían buenas noticias para ella -. Me marchó, que llego tarde.

Me quedé contemplándola mientras se ponía la chaqueta, y se miraba en el reflejo del espejo de la puerta de la cocina. Se puso de medio lado para ver cómo le quedaban los pantalones por detrás, y después se puso de puntillas para ver el resultado que obtendría cuando se pusiera los tacones, que llevaba en una bolsa aparte. Desde que la conocía, siempre hacía eso antes de salir de casa. Me hizo sonreír.

-¿Qué pasa? ¿Por qué sonríes?

-Nada, tonterías - me levanté, y le acerqué el bolso y las llaves de coche - Estás muy guapa. Te quiero. - La besé, como si no nos fuéramos a ver en meses. Alex debió notar en mi beso que algo me preocupaba.

- Intentaré escaparme lo antes posible de la cena. Pásalo bien con tus amigos.

-Tú también - contesté por inercia, sin pensar que cenaba con su jefe.

Claro que no quería que lo pasara bien -. Quiero decir que, suerte con la cena y el ascenso - reaccioné unos segundos después, pero era demasiado tarde, Alex ya había cerrado la puerta.

-Soy gilipollas - me dediqué como piropo. Cogí el taper del frigorífico y lo metí en la mochila, cerré la puerta de casa e inicié el camino hacia la parada del autobús.

Me senté en la segunda fila, justo detrás de los asientos para minusválidos. Quería aprovechar el trayecto para leer y si me sentaba muy atrás podía llegar a marearme, especialmente si el tráfico era denso como esa mañana.

-Eché un vistazo al móvil antes de ponerme a leer, no tenía ningún mensaje, ni ningún correo, pero de repente una nota de aviso saltó en la pantalla: "Llamar a papá". Estaba tan dormido que me había olvidado por completo de llamar a mi padre. Era temprano, pero aunque estaba jubilado, mi padre seguía levantándose a la misma hora todos los días: exactamente a las siete y media de la mañana. No solo mantenía el despertador a la misma hora sino que también seguía exactamente el mismo ritual que cuando trabajaba en la universidad. Todos los días se afeitaba antes de desayunar, después se tomaba un café con leche, mientras leía todos los periódicos. Papá seguía comprando todos los periódicos en el quiosco, se negaba a pasarse a la versión digital, por mucho que le había insistido. A continuación se ponía su traje, por lo menos mi madre le había convencido de que no se pusiera corbata en casa, así que solo se la ponía cuando salía a la calle. Mi padre adoraba su trabajo y lo echaba mucho de menos. Yo, solo tenía treinta y cinco años y estaba deseando de jubilarme ya. Odiaba mi trabajo a muerte.

-¿Hola papi, qué haces?

-Hola hijo, ¿qué pasa? ¿Cómo llamas tan temprano? - Papá respondió

enseguida al teléfono.

-Nada, estoy en el autobús camino del trabajo.

-¿Pasa algo?

-No, todo bien. Solo quería charlar contigo un rato, hace unos días que no hablamos. ¿Cómo estás tú?

-Bien, sin problemas. Ahora, en un rato, me iré a hacer la compra con tu madre. Ya sabes, siempre comprando. – Papá siempre había estado muy ocupado con el trabajo y nunca había ido a hacer la compra, pero desde que se había jubilado iba a hacer la compra todos los días con mamá. Al principio lo hacía a regañadientes pero ahora lo había asimilado como parte de su nueva rutina y hasta disfrutaba cuando pasaba por ciertos departamentos, especialmente la marisquería. En cuanto mamá se descuidaba, aprovechaba para echar en la cesta unas gambitas o unos langostinos. Después, mamá le leía la cartilla cuando veía la cuenta: “Desde que vienes conmigo a la compra nos gastamos el triple”. Pero papá, es así. Le gusta disfrutar de las pequeñas cosas y no mira el dinero. Mamá es la que lleva finanzas en casa, como Alex en la nuestra.

-Estupendo, papá.

-Dice tu madre que si vais a venir este sábado a comer a casa.

-Sí, me pasaré como siempre, sobre las dos. Alex creo que ya había quedado con su familia, así que iré yo solo.

-Perfecto, hijo. Pues compraré algo rico para comer. Unas gambitas o algo así.

-Genial, papá. Nos vemos el sábado, entonces.

-Un beso, hijo.

-Un beso, papá.

Los dos somos fans de las conversaciones telefónicas cortas así que tras colgar aún tenía un largo trayecto hasta la universidad que aprovecharía para leer.

¿Era una cosa de hombres el mantenerse poco tiempo al teléfono? ¿O era, simplemente entre mi padre y yo? Alex se tiraba horas cuando hablaba con su madre, a pesar de que vivían al lado, y con su hermana que vivía en Italia, juro que la conversación podía durar días.

Ya estaba en la universidad. La mañana transcurrió especialmente tranquila. Nachivo estaba de vacaciones así que sin nadie con quién mantener una conversación me puse los auriculares y empecé a escuchar música mientras rellenaba matrículas y más matrículas, había perdido la cuenta de cuántas llevaba. Era una suerte que nos dejaran escuchar música, así se pasaba mucho mejor el día. Normalmente escuchaba alguna sesión de música tranquila sin letra. Me encanta que en Spotify te dejen elegir sesiones según tu estado de ánimo: triste, contento, melancólico... Pero hoy no había encontrado ningún estado para describir cómo me sentía. Me había puesto música de Jon Bon Jovi... sí, lo sé, un poco cursi, pero las canciones me recordaban a mis veinte y pocos, y me traían nostálgicos recuerdos. Sobre todo recuerdos de chicas, de mis amores de esa época. No sé por qué había elegido esa música hoy, pero al iniciar mi sesión de Spotyfi había sentido una gran necesidad de poner ese álbum. Probablemente fuera porque había quedado esa noche con Laura, y aunque no tenía intención de añadirla a mi lista de amores que recordar, en el fondo me sentía un poco como en mis veinte.

Hice un repaso mental de mis relaciones durante la década pasada. ¡Qué tonto había sido, en muchas ocasiones! Si volviera atrás me lo montaría mucho mejor con las mujeres. Ojalá hubiera sabido entonces, lo que sé ahora. Sería como hacer un examen teniendo las respuestas. Lo había pasado bien en mis veinte, no me malinterpretas, pero si tuviera la oportunidad de volver atrás con los conocimientos que la vida te otorga a lo treinta y cinco... créeme que lo pasaría mucho mejor y, desde luego, no me

llevaría disgustos por desamores absurdos.

Esta noche habíamos quedado con un grupo de veinteañeras otra vez, y yo tenía la experiencia de los treinta y tantos, ¿cómo me desenvolvería? ¿Tendría un plus de confianza? ¿O, en el fondo, seguía siendo el mismo chico tímido de siempre?

El teléfono empezó a vibrar, lo saqué del bolsillo y eché un vistazo. Era el grupo de WhatsApp de mis amigos. Tenía más de veinte mensajes sin leer.

David y Dino estaban mucho más emocionados que yo con la fiesta. Era lógico, ellos estaban solteros y esperaban triunfar esta noche.

Los WhatsApp empezaban con David llamándome Óscarinho, como si esta noche tuviéramos que jugar un partido, y a juzgar por sus mensajes, más que un partido cualquiera, la final de la Champions League.

“Óscarinho, esta noche hay que darlo todo... hay que marcar. ¡Los goles fuera de casa valen doble!”. David

“Óscarinho, esta noche partido contra la cantera. Habrá que fijarse bien en las jóvenes promesas y fichar a una estrella jajaja”. David

Pero si David estaba emocionado con la fiesta, Dino estaba abrumado, aterrorizado por quedar con un grupo de universitarias. Probablemente esta fiesta era lo más emocionante que le había pasado en los últimos años, más aún que comprar acciones del Santander.

Los siguientes WhatsApp eran:

“Estoy vigilando la almohada”. Dino

“No os preocupéis, no me muevo de aquí”. Dino

“¿Qué coño dices, Dino?”. David

“¿Qué almohada? ¿Has dormido con una tía?”. David

“No”. Dino

“Ya me lo imaginaba”. David

“La almohada donde pusimos la cosa”. Dino

“¿No me digas que todavía usas la almohada para poner tu cosa? Eres como un adolescente. jajaja”. David

“Coño, que estoy vigilando la marihuana que puse en la almohada”. Dino

Ahora era yo el que escribía:

“Tranquilos chicos, que todo va a salir bien”. Óscar

“Dino, ¿no has ido a trabajar?”. Óscar

“No he podido dormir en toda la noche de los nervios. No podía dejar de pensar que tenía la marihuana debajo de la cara”. Dino

“Le he dicho a mi madre que estaba malo de la tripa, que no podía ir a la agencia”. Dino

“Qué feo mentirle a una madre. No tienes vergüenza”. David

“Medio verdad, medio mentira. Se me ha irritado el colon de los nervios”. Dino

“No te vayas a cagar en la fiesta”. David

“Tranquilo Dino, tú puedes”. Óscar

“Esto me supera, nunca había estado tan nervioso desde que volamos a Ibiza y cogimos las turbulencias”. Dino

“Fúmate un poquito de la marihuana, para tranquilizarte”. David

“No, no, os espero. A las nueve en mi casa”. Dino

De pronto oí mi nombre sobre la voz de Jon Bon Jobi, que estaba cantando “Always”. – ¡Óscar! ¡Óscar! – me quité los cascos. Era Victoria, mi jefa, que me llamaba.

-Dejé el móvil sobre la mesa disimuladamente, y me giré.

-Dime, Victoria.

-Óscar, ¿puedes bajar esto al archivo, que no está Nacho?

-Sí, claro. - Me levanté y cogí un buen taco de expedientes. Ahora entendía por qué Nacho tenía esos bíceps tan desarrollados, todo el día cargando con estas pilas de papeles...

Me encerré en el archivo y empecé a colocar una a una todas las carpetas por orden alfabético. En la primera página aparecía la foto del alumno, su nombre, fecha de nacimiento, la carrera que habían elegido y su nota de acceso a la universidad. Casi todos los alumnos habían elegido carreras de ciencias, solo algunos osados habían cogido de letras y miré su foto con cara de pena. La situación laboral de Alex y la mía era un reflejo del mundo real, si volviera atrás jamás estudiaría una carrera de letras. Pero estos chavales todavía tenían ilusión por triunfar en la vida, como yo la tuve hace muchos años. No había nada que reprocharles. ¡Qué cara de pipiolos tenían todos! ¿Realmente había yo envejecido tanto? Parecía que había sido ayer cuando había pegado mi foto en la primera hoja de la matrícula, pero ya habían pasado diecisiete años. ¡Madre mía!, había vivido ya la misma cantidad de años desde que nací y fui a la universidad, que desde que empecé la universidad a día de hoy. ¿Dónde se había ido esta segunda etapa? No sabía dónde habían ido todos esos años. Los cálculos de la vida me mareaban, quizá por eso había estudiado letras.

Me senté un momento en la mesa del archivo a reflexionar sobre la existencia humana, por suerte el móvil volvió a sonar antes de que entrara en depresión.

Pensé que debía ser Dino diciendo que se rajaba y no venía a la fiesta, pero para mi sorpresa era un mensaje de Laura. Mil quinientos pensamientos cruzaron mi mente, en un segundo: ¿Habría cambiado de opinión y no quería quedar? ¿Sus amigas le habían dicho que no querían quedar con unos tíos tan mayores? ¿Habrían conseguido la marihuana por otra fuente, y ya no le interesaba?... Miré el móvil con la esperanza de que la fiesta siguiera en pie. Si en algún momento había tenido dudas sobre si seguir adelante, ahora tenía claro que tenía muchas ganas de ir. Sentir los veintitantos, aunque fuera solo una vez más.

“Hola guapo. No se te olvide que hoy es la fiesta. A las diez en mi casa. Os esperamos”.

Analicé el mensaje como si fuera un CSI. Frase a frase, palabra a palabra.

“Hola guapo”: ¿le parecía guapo o lo ponía en todos los mensajes? Miré los mensajes anteriores y en ninguno lo ponía.

“No se te olvide que hoy es la fiesta”: si ella supiera que no hemos pensado en otra cosa esta semana...

La última frase: “Os esperamos”, estaba clara no hacía falta análisis.

Me puse a contestar el mensaje. Debía empezar con “Hola guapa” ¿o sonaría demasiado como una declaración de intenciones? Y Alex, ¿por qué me acordaba ahora de ella? ¿Sería un feo ponerle: “hola guapa” a otra tía? Bueno, a Alex siempre le ponía: “hola amor”, que eso estaba a otro nivel. ¡Qué demonios! Le di a enviar.

“Hola guapa, no se me olvida. A las diez estamos allí”.

Y salí del oscuro archivo corriendo, no me gustaba estar solo ahí dentro, me recordaba a las películas de terror. Probablemente, el predecesor de Nachivo se había quedado emparedado detrás de las estanterías y podía salir en cualquier momento.

Viernes por la tarde.

Por fin había llegado el viernes por la tarde. Por fin era libre por dos días y medio. Al llegar a casa me preparé un sándwich de jamón y queso, mejor comer algo antes de la fiesta. Por lo que recuerdo, en las fiestas universitarias se bebía mucho y no quería que el alcohol me cayera mal. También me tomé un omeprazol para proteger el estómago. Si antes de jugar un partido tenía que calentar el doble que cuando tenía veinte años, era justo pensar que mi estómago también necesitaba calentar el doble antes de una fiesta. Cogí el bote de omeprazol y me tome uno mientras me acababa el sándwich, y me guardé otro en el bolsillo por si acaso. Hacía ya unos años que siempre que salía a cenar fuera de casa me tomaba omeprazol, y es que si mis lumbares habían sufrido el

paso del tiempo, mi estómago... mucho más. Fue Dino quién me introdujo en el mundo de los protectores de estómago. Dino llevaba tomándolos desde que lo conozco, siempre que salíamos a hacer botellón se tomaba uno. Como era lógico, David y yo nos reíamos de él, nuestro estómago podía digerir litros y litros de calimocho por aquel entonces, y al día siguiente, como si nada. ¡Ojalá le hubiéramos hecho caso! Quizá ahora, no sufriríamos las consecuencias de la venenosa mezcla de cola con vino.

Se había hecho un poco tarde. Me duché rápido y me cambié. Con el tema de vestimenta, no había evolucionado en nada con el paso de los años. Me puse unos vaqueros y una camisa blanca, mi look habitual de los fines de semana.

Hacía mucho tiempo que no me ponía gomina, así que el bote estaba obstruido y al apretar con fuerza un chorro salió disparado contra el espejo. Intenté limpiarlo, pero con el papel higiénico solo se formaba más y más lío. Alex me iba a reñir si no lo limpiaba, pero llegaba tarde y no tenía tiempo. Ya lo limpiaría bien cuando volviera.

¿Qué estaría haciendo Alex? Me la imaginé en frente del espejo de su despacho retocándose el maquillaje, repasándose los labios. Me reí, ¿cómo había llegado a esta estúpida situación, a esta estúpida fiesta? Iría, lo pasaría bien con mis amigos y hasta siempre. Me acordé de un episodio de los Simpson: cuando a Hommer, el padre, le salen de la cabeza un Hommer demonio y un Hommer ángel, que representaban la parte buena y la parte mala de su conciencia. Bueno, pues así me sentía. Una parte de mí, me decía: "Corre ve y pásalo bien con esa tía buenorra, recuerda que tu mujer está cenando con su jefe", y la otra me decía: "Quédate en casa, tranquilito, limpia bien el espejo y espera a tu mujer con un ramo de flores". ¿A quién debía hacer caso?

Dino llamó al teléfono por tercera vez. No había más tiempo para pensar, llegábamos tarde. Retoqué el peinado por última vez, y salí corriendo hacia casa de Dino.

Viernes Noche

Ahí estábamos los tres, de pie, en un vagón del metro camino de una fiesta como en los viejos tiempos. David sacó el móvil y nos hicimos varios selfies, la ocasión bien lo merecía.

-Si lo llego a saber, hubiera traído el palo para hacer selfies – Dino parecía haber pasado la fase nerviosa y ahora estaba en estado de plena emoción.

-¿Pero tú eres tonto? ¿Cómo vas a venir con el palo a la fiesta? – le reprochó David.

-Lo hubiera dejado aquí, en la bolsa de regalo - dijo Dino señalando la bolsa de color rosa, en la que llevábamos la marihuana.

En un principio habíamos pensado en repartir la marihuana en tres paquetes pequeños, y metérmola en el calzoncillo hasta que llegáramos a la fiesta, pero la cantidad era tan grande, que un bulto de tal consideración hubiera llamado demasiado la atención. Además, David se había negado a fumarse nada que hubiera estado cerca de las partes de Dino. Entonces, Dino había tenido la brillante idea de coger una bolsa gigante de la "Semana fantástica del Corte Inglés", en la que su madre guardaba unos zapatos.

-Óscarinho, el tiempo que hacía que no te veía con el pelo de punta.

Pareces un killer, como en los viejos tiempos - los tres nos reímos, mientras intentábamos despeinarnos los unos a los otros, hasta que llegamos a nuestra parada de destino.

Fuimos siguiendo el GPS del móvil de Dino hasta que dimos con el portal de la casa. Estaba muy cerca de la universidad Complutense de Madrid. Se veía que vivían muchos estudiantes en el barrio.

-Aquí es, el GPS del iPhone nunca falla.

Nos paramos enfrente del telefonillo, ahora sí, estaba un poco nervioso. Teníamos que haber hecho caso a David y haber bebido un par de copas antes de salir, eso me

hubiera dado confianza.

-¿Qué piso es? - preguntó David, que a él la confianza le sobraba en exceso.

Volví a leer el mensaje de Laura para confirmar, aunque me la sabía de memoria.

-El tercero A - David fue directo a marcar el telefonillo, pero le sujeté el brazo antes de que llegara a su objetivo -. ¿Qué hacemos? ¿Subimos ya? -tenía un nudo en el estómago y la voz me salía sin fuerza. El temor al sexo opuesto no había desaparecido, en absoluto, con el paso de los años.

-¿Damos un paseo antes? - sugirió Dino, que estaba más nervioso que yo.

-¿Un paseo? ¿Pero qué os pasa? Vamos, no me seáis...

-Yo daría un paseo para ver el barrio – volvió a sugerir Dino.

-¿No os dais cuenta que son ellas las que tienen que estar exaltadas por quedar con unos tíos como nosotros? Miraos. ¡Coño! Somos unos tíos guapos de treinta y cinco.

-Treinta y nueve – le corrigió Dino.

-Ellas nos ven como tíos triunfadores, que ya han pasado la universidad.

Para ellas somos un reto. - Al ver que no acababa de convencernos, continuó con su discurso de que los tíos en los treinta son los más deseados por todas las mujeres de todas las edades. David había malgastado su vida como arquitecto, si hubiera hecho carrera política, por lo menos hubiera llegado a ministro.

-A ver, a vosotros cuando teníais veinte, ¿quién os gustaba?

-Winona Ryder – contestamos a la vez los dos, que nos habíamos pasado la universidad viendo la película de “Reality Bites” una y otra vez.

-Exacto. ¿Y cuántos años tenía Winona cuando vosotros teníais veinte?

-No sé, ¿unos treinta?

-Y a las tías de clase, ¿quién les gustaba cuando tenían veinte? Tom Cruise, Brad Pitt - dijo David respondiéndose a sí mismo -. ¿Y cuántos años tenían ellos? Treinta también. ¿No lo veis? Los treinta son el culmen de atracción sexual.

-Pero en “Reality Bites”, Winona interpreta un personaje de veinte años – le reprochó Dino.

Aunque su discurso no nos había convencido, David llamó al telefonillo, igualmente. Y sin que nadie contestara... la puerta se abrió.

5. No hay vuelta atrás

Seguimos a David por las escaleras, ya que decía que causaríamos mejor impresión que cogiendo el ascensor. No veía el por qué, pero había tomado el mando de la operación y Dino y yo le seguíamos sin rechistar. Según nos íbamos acercando al tercer piso se empezaba a escuchar la música de la fiesta.

La puerta estaba abierta, y David entró como Pedro por su casa. Por el pasillo nos cruzamos con un par de chicas que nos saludaron sin más, como si fuéramos parte del grupo. Quizá no se notaba tanto la diferencia de edad. A lo mejor podíamos pasar desapercibidos e integrarnos en la fiesta. David se giró y se marcó una especie de baile con una de las chicas. Bueno, parecía que desapercibidos, lo que se dice desapercibidos, no íbamos a pasar.

-Mírale, va a reventar de felicidad - pero Dino no me escuchó, tenía la mirada perdida como si estuviéramos en el planeta Venus.

Mientras David seguía con su baile, le pregunté a la otra chica que dónde podíamos encontrar a Laura.

-Creo que está en el salón - me indicó sin mucho entusiasmo.

Por suerte la canción terminó, David paró de bailar y pudimos continuar nuestra expedición por el pasillo de la casa.

Entramos en el salón, había mucha gente, más de treinta personas que llenaban la habitación. Me quedé parado en la puerta intentando localizar a Laura entre la muchedumbre. Por fin la encontré, estaba junto a un chico seleccionando música en el ordenador. ¡Qué guapa era! Otra vez me quedé petrificado mirándola. Llevaba unos pantalones de color lila muy ajustados, una camiseta de tirantes blanca y unas botas Dr Martens. Era un look atrevido que, sin duda, no a muchas chicas les quedaría así de bien. Pero ella estaba espectacular.

-¿Es esa, no? - preguntó Dino.

-¿La de los pantalones lila? - preguntó ahora David.

-Sí, esa es. - No podía dejar de mirarla. Nunca había fumado, ni jugado en casinos, ni había tenido ninguna adicción de ningún tipo, pero tenía que ser algo parecido a lo que a mí me ocurría cuando veía a Laura.

-¡Menudo pibón! - exclamó David, con la boca abierta. De pronto sentí una nueva preocupación: sabía lo exitoso que David era con las mujeres, y no quería que se acercara a Laura. Tenía claro que nada podía pasar entre nosotros, pero tampoco quería verla irse con mi mejor amigo. Sí, el tópico: "Ni come, ni deja comer".

Por fin Laura se giró y me sonrió. Levanté la mano para saludarla. Laura se levantó y se acercó a nosotros. Me dio un escalofrío como los que sientes cuando subes en los ascensores de los grandes edificios. Nos dimos dos besos con efusividad, como si fuéramos amigos de toda la vida. Hace una semana le había roto el coche, y ahora estaba en su casa dándole dos besos; la vida es una locura, o a lo mejor es verdad lo que se dice por ahí: que los que estudian psicología, es porque están un poco locos.

-Estos son mis amigos: Víctor y David. - Qué raro me resultaba llamarle a Dino por su nombre.

-Encantada, yo soy Laura - dijo mientras repartía dulces besos.

Enseguida otra chica, se acercó a Laura.

-¿Quiénes son tus amigos? - preguntó con sincera curiosidad. Se llamaba Patricia, y era la compañera de piso de Laura. Patricia también era muy guapa, diferente a Laura. Era mucho más explosiva, muchas más curvas, mucho más pecho y llevaba un escote y una minifalda que dejaban poco a la imaginación.

-Dios las cría y ellas se juntan - dijo Dino por lo bajinis, que parecía soltarse poco a poco.

-Amén, amigo - sentenció David. Me alegré al ver que David le había

echado el ojo a la compañera de piso, no tendría que preocuparme porque se acercara a Laura.

-Esta es mi compañera de piso, Patricia – Laura hizo las presentaciones.

-Yo, Víctor. Yo, David – dijeron a la vez, intentando coger la primera posición en la parrilla de salida.

-¿Tú también estudias psicología? - pregunté para romper el hielo.

-Sí, también. Así que cuidado, porque os estaré analizando durante toda la noche - dijo antes de romper a reír a carcajadas, y casi tirar el cubata que llevaba en la mano. Se confirmaban los rumores de que las aspirantes a psicólogas estaban locas como cabras.

-¿Queréis algo de beber? - preguntó Laura, haciendo de anfitriona.

-Un gin-tonic para mí.

-Gin-tonic, también - dijo David levantando la mano.

-¿Qué vinos tenéis? – Preguntó Dino, pero David no le dejó terminar -Tres gin-tonic, guapa.

-Quédate aquí con tus amigos, yo los preparo - se ofreció Patricia.

-Patricia es la reina de los gin-tonic – nos aclaró Laura. A juzgar por la moña que llevaba a primera hora de la noche, no se podía poner en duda su título de majestad del gin.

-Yo te ayudo - se ofreció caballerosamente, David. Y los dos se fueron a preparar las bebidas, dejando a Dino completamente fuera de la competición por el trono. Nos quedamos los tres: Laura, Dino y yo en un incómodo silencio que pareció durar una eternidad. Los silencios me incomodan profundamente, no por mí, yo no necesito que la gente hable constantemente, pero siempre que hay un silencio tengo la sensación de que los demás están esperando a que yo diga algo, que se aburren con mi presencia, pero yo no soy bueno comenzando conversaciones, nunca se me ocurre nada que decir. Por suerte estaba Dino conmigo.

-Te hemos traído un regalo - dijo entregándole la bolsa del Corte Inglés.

A juzgar por la cara que puso Laura, debió de pensar que era un regalo de verdad.

-No teníais que haberos molestado - dijo mientras desenrollaba el nudo que Dino le había hecho a la bolsa. Definitivamente se había creído que era un regalo para ella. Quizá debería haberle comprado algo, un detalle. ¿Cómo no se había ocurrido? Maldito Dino, solo a él se le ocurre meter la droga en esa bolsa de la Semana Fantástica. Tenía que decir algo antes de que quedáramos en mal lugar.

-Bueno, no es exactamente un regalo – maticé apresurándome, antes de consiguiera deshacer el triple nudo marinero. Como si los nudos nos fueran a proteger de que la policía nos pillara con marihuana por la calle.

-No puedo abrirla - se rindió Laura.

-Déjame a mí, yo la abro. Es que le he hecho unos nudos especiales que me enseñaron en los boyscout. - Ahora sí, que Laura estaba perdida. Para qué coño le hace este tío un triple nudo a mi regalo, debía pensar la pobre.

Dino abrió la bolsa sin problema y un fuerte olor a marihuana se expandió, rápidamente, por la habitación.

-Tu regalo - dijo Dino con felicidad, mientras le entregaba la bolsa a Laura.

-Ves, no es exactamente un regalo - volví a matizar, pero esta vez con un tono de voz tan bajo, que creo que solo yo oí mi voz.

-Madre mía - exclamó al ver toda la cantidad de marihuana. Por lo menos el regalo le había encantado, seguramente mucho más que cualquier cosa que le hubiéramos comprado en el Corte Inglés.

-Qué barbaridad, nunca había visto tanta cantidad junta - volvió a exclamar llena de gozo.

-Mejor que sobre, que falte - dijo Dino que iba ganando más y más confianza.

-Y qué buena idea: ¡meterla en una bolsa del Corte Inglés! ¡Sois geniales!

-Ha sido idea mía - se apresuró Dino, levantando la mano. ¿Por qué levantaba la mano antes de hablar? ¿Es que se creía que estaba todavía en el colegio y tenía que pedir permiso?

-Es una idea genial - dijo mientras agarraba a Dino por el hombro y elevaba su ego hasta límites que él mismo desconocía.

Era mi turno, tenía que aparcar mi timidez y decir algo divertido e ingenioso o pensaría que era un muermo comparado con mis amigos. Nadie quiere al muermo del grupo... el tiempo corría en mi contra. A ver si llegaban pronto los gin-tonic. Necesitaba un par de copas, eso me daría facilidad de palabra.

Como agua de mayo, por fin, David y Patricia llegaron con las bebidas. David no necesita alcohol para soltar la lengua. No sé qué le estaría contando pero la chica se iba a meando de la risa, iba de lado a lado derramando la mitad de las copas que traía. Por desgracia, una de las copas que llevaba en la mano era la mía, así que cuando me la dio, solo quedaba un cuarto del gin-tonic. Lo que me faltaba, y yo que necesitaba una buena copa para soltarme.

Por el contrario Dino, rebosaba felicidad, su copa la había traído David y estaba llena hasta al final, hasta se rio al ver mi copa vacía. No hay nada como que una chica guapa te halague, para que le suban la autoestima a uno. Claro que su sonrisa se desvaneció uno segundos después cuando se enteró de que Patricia se estaba descojonando porque David le había contado la historia del yoga cuando se le rompió el calzoncillo.

-¡Qué bueno, tío! - dijo Patricia, dándole un zarpazo descontrolado a Dino que casi lo manda contra la pared -. ¡Se te vio toda la colilla!

Y no hay nada peor que una chica guapa te deje en ridículo para que tu autoestima vuelva a caer por los suelos. ¡Ay, amigo!.. Lo que rápido vino, rápido se fue.

-Mira lo que nos han traído - Laura le mostró la bolsa llena de droga.

-¡Madre mía! - exclamó Patricia. Definitivamente... nos habíamos pasado con la cantidad -. Si os pillan con eso os enchironan por lo menos diez años.

-¡Qué me dices, si es cien por cien natural! - ahora Dino estaba sin autoestima, y blanco como la pared.

-Pero tía, mira qué buena idea han tenido. Lo han metido en una bolsa de la Semana Fantástica del Corte Inglés.

-Pero no lo podéis cambiar, no hemos pedido ticket regalo - soltó mi boca, sin permiso de mi cerebro. Pero nadie se rio, parecía que no les había hecho gracia mi chiste, ¡para una cosa que se me había ocurrido! Encima este gin-tonic, era solo tonic... con lo borracha que iba, seguro que se le había olvidado echar la ginebra. Pero por suerte, tras unos segundos, Patricia empezó a reírse de manera escandalosa.

-¡Que no lo podemos descambiar! ¡Qué cachondos son tus amigos, Laura! - Después Dino se llevó otro fuerte zarpazo de la reina del gin-tonic, y todos rompieron a reír. Sentí un gran alivio, si mi chiste hubiera fallado, igual hubiera permanecido mudo el resto de la tarde.

-Bueno pues habrá que probarla - dije aprovechando mi minuto de gloria.

-Vamos a ello - dijo David, rematando a Dino con otro zarpazo, que casi pierde el equilibrio. Parecía que la pareja feliz tenía mucho en común.

David, Patricia Laura y yo nos sentamos juntos en el sofá, y Dino se sentó en el suelo junto a un chico y una chica con aspecto muy hippie y que al parecer, en palabras de Laura, eran los reyes haciendo canutos. Qué honor estar en este evento real, al final

resulta que esta fiesta era de alto copete, estaba llena de majestades: La reina del gin-tonic, los reyes del canuto, supongo que David sería el siguiente en ser coronado, porque ya tenía una mano sobre la pierna de la reina. El sofá era bastante estrecho, así que los cuatro estábamos apretados. Podía sentir perfectamente cómo la pierna de Laura se rozaba con la mía, ¿lo estaría haciendo aposta? ¿O me estaba montando una película, y la pobre chica no tenía espacio? La situación me estaba poniendo un poco nervioso.

-¡Guao! Esta mierda es buena de verdad. ¿Dónde la habéis pillado? – preguntó el chaval, que se sentaba junto a Dino. Si no nos hubiera dicho que estaba en segundo de carrera hubiera juzgado que tenía dieciséis años. Se llamaba Chete, o así le llamaban y tenía la cara como una paella de granos. Esta era uno de las ventajas de estar en los treinta y cinco, el acné había desaparecido hace ya tiempo, y no quedaban ni las cicatrices de la pubertad.

-Es una larga historia – contesté, esperando no tener que contar los detalles de la búsqueda de la marihuana. La verdad es que era una historia graciosa, pero pensarían que éramos unos pardillos.

-No tenemos prisa - Laura me miró fijamente a los ojos y sentí cómo su pierna se apretaba más a la mía. Qué guapa era... y peligrosa. Si me miraba así no podría decirle que no, a nada. Seguramente, nadie le decía que no a nada, estaría acostumbrada a conseguir todo lo que quería. Para colmo de la situación, el diablillo de mi subconsciente volvía a salir a escena, otra vez. “Guao, esta mierda es muy buena” dijo en tono de burla, repitiendo las palabras del universitario con aspecto adolescente pajillero. “Guao, esta mierda es muy buena” volvió a repetir, mientras Laura y yo nos mirábamos fijamente a los ojos. Sí, sí que era una mierda buena...

Chete era una máquina liando cigarrillos, iba a una velocidad de cinco por minuto. No sé lo que estudiaría este chaval, pero con esas habilidades manuales, estaba desperdiciando el tiempo yendo a la universidad. Laura se hizo con uno de los porros y le dio una profunda calada. Cerró los ojos, parecía disfrutar de la experiencia.

-Venga, empieza a contar – le dio otra calada al porro, y después me lo pasó. Hacia diecisiete años que no le daba una calada a un porro, precisamente en mi primer año de universidad. Esperaba no ponerme a toser como un niño y hacer el ridículo.

-A ver, por dónde empiezo. - Inhalé un poco de humo, y se lo devolví rápidamente. No había tosido nada, pero mi estilo fumando dejaba mucho que desear, todo lo contrario que el de Dino que hacía hasta figuritas con el humo. A Dino le había dado por fumar puros durante una temporada. Más tarde, cambió los habanos por los vinos y los quesos. ¿Sería la marihuana su siguiente obsesión? Como siguiera fumando a ese ritmo se iba a pillar un colocón de los buenos.

Empecé a contar la historia de cómo habíamos conseguido la maría. Obviamente me salté los detalles de que todo esto lo habíamos planeado para quedar con ellas, para volver a ver Laura.

David y Dino, pronto, se animaron a continuar con la historia añadiendo anécdotas divertidas. Parecía que la marihuana era buena de verdad porque los seis estaban llorando, literalmente, de la risa y además, mi facilidad de palabra se había multiplicado por mil.

Dino estaba desencajado, fuera de sí. Empezó a contar la historia de cómo se le había olvidado el pantalón y había hecho yoga en calzoncillos. No solo contaba la historia con palabras, sino que se levantó y empezó a hacer las posturas de yoga como si estuviera en clase, e incluso amenazó varias veces con quitarse el pantalón y quedarse en paños menores para hacer una representación más fidedigna. Hoy era su día, ya veríamos cómo acababa mañana, pero este, era su momento. Todo el mundo se reía con Dino, especialmente Rebeca, la otra chica que nos acompañaba, que se había convertido en

su fan número uno y que le jadeaba para que completara el striptease.

-Dino, contrólate - dije mientras le sujetaba los pantalones, pero el miura estaba descontrolado, no había quién lo parara. Busqué a David con la mirada, solicitando ayuda para parar a la bestia. Pero a David parecía divertirla más que a nadie la situación de ver a su amigo haciendo el gran ridículo. No solo se estaba descojonando, sino que lo estaba grabando en vídeo con el móvil para que quedara inmortalizado para la posteridad.

-¡Dino! ¡Dino! ¡Dino! - jaleaban todos al ritmo de las palmas. Entonces

Dino se quitó los pantalones y empezó a hacer el pino. Este vídeo le iba perseguir el resto de su vida, David lo chantajearía por los próximos treinta años. La situación empeoró aún más cuando Chete y Rebeca empezaron a seguir los pasos de Dino y a hacer también el pino. Como era previsible, el equilibrio duró poco, y los tres se pegaron un porrazo morrocotudo, cayendo los unos sobre los otros.

Si alguien entrara ahora en el salón, pensaría que esta era la fiesta de "Eyes Wide Shut". Dino y Chete en calzoncillos, y Rebeca con el vestido subido por la cabeza, mientras David los filmaba en vídeo y los demás observábamos atónitos. El mismo Kubrick hubiera firmado por tener esta escena en su película. Ahora sí podíamos decir que habíamos estado en una auténtica fiesta universitaria, nada que ver con las de mi época de estudiante, ¿debería estudiar otra carrera?

Dino, que a pesar de estar seriamente perjudicado, no había perdido ni un ápice de su instinto de cazador de tangas, vio la ropa interior de Rebeca antes de que esta se colocara el vestido; claro que ella tampoco parecía muy preocupada por estar medio en pelotas.

-¡Vaya, tanga! ¡Vaya, tanga! – gritaba Dino señalando el tanga de Rebeca a la cámara. ¡Vaya, tanga! ¡Vaya, tanga! ¡Mirad, no tiene ni chochera! – la pobre chica se tapó rápidamente al oír tal ordinariez.

-¿Ni chochera? - repitió Patricia, riéndose.

-¿Qué pasa? Eso lo dice mi abuela - respondió Dino.

-Eres más antiguo que las pesetas, macho - dijo David mientras acababa de grabar el vídeo.

-Chocheras, pesetas... ¿pero cuántos años tenéis? - preguntó Rebeca, mirando fijamente a Dino. Si no estuviéramos hablando de Dino, hasta pensaría que estaba interesada en él.

-Tiene ciento treinta y nueve. ¿Por qué te crees que le llamamos Dino?

Dino, de dinosaurio – respondió David, que se lo estaba pasando en grande mirando la obra de arte que acaba de filmar y colgándola en Facebook, para que todo el mundo pudiera disfrutar de ella.

-Tengo treinta nueve, un chavalito.

-¿Casi cuarentón? ¡Qué mayor! – le salió del alma a Rebeca. Oh, oh...

¿habíamos abierto la caja de pandora al sacar el tema de las edades? El siguiente en pasar el interrogatorio de la fecha de nacimiento sería yo. Por un momento pensé que la fiesta se terminaba si empezábamos a sacar el tema de las edades, perderían el interés en nosotros y nos iríamos a casa a seguir con nuestra vida de treintañeros. Pero entonces, un milagro ocurrió...

-¿Qué pasa? - dijo Dino -. ¿Tienes algún problema con mi edad? Mira

que... gallina vieja te da buen caldo. - Rebeca volvió a reírse a carcajadas, y lo más sorprendente: le soltó un pedazo de morreo a Dino. David volvió a sacar, rápidamente, el móvil para seguir grabando. La fiesta estaba dando mucho material para su película. Está claro que cada uno tiene su público, que siempre hay un roto para un descosido... dilo como quieras. Pero a Dios pongo por testigo que este, había sido el beso más bizarro que había visto en mi vida.

La onda de amor se expandió por la habitación y David aprovechó el desconcierto para

empezar a besar a Patricia. ¡Qué típico! El director de la película se lía con una de las protagonistas. ¿Y yo? ¿Quién era yo en este filme? Alguien que está detrás de las cámaras callado. ¿El guionista? Sí, ése era yo, el guionista, pero no tenía ni puta idea de cómo iba a continuar la película. ¿Qué relación había entre la guapa protagonista y el guionista con crisis de mediana edad? ¿Había algún cliché sobre ese tema?

Laura y yo empezamos a reírnos.

-No me lo puedo creer - dije encogiéndome de hombros y pegándome más aún a ella. No me había arrimado a ella aposta, lo que pasaba es que David ocupaba cada vez más y más espacio en el sofá, hasta que consiguió echarnos. Laura se levantó y me extendió la mano para que la siguiera. Tenía que haber estado más rápido y ofrecerle yo la mano a ella como un caballero, pero en esta película la protagonista tenía mucha más importancia que el guionista.

El porro me había hecho algo de efecto, aunque era obvio que no tanto como a los demás. Supongo que el no saber fumar me había salvado.

-Mejor nos vamos a otro sitio.

-Sí, mejor. - Me levanté un segundo antes de que David me pusiera la pierna en la cabeza. Volví a mirar a Dino, que estaba retozando en el suelo con la chica. Era la segunda vez en mi vida que le veía besando a una mujer. La verdad es que el momento merecía ser filmado en vídeo. Pero Laura me llevaba de la mano hacia quién sabe qué parte de la casa y David había dejado de grabar para entrar a formar parte de la escena. ¡Qué pena! Estas imágenes se perderían para siempre.

¿A dónde íbamos? Una parte de mí deseaba que me llevara a su habitación, y otra parte deseaba que girara hacia la cocina, no solo porque quería evitar estar a solas con ella en un sitio con cama, sino también porque tenía un hambre que me moría, a lo mejor la marihuana me había afectado más de lo que me imaginaba. Mis temores se hicieron realidad, pasamos de largo la cocina, y ya solo quedaba el baño y la habitación. Las apuestas estaban por lo menos nueve a uno a favor de la habitación. ¿Cómo me había metido en este lío? ¿En qué momento debía pararlo?

La habitación de Laura

La habitación de Laura era bastante pequeña y tenía aspecto de sitio provisional. La clase de habitación que te alquilan los dueños con los muebles que ellos no quieren. Básicamente el cuarto consistía en: una cama en el medio, un armario a un lado y una mesa escritorio delante de la cama en la que había un portátil Mac y un libro de "psicopatología", bastante gastado. En la pared justo delante de la mesa había un pequeño espejo por el que podía ver a Laura medio tumbada en la cama y sonriendo. Parecía divertirme mi curiosidad, o quizá era mi timidez lo que le hacía gracia. Un tío de treinta y tantos, totalmente a la merced de la voluntad de una estudiante de segundo de psicología. Debía estar disfrutando del momento. El marco del espejo sujetaba varias fotos de Laura con sus amigas, en todas estaba sonriendo, parecía feliz con la vida. Cogí el libro de psicopatología y empecé a ojearlo como si me interesara la materia. Cuando estoy nervioso me ayuda tener algo en las manos, y la copa hacía tiempo que se me había acabado. Me giré y le sonreí, ¡qué guapa era! lo que hubiera dado por estar en esta misma situación hace quince años.

-¿Vas a preguntarme la lección o qué? – preguntó con un tono sexy y malvado. Volví a dejar el libro sobre la mesa. Empezar un juego de roles profesor-alumna sonaba demasiado peligroso, además no quería un rol en que quedara clara la diferencia de edad. Tenía que haber algún tema en el que los años no importaran, y estuviéramos en igualdad de condiciones.

-No, seguro que te la sabes muy bien. Se ve que has usado mucho el libro.

-No creas. Ese libro es muy antiguo. Es de mi padre, así que imagínate los años que tiene. - ¡Mierda! ¿Es que todo en esta vida está relacionado con la acumulación de muchos años?

-¿También es psicólogo? - pregunté para cambiar de tema.

-Pásame el libro - cogí el libro de la mesa y se lo di. Laura se echó un poco hacia la izquierda dejando más hueco para que me sentara a su lado. Tampoco era cuestión de parecer antipático o que pensara que estaba aterrorizado por estar a solas con ella. Me senté en la cama. Otra vez estábamos juntos, pierna con pierna. Habíamos pasado del sofá a la cama, lo cual era una progresión bastante lógica. Laura abrió el libro por la primera página en la que aparecía una foto en blanco y negro de un hombre en sus cuarenta y tantos, y al lado su biografía.

-Doctor Marcos Montiel - leí en voz alta.

-Doctor Marcos Montiel - repitió ella -. Mi padre.

-¿En serio? - cogí el libro para ver la foto de su padre, más de cerca.

-En serio. Así que, como te puedes imaginar, no me queda otra que saberme la asignatura de memoria.

-Doctor Marcos Montiel es licenciado por la universidad Complutense de Madrid... - continué leyendo en voz alta.

-¿Imagínate suspender la asignatura del libro que ha escrito tu padre?

Laura se puso más cómoda, tumbándose por completo en la cama -. ¿No sabes lo que es tener un padre catedrático? - murmuró.

Vaya, parecía que teníamos muchas más cosas en común de lo que me imaginaba.

-Oh, créeme que lo sé. Mi padre es catedrático de la universidad también.

-¡Venga ya! Me estás tomando el pelo – por un momento parecía que se iba a incorporar, pero volvió a tumbarse.

-Te lo digo en serio. Mi padre es catedrático de literatura. Bueno era, ahora está jubilado.

-Entonces, ¿tú también estudiaste literatura? Te pega.

-No exactamente, estudié filología italiana. No era muy buen estudiante, y cuando acabé la universidad solo quedaban plazas en esa carrera.

-Por lo menos no has tenido que estudiar los libros de tu padre.

Me encontraba bastante incómodo, pero era por la posición de medio sentado, medio tumbado sobre la cama. Ya no me encontraba incómodo por la situación de estar con Laura a solas en su cuarto, de hecho me sentía muy a gusto charlando con ella. Si no fuera porque mis maltrechos lumbares me estaban matando, esta escena de la película hubiera sido perfecta. Me acosté junto a Laura y busqué en el google todos los libros que había escrito mi padre, que eran más de veinte.

-Mira, veintidós libros de mi padre que me he leído. Este es mi padre - le enseñé una foto de papá, junto a toda su bibliografía.

Laura cogió el móvil e hizo zoom sobre la fotografía. En esa foto debía tener unos cuarenta y cinco años, se le veía muy joven, ni una sola cana.

-Es muy atractivo tu padre. Te pareces a él. - No pude evitar sonrojarme.

-Tú también te pareces a tu padre – fue lo único que se me ocurrió decir, para devolver el piropo. Nunca había sido bueno ligando, pero ahora estaba totalmente fuera de forma.

-¡Pero qué dices! – Laura me arrebató el libro para mirar bien la foto de su padre -. No me parezco en nada. Lo has dicho por decir, todo el mundo dice que me parezco a mi madre.

-Claro que te pareces. Es muy atractivo también, tu padre. - ¿Pero qué coño decía? Esto iba de mal en peor.

Laura cerró el libro de psicopatología y yo me guardé el móvil en el bolsillo. Mejor que nuestros padres no vieran esta escena: su hija pequeña en la cama con un tío de

mediana edad, y su hijo cometiendo pecado matrimonial en la cama con una universitaria. Guardemos las fotos familiares, ojos que no ven corazón que no siente.

-Así que los dos somos hijos de catedráticos, torturados intelectualmente por tener la enseñanza en el colegio y en casa - dijo mientras me miraba, otra vez, fijamente a los ojos.

-Oh, pobrecita, menos mal que has encontrado a alguien que te entiende.

-Oye, ¿entonces tú, hablas italiano?

-Ni una palabra. – Me giré para estar frente a ella.

-Algo hablarás, no seas modesto.

-Capuchino, Late Machito... me gusta el café.

Y como si dos simples palabras en italiano bastaran para derretir el corazón de cualquier mujer, Laura se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme, con pasión. El beso me cogió desprevenido y tardé un par de segundos en reaccionar, debatiéndome entre seguir con ese beso apasionado o separarme. Me encantaba la sensación, hacía más de diez años que no besaba a otra mujer. Su lengua era muy suave, y sus labios sabían muy bien, lo cierto es, que no quería parar. Después de todo, era solo un beso. Un beso no significa nada, y menos un beso después de diez años, ¿no? Intentaba convencerme de que no hacía nada malo, pero el debate moral que se celebraba en mi cabeza, no me dejaba disfrutar plenamente de la experiencia. Cerré los ojos y dejé mi mente en blanco, por fin las voces del foro romano se callaron, por fin era libre de disfrutar de esta experiencia. Quitó el freno de mano y me dejó llevar... me tumbé sobre Laura, y ahora era yo el que la besaba apasionadamente, ¡cuántas veces había fantaseado con estar así, en los últimos días!

El teléfono sonó y empezó a vibrar como si fuera una alarma anti besos. La fuerte melodía me sobresaltó, y me separé de Laura.

-Ven, no lo cojas - Laura comenzó a quitarse la camiseta y a desabrochar el botón de su pantalón lila. Tenía dos opciones, mirar quién llamaba o seguir mirando a una chica preciosa, que me volvía loco y que ahora estaba en ropa interior de encaje... y como es condición humana mirar donde no debes, saqué el móvil del bolsillo para ver quién llamaba. Era Alex... y tenía tres mensajes suyo que no había leído.

Alex, Alex, Alex... siempre Alex

Los mensajes de Alex eran los siguientes:

El primero decía: "Ya estoy en casa".

El segundo: "¿A qué hora vienes?"

El tercero: "Te espero despierta, tenemos que hablar."

Sentí cómo el cuerpo se me paralizaba, la erección cayó como un salto en caída libre, la vista se me nubló, oía un pitido en los oídos y el color de mi piel se volvía más blanco, que la camiseta del Real Madrid.

-¡Mierda!

-¿Qué pasa? - preguntó Laura, desconcertada.

-Tengo que irme.

-¿Ha pasado algo? - volvió a preguntar. Mi cara debía ser un poema porque, parecía preocupada de verdad.

-No te preocupes, no es nada grave. Es que ha ocurrido algo y tengo que marcharme ahora - dije tranquilizándola, mientras me arreglaba la ropa y me peinaba en el pequeño espejo de la habitación.

¿Por qué había puesto: "tenemos que hablar"? ¿Acaso se había enterado de que estaba aquí? Pero, ¿cómo? Era imposible. O quizá no, Alex era una prueba empírica

del sexto sentido femenino. Ella siempre se enteraba de todo. ¿Por qué no lo habría pensado antes?

Ha sido un beso, solo un beso. Intenté tranquilizarme, pero sabía que aunque solo hubiera sido un beso, Alex me mataría igualmente, si se había enterado. Y con un solo beso me despedí de Laura. El delito del beso ya estaba cometido en cualquier caso, además está la quinta enmienda americana, que siempre sale en las películas de abogados y dice: que no pueden juzgarte dos veces por el mismo delito.

-¿Me llamarás? - preguntó Laura, mientras se ponía la camiseta y me acompañaba hasta la puerta.

-Sí, claro - contesté sin saber si dentro de unas horas, ni siquiera, estaría vivo.

Al pasar por el salón vi que Dino seguía morreándose como un adolescente en celo con Rebeca. ¡Qué suerte!, pensé por el hecho de que Dino era un alma libre, y deseé estar un su piel en esos instantes. Me quedé observándole un momento, era una especie de salvaje inocencia.

-¿Dónde vas, Óscar? - preguntó al percatarse de mi presencia, aunque sin sacar la lengua de la boca ajena.

-Ha surgido algo, tengo que irme. No es nada importante, no te preocupes. Tú, a lo tuyo.

-Eres como cenicienta, Óscar.

-¿Qué? – no sabía si le había entendido bien.

-Sí, como Cenicienta, que tiene que irse a las doce – Dino y su acompañante comenzaron a descojonarse de la risa y a retozar por el suelo.

-Pero, ¿qué coño dices, Dino? – volví a preguntar, más por incredulidad que por sordera.

-¡Óscarcienta! ¡Eres Óscarcienta! – y siguieron riendo, y riendo, y riendo, y después volvieron a morrearse como caníbales.

Estaba claro que seguía muy colocado. Le dejé por imposible. ¿Cuánta hierba se había fumado? ¿Habría acabado con el kilo?

Me despedí de Laura y eché a correr como alma que lleva al diablo camino de la parada del metro. Pero solo pude mantener el ritmo de carrera unos minutos. Tenía un flato horrible que no me dejaba respirar. Además, tenía que coger el metro, el autobús, luego otro autobús y luego seguir corriendo con flato, no llegaría hasta dentro de dos horas. ¡Maldita sea! ¡Por qué nos habríamos mudado a las afueras! ¡Todo eran desventajas! Seguro que hace cientos de años, mandaban a los leprosos a las afueras, y ahora la gente se iba voluntariamente, no tenía sentido. Mi única opción era coger un taxi. Me iba a costar una pasta y tendría que renunciar al capricho del mes, pero no veía otra salida. Como siempre, no llevaba un duro encima así que tuve que encontrar un cajero, y luego otro, y luego otro; porque los dos primeros estaban sin dinero. O había unos pocos que sacaban mucha pasta, o había muchos desgraciados que como yo, habían tenido que coger un taxi de emergencia.

¡Taxi, por favor!

¡Por fin ya en el taxi! El corazón seguía bombeándome muy rápido y la cabeza me iba a estallar. Miré el WhatsApp y vi que Alex se había conectado hacía unos minutos, pero no me había vuelto a escribir. ¿Debería mandarle un mensaje, diciendo que ya estaba de camino? Entonces me la imaginé cogiendo la sartén de las tortillas y escondiéndose detrás de la puerta para estampármela en la cabeza. Mejor no, mejor aparecer por sorpresa y con cara de pena. Sí, eso, pondría cara de perro triste, como si me hubiera pasado algo, quizá así, se apiadaría de mí. A lo mejor podría fingir que me habían atracado, o que había estado retenido por unos secuestradores...

-¿Es por aquí? - preguntó el taxista por décima vez. Cada vez que tomábamos un cruce me preguntaba. ¿Para qué coño llevaba un GPS en el coche? Ya no quedan taxistas como los de antes, que se sabían todas las direcciones de memoria y no daban por el culo preguntándote en cada intersección. A lo mejor, te daban por culo, hablando de política y contándote cosas que te importaban una mierda, pero por lo menos sabían dónde iban. Como dice mi suegro, y respaldando su opinión sin que sirva de precedente: “Ya no quedan buenos profesionales en este país”.

Tras indicarle más de cien veces y perderse un par de ellas, llegamos al destino. El contador marcaba sesenta y dos euros, pero no sé qué hizo el muy cabrón que empezó a tocar botones y se convirtió en setenta y dos. No tenía tiempo para revisar las tarifas que tenía expuestas en el asiento de atrás, además la letra era tan pequeña que hubiera necesitado una lupa y una linterna para poder leerlas. Le di setenta y cinco euros y espere todo el cambio, encima que le había indicado todo el camino, no le iba a dejar propina. De hecho debería haberme descontado la mitad por trabajar en equipo. Los taxistas son un gremio universalmente odioso. Viajes al país que viajes siempre te timan o te la lían.

Subir o no subir... esa es la cuestión

El taxi se fue, y yo me quedé parado frente al portal. Había llegado el momento de afrontar la realidad. Volví a mirar el móvil, seguía sin noticias de Alex. ¿Debería prepararme un discurso por si acaso sabía que había estado con Laura? ¿O era mejor dejarlo a la improvisación? Además tampoco sabía por qué había puesto: “tenemos que hablar”. ¿Y si había sido al revés, y si era ella la que se había besado con su jefe y se quería confesar?, o aún peor, ¿y si se había enamorado de él y lo que quería era dejarme? Empezaba a encontrarme realmente mal, no sé qué era peor que descubriera que había besado a otra chica o que me confesara que había besado a otro hombre. ¡Cómo se me había podido ir así la cabeza, podía haberlo echado todo a perder! ¡Perder todo por un simple beso! ¡Por una tontería! ¡Por alguien que no me importaba nada! Alex era la única mujer que quería, no podría soportar perderla. Empecé a jurar que si no pasaba nada jamás volvería a engañarla en mi vida. Aunque solo había sido un beso... volví a justificarme, ahora, ante Dios, el universo, o lo que fuera que estuviera escuchando mis plegarias.

Subí las escaleras una a una porque no se podía media a media. No había razón para usar la rapidez y el lujo del ascensor. Puse toda la cara de pena que pude, lo cual teniendo en cuenta las circunstancias no me costó demasiado. El perrito abandonado era un comodín que me serviría para afrontar cualquier situación. Llegué al tercer piso, jadeando, el flato me seguía matando. Saqué las llaves de casa, a oscuras y en silencio. Tomé aire profundamente, remarqué mi cara de cordero degollado y metí la llave en la cerradura intentado hacer el menor ruido posible. Abrí la puerta lentamente y al entrar me cubrí la cabeza como había visto hacer a Bruce Lee en las películas de artes marciales, por si acaso Alex estaba detrás de la puerta con la sartén, esperando para atizarme. Pero no, no estaba allí. Había luz en la cocina.

El corazón me latía tan fuerte, que podía oírlo perfectamente. Me pregunto si, hasta Alex, podría oírlo desde la cocina. Me quedé en la puerta mirándola, observándola como si fuese la última vez que se me permitiría verla de cerca antes de encerrarme en la celda de los inmorales. Casi me pongo a llorar si no llega a ser porque Alex sonrió al verme. La escena duró apenas unos segundos pero mi cabeza la percibió como minutos. Todo transcurría a cámara lenta y los oídos se me taponaron, creo que ese es el efecto que provoca la adrenalina.

-¿Pero qué te pasa, Óscar? ¿Por qué tienes esa mala cara? ¿Te encuentras bien?

Debía tener muy mala cara, porque era la segunda mujer que me lo decía en la última hora. El zumbido de los oídos desapareció y el transcurso de la vida volvió a su ritmo natural.

-Sí. Sí, es que he tenido una noche rara. - La abracé y aspiré el olor de su pelo. Alex se separó de mí unos pasos.

-¿No ves nada raro? ¿Nada diferente? - me preguntó mientras se giraba como una bailarina. ¿Acaso, era una pregunta trampa? Tenía que pensar bien la respuesta. Estaba claro que no tenía ni idea de lo de la fiesta, si no, no estaría sonriéndome así. El color del pelo era el mismo, y estaba totalmente seguro que ese vestido no era nuevo, ya lo había llevado en otras ocasiones. ¿Tendría algo que ver con la cena de su jefe?

-No sé, no veo nada diferente. - No era el mejor momento para jugar a las- adivinanzas. Aunque, si hace unos minutos me dan a elegir entre: Adivinar qué había de nuevo en Alex o un sartenazo suyo, estaba claro... Así que agradecí mi buena fortuna y seguí jugando.

-¿El pelo? – pregunté, sabiendo que eso no era.

-No, lo tengo igual. Bueno me lo he arreglado por la mañana – dijo contenta, por el hecho de que me hubiera fijado en su peinado -. Venga, adivina - volvió a insistir.

-No sé. No sé, déjame pensar. - Pero, ¿por qué estaba tan contenta? Un momento, ¿no estaría embarazada? No, era imposible, Alex tomaba siempre la píldora, hasta tenía una alarma en el móvil para que no se le olvidara.

¿Qué celebramos?

Con toda la tensión, no me había dado cuenta que en la mesa había una botella de champagne y dos vasos. Alex se giró, cogió la botella, y empezó a abrirla.

-¿Champagne? - pregunté, temeroso. Bueno si lo celebrábamos con el alcohol era una buena señal, no bebería alcohol si estaba embarazada o, ¿a lo mejor solo iba a mojarse los labios? -. Venga dime, ¿qué celebramos? – volví a preguntar, con más angustia que con ilusión.

Alex me pasó la botella para que abriera el tapón. – ¡Haz tú los honores!

El tapón salió disparado contra el techo y luego la pared, y luego otra pared. Yo lo seguía con la mirada, como si en él estuviera la respuesta de nuestra celebración, la respuesta a nuestro futuro como pareja.

Alex llenó los vasos hasta arriba. Chocó las dos copas y lanzó su brindis a la luna:

-¡Por la nueva directora regional del banco!

Bebí de un trago la copa, mientras intentaba asimilar la noticia.

¿Eso era todo? ¿Por eso quería hablar conmigo? ¿Por eso estaba tan contenta? Toda mi preocupación se desvaneció en un instante. Sentí como si me quitaran un gran peso de encima. Volví a llenar el vaso y volví a brindar, esta vez con alegría y mirándonos a los ojos. ¡Por la nueva directora regional! Y, ¡por la mejor mujer del mundo!

-Siento haberte hecho venir antes, pero estaba deseando contártelo, y no quería hacerlo por teléfono.

-¡Qué alegría! ¡Qué alegría, Alex! ¡No sabes cómo me alegro!

-Es mucha responsabilidad, y puede que al principio tenga que trabajar más horas, pero me hace mucha ilusión. Espero ser capaz...

-¿Pero qué dices? ¿Cómo no vas a ser capaz, tú? Seguro que lo haces genial. No tengo ninguna duda.

-Sabes, me van a aumentar el sueldo bastante. No nos podremos ir este mes de vacaciones a Grecia, pero en cuanto pueda nos vamos a pegar un viaje que no veas. ¿Dónde quieres ir?

-No sé. Me da igual. Dónde tú quieras.

-¡Yo quiero ir a Bora Bora! A una de esas habitaciones que están sobre el mar, que salen en los catálogos de viajes ¡Por Bora Bora! - y brindamos por tercera vez.

Alex siempre había soñado con ir a Bora Bora, desde que hace algunos años vimos un documental en el canal viajar. Y yo había soñado con regalarle ese viaje si alguna vez ganaba suficiente dinero. ¡Por Bora Bora! Brindé con la copa de champagne, pero con un cóctel de emociones: emociones de felicidad por poder hacer ese viaje que tanta ilusión le hacía a Alex, pero con una parte de sentimiento de fracaso personal por no haber sido capaz durante estos años de regalárselo yo. Pensaré en otro bonito viaje que regalarle si alguna vez tengo dinero. Esas ilusiones, son las que me mantienen con vida.

-Oye, te huele la ropa como a porro – soltó Alex de pronto.

No quería volver a mentirla, otra vez, así que le dije la verdad, bueno... a medias.

-A Dino le han regalado un poco de marihuana, y nos la hemos fumado.

-¿Dino? – preguntó con incredulidad. Si ella supiera... me gustaría enseñarle el vídeo de Dino totalmente fumado, pero no podía ser.

-¿Y tú... fumando? ¿Pero si te ahogas con el humo? ¿No os habrá entrado la crisis de mediana edad? Todavía no tenéis cuarenta...

-¡Qué va! Se la han regalado y nos la hemos fumado sin más. Era poquita cantidad... una tontería.

-No me lo puedo creer, ¿en serio?

-¿Te acuerdas de nuestro viaje a Ámsterdam, lo que nos reímos?

-Sí, qué bien lo pasamos. ¿Te acuerdas de la magdalena mágica?

-Que si me acuerdo, qué risas nos echamos. - Entonces, los dos empezamos a reírnos recordando las anécdotas de Ámsterdam, los coffee shops y las magdalenas.

Alex no se había enfadado, en absoluto, porque había fumado. Al contrario, esta noche me recordaba a esa chica loca y divertida de la que me enamoré hace diez años.

-¿Sabes lo que podíamos hacer? Podíamos hacer una fiesta mañana en casa. Yo invitaré a mis amigas y tú puedes invitar a David y Dino.

-No sé, Alex. Ya sabes que la última vez que nos juntamos todos no resultó muy bien.

-Eso fue hace muchos años. Seguro que tus amigos ya han madurado desde entonces.

-No te creas que mucho – dije, recordando a mis dos amigos bebiendo y fumando en la fiesta de Laura.

-Está decidido. Invítales mañana, a las ocho en casa. Y hasta podíamos fumar un poco, si os ha sobrado. Podía cocinar un bizcocho de marihuana.

-¿Qué dices? No, eso no.

-Vamos no seas aguafiestas, Óscar.

-Bueno, como quieras. Hablaré con Dino, pero no creo que haya sobrado, ya te he dicho que era poquita cantidad. - Solo un kilo, pensé.

Tras acabarnos la botella de champagne, trasladamos la fiesta al dormitorio. Con los años, el sexo como el resto de las cosas se convierte en algo rutinario, pero esa noche, lo pasamos genial y no tuvo nada de convencional. ¡Viva el champagne!...

Me desperté en mitad de la noche. Alex estaba hablando en sueños y el ruido me sobresaltó. No decía nada con sentido, tan solo emitía sonidos. ¿Qué estaría soñando? ¿Sería por placer o por negocios? ¿Sería un sueño feliz o una pesadilla? Yo estaba soñando con Laura, con su habitación, con sus pantalones lila, con su cuerpo desnudo sin camiseta... Me quedé unos minutos repasando la noche, con los ojos bien abiertos y una sonrisa en la cara. Lo había pasado bien, pero no podía volver a repetirse. Me

olvidaría de Laura para siempre y disfrutaría de lo que tenía como nunca lo había hecho antes. Había sido solo un beso, solo un beso, solo un beso...

6. Familia y Amigos

Papá y Mamá

Papá y mamá también vivían en un pueblo de las afueras de Madrid, pero justo en la otra punta del mapa. Una vez que abandonaba la autopista, tenía que atravesar todo el pueblo para llegar a casa. Me paré en un semáforo justo enfrente del que fuera mi instituto. Miles de recuerdos me invadieron: los partidos de fútbol después de clase, los primeros escauceos con las chicas, los primeros botellones, la fiesta de graduación y cuando mi padre me regaló su coche, Mochito, por haber acabado el instituto (con una media de suficiente raspado), tan solo un notable en literatura se salvaba de la mediocridad. Lamenté haber venido en el coche de Alex en lugar de traer a Mochito, él también se merecía esta ruta por el pasado. Pero el coche de Alex era tan cómodo y la música sonaba tan bien, además no temblaba cuando pasabas de cien por hora. Que fácil éramos los humanos de engatusar, unos extras de comodidad bastaban para olvidar a un buen compañero de viaje. No sé por qué la biblia se cebaba tanto con Eva, si todos hacemos lo mismo. Menos mal que el semáforo se puso por fin en verde antes de que siguiera desvariando.

Abrí la puerta de casa con mis propias llaves, y es que aunque no viviera allí, para mí siempre sería mi casa.

-¡Ya estoy aquí! – grité, anunciando mi presencia.

Papá, estaba en el salón leyendo, y al oír la puerta salió a recibirme. Siempre que nos veíamos nos saludamos efusivamente con besos y abrazos. No importa si nos hemos visto el día anterior o hace un mes, siempre nos saludábamos así.

-¿Qué tal hijo? - me preguntó mientras me daba unas palmaditas en la espalda. Lo hacía inconscientemente al saludarme, y probablemente no pensaba que sus palmadas en la espalda tenían ninguna importancia, pero para mí eran importantes. Eran unas palmaditas que solo un padre te puede dar, que te llenan de energía, de confianza, de consuelo, o de aquello que necesites en ese momento.

-Mama está en la cocina – dijo papá.

Me acerqué a la cocina a saludar a mamá. Ya desde el pasillo podía distinguir el olor a tortilla de patata recién hecha, y es que si el ritual de bienvenida de papá era darme sus palmaditas mágicas, el de mamá era el de hacerme su tortilla mágica. Mágica, porque también me curaba de todos los problemas que tuviera: ya fuera tristeza, añoranza o melancolía.

Abracé a mamá, que estaba liada con los fogones. Mi madre seguía besándome como si fuera un niño pequeño. Supongo que para las madres siempre somos sus niños que no crecemos, y más si eres hijo único.

Toda la encimera estaba llena de ricos platos que mi madre había preparado. Había suficiente comida para alimentar a todo el vecindario. Mi casa es como un restaurante, no solo por la cantidad de comida sino también porque mamá es una cocinera de primera. Creo que si se hubiera dedicado profesionalmente a la cocina tendría al menos una estrella Michelin. Pero ella se había dedicado en exclusiva a cuidar de su familia. Así que habíamos tenido el privilegio de comer en la mesa privada del mejor chef del mundo.

Saqué el mantel del cajón y comencé a preparar la mesa cuidando todos los detalles. Enrollé los cubiertos en las servilletas como hacen en los buenos restaurantes. Había aprendido a hacerlo durante un verano que me fui a estudiar inglés a Londres, y por las tardes había trabajado en un pequeño restaurante situado en la esquina de Oxford Road, en pleno corazón de la ciudad. Alineé los platos y las copas, y partí el pan en rebanadas, que después puse en una cesta de paja. La mesa estaba lista y para hacerle una foto, y aún faltaba lo mejor: la exquisita comida de mamá.

Papá fue al salón y cogió una botella de vino tinto que guardaba en un frigorífico especial para vinos que Alex y yo le habíamos regalado por navidad.

-¿Un poquito de vino, hijo?

-Sí claro, por qué no.

-Mira qué color - dijo papá con entusiasmo, mientras lo servía en las copas. A papá le encanta el mundo del vino. Hace unos meses, invité a Dino a comer a casa y los dos se pasaron horas hablando sobre vinos. Las variedades de las uvas, los aromas. Después hablamos sobre libros, donde yo pude participar más de la conversación. Fue una velada muy agradable, solo nos faltó ver la película "Entre Copas" para rematar, pero se hizo tarde y decidimos posponer el pase cinematográfico para la siguiente vez.

Mamá empezó a traer los primeros, y el festival gastronómico se dio por comenzado. Hoy, de entrantes, teníamos pulpo a la gallega, ensaladilla rusa, tortilla de patata y gambas al ajillo.

-Creo que vamos a tener que empezar con el vino blanco, el pulpo y las gambas no se pueden tomar con tinto. - Papá se levantó y cogió la botella de blanco de su frigorífico especial. Habíamos acertado de lleno con el regalo de navidad, tenía que pensar en algo que le hiciera ilusión para este año, le preguntaría a Dino qué otro instrumento vinícola le podía regalar a papá. Papá sirvió el blanco en las tres copas, y tras un brindis "por nosotros" empezamos con la degustación.

-¿Qué tal el trabajo, Óscar? - pregunto papá, mientras saboreaba las gambas.

-Normal, nada especial la verdad. Ahora un poco más liados con las matrículas del nuevo curso - contesté zanjando la conversación sobre mi mundo laboral, que por otro lado tampoco daba para más. Todavía no había matriculado a ningún alumno con apellidos graciosos, así que no tenía nuevas anécdotas. El año pasado la alumna Conejo Guerrero dio mucho juego, pero esta año nada, solo apellidos aburridos: Rodríguez, Pérez, Fernández, García...

-¿Y qué tal Alex? ¿Está contenta en el banco? - preguntó ahora, mamá.

Para ella, trabajar en un banco es lo máximo que existe en el mundo laboral.

-Muy bien. Ah, no os lo había dicho todavía. Le acaban de ascender.

Ahora, es directora regional.

-¡Qué lista es Alex! - exclamó mamá, que siempre estaba muy orgullosa de su nuera.

-Sí, sí que lo es - respondí yo ahora, orgulloso de tener una mujer con tanto éxito.

-¿Pues le pagarán mucho más, si es directora regional? - Mamá, de manera inconsciente, siempre acababa sacando el tema de los sueldos. Otro tema que yo, por supuesto, trataba de evitar.

-Imagino, pero no sé cuánto. Le ofrecieron el ascenso ayer.

-Qué bien, qué bien! Brindemos por ella - dijo mamá, alzando la copa.

-¡Por Alex! - y volvimos a brindar.

Mis padres estaban muy contentos de ver segura nuestra economía familiar. Especialmente mamá, que sufría mucho con el tema de la crisis, y le aterrorizaba que alguno de los dos nos pudiéramos quedar sin trabajo.

-Es que Alex tiene muy buena carrera - dijo papá, mientras recogíamos los platos de los entrantes -. ¡Qué pena que no estudiaras económicas como Alex!

-Sí, el hijo de Mari Carmen también es economista y gana mucho dinero.

-¿Quién es Mari Carmen? - preguntó papá, que tampoco tenía ni idea de quién era.

-Pues, ¿quién va a ser?... la vecina del segundo. - Mamá hablaba de los

vecinos como si fueran íntimos, y papá y yo que somos fans del club del anonimato, no conocíamos el nombre de pila de nadie a un kilómetro a la redonda.

-Sí, una pena. Tenías que haber estudiado una carrera de ciencias: medicina, economía, ingeniería... algo así.

Por si no tenía bastante con mis suegros, ahora también mis padres sacaban el tema de las ciencias y las letras.

-Tú estudiaste una carrera de letras y has tenido éxito, papá.

-Eran otros tiempos hijo, eran otros tiempos - dijeron los dos a la vez.

Después se hizo un incómodo silencio, que aproveché para echarme más vino y cagarme en las malditas "ciencias y letras".

-¿Qué hay de segundo? – pregunté, para romper el silencio y cambiar de tema.

-Lubina a la sal, entrecot de ternera, atún con tomate o si quieres te puedo hacer unas hamburguesas también. – Mamá recitó el menú.

-No, no. Yo solo una cosa, estoy muy lleno. - Me acababa de desabrochar el botón del pantalón.

-Sí, yo también. Sólo una - me siguió papá.

Mamá puso cara de decepción y no se rindió hasta que nos comimos todas sus creaciones culinarias, y aún faltaban los postres...

Me levanté como pude de la mesa e hice un esfuerzo sobrehumano para ayudar a recoger la cocina a mamá. Después me tumbé en el sofá del salón, y enseguida me sumergí en una profunda siesta, como tantas y tantas veces había hecho cuando vivía con mis padres. Adoraba ese sillón, era tan cómodo y blandito. Seguro que el fabricante lo hizo pensando en que la gente se durmiera la siesta en él y no para sentarse. Antes de entrar en un profundo sueño noté cómo mi madre me tapaba con una colcha, para que no me quedara frío. Venir de visita a casa de mis padres, era como un resort de cinco estrellas, ¿por qué no lo habría valorado más cuando vivía con ellos?

Volví a soñar con Laura, la chica se había metido profundamente en mi cabeza. Esta vez, estábamos juntos en la playa. Era un sitio paradisíaco, creo que lo había sacado de los catálogos de las agencias de viajes, que había visto con Alex. Laura estaba tomando el sol en la fina y blanca arena, mientras yo leía el libro de psicopatología de su padre. Es extraño cómo nuestro cerebro mezcla todas las imágenes. Laura estaba tumbada boca abajo, parecía dormida. Llevaba un minúsculo bikini lila, del mismo color que los vaqueros de la fiesta. Tenía la parte de arriba del bikini desabrochada, para que el sol no le dejara marca. Estaba mojada, como si se acabara de bañar. Empecé a seguir los rastros del agua por su cuerpo. Su piel era perfecta: morena y suave, me quedé observándola y pensando lo mucho que me gustaba. De repente me desperté. Tardé unos segundos en orientarme, no sabía muy bien dónde estaba. Abrí los ojos y vi a mis padres en el sofá de al lado. Mi madre leyendo el suplemento del periódico y mi padre leyendo un libro.

-¡Vaya siesta! - exclamó papá, dándome unas palmaditas en las piernas.

-¿Estarías cansado, verdad hijo? – dijo ahora, mamá.

Esperaba no haber hablado en sueños, como a veces hacía Alex, y sobre todo no haber mencionado a Laura. ¿Sería el castigo que tenía que pagar por haberla besado? ¿Soñaría, ahora, todos los días con ella? Mi subconsciente era un castigador sin escrúpulos, no le importaba que estuviera en el salón de mi casa con mis padres, o compartiendo cama con mi mujer, me ponía una y otra vez la imagen de Laura.

-Sí, estaba cansado. Ayer salí un rato con los amigos, y me acosté tarde - dije mientras me incorporaba.

-Ya no es como cuando tenías veinte años, ¿verdad, hijo? Ay amigo, la edad pasa para todos - dijo papá, con inocencia de alguien que te quiere, pero

causando un tsunami en mi moral.

-Lo sé, ¡qué le vamos a hacer! - contesté con resignación.

Papá y mamá volvieron a su lectura. Me quedé observándoles un rato, y me pregunté si durante sus cuarenta años de casado habrían sido fiel el uno al otro. Hasta no hace mucho era algo que ni me planteaba, mis padres eran un matrimonio ejemplar para mí. Por supuesto que habían tenido sus enfados y sus discusiones, nada especial. Pero ahora que yo también estaba casado y era joven, vale no tenía veinte, pero aún era joven y me preguntaba si mi padre también se habría sentido atraído por otras mujeres además de mi madre. ¿Habría conocido él, alguna Laura? ¿La habría besado? Eran preguntas que nunca tendrían respuesta. No veía a mi padre contándome esas cosas y desde luego yo no le iba a preguntar. A veces, los secretos están mejor enterrados.

Me puse a curiosear entre los antiguos álbumes de fotos. Una fotografía me impactó mucho: era mi padre cuando tenía treinta y cinco años, mi edad. Llevaba puesta una camisa blanca muy similar a la que yo tengo. Realmente nos parecíamos mucho, no solo en la forma de ser, sino también físicamente. Cuando era pequeño siempre me habían dicho que me parecía más a mi madre en los rasgos de la cara y más a mi padre en el carácter. Pero se ve, que con los años me había convertido exactamente en mi padre. Saqué la foto del álbum y se la enseñé a los dos. - Aquí somos iguales, papá.

-A ver - dijeron los dos con curiosidad mientras uno se quitaba las gafas de lejos y el otro se ponía las de cerca. Cosas de la edad.

-Sí, sí que no parecemos - asintió papá.

-Sí, en esta foto tenéis un aire - dijo ahora mamá, que no veía tan claro el parecido. Creo que mamá no quería reconocerlo porque le hacía más ilusión que le dijeran que yo me parecía a ella.

-Sí, bueno. La boca y eso me parezco más a ti, mamá - dije para contentarla.

Saqué el móvil e hice una foto de la fotografía antigua, para tenerla conmigo.

-Mira, aquí estás conmigo, no te separabas de mí - dijo papá, mostrándome otra foto del álbum en la que aparecía yo de niño con él.

Cogí la foto, y si la primera me había impactado, esta me dio un escalofrío. Era mi padre, con mi edad, cogiéndome en brazos. Yo estaba vestido de futbolista con un balón en las manos. Me quedé observando detenidamente la imagen. Era una extraña sensación. Era mi padre el que me sujetaba a mí, pero al mismo tiempo, nos parecíamos tanto que era como si yo estuviera sujetándome a mí mismo cuando era pequeño o... ¿a un hijo mío? Me entristeció ver lo rápido que pasa el tiempo, lo rápido que envejecemos. Tomé otra foto con el móvil, y se la di a papá para que la devolviera al álbum de los recuerdos.

-No te separabas de mí, ni del balón - papá también, parecía un poco tocado por la nostalgia.

-Aquí tenía tu edad. ¿A ver cuándo tenéis un hijo vosotros? Ya tengo ganas de ser abuelo.

-¡Puff! - resoplé exageradamente. No porque no supiera qué decir, sino porque esa era la mejor respuesta.

-Déjale tranquilo, ya lo tendrán cuando ellos quieran - dijo mamá, echándome un capote.

-Ya lo sé. Solo digo que me haría ilusión ser abuelo. El tiempo pasa rápido.

-Ya veremos - contesté intentando zanjar esa conversación, pero al mismo tiempo intentando no quitarle la ilusión a mi padre.

El tema de los niños, era algo que estaba constantemente latente en el aire y que de vez en cuando emergía a la superficie, cada vez de manera más constante. Por suerte,

Alex estaba muy ocupada con el trabajo y hacía semanas que no sacaba el tema, aunque cuando parecía que estaba enterrado siempre aparecía algo: una amiga embarazada, una vecina embarazada, fotos de niños en el Facebook o como hoy, una foto antigua que lo lanzaba a la superficie.

Era el momento ideal para despedirme, además tenía que ayudar a Alex a preparar los aperitivos para la fiesta de celebración de su ascenso antes de que llegaran los invitados a casa. Me había costado convencer a mis amigos para que vinieran, al parecer los dos estuvieron hasta las tantas en la fiesta, y tenían una resaca horrible. A David le había convencido diciéndole que vendrían tías buenas, compañeras de Alex del banco; mentira número uno, ya que solo vendrían las dos amigas íntimas de Alex. A Dino le había convencido amenazándole con publicar en Facebook un vídeo de él dándose el lote con Rebeca en la fiesta, totalmente fumado; mentira número dos porque no tenía ningún vídeo en mi poder, pero por suerte él no se acordaba de nada. La parte más difícil fue convencer a Dino para que trajera a casa toda la marihuana que había sobrado, decía que no iba a volver a fumar en su vida. "Bueno, no te preocupes que no vas a tener que fumar... Alex va hacer un pastel con marihuana". Al final le convencí. Eran mentiras piadosas, no me apetecía estar a solas con la amigas de Alex, así que no había tenido otro remedio.

Me despedí de mis padres y prometí volver muy pronto a visitarles.

Mis amigos vs Sus Amigas

Cuando llegué a casa, Alex ya estaba cocinando. Todo tenía una pinta estupenda, menos el taper de croquetas congeladas de su madre.

-Las croquetas sácalas después de la marihuana, que tendrán más hambre y no se enteran del sabor - sugerí.

-Qué gracioso eres. ¿Es que ya te has fumado algo o eres así?

-Soy así. - Alex estaba de buen humor, así que me dio una de cal y una de arena: un beso y cucharazo de madera en la cabeza.

¿Por qué siempre me daba en la cabeza? Estaba claro que no tenía su cerebro, pero de ahí a maltratar a mis pobres neuronas.

-Anda, corta queso - me ordenó con la jerarquía que le otorga ser el cheff y yo el pinche.

-A sus órdenes. - Estuve a punto de cuadrarme al estilo militar, pero preferí no llevarme otro cucharazo. Si Alex era directora regional del banco, en casa, por lo menos, era teniente coronel.

Mientras partía el queso, me iba comiendo todos los cachos que quedaban mal cortados, la verdad, es que no tenía nada de hambre, la comida de mi madre me había dejado muy lleno, pero el queso estaba tan bueno y no sabía qué hacer con los cachos defectuosos, así que me los comía. Menos mal que no soy cocinero profesional si no estaría como una bola.

Hablando de bolas: Almu, la amiga de Alex, que hacía la dieta de las tres de la tarde, acababa de llegar a casa. Almu y Alex eran amigas desde la guardería. Por las fotos de la infancia que Alex me había enseñado, Almu siempre había sido una niña gordita y grandota. Ahora era una treintañera solterona bastante alta y bastante gorda. Lo de solterona nada tenía que ver con su talla sino más bien por su mal carácter y sus rarezas.

Alex y Almu se saludaron efusivamente. A mí me dio un beso de compromiso, tenía claro que yo no le caía muy bien.

-Te veo más delgado, Óscar. ¿Has estado enfermo? - dijo al verme... El sentimiento era mutuo.

Creo que estaba celosa por haberle arrebatado a su mejor amiga y haberla dejado

sola. Cuando Alex y yo empezamos a salir hizo lo imposible por intentar alejarla de mí, por suerte no lo consiguió. Pero si a mí me odiaba, aún odiaba más a mis amigos... Obviamente no les había dicho que estaría en la fiesta o no hubieran venido. David y Dino la llamaban la orca asesina. El apodo le venía de hacía muchos años. Un día cuando estaba empezando mi noviazgo con Alex, decidimos juntar a todos nuestros amigos. Hicimos botellón en un parque y todos acabamos muy borrachos. Almu conoció a un chico y empezaron a besarse detrás de un árbol del parque. Me acuerdo que nos hizo gracia, porque el chico era muy enclenque y bajito y al lado de Almu, parecía su hermano pequeño. Al pobre chaval se le ocurrió ponerle la mano en el culo y Almu lo cogió en volandas y lo lanzó por los aires. Como el chaval pesaba muy poco, salió disparado hasta empotrarse contra el árbol, con tal mala suerte que se rompió la nariz. Desde entonces mis amigos le tienen pánico y le llaman la orca asesina.

-Te veo estupenda - dijo Alex mientras la giraba trescientos sesenta grados, como en los bailes de salón-. ¿Has perdido peso, no?

-Sí, desde que empecé la dieta de las tres de la tarde me va fenomenal.

No pude evitar reírme mientras seguía cortando queso. No pretendía ser cruel, pero su dieta era lo más ridículo que había oído nunca. Me reí, aún más, al recordar cómo David la había apodado como "la dieta de los gremlins". Como en la película, a los gremlins no se les puede alimentar después de medianoche. Bueno, pues esto era algo así... a Almu no se la podía alimentar después de las tres de la tarde.

La siguiente en llegar fue Marisa, la otra gran amiga de Alex. Marisa había estudiado empresariales, pero se había metido en la policía nacional hacía algunos años. A diferencia de Almu, Marisa tenía un cuerpo atlético esculpido por largas horas de gimnasio. Era una auténtica loca del "crossfit" y tenía unos músculos que muchos hombres envidiarían. Marisa era bastante guapa, pero se arreglaba poco, nunca llevaba maquillaje o complementos femeninos, era... un poco masculina. Las pocas veces que nos habíamos juntados, David le había tirado los trastos, pero sin éxito. De hecho hacía ya muchos años que no tenía pareja. Alex y yo creíamos que se había pasado a la otra acera, vamos, que le iban las mujeres. Pero ella no soltaba prenda, ni siquiera a sus mejores amigas. Así que seguíamos con el misterio.

Alex me dio su móvil. - Haznos una foto, Óscar.

Enfoqué y las encuadré a las tres. La verdad es que eran una pandilla de lo más variopinta. No pegaban ni con cola.

-Decir: "Queso", chicas – dijo Alex. Pero yo preferí ir a por la clásica cuenta atrás: "Una, dos y tres". No quería decir queso, porque eran más de las tres de la tarde, no fuera que Almu se fuera a saltar la dieta de los gremlins. Disparé la foto, y le devolví el móvil a Alex para que diera el visto bueno.

-¡Qué monas estamos! - exclamó Almu al ver la foto.

-Bueno es que le he puesto un filtro de belleza a la foto.

-¡Qué gracioso! – respondió Almu, echándome un mirada de muerte. No pretendía hacer un chiste, Alex tenía activado un filtro en la cámara que te corregía las imperfecciones. Aunque claro, en algunos casos ni la tecnología hace milagros.

-Anda Óscar, prepáranos unos gin-tonic, por favor – dijo Alex, antes de abandonar la cocina, con el resto de cuadrilla.

Las chicas pasaron al salón, mientras yo les preparaba unas copas. Desde la cocina podía oír a Dino y a David discutiendo por las escaleras. Menos mal que ya llegaba la caballería al rescate. Corrí a abrir la puerta.

-No funciona el ascensor y éste casi se muere.

-No puedo, tengo mucha resaca de ayer - Dino estaba jadeando y tenía el rostro color amarillento.

Pasamos a la cocina y Dino se bebió un litro de agua mientras David se preparaba un gin-tonic directamente.

-Tenéis razón. Estoy viejo... soy un dinosaurio.

-Claro que eres un dinosaurio. Toma, bébete esto – dijo David, ofreciéndole el gin- tonic que había preparado-. La resaca se pasa con más alcohol.

-No, todavía no, espera un rato. Casi se me olvida - dijo Dino mientras se sacaba una bolsa de plástico de los calzoncillos. - Esto es lo que queda de la marihuana.

-¡Serás guarro, tío! ¡Quita eso de aquí! ¿Te has metido la marihuana en los huevos? – le recriminó David.

-¡Arriba las manos! ¡Policía nacional! - Marisa apareció por sorpresa, sacando una placa de su bolso. Los tres nos quedamos paralizados. Dino se metió, de nuevo, la bolsa en los calzoncillos y levantó las manos como si estuviera detenido.

-Dino, se te ve el paquete - dijo Marisa, muriéndose de risa. Con los nervios, Dino se había dejado la mitad de la bolsa fuera y la marihuana se le salía por la bragueta.

-Marisa, qué sorpresa. ¡Cuánto tiempo sin verte! - David saludó a Marisa con efusividad.

-Vaya susto os he dado.

-Me has quitado dos años de vida - protestó Dino, mientras se sacaba la bolsa por segunda vez de los calzoncillos. Marisa le quitó la bolsa de las manos con contundencia. Abrió la bolsa y olió la mercancía con profesionalidad, como un sumiller hace con el buen vino-. Marihuana, y es buena. Mejor que la que confisco habitualmente. ¿De dónde la habéis sacado?

Dino, que a pesar de conocer a Marisa desde hace muchos años, seguía acongojado por la presencia policial, empezó a relatar la historia de cómo había conseguido la droga. - Pues fuimos a un centro de yoga...

-Es una larga historia. - Dijo David, rápidamente, interrumpiendo a Dino. Menos mal que David tenía algo de ética de traficante porque si es por Dino, canta la traviata.

David cogió uno de los gin- tonic, y se lo dio a Marisa. Estaba claro que a él no le imponía la presencia del policía nacional, si algo le imponía era su ajustada mini falda y cuerpo esculpido. David se marchó hacia al salón escoltando a Marisa, y con la misma mano que sujetaba la parte baja de la cintura de la agente, nos levantó el pulgar en señal de victoria. ¡Pobre iluso! No sabía que esta vez... no tenía nada que hacer.

-No respeta ni a la fuerza del orden - dijo Dino mientras cogía un cacho de queso.

-Pero, ¿cómo le cuentas de dónde hemos sacado la marihuana, no ves que es policía?

-Lo siento, me he puesto muy nervioso. Es un trauma de la infancia, veo un policía y me cago de miedo - se excusó mientras seguía comiendo queso como un ratoncillo.

-Anda Dino, ayúdame a preparar el bizcocho de marihuana.

-¿Un bizcocho?

-Sí, se le ha ocurrido a Alex. Quiere preparar un bizcocho como las magdalenas mágicas que nos tomamos en Ámsterdam.

Echamos lo que quedaba de marihuana en la masa de bizcocho que Alex había preparado, y Dino lo revolvió un rato con la cuchara de palo.

-Esto ya está homogéneo. ¿Le has puesto levadura?

-Sí, creo que Alex le ha puesto de todo.

-Pues ya está, al horno y treinta minutos.

Después de meter el pastel en el horno nos fuimos hacia el salón para reunirnos con el resto. Las tres chicas se habían sentado en el sillón, poniéndose al día de sus cosas. Por lo que oía de fondo, hablaban del trabajo, de amores, de amigas con niños y de

amigas con niños en camino...

-¡Qué buena está Marisa, tío! - David no le quitaba el ojo de encima-

¿Tú sabes si sales con alguien? ¿Te ha dicho algo Alex?

-No, yo creo que no sale con nadie - estuve a punto de contarle nuestra teoría casi segura de que Marisa era lesbiana, pero sería divertido ver fracasar a David con las mujeres, por una vez, así que no le dije nada.

-Tiene un cuerpazo increíble y menuda minifalda lleva.

-Pero está demasiado fuerte, parece un culturista - dijo Dino-. A mí me parece más atractiva Almu.

-¡Qué dices, está tremenda! Mira qué piernas.

-Tiene más brazos que Arnold Schwarzenegger. -Marisa llevaba una camiseta de tirantes que dejaba ver sus marcados bíceps.

-La verdad es que se ha puesto fuerte, sí. -Admitió David.

-En una pelea entre Marisa y Almu, ¿tú por quién apostarías? -preguntó Dino que últimamente se había aficionado a las apuestas deportivas.

-¡A la orca asesina! -contestamos los dos a la vez sin dudarlo. Los tres nos empezamos a partir de risa hasta que la alarma del horno sonó.

El bizcocho mágico está listo.

Contra todo pronóstico, lo estábamos pasando bastante bien. Ni en mis mejores sueños me podía imaginar que las amigas de Alex y mis amigos pudiéramos pasar todos juntos un velada agradable. Pero todos parecían disfrutar, hasta la orca reía y hacía bromas con David y Dino. Yo charlaba animadamente con Marisa y Alex. Quizá todos habíamos madurado, o quizá eran los efectos del bizcocho. A cierta hora de la noche formamos un círculo y cada uno contaba sus historias, mientras los demás escuchaban con atención y reían... reían mucho. La marihuana empezaba a hacer efecto... Dino, que al final se había animado a comer bizcocho, nunca se podía resistir a un dulce casero, hablaba de sus fricadas. Empezó hablando de quesos, y del queso no sé cómo se había pasado a hablar de las hormigas y como había encontrado una tienda en internet en la que vendían auténticos hormigueros. Al parecer había un tío en Estados Unidos que llenaba los hormigueros de aluminio líquido y cuando quedaba sólido los sacaba de la tierra y así tenías un hormiguero de metal. Luego los vendía por una fortuna en internet. Pensaras que quién puede comprar eso, y menos por un dineral, pues mi querido amigo Dino había comprado uno y lo había puesto en el salón de su casa. Marisa empezó hablando cómo todos los días entrenaba en una nueva actividad física llamada crossfit en la que levantaban pesas gigantes, ruedas de camión o a sus propios compañeros de clase. Luego dijo que ahora era capaz de levantar no sé cuántos kilos con un dedo, y del dedo se pasó a contarnos un registro policial de una tía a la que le metieron el dedo en el culo para ver si tenía droga. Los temas de conversación se conectaban de manera totalmente bizarra... Lamenté no tener un bolígrafo para anotarlos para un posible libro. Almu empezó hablando de una dieta alta en proteínas, luego dijo que esa dieta la hacía su amiga pero que le daba muchos gases y de ahí se pasó a contarnos que había tenido una cita con un tío que trabajaba en gas natural. Alex nos hablaba de cómo soñaba con veranear en Bora Bora, que era un paraíso y de ahí nos empezó a contar una serie de transacciones ilegales que habían descubierto en el banco de gente que guardaba el dinero en paraísos fiscales. David nos contó lo muy capullo que era su jefe de departamento y cómo le había dado solo tres días para entregar un proyecto gigantesco a la junta de la universidad, y de ahí solo por el número nos contó que su verdadero objetivo este trimestre era hacer un trío con dos alumnas asiáticas que habían venido de intercambio. Y yo empecé a contar cómo mi compañero Nachivo estaba obsesionada con las niñas ricas que se

matriculaban en nuestra universidad privada y de ahí no sé cómo, me puse a hablar de Dustin Hoffman y de la película “El graduado”.

-¿Por qué no jugamos a las películas? – sugirió Marisa al oírme hablar de “El graduado”.

-¡Claro que sí, juguemos! - saltó David, que cada vez se acercaba más a Marisa y su mini falda... A saber qué tipo de juego se estaba imaginando él.

Juguemos a las películas

Cada uno escribió en un papel el nombre de una película que le hubiera gustado mucho cuando era un niño, y que tendría que representar para que los demás adivinaran. Después hicimos un sorteo para ver quién empezaba primero. Alex fue la primera en salir al escenario. Se veía que Alex, también, lo estaba pasando muy bien. Me gustaba verla así de contenta. Había estado un poco estresada estas últimas semanas con el tema de la promoción en el trabajo. Me parecía divertido verla un poco fumada, me recordaba a nuestro viaje a Ámsterdam y lo bien que lo pasamos. Quizá deberíamos hacer más cosas juntas. Quizá deberíamos empezar a tomar marihuana de vez en cuando, no mucho, una vez a la semana sería suficiente. Podíamos crear el sábado del pastel de marihuana. En los últimos años habíamos caído en la monotonía del día a día. Quizá este era el secreto de un matrimonio duradero, crear actividades como el día de la marihuana.

Alex empezó a señalar todas las grietas que se habían formado en el salón, la humedad que teníamos en el techo y todas las cosas que estaban rotas.

-“Mujeres al borde de un ataque de nervios” - dijo Dino.

Alex negó con la cabeza, mientras seguía señalando los desperfectos de la casa y haciendo que discutía como una loca.

-“Solo en casa” - volvió a gritar Dino, que le encantaban este tipo de juegos.

Alex, volvió a negar, pero ahora, además, le miró con cara de: ¡pero qué dices!

Entonces levantó dos dedos y luego me señaló a mí y a ella.

-Pareja, ¿una pareja? - preguntó Dino, que monopolizaba el juego.

Alex asintió ahora con la cabeza.

-“Esta casa es una ruina” – soltó de repente Marisa, acertando la película ante el desaliento de Dino que se moría de ganas por representar la suya.

Marisa salió a escena y empezó a hacer como si daba latigazos. David empezó a mirarnos como loco, y antes de que dijera ninguna burrada le recordé que eran películas de la infancia, lo que eliminó por completo todas las ideas que tenía.

-¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! - gritó Dino, poniéndose de pie. “Indiana Jones”.

-Sí - dijo Marisa, chocando los cinco con Dino.

Ser actor era la profesión frustrada de Dino. Le encantaba el teatro y una vez a la semana ensayaba con el grupo de su barrio. Este, era su momento de la noche. Empezó su actuación, haciendo que recibía un disparo.

-La vida es justa - dijo David.

-Eso no es una película. Querrás decir: “La vida es bella” - le corrigió Almu.

-Si han disparado a Dino es... justa y bella.

Dino continuó con su performance. Después del disparo empezó a agacharse y andar como encogido.

-Ya está: “Parque Jurásico” - dijo David-. ¡Qué! Un dinosaurio que le han disparado... “Parque Jurásico”- se justificó David al ver que todos le mirábamos.

Dino, desesperado empezó a agacharse más, a hacerse más pequeño y a mirar a las

cosas hacia arriba.

-Ahora si te he pillado, Dino - dijo David, confiado. - "El jorobado de Notre Dame".

Todos miramos a Dino, a ver si esa era su película, porque lo cierto es que sí parecía un jorobado andando así, pero Dino negó con la cabeza.

-Lo sé, lo sé... "Cariño, he encogido a los niños" – dijo Almu.

Dino saltó de alegría al ver que sus esfuerzos interpretativos habían dado su fruto.

Almu empezó su actuación dando saltitos como un pajarillo. Los efectos de la marihuana habían empezado a desaparecer pero Dino seguía igual de exaltado por la emoción del juego.

-“Tootsie” – dijo Dino, que quería volver a salir. Almu negó con la cabeza -. No sé... me había parecido un travesti andando.

Almu se dejó caer al suelo, mientras seguía moviéndose de manera extraña. Estaba claro que estaba intentado imitar algo no humano. Así que pensé que podía ser M.J. Fox en "Un hombre lobo adolescente". Almu volvió a negar con la cabeza mientras seguía con sus aspavientos sobrehumanos.

-“Robocop” - dijo David, pensando que esta vez no podía fallar, pero falló.

Los chicos estábamos totalmente perdidos, así que fijamos nuestra vista en las chicas a ver si tenían una idea mejor.

-“La sirenita” - dijo Alex. Almu hizo gestos indicando que iba por buen camino. La pista exaltó a David y Dino, llevándoles a un pique por adivinar la última película.

-“Moby Dick” - dijo Dino... Imagino, sin darse cuenta de que le estaba llamando ballena a la cara.

-“El viejo y el mar” - replicó David, dándoselas de intelectual.

-Eso es un libro, zoquete - le recriminó Dino.

-Pues... “Liberad a Willy” - dijo David empeorando las cosas.

Alex me miraba pidiendo socorro, para que parara la situación, pues mucho nos temíamos que la siguiente sería... “Orca, la ballena asesina”.

-“1, 2, 3, Splash” - de pronto me vino a la mente la película de la sirena que enamoraba a Tom Hanks.

Almu se levantó del suelo. No dijo nada, pero tenía la misma mirada asesina de cuando lanzó al pobre chico por los aires por tocarle el culo. Solo que ahora quería lanzar a mis amigos por haberle tocado la moral. Así terminó la fiesta. Lo habíamos pasado bien, pero no creo que nos volviéramos a reunir hasta dentro de diez años.

Cuando todos se marcharon, nos pusimos a recoger la casa. Después de toda la noche, yo estaba cansado y solo quería irme a la cama con Alex, pero ella insistió en que había que dejar la casa recogida antes de acostarse. Parecía que se había enfadado un poco por el incidente de la ballena, pero qué culpa tenía yo.

-¡Ay que ver tus amigos! Mira qué llamarle ballena a la cara a la pobre Almu - no pude evitar reírme, la verdad, es que había tenido gracia.

-Yo no le veo la gracia - me recriminó.

-¡Qué quieres! Estaba haciendo unos aspavientos muy raros, parecía más una ballena que una sirena.

-Sí, eso, encima defiende a tus amiguitos. - Ahora recordaba por qué nunca nos juntábamos todos. A mí me gustaba salir a solas con Alex, o a solas con mis amigos.

-Además, la idea de jugar a las películas ha sido de Marisa, y ya sabes lo que pasa cuando se juega a este tipo de cosas... que siempre se acaba mal. Por cierto, ¿has visto qué tonto tenía Marisa con David?

-Es verdad, me he dado cuenta.

-A lo mejor le hace a todo: chicas y chicos.

-¿Tú crees? Yo le he preguntado que si estaba con alguien, pero no suelta prenda. Solo me ha dicho que estaba tonteando con alguien de la comisaría. Pero no me ha dicho si era él o ella.

-Oye, pues si le gusta de todo... podíamos invitarla a pasar la noche en casa - dije bromeando.

-Sí, en tus sueños - respondió Alex, acompañado sus palabras de un levantamiento del dedo corazón en mis narices.

El suelo estaba lleno de chetos, que Dino que había tirado con la excitación del juego. Después de media hora, por fin terminé de barrer todo el salón y nos fuimos a la cama. Esa noche no hicimos el amor, estábamos muy cansados. Me abracé a Alex haciendo la cucharita, estaba muy a gusto así, sintiendo el calor de su piel y olor de su pelo. Enseguida cayó dormida, lo sé porque justo cuando se duerme siempre mueve las piernas como si le dieran calambres, y su respiración se intensifica. La besé en la nuca con cuidado de no despertarla. A pesar de estar de muy cansado, a mí me costó más dormirme.

Los domingos son para descansar.

El domingo transcurrió tranquilo. Después de un fin de semana agitado, necesitaba descansar, tener un día de esos en los que no te quitas el pijama. Como en las elecciones generales... sería mi jornada de reflexión. Quería sentarme a trabajar en mi libro y quería meditar sobre lo que iba a hacer con mi vida. Alex, también tenía que prepararse una reunión para el lunes, y quería sacar las fotos del móvil y guardarlas en el disco duro. ¿Me pregunto qué pasará con todas las fotos que tenemos en formato digital? Quizá es porque pertenezco a otra generación, la de las cintas de casete que rebobinabas con el lápiz y los VHS que alquilabas en los videoclubes, pero tengo la sensación que todos esos recuerdos se perderán en algún agujero tecnológico... Me gustaría imprimir todas nuestras fotos y pegarlas en un álbum, pero es la típica tarea que no hago más que posponer una y otra vez.

Después de unos días, volví a sentarme frente al ordenador para continuar con el libro. Releí las últimas páginas que había escrito, me pregunté si a la gente le interesaría leer un libro formado por historias cortas. Tenía claro que a las editoriales este tipo de libro no les iba a interesar, pero siempre podría auto publicar, siempre podía poner mi libro en la tienda de Amazon.

Todas estas historias sobre padres e hijos me habían hecho pensar mucho en la relación que tenía con mi padre, y en lo mucho que le admiraba. Saqué el móvil y busqué la foto que había tomado el día anterior, en la que papá tenía mi edad. Observé la foto detenidamente, nos parecíamos mucho físicamente, y hasta teníamos la misma mirada perdida en nuestro mundo interior, pero también podía ver las diferencias. Parecía tener mucha más seguridad en sí mismo que yo, parecía más adulto y tenía un aire de triunfador. Quizá tenía esas impresiones porque llevaba traje y corbata, o quizá porque verdaderamente era un triunfador y sin duda más adulto. A mi edad, él ya tenía un hijo pequeño, era profesor de la universidad y había escrito dos libros. Yo, no había hecho nada significativo en mi vida. Me encantaría poder viajar en el tiempo y charlar con él. Los dos con la misma edad, charlar de nuestras inquietudes, de nuestros sueños, pero también de cosas banales como hacen los amigos: de fútbol, de mujeres... ¿Qué le gustaba con mi edad? ¿Qué le inquietaba?

Comencé así a escribir mi siguiente capítulo sobre un padre y un hijo que se encuentran con la misma edad, a veces en el pasado, y a veces en el presente. Los dos hablándose de tú a tú como amigos, ayudándose y dándose consejo.

Al acabar el capítulo y después de haber mantenido una conversación imaginaria con

papá en un tiempo–espacio imposible, llegué a la conclusión de que mi vida tampoco estaba tan mal. Tenía una familia estupenda, una mujer por la que moriría y unos buenos amigos con los que siempre podía contar. Hasta el trabajo de administrativo en la universidad empezó a parecerme mejor. Mi jefa y mis compañeros eran amables conmigo, siempre me iba a mi hora, y hasta tenía mis momentos de risas con Nachivo. Tenía que admitir que quizá nunca llegaría a ser nada más en la vida, tenía que empezar a disfrutar de lo que tenía. Quizá mi destino era rellenar matrículas para que otros triunfaran en la vida, quizá ese era mi papel en la cadena alimenticia humana.

7. Un nuevo Óscar, más optimista

Con una nueva actitud positiva-realista me dirigí el lunes a la universidad a trabajar. No hay nada como sentirte agradecido y satisfecho con tu situación en la vida. Esa noche había dormido de maravilla, no me había quejado cuando el despertador sonó a las seis y media de la mañana, había caminado contento hacia la parada del autobús, disfrutando del sol y del color del cielo de Madrid, había disfrutado de la lectura en mi Kindle durante el trayecto y ahora entraba en la oficina con una sonrisa dispuesto a rellenar cien matrículas de futuros médicos, abogados, ingenieros o arquitectos.

Como cada mañana, saqué las gafas de ver de la bolsa y las dejé en la mesa, saqué el taper de lentejas que Alex me había preparado y mientras el ordenador se iniciaba, guardé el taper en el frigorífico de la cocina. Me senté y empecé a revisar mis correos electrónicos. Nachivo había llegado antes que yo, tenía la pantalla del ordenador encendida pero no estaba en su sitio. Supuse que estaría ordenando expedientes, o haciendo algún recado. Abrí el programa para dar de alta a los nuevos alumnos y cogí la primera matrícula de una inmensa pila que separaba la mesa de Nachivo de la mía. Marisa Redondo García de Málaga, otra chica que quería estudiar medicina. En los últimos años medicina era la carrera más demandada. Tantas series sobre médicos habían creado una oleada de jóvenes queriendo vestir la bata en un hospital como en "Anatomía de Grey". Justo cuando me disponía a empezar escribir, Victoria, mi jefa, se acercó por detrás y me tocó el hombro asustándome. Me giré pensando que era Nachivo, menos mal que no le atice o solté algún impropio como solíamos hacernos cariñosamente. Enseguida reconocí la camisa de leñador de mi jefa y me puse firme.

-Óscar, necesito hablar un momento contigo. - Me pareció raro que mi jefa se acercara hasta mi mesa, pues siempre me llamaba para que fuera yo quién me acercara a la suya, como sigue el protocolo jefe-subordinado, también me pareció raro el propio hecho de que quisiera hablar conmigo, pero tampoco le di demasiada importancia en ese momento.

-Dime Victoria, ¿qué necesitas? - contesté con mi renovado entusiasmo laboral.

-Vamos a un reservado, mejor. - Ahora sí que era raro.

-Sí, claro - me levanté y la seguí a una distancia prudencial, intentando ganar tiempo para descifrar de qué iba esta situación.

El reservado estaba a tan solo unos cincuenta metros, pero me dio tiempo a barajar diferentes hipótesis:

Hipótesis uno: La habían ascendido, y ya no sería mi jefa.

Hipótesis dos: Se iba del trabajo y quería decírmelo en privado. ¡Qué detalle, por su parte!

Hipótesis tres: Los días que había pedido de vacaciones no podían ser, y quería sentarse conmigo para ver cuándo podía irme... no pasaba nada porque, de todas maneras, pensaba cancelarlos. Con el ascenso, Alex no podría coger vacaciones hasta quién sabe cuándo.

Hipótesis cuatro (la menos probable): Me iban ascender por mi gran dedicación y mi alto porcentaje de matrículas por día.

Fuera lo que fuere no veía ningún escenario negativo. Me senté enfrente de Victoria dibujando una amplia sonrisa.

-No sé cómo decirte esto, Óscar.

Mi mente procesaba las palabras a una velocidad de vértigo, barajando y descartando hipótesis. (Opción de mi ascenso... descartada).

-La verdad es no sabes la pena que me da.... - continuó Victoria.

La hipótesis de que se iba de la empresa, ganaba efectivos.

-Dime Victoria - dije cambiando mi sonrisa por una cara de pena

forzada. Había sido una buena jefa, en el sentido de que tampoco me daba por el culo mucho, pero la verdad es que tampoco es que tuviéramos una relación de amistad, o mejor dicho relación alguna.

-En fin el mundo laboral es así - dijo mientras me cogía la mano. Al final resulta que sí que me tenía afecto, lo que pasa es que lo ocultaba detrás de esa camisa de leñador.

Mi mente había tomado ya una decisión, estaba claro que se iba, y justo cuando me disponía a preguntarle a qué empresa se iba y desearle suerte, el leñador sacó el hacha y como el que tala cien arboles al día, en un golpe seco me derribó.

-Tenemos que despedirte.

Mi mente que hasta ese momento corría como en un fórmula uno, dejó de funcionar, colapsó como a veces hacen los coches en las carreras cuando fuerzan la máquina o se comen un obstáculo imprevisto.

Victoria siguió hablando, pero yo ya no escuchaba nada. Mis sentidos se griparon y mi mente no conseguía volver a arrancar... Se acabó la carrera. ¿Qué le iba a decir a Alex? ¿Qué le iba a decir a mis padres? ¿Qué iba a hacer con mi vida?

Victoria continuó hablando sobre la crisis: como el ladrillo había afectado a la universidad privada y los hijos de los constructores ya no venían, y cómo le habían obligado de prescindir de una persona en su departamento. Dijo también que le había costado mucho tomar la decisión sobre de quién prescindir. Eso no me lo creí mucho. Sus chicas estaban muy por delante en el orden de preferencias, y Nachivo era su ojito derecho. Aunque agradecí sus esfuerzos por hacerme sentir bien, además me alegré de que no hubieran echado a ningún otro compañero, me alegré especialmente de que Nachivo pudiera seguir.

Diez años en una caja de cartón

Recogí mis cosas de los cajones, ¡cuánta mierda se acumula en diez años!, y las metí en una caja que Nachivo me había ayudado a encontrar. Esta misma escena ya la había vivido en muchas películas, la realidad siempre supera a la ficción.

Nachivo insistió en llevarme la caja hasta la parada del autobús, se le veía muy afectado. Nos despedimos con un abrazo y nos dimos un par de buenos puñetazos, así es como los verdaderos amigos se muestran afecto.

Me monté en el autobús, todavía estaba en estado de shock, pero pude percibir un pequeño rayo de alegría que se colaba por la ventana. Nunca más tendría que venir hasta aquí, coger el petardo este de autobús y perder tres horas de mi vida en el transporte. Era una sensación de libertad. Empecé a encontrarme mejor, hasta feliz por unos segundos, pero luego me acordé de Alex. ¿Cómo le iba a contar que me había quedado sin empleo? Se iba desilusionar mucho. Sé que ella contaba con mi sueldo para formar una familia en el futuro. Era una mierda de sueldo, pero al fin al cabo un sueldo más al mes. Empecé a imaginarme su cara de tristeza y preocupación mientras le contaba que me habían despedido. Entonces, lo entendí todo. Esto era un castigo por haber besado a otra mujer. Era un castigo por haber besado a Laura. No era para nada religioso, pero tenía muy claro que el karma existía; especialmente después de leer "Maldito Karma" de David Safier. No me iba a reencarnar en gusano, en lombriz o en ninguna especie repulsiva, simplemente, me iba a joder sin trabajo. Así funcionaba el karma... el maldito karma.

Llegar a casa del sin trabajo

Llegué a casa sobre la una de la tarde. La de tiempo que hacía que no estaba en casa a esas horas del día. Puse la televisión, tenía curiosidad de ver qué echaban en la tele.

¿Qué programas veían los jubilados, las amas y amos de casa, los parados y los niños pequeños? No parecía haber nada interesante. En un canal temático estaban echando el coche fantástico, me recordó a mi niñez, y lo dejé de fondo, las voces de Michael y Kitt me harían compañía. Tenía que pensar cómo y cuándo se lo iba a contar Alex, pero antes comería algo. Tenía mucha hambre y con el estómago lleno se piensa mejor. De pronto me acordé de las lentejas. ¡Mierda! Me las había dejado en el frigorífico de la oficina. Estaba muy sensible y con hambre, casi me pongo a llorar. Me había dejado el almuerzo, las lentejas que Alex me había preparado con todo su cariño. Era un desgraciado, no me merecía una mujer así; y menos ahora, que no tenía empleo. Cogí todas las bolsas de chetos, boca bits y todas las guarrerías que habían sobrado de la fiesta, y me senté en sofá a ver el coche fantástico.

Decirle a Alex que me he quedado sin trabajo

A las siete de la tarde, oí la puerta abrirse. Me dolía la tripa de toda la porquería que me había comido, y me dolía la espalda de llevar seis horas en el sofá sin moverme. Esperaba que ésa no fuera la vida de parado que me esperaba.

-Hola, ya estoy en casa - Alex se acercó al sofá -. Por fin se acabó el lunes, ¡qué día más duro! No podía más.

“¿Día duro? ¿En serio? Verás cuando le cuente el mío”. Alex se paró frente a mí, y enseguida notó que algo sucedía.

-Pero, ¿qué te pasa?

Cerré los ojos. No podía hablar, tenía un nudo en la garganta. Alex se sentó a mi lado y me cogió la mano.

-Me estás preocupando, ¿te ha pasado algo?

-Me han despedido – dije, por fin, entre susurros. Abrí los ojos y vi su cara de conmoción, no pude evitarlo y rompí a llorar. Lloré de rabia, lloré de pena, lloré de impotencia, lloré de lástima, lloré por sentirme un inútil. Lloré por llorar. Litros de lágrimas caían por mi rostro en forma de cascada. Hacía años que no derramaba una simple lágrima, desde la muerte de mi abuelo. Tenía los depósitos llenos a reventar.

Después de un rato me calmé, me recompuse. Le expliqué a Alex lo que había ocurrido, cómo me habían despedido sin más, después de diez años. Alex ejerció su papel de persona responsable de la casa. Ella era la parte adulta de la pareja, la que sabía qué decir en momentos difíciles.

-No te preocupes, has trabajado muchos años, tienes derecho al subsidio de desempleo. Además, con mi nuevo sueldo podemos vivir los dos, sin problemas.

No tenía ningún dinero ahorrado, pero con el dinero del desempleo podría tirar unos meses hasta que encontrara trabajo. Estaba tan aturdido, que ni siquiera había pensado en eso. Agradecí el hecho de que Alex dijera que con su sueldo podíamos vivir los dos, pero no me gustaba la idea de que ella hiciera todo el esfuerzo.

-Mañana mismo me pongo a buscar trabajo.

-Bueno, no hace falta que te pongas mañana mismo. Te puedes tomar unos días.

-No, mañana me pongo - volví a exclamar, en modo cabezón.

-¿No será mejor que te tomes unos días y pienses lo que quieres hacer?

Míralo como una oportunidad para buscar un trabajo que te guste más. Tú odiabas el trabajo de auxiliar administrativo.

-Mañana me pongo a buscar de cualquier cosa.

Alex se dio cuenta de que tenía los nervios a flor de piel, y me dejó por imposible. Había sido un día muy duro. Un día para marcar en la historia de mi vida. Me fui a la cama arrastrándome como un gusano viejo, y caí rendido en un profundo sueño.

Primer día de amo de casa

A la mañana siguiente, como cada día, el despertador sonó a las seis y media de la mañana. Insistí en levantarme para preparar el desayuno. No quería quedarme en la cama vagueando ni un solo día. Estaba dispuesto a demostrarle a Alex que podía contar conmigo y con mi contribución mensual a la economía familiar. Además, si encontraba trabajo rápido no tendría ni qué contarles a mis padres que me habían despedido. Podría decirles que me había cambiado de trabajo, sin más. La estrategia tenía sentido.

Cuando Alex se marchó, me preparé otro café. ¡Qué gusto daba desayunar sin prisas! No tener que correr para coger el maldito “autoloser”, si no fuera por las circunstancias, hasta disfrutaba de mi primera mañana de amo de casa. Mientras me tomaba el segundo café encendí el ordenador y puse la tele de fondo. El último currículum que había creado tenía diez años de antigüedad. Lo primero que iba a tener que hacer era actualizar la foto. Miré detenidamente la foto de carnet que encabezaba un escueto currículum. Me fijé, cuidadosamente en todos los detalles, como antes lo había hecho con la foto de mi padre. Sí que había cambiado en los últimos diez años. Tenía otra cara, estaba mucho más mayor. Me fui al cuarto de baño para poder analizar mejor las marcas del tiempo frente al espejo: Tenía muchas más ojeras y patas de gallos alrededor de los ojos. ¡Maldito ordenador! No podía ser sano pasar ocho horas mirando una pantalla. También observé cómo ahora, tenía unas pequeñas entradas que dejaban ver mayor extensión de mi frente. No me había dado cuenta, hasta ese momento, que estaba empezando a perder pelo. Esta misma tarde llamaría a David para preguntarle por sus pastillas anticaída del cabello. Esperaba que a mí, no me generaran impotencia como efecto secundario. Seguí analizando la foto y lo que menos me gustó es que había perdido por completo el aspecto jovial que tenía en el pasado. Mi piel estaba menos tersa, los músculos de la cara parecían flojos, como caídos. Estuve unos minutos haciendo unos ejercicios de gimnasia facial que había leído en la revista Cosmopolitan, que Alex compraba todos los meses. Abría y cerraba la boca intentando contraer los músculos. Después, me tumbé en el suelo e hice diez abdominales. Tensar el rostro podía llevar más tiempo, pero la barriga tenía que quitármela antes de ir a la playa este año. El trabajo en la universidad me había dejado hecho una mierda. Ojalá pudiera encontrar algo que no supusiera estar ocho horas sentado frente al ordenador como un mueble más de la oficina.

Después de mi primera sesión de gimnasia facial y corporal me senté, otra vez, frente al ordenador. Abrí la página de un conocido buscador de empleo y empecé mirando las ofertas de administrativo, pues aunque no me gustara nada, era de lo único que tenía experiencia.

Administrativo Junior hasta veinticinco años de edad. Descartada.

Administrativo en prácticas. Descartada

Administrativo con inglés y chino. Descartada

Administrativo a prueba, sin sueldo. Descartada.

La cosa iba de mal en peor.

Reinicié la búsqueda y mi cerebro. ¿Realmente quería volver a trabajar de administrativo otra vez? Odiaba ese trabajo. Quizá era una buena oportunidad para buscar otra cosa. Pero, ¿de qué? ¿Qué sabía hacer? ¿Qué quería hacer? Creo que Alex tenía razón, debería tomarme un poquito de tiempo para reflexionar. Tenía que pensar qué quería hacer con mi vida, ya no era ningún crío, tenía que intentar encontrar algo que me satisficiera o por lo menos que no odiara.

Cerré el ordenador, necesitaba tomar el aire fresco. Miré por la ventana, hacía un día maravilloso. Fui a la cocina y cogí la lista de tareas que Alex me había dejado. Tenía que ir al supermercado a comprar varias cosas.

Nunca había ido a un supermercado un día de diario por la mañana. Estaba mucho más vacío, casi todos eran jubilados y amas y amos de casa. Hice la compra con tranquilidad, y eché en el carro un par de caprichos que no estaban en la lista, ¡un día es un día! Ahora entendía a mi padre, que cada vez que iba al supermercado con mi madre metía pequeños caprichos en el carro sin que se diera cuenta. Era difícil resistirse y atenerse cien por cien a la lista de la compra. Recordé, que tarde o temprano, iba a tener que contarles a mis padres que estaba sin empleo. No quería preocuparles, pero tampoco podía mentirles por mucho tiempo, y no parecía probable que fuera a encontrar un nuevo trabajo en los próximos días.

Uno de los caprichos que había comprado era un buey de mar. El bicho estaba muy vivo y no paraba de moverse en la bolsa. A Alex le encanta el marisco y había pensado que se llevaría una gran sorpresa cuando viera el buey de mar recién cocido, aunque ahora me estaba dando un poco de lástima verle luchar por escapar de la bolsa. A lo mejor, ya sabía cuál era su destino.

Después del supermercado, siguiendo la lista de Alex, me fui a recoger sus zapatos que los había dejado para poner tapas nuevas. El zapatero tenía una montaña de zapatos en el suelo y empezó a mostrarme varios modelos y preguntarme cuáles eran. Había tres o cuatro pares que me parecían iguales, no sabía cuál eran los de Alex, y no podía aparecer en casa con unos zapatos que no eran los suyos. Esta noche le pediría que me diera una descripción más elaborada, y volvería al día siguiente a recogerlos.

Un amo de casa casi perfecto

La mesa estaba lista para cuando Alex llegara. Había puesto el mantel de las ocasiones especiales y había sacado las servilletas de tela en sustitución del diario papel. En el centro de la mesa había una botella de vino blanco y a los lados las dos copas de cristal de bohemia que teníamos. El resto de copas las habíamos comprado de oferta en la tienda china de abajo, cuatro por un euro.

El buey de mar ya estaba cocido. Había sido toda una odisea meterlo en la olla. Al principio me daba pena, pero luego me daba miedo sacarlo de la bolsa. Tenía unas tenazas enormes con las que no paraba de amenazarme. No sabía por dónde cogerlo. Tuve que darle un par de toques con la cuchara de acero de la abuela de Alex para defenderme de sus ataques y finalmente lo cogí con los trapos del horno y lo eché en la olla. La situación me recordó a la película "Annie Hall" cuando Woody Allen le da con el palo a la langosta.

Mientras Alex llegaba, me senté a escribir un rato. ¡Cómo cambian los tiempos! Mi abuelo me había contado cómo él había matado con sus propias manos conejos y gallinas para que luego mi abuela los guisara. Papá había visto al abuelo hacerlo, aunque él no había tenido que matar ningún animal para que mamá lo cocinara. Aunque sí me había contado cómo había tenido que matar alguna rata a palazos que se había metido en casa. Y yo era incapaz de enfrentarme a un buey de mar, y si viera una rata me subiría a la silla como niña histérica. La evolución masculina se había refinado desde que nuestros valientes "tatatatatatatarabuelos" salieran a cazar gigantescos mamuts. ¿Qué pasaría si alguna vez tenía un hijo? ¿Le daría miedo abrir un paquete de filetes de pollo?

Miré el reloj, eran las nueve pasadas. Alex se estaba retrasando más de la cuenta. Guardé la botella de vino en el frigorífico para que no se calentara. Me senté en el sofá a esperarla. Empezaba a preocuparme y justo cuando iba a llamarla, la puerta se abrió.

-Ya estoy en casa.

Me levanté a darle un beso. Estaba deseando que viera la sorpresa de cena que le había preparado.

-¿Cómo llegas tan tarde? Estaba preocupado, te iba a llamar.

-Pues, ¿tú qué crees? En la oficina - contestó de mala manera. Oh, oh... mal humor a la vista. Parecía que se había tomado el: "¿cómo llegas tarde?" como una acusación. Yo solo quería preguntarle porque estaba ansioso por enseñarle la cena.

-No te puedes imaginar qué día más malo he tenido, no he podido ni levantarme a hacer pis. - Aunque sonó a exageración debía ser verdad porque se fue corriendo al cuarto de baño.

Saqué la botella de vino de la nevera y puse el buey de mar en un plato. No quería que una mala contestación arruinara la cena. Cuando Alex volvió del baño, parecía más calmada.

-¿Y esto? -dijo al ver la cabeza del crustáceo por un lado y las patas por el otro.

-He comprado un buey de mar y lo he cocido yo.

-¿En serio? – preguntó con incredulidad.

-No ha sido fácil, se ha resistido. Pero, al final, lo he metido en la cazuela.

-No me puedo creer que lo hayas comprado y lo hayas cocinado. – Dijo ahora, riendo a carcajadas. Si llega a ver mi pelea con el bicho, sí que se hubiera reído de verdad.

-¡Y has comprado vinito blanco! ¡Qué bien! Necesitaba una copa, después de este día.

Durante la cena, Alex me estuvo contando todos los problemas que tenía en el banco. Ahora que era directora regional tenía mucha más responsabilidad, y un equipo de bastantes personas a su cargo. Me contó cómo algunos empleados no daban un palo al agua, y le tocaba hacer a ella todo el trabajo. Cómo sus jefes se lavaban las manos y le soltaban todos los problemas, sin querer saber nada. Así estuvo disparando balas de desahogo durante una hora, en la cual me esforcé por atender todos los detalles, aunque hubo pequeños momentos en los que reconozco que desconecté.

-¿Te ha gustado el marisco?

-Sí, estaba buenísimo, muchas gracias. Ahora que sabes cocerlos, puedes hacerlo más a menudo.

-Bueno, no sé. Ha sido una pelea encarnizada por meterlo en la olla – dije al recordar mi batalla con el bravo buey.

-Oye, ¿y tú que has hecho en todo el día? No te he preguntado.

Empecé a repasar mentalmente mi día. No había hecho nada provechoso o mencionable. Creo que la búsqueda de arrugas en el rostro, búsqueda de canas y la gimnasia facial era mejor obviarlos. - Pues nada, he echado un vistazo a las ofertas de trabajo.

-¿Algo interesante?

-No, nada. Creo que tenías razón... a lo mejor me tomo unos días para pensar.

-Claro, amor. Ya te lo he dicho, no te precipites.

-Ah, no he podido recoger tus zapatos. No sabía cuáles eran. El tío tenía todo amontonado, me ha enseñado varios pares, pero eran todos muy parecidos.

-¡Joder, Óscar! Los necesitaba para mañana. Son los que tienen un adorno plateado en el centro. - Otra vez volvía a estar de mal humor, los zapatos habían despertado a la furia del dragón.

-Lo siento, no te pongas así. Mañana los recojo.

-Ya, pero los necesitaba para mañana. Tengo una reunión. En fin a ver qué me pongo. -Uno cualquiera de los mil pares que tienes en el armario, me hubiera gustado contestarle, pero me puse a fregar en silencio. Alex se levantó y me dio un beso de buenas de noches.

-Estoy cansada, me voy a la cama.

-Vale, ahora en un rato voy yo.

Igual, tampoco tenía tanto tiempo para meditar mi futuro. No me importaba hacer los recados, hasta había disfrutado de mi primer día de amo de casa, pero si cada vez que iba a hacer mal un recado me iba a llevar una bronca, prefería volver a ser administrativo. Que aunque odie el trabajo, me abroncan menos y además me pagan.

Días grises, medio oscuros.

Los siguientes días transcurrieron de manera parecida. Me había empezado a acostar cada día más tarde. Me quedaba todas las noches leyendo, viendo películas o cosas estúpidas en Internet. Hasta me había metido un par de veces en páginas web pornográficas, hacía muchos años que no visitaba una de esas páginas. El universo porno había evolucionado de manera increíble durante los últimos años, más que los teléfonos móviles: había películas de todas las categorías y hasta actuaciones en directo gratuitas, pero me asustaba que el ordenador cogiera un virus, y me salía rápidamente. Había intentado seguir con la novela en varias ocasiones, pero estaba totalmente bloqueado. Cuando trabajaba, me quejaba de que no tenía tiempo para escribir, y ahora que tenía tiempo, solo había escrito un par de malas páginas, que probablemente borraría. No estaba centrado. Tenía la cabeza en la búsqueda de empleo y, sobre todo, en intentar decidir qué iba a hacer con mi vida. También había mirado varios cursos para reciclarme. Cursos en cosas que no me gustaban, pero que pensaba que podían darme una nueva salida laboral. Hasta había ojeado el tema de las oposiciones, pero no me apetecía tirarme un año estudiando, quería algo de acción inmediata. Estaba hecho un lío y un poco deprimido. Sin ruta en la vida y físicamente venido abajo. ¿Sería ésta la crisis de los treinta y cinco? ¿Por qué se decía que los treinta eran los nuevos veinte? ¡Menuda sandez!

A Alex apenas la veía dos horas al día. Como me acostaba de madrugada, ya no me levantaba con ella. Por la mañana hacía los recados que Alex me ponía, arreglaba la casa, preparaba la comida y mandaba currículos. Alex, cada vez estaba más liada con su nuevo rol en el banco. Empezó llegando a las ocho, luego las nueve y ahora, ya nunca llegaba antes de las diez a casa. Estaba siempre cansada y del mal humor. Durante el tiempo que nos veíamos solo hablaba del trabajo. No eran buenos tiempos en el matrimonio Óscar–Alex...

Sandra, la hermana de Alex

Por fin llegó el sábado y por fin Alex estaba otra vez de buen humor. El motivo del cambio en su estado de ánimo era la llegada de su hermana pequeña, Sandra, que venía desde Italia a presentar a su futuro marido. Alex y Sandra siempre habían estado muy unidas. Al principio, cuando Sandra se mudó a Italia, hablaban casi todos los días una hora por Skype. Pero, desde que Sandra se echó novio y Alex empezó a estar más ocupada por el trabajo, apenas hablaban una vez por semana.

Después de varios días volvimos a desayunar juntos. Alex insistió en prepararme el desayuno. Me gustaba verla contenta otra vez.

-¡Qué ganas tengo de ver a mi hermana! – exclamó con los ojos llenos de alegría.

-Claro, hace mucho que no la ves - yo soy hijo único y a veces me hubiera gustado tener un hermano con el que me llevara bien. Alguien a quién poderle contar cosas que no puedes a tus amigos, padres o a tu mujer... Alex tenía una bonita relación con su hermana.

-Desde navidades.

-Sí, un montón.

-¡La echo más de menos! Estará nerviosita por presentar a Francesco a mis padres.

Mejor que no se preocupara mucho, Francesco lo tenía chupado. Con lo mal que le caigo yo a Antonio, cualquiera le parecería bien para su otra hija. Le había allanado el terreno al tal Francesco, le había dejado un camino de rosas y una alfombra roja en la casa de los García.

Después de desayunar, nos vestimos para la ocasión. Alex estaba hecha un manojo de nervios, como si fuera ella la que fuera a presentar a su prometido. Se había cambiado de ropa cinco veces. Se miraba al espejo una y otra vez probándose diferentes modelos.

-Tengo que ir de compras, no encuentro nada que ponerme. Le diré a mi hermana que me acompañe, ella tiene tan buen gusto. Además, ahora vive en Milán, la capital de la moda.

Alex seguía probándose sus modelos, estaba tan sexy en ropa interior. Intenté atraerla hacia la cama, hacía muchos días que no hacíamos el amor, desde que me había quedado sin empleo, me había quedado sin sexo...

-¡Qué haces, Óscar! ¡Vamos, para! Tenemos que arreglarnos. - ¿Acaso había alguna ley no escrita que dijera que los parados no podemos follar?

-Tenemos tiempo - dije haciendo que miraba el reloj, pues me importaba un pito llegar tarde a conocer a Francesco.

-Tenemos que irnos ya, Francesco y Sandra ya están en casa. Nos están esperando todos.

Resignado, me vestí. Cogí unos vaqueros y la primera camiseta que pillé.

-¡No iras a ir así vestido a casa de mis padres!

-¿Por qué, no? Si siempre voy así.

-No, ni de coña. Ponte una camisa y unos zapatos.

-¿Camisa y zapatos? Pero si esto no es la boda todavía.

-Ponte camisa, Francesco siempre va en traje. Tú no puedes ir como un pordiosero con esa camiseta que tiene un dibujo de un coche cochambroso.

-No es un coche cochambroso, es el DeLorean de "Regreso al futuro".

-Pero, ¿qué tonterías dices, Óscar? Ponte una camisa de una vez.

A regañadientes me quité la camiseta del DeLorean que me habían regalado mis amigos por mi cumpleaños, saqué una camisa del armario y busqué los zapatos de vestir, que no me había puesto desde una boda que tuvimos el año pasado. No sé por qué se ponía así. Camiseta y zapatillas eran mi atuendo habitual. ¡Maldito, Francesco! No le conocía, y ya le odiaba.

8. Benvenuti a la familia

Por fin nos montamos en el coche. Alex se quitó los tacones para conducir. Al final se había decidido por un vestido corto negro muy elegante y se había hecho un moño, que me recordaba a las geishas y que dejaba perfectamente al descubierto su cuello. ¡Estaba imponente!

-Estás muy guapa - dije, observándola al pararnos en un semáforo.

-Tú también, aunque la camisa la tienes hecha un churro. - Los dos nos reímos, nos cogimos de la mano y nos fundimos en un beso hasta que el semáforo se puso en verde y el coche de atrás empezó a pitar, dando por finalizada la partida de besos.

-¡Será idiota! – protestó Alex. Toda su musculatura del cuello se tensó.

Le puse la mano sobre el hombro para calmarla. Mientras conducía no pude evitar pensar que aunque me hubiera puesto camisa y zapatos, a su lado parecía un pordiosero.

Entramos en casa de mis suegros. Ya estaban allí todos, la familia García al completo, más la nueva adquisición transalpina. Alex corrió a saludar a su hermana. Se fundieron en besos, abrazos y en palabras de añoranza. Sandra estaba guapísima. Sin darme cuenta le hice un repaso de arriba de abajo y de abajo arriba. Había pasado en convertirse de una niña a una mujer que todo hombre desearía. Vestía muy elegante, supongo que a la moda milanesa. Ya no tenía la larga melena con la que se marchó. En su lugar, llevaba un corte de pelo muy corto y estiloso y había sustituido el color castaño natural de su pelo por un tinte pelirrojo. Quizá su nuevo estilo simbolizaba la pérdida de su inocencia. Sus ojos grandes y expresivos ahora llamaban más la atención con las pinturas de guerrilla urbana y sus labios carnosos cubiertos de intenso pintalabios rojo eran su sello de mujer fatal milanesa. Llevaba puesto un peto de color negro y unos tacones de quince centímetros que ensalzaban su figura y en especial su culo. Parecía una modelo sacada de una revista. Todos estaban ocupados con el reencuentro familiar, así, que nadie se percató de mis miradas de deseo a mi cuñada. ¿Sería pecado desear sexualmente a la hermana de tu mujer? Alex estaba hablando con Francesco, que mezclaba un fluido español con algunas palabras italianas. Como me había imaginado por las fotos, era el típico italiano guaperas. Tenía el pelo negro con pequeños rizos perfectamente colocados, me pregunté si serían de peluquería. Mi pelo no se quedaría así, ni aunque le pusiera un litro de pegamento industrial. Al igual que Sandra, vestía con mucho estilo. Los caribeños llevan el ritmo en la sangre y los italianos el estilo; es innato. Francesco llevaba una camisa blanca como yo, pero a él no le quedaba igual que a mí. Para empezar, la suya estaba perfectamente planchada, y la mía parecía un higo chungo. Alex me llamó para que me acercara a la familia García.

-Óscar ven, te voy a presentar.

Sandra me saludó efusivamente con un fuerte abrazo, al fin y al cabo éramos familia... política, pero familia. Claro, que si supiera que le había estado mirando el culo durante dos minutos, probablemente no se acercaría tanto. A lo mejor para ella, yo era como un hermano mayor, pues me había conocido cuando todavía era una niña.

-¡Cuánto tiempo, Sandra!

-Sí, desde navidades.

-Qué guapa estás - las palabras se escaparon de mi boca.

-Muchas gracias.

-¿Has visto qué corte de pelo se ha hecho? - dijo Alex -. A lo mejor me lo hago igual, ¿qué te parece?

-Bien, bien - Alex y Sandra se parecían bastante, así que imaginé que ella también estaría muy guapa con ese corte.

-Mira, este es Francesco - dijo Sandra, presentándome a su prometido.
-Un piacere - Francesco me extendió la mano y me saludó en italiano.
-Un piacere – contesté, sin cambiar la lengua para ser educado.
-Óscar habla perfectamente italiano – dijo Alex, provocando mi forzada sonrisa. Le había pedido, expresamente, que no dijera nada de que había estudiado italiano. Lo poco que había aprendido en la universidad se me había olvidado y no quería quedar en ridículo. Pero conociendo a Alex sabía que tarde a temprano lo iba a soltar, así que durante los días anteriores había repasado mis apuntes de la carrera.
-Oh, ¿Lui parla italiano?
-Ho studiato italiano all'universita'. - ¡Toma, tres puntos! Esa pregunta me la había preparado en casa. Todos sonrieron y se dieron por satisfechos con esa muestra de italiano. Ahora, ya podía relajarme.
Antonio se acercó. Dio unas palmaditas en la espalda a Francesco y le abrazó por el cuello como si se conocieran de toda la vida.
-¿Qué tal? ¿Cómo vamos? ¿Tenemos hambre, ya?
A mí, que hacía diez años que me conocía, me había saludado con un frío apretón de manos, y a Francesco que hacía media hora que había entrado en la familia, lo abrazaba como un hijo. No pude resistirme y le volví a mandar, mentalmente, a tomar por culo en italiano... “Vaffanculo, Antonio. ¡Vaffanculo!...”
-Qué rico está el queso parmigiano que nos ha traído Francesco. Tenéis que probarlo - dijo mi suegra acercándose por detrás con un plato con cachitos de parmigiano. Francesco le dio un beso en la mejilla -. La mía suegra, qué bella. Será pelota el tío. Pero yo era el único que parecía pensar eso.
-Oh, qué bonito - dijo Alex. Hasta mi mujer se había cambiado de bando -. Vamos a hacernos una foto.
-Sí, hagamos una foto familiar - respondió Antonio, que no le había visto contento de posar en una foto en mi vida.
Le pedí el móvil a Alex ofreciéndome a tirar yo la foto.
-Pero, entonces, tú no sales.
-No pasa nada.
-Bueno luego tiramos otra contigo.
Todos posaron contentos, fundiéndose en un abrazo. Tiré varias fotos, no quería que mi mal pulso arruinara el momento familiar.
-Ya está. - Le devolví el móvil a Alex para que revisara la foto.
-Oh, qué bonita. Qué bien ha quedado.
Uno vez dado el visto bueno del retrato familiar, la melé se desunió. Pero Alex insistió en que se volvieran a juntar para que yo saliera en la foto.
-Yo la fazo – dijo Francesco.
-No, tú tienes que salir - protestó Antonio.
Por lo menos no saldría en ninguna foto al lado de Francesco en la que se pudieran comparar su camisa blanca reluciente y perfectamente planchada, con mi camisa arrugada y amarillenta por el paso del tiempo
Alex y Sandra me abrazaron mientras Antonio posaba de mala gana. Ahora sí, era el Antonio que yo conocía. ¡Qué suerte posar con el auténtico, y no con un fake sonriente!
Francesco tiró la foto, y acto seguido nos lanzamos a por el plato de queso. Como si posar para las fotos familiares fuera un deporte de alta intensidad que diera hambre.
-¿Puedes traerme una copa de vino, Óscar? Las copas y las botellas están en la cocina - me pidió Alex.
-Claro, amor.
-Ay, Óscar. Tráeme a mí otra por favore - dijo Sandra, haciendo un cóctel de lenguas irresistible.
-Ahora mismo.

Entré en la cocina. Todo estaba lleno de tapers con comida que rodeaban a la termomix. Al parecer, mi suegra había estado cocinando dos días seguidos, por lo menos. Abrí uno de los tapers... croquetas. Me imaginé a Francesco comiendo las croquetas asquerosas y haciendo la pelota a mi suegra. Me reí, yo solo, al imaginarlo. A un lado de la encimera había un queso parmesano enorme, del tamaño de un balón de baloncesto, y varias botellas de vino tinto italiano. Cogí tres copas del armario y las llené hasta arriba, siempre con mi lema: "mejor que sobre, que falte". No me apetecía nada volver a la reunión familiar en el salón, así que alargué mi estancia en la cocina. Miré hacia la puerta y como vi que no venía nadie, cogí el cuchillo y partí un cacho de parmesano. Estaba muy bueno, eso había que reconocerlo. El jodido Francesco había traído un buen queso. El vino, también estaba exquisito. Me acordé de Dino y sus maridajes, esta combinación le encantaría. Miré la etiqueta de la botella, por curiosidad. Vino de montepuccionao. Este Francesco tenía buen gusto para todo: el vino, el queso, la ropa y las mujeres.

Rellené mi copa de vino, para no causar sospechas de que había estado bebiendo, solo, en la cocina, y limpié los rastros de queso que había dejado. Cogí las tres copas como pude, y empecé a andar muy despacio. Había llenado las copas hasta el límite y no quería derramar el vino por el pasillo, solo me faltaba manchar una de las alfombras y que me vetaran la entrada en casa de mis suegros para siempre. Anduve pasito a pasito, como en mis tiempos de camarero en Londres. Llegué al salón sin derramar una sola gota, el objetivo ya estaba cerca. Todos seguían hablando en el centro de la habitación. Por fin llegué hasta Alex.

-Ya estoy aquí – dije, haciendo un gesto para que me ayudara con las copas, urgentemente.

-Lo que has tardado, ¿no? – Alex cogió una de las copas y se la dio a Sandra.

-Las he llenado demasiado, menos mal que no se me ha caído nada. –

Pero justo cuando le estaba dando la segunda copa a Alex, algo pequeño y rápido me arrolló por la espalda y la copa salió volando. Mi sentido arácnido se activó. Spiderman era mi superhéroe favorito desde que era pequeño. Vi la copa volando a cámara lenta con destino... la cabeza de mi suegro. Mi visión era nítida y mis pupilas agrandadas por el miedo, captaban la secuencia fotograma a fotograma. Solo se habían derramado dos gotas y mi suegro todavía no se había percatado del peligro que se le acercaba por los aires, todavía estaba a tiempo de salvar una catástrofe. Me lancé por los aires. Creo que salté más que Michael Jordan, cuando jugaba en los Bulls. Con la punta de mis dedos conseguí tocar la base de la copa, desviándola de la trayectoria. En el aire me dio tiempo a celebrarlo, como si hubiera metido el triple de la victoria sobre la bocina... objetivo cumplido. Miré hacia abajo y vi a Alex llevándose las manos a la cabeza. Pero, ¿por qué? ¿Es que no había visto mi proeza? A partir de aquí, todo pasó a la velocidad de la luz. Me dirigía hacia el suelo como un meteorito, pero en lugar de caer sobre el duro mármol del salón, aterricé sobre algo blandito que chilló mucho y luego empezó a llorar. En seguida me di cuenta que había aplastado la cosa pequeña que hace unos segundos me había atropellado por la espalda causando todo el incidente. ¡El karma existía!... tú me atropellas, y yo te aplasto. Pero, ¿qué tenía debajo de mis setenta kilos? ¿Era uno de los gatos? ¿Jordan? ¿Larry? No, era Antoñito...

Antonio y mini Antonio... Antoñito

Antoñito era el hijo de los vecinos de mis suegros. Casi todos los días venía a merendar a casa de los García, y algunos fines de semana se quedaba a comer. Para mi suegro era como el nieto que no tenía. Encima se llamaba como él, tenía la misma mala leche y desde hoy compartían un odio... el odio hacia mí. Gracias a Dios,

Antoñito, estaba bien criado. Era un niño regordete que no pesaría mucho menos que yo. La mala y excesiva alimentación lo había salvado de morir aplastado... ironías de la vida.

-¡Levanta! ¡Levántate, coño, que lo estás aplastando! - gritó Antonio, lleno de furia.

Me levanté, dejando respirar al chaval que lloriqueaba y se quejaba del golpe. Para colmo, por si la situación no podía ser peor, vi cómo la blanca y cara camisa de Francesco tenía una enorme mancha de vino tinto. Al desviar la copa de la trayectoria de Antonio, le había caído de lleno a él.

-¡Pero la que has liado, Óscar! ¡Es que no puedes tener cuidado! – me abroncó Alex... ¡Tierra, trágame!

-Ha sido sin querer, Alex - dije, mientras intentaba consolar al chaval.

Pero era demasiado tarde, el niño ya me odiaba a muerte como el resto de los García y los Ferrari, Armani, Gabbana... o como fuera que se apellidara el italiano.

-¡Quita! ¡Quita! – gritó el chaval y se fue corriendo hacia Antonio que lo cogió en brazos.

-¡Mira cómo le has puesto la camisa a Francesco! - siguió Alex, con su particular caza de brujas.

-Lo siento, lo siento. Solo intentaba que la copa no se cayera en la alfombra.

-No pasa niente, no pasa niente – dijo Francesco mostrando su blanca y perfecta sonrisa, porque la camisa ya no era blanca ni perfecta. No parecía muy enfadado, aunque por dentro seguro que me la estaba jurando. Solo esperaba que no me hiciera pagar la camisa, que debía valer una fortuna.

Francesco se descamisó delante de todos, luciendo un cuerpo moreno y esculpido en granito. Encima a mi mujer se le caía la baba delante de mí. ¿Podía ser peor la situación?

-Papá, voy a coger una camisa tuya para Francesco - se ofreció Alex.

-Sí, claro, hija. Coge la que tú quieras.

-Te acompañamos - dijo Sandra.

Los tres se marcharon juntos hacia la habitación. Francesco sin camisa, yéndose con mi cuñada y mi mujer a la habitación era una escena que no me gustaba en absoluto. ¡Definitivamente tenía que dejar de ver porno! Pero es que éste, era el perfecto argumento para una de esas películas... Al pasar al lado de Antoñito, el niño abrió los brazos para que Francesco lo cogiera.

-Déjales Antoñito, que ahora vienen - dijo su abuelo postizo. Francesco cogió al niño con un solo brazo y se lo montó a la espalda. Por lo menos, ahora con el niño en escena, ya no era una película para adultos, el género cinematográfico había cambiado.

-No te preocupes papá, a Francesco le encantan los niños - dijo Sandra.

Francesco empezó a trotar como un caballo romano y el niño se puso a reír, olvidándose del traumático golpe. Genial, ahora éramos el amante de los niños y el aniquilador de niños.

No quería quedarme a solas con mis suegros, así que llamé a Alex para ver si me hacía compañía.

-¡Alex! - pero no me hizo caso.

-¿Qué quieres, Óscar? Voy a buscar una camisa. Recoge el vino del suelo. –

Y los cuatro se marcharon a la habitación, al ritmo que marcaba el stallion romano.

-¡La que hemos liado! ¡Ay qué ver! – gruñó Antonio, mientras se daba la vuelta y se sentaba en el sofá.

-Aurora, ¿me dejas un trapo para limpiar el vino?

-Sí, hijo. Ven a la cocina - por lo menos a mi suegra todavía le causaba

pena.

Mesa y Sobremesa... demasiada mesa

Por fin nos sentamos todos en la mesa. Yo estaba ubicado en una de las esquinas, y Alex apenas me hablaba. Bueno, en realidad nadie me hablaba...

-¿Estás castigado? - me preguntó Antoñito.

-No, qué va.

-Pues sí, ¡estás castigado! ¡Eres un tonto, por eso estás castigado en una esquina! - gritó Antoñito, lo que pareció hacerle una gracia tremenda a Antonio y a Francesco.

Me reí y asentí con la cabeza, no quería provocar ningún otro altercado. Antoñito, que estaba crecido con las risas de su tocayo, siguió poniendo leña en el fuego. - ¡Francesco tienes dos novias!

-¿Qué cosa? – preguntó el italiano.

-Sí, dos novias: Alex y Sandra.

Todos volvieron a reír, aunque a mí no me hizo ni puta gracia. Hasta me alegré de haber aplastado al niño gordito, que además resultaba ser un cabrón prematuro.

-¡Qué jodío el niño! ¡Qué listo que es él! – Antonio besó en la cabeza al chaval, premiándole por sus graciosas ocurrencias -. A ver si me dais un nieto pronto - dijo mirando a la nueva pareja.

-Sí, sí. Presto, presto – contestó Francesco, que seguía sumando puntos de tres en tres.

Pude ver cómo la mandíbula de Alex se tensaba mientras dibujaba una falsa sonrisa. Conociendo a Alex, sabía que no le había hecho ni pizca de gracia que su padre le dijera eso a su hermana pequeña y no a ella. Estaba claro que no era por su hija, sino por mí. Me preocupaba que Alex la tomara conmigo, pero al contrario, el comentario parecía habernos unido de nuevo. Alex me dio la mano por debajo de la mesa y me la apretó con fuerza. O me había perdonado, o se había acordado de que necesitaba de mi colaboración para procrear.

La comida transcurrió en paz. Antonio hablaba con Francesco, Alex hablaba con su madre y su hermana, yo hablaba con la pared y Antoñito jugaba a la consola. Aurora nos había cebado bien y nadie había podido escaparse de sus croquetas. Francesco lo había intentado dándole sus croquetas a Antoñito, que se comía todo. Solo yo me había percatado de su jugada... pero le salió mal, pues mi suegra le rellenaba el plato cada vez que lo acababa, así que al final tuvo que ceder y comérselas.

En un momento de la comida, Antoñito dejó la consola sobre la mesa y salió corriendo. Sumergidos en sus conversaciones, nadie le prestó atención, pero yo sabía que algo le pasaba. Un niño no deja la partida a medias ni aunque se mee encima. Entonces caí en lo que pasaba: no se meaba, se estaba jiiando. Se había zampado más de veinte croquetas y ni siquiera un estómago joven y tierno como el suyo podía resistir las croquetas de mi suegra...

Un poquito de Pulp Fiction

Estaba tan aburrido, que hasta puse el cronómetro para ver cuánto tardaba Antoñito en evacuar. Habían pasado diecinueve minutos y el tiempo seguía corriendo. Nadie había echado de menos al niño. Las mujeres seguían hablando de... cosas de mujeres que intentaba no escuchar. Llevaban conversando una hora de la depilación láser y ahora habían alcanzado la zona íntima. Al parecer todas las féminas de la familia García estaban calvas ahí abajo. ¡Hasta mi suegra! Toda la información me entraba a la fuerza por el oído derecho, el izquierdo lo tenía contra la pared, pero no pude evitar escuchar

la información sin pelos ni señales.

Francesco y Antonio estaban hablando de los mercados financieros. Decían palabra que no tenía ni puta idea de lo que significaban. Así, que aunque hubiera querido participar de alguna conversación hubiera sido difícil. No tenía nada que decir los Stock Markets, ni de la depilación brasileña. Solo sé que con los dos puedes ganar mucho o perderlo todo...

Le di un minuto más a Antoñito. Si el cronómetro alcanzaba los veinte minutos iría en su rescate. No me caía muy bien, pero al fin y al cabo era un niño en apuros.

Me levanté de la mesa con sigilo.

-Voy al baño – le dije a Alex, que no me prestó atención. Según me iba acercando al baño una peste tremenda se había apoderado del pasillo. Me tapé la nariz y llamé a la puerta.

-¿Estás bien, Antoñito?

-¡Vete, tonto! - está bien, me lo merecía por haberle aplastado. Pero ahora, quería enmendar mi error.

-¿Estás bien? - volví a preguntar, pero el chaval no contestó. Estaba claro que algo le pasaba. ¿Necesitas ayuda, Antoñito?

Hubo unos segundos de silencio. Debía estar debatiéndose entre morir en un váter o pedirme ayuda. No sabía que el orgullo se desarrollara ya, a tan temprana edad. Oí cómo se acercaba a la puerta. Parecía que había optado por la opción: pedir ayuda. Antoñito abrió la puerta unos centímetros. La peste me echó un poco hacia atrás, pero aguanté el tipo.

-No hay más papel – dijo el chaval, finalmente.

-No te preocupes, ahora lo busco.

-Espera, no te vayas - dijo abriendo un poco más.

-¿Qué pasa?

-He cagado mucho - no sé qué esperaba que le respondiera a eso...

¿Enhorabuena?

-¡He atrancado el váter! - se puso a llorar.

-¡No jodas! - mi repuesta no le ayudó a frenar las lágrimas. Venga, no te preocupes, voy a buscar un cubo de agua para que se vaya.

-Gracias, Óscar. - Al menos, ya no era “tonto”, ahora era Óscar.

Justo cuando me disponía a ir a por el utensilio de limpieza, Antoñito me llamó otra vez.

-Óscar, Óscar.

-¿Sí?

-No se lo digas a nadie más.

-No te preocupes.

-A nadie, por favor. Ni a Antonio.

-No.

-Ni a Francesco.

-Que no.

-Ni a Aurora.

-No, te prometo que nadie se va enterar - dije antes de que enumerara uno a uno todos los miembros de la familia.

-¿Me lo juras?

-Te lo juro, chaval - dije mostrándole mis manos, pues sabía que los niños le dan importancia a eso de cruzar los dedos.

Si de verdad existía el karma, tenía que estar a punto de tocarme el Euromillón. Me lo apunté en la agenda del móvil para que no se me olvidara: “Comprar Euromillón”. Por mi parte, que no quedara...

Comenzaba la operación: Limpiar la mierda de Antoñito. Me acordé de la película “Pulp Fiction”, cuando John Travolta llama al señor Lobo para que limpie el lío que ha

formado. Pues yo me sentía así, como el señor Lobo, pero en vez del lío de Travolta, tenía que limpiar el lío de Antoñito. Me fui en busca del cubo de fregar y de un nuevo rollo de papel higiénico. El cubo fue fácil de dar con él, pero lo que no encontraba por ninguna parte era el papel. Busqué en todos los armarios y cajones, sin suerte. La siguiente opción era buscar papel de cocina, porque en la habitación de mis suegros no tenía intención de colarme. Solo me faltaba que Antonio me pillara husmeando en su cuarto de baño. En la cocina tampoco había papel. Lo más parecido eran servilletas de tela, pero eran muy blancas y nuevas y no me pareció apropiado. Busqué un periódico por todas partes, pero entonces recordé que Alex me había dicho que su padre ya siempre leía los periódicos online. El único papel que pude encontrar fue la garantía de la lavadora, pero tampoco me pareció apropiado y desde luego era insuficiente. Entonces, vi el tendedero y me vino una inspiración divina o demoníaca. Era una idea de mierda, pero se adaptaba a las circunstancias. La camisa de Francesco colgaba sobre una percha. La habían frotado con jabón y estaba mojada. Pero, seamos sinceros, la camisa no tenía arreglo. El color tinto se había sumergido en las profundidades de la suave seda y por muchos productos quitamanchas que echaran lo único que iba a hacer era empeorar la situación. Como dice Alex: “La mancha de mora con otra de mora se quita”. Cogí la camisa, la metí disimuladamente en el cubo y corrí a socorrer a Antoñito.

-¡Ya estoy aquí!

Antoñito volvió a abrir una pequeña rendija.

-¡Lo que has tardado!

-No encontraba papel. – Cada vez olía peor. Tenía que haber cogido también la pinza de la camisa para taparme la nariz. Empujé un poco la puerta para pasarle el cubo –. Llénalo de agua en la ducha y échalo en el váter.

-¿Y esto? - me preguntó sacando la camisa de Francesco del cubo.

-Eso, es para que te limpies el culo.

-¿Con esto?

-Sí, no hay papel por la casa.

-No me puedo limpiar el culo con la camisa de Francesco.

-Tú verás, chaval. O eso, o sales con el culo sucio.

Antoñito, finalmente, accedió y se encerró en el baño. Yo me quedé esperando detrás de la puerta. Desde fuera se podía oír cómo el chaval luchaba por volcar todo el cubo de agua en el váter. Seguramente hoy, sería el día que más ejercicio había hecho en toda su vida.

-¿Todo bien chaval? - pregunté al cabo de un rato.

-¡Sí! – contestó con alegría.

-¿Se ha ido todo? – mi trabajo como “Señor Lobo” consistía en cerciorarme de que no quedara rastro.

-Sí, ¡la seda es suavísima!

-Te preguntaba por el váter, pero me alegro que no te haya irritado el culo la cara seda italiana.

-No, no, ¡es suavísima! - volvió a repetir. Está claro que los niños de seis años no cogen la ironía.

-Muy bien, te espero en el salón.

-Gracias, Óscar. Su voz parecía sincera de verdad. Había ganado un amigo de por vida.

La hora de las noticias.

Como la situación estaba resuelta, volví al salón a reunirme con el resto. Al verme aparecer, Alex me llamó con la mano para que acelerara el ritmo.

-¡Corre, Óscar! ¡Ven!

-¡Voy, voy! - volví a meterme en mi sitio contra la pared. Alex extendió una especie de tela con bordados –. Mira lo que nos ha traído Francesco de regalo.

-Muy bonito. ¿Qué es?

-¿Cómo que, qué es? Una tela, ¿no lo ves? - dijo acercándomela a las narices.

-Es una tela de la mía familia. Del mío negocio. Una tela bellísima y mucho valiosa – me aclaró Francesco.

Asentí con la cabeza, aunque seguía sin saber qué coño era eso. Obviamente ya me había dado cuenta que era una tela pero, ¿para qué? No sabía si era un pareo de mujer, una sábana, una cortina o un mantel. No creo que fuera un mantel, a quién se le ocurriría traer un mantel de regalo.

-Es preciosa – dijo Aurora. Aunque, por sus gestos de ponerla primero sobre la ventana y luego enroscársela al cuello, estaba claro que ella tampoco tenía ni idea de lo que era.

-¡Pero no sabéis lo mejor! - exclamó Sandra, levantándose de la mesa -.

La familia de Francesco va a abrir una oficina en Madrid. Francesco se va a encargar de dirigir el negocio familiar desde España. Así que nos volvemos en unos meses.

-¡Qué buena noticia! - dijo Antonio, levantando un vaso de chupito de limoncello -. ¡Brindemos!

-¡Qué alegría, Sandra! - dijo Alex levantando su vaso.

Debían haber abierto la botella mientras ayudaba a Antoñito. Así que tuve que brindar con un vaso de agua. Seguro que encima, la tela de las narices me iba a traer mala suerte.

-¡Por la nueva oficina! - Brindamos todos.

-¡Oye, oye! ¿Vais a contratar gente para la nueva oficina? – preguntó

Alex. No me gustaba por dónde iban los tiros. Alex había bebido más de la cuenta y me temía lo peor -. Óscar se acaba de quedar sin empleo, ¿a lo mejor podía trabajar para ti?

-Alex, vamos, déjalo – efectivamente... lo que me temía.

-Este chico es una joya - le susurró Antonio a Aurora, pero con el suficiente volumen para que todos lo oyéramos.

-¿Por qué, Óscar? Es una gran idea. La familia trabajando junta.

-Sí, qué buena idea - dijo ahora, Sandra –. Seguro que Francesco le puede hacer un hueco en su empresa. ¿A qué sí, amore mío?

-Sí, bueno... - balbuceó Francesco, que por primera vez en la velada se veía entre la espada y la pared. Al italiano le hacía tanta gracia como a mí, que trabajáramos juntos.

-No hace falta. No hace falta, además, ya tengo varias ofertas – dije intentando cerrar el tema.

-¿Pero, qué ofertas? Esto es una buena oportunidad – insistió Alex, que no pensaba dejar el tema hasta que el trato se sellara -. Además, Óscar habla italiano, os viene perfecto para la oficina - tenía que reconocer que nunca nadie me había vendido tan bien como lo hacía Alex. Ahora entendía por qué había llegado a ser directora regional del banco.

-¿Pero, sabes algo de telas? - preguntó Francesco, que no pensaba ponérmelo tan fácil.

-Claro Alex, ¿no ves que tendrá que contratar personal cualificado?

Gente entendida en telas - dijo Antonio echándole un cable a su yerno favorito.

“¿Que qué es lo que sé de telas? Pues mira: sé que tu camisa de seda es la mar de suave y que Antoñito se ha limpiado el culo con ella. Eso es lo que sé.” Me hubiera gustado contestar esto... pero en su lugar:

-No, no tengo ni idea de telas, Francesco.

-¿Ves, ves? ¿Cómo va a trabajar en una empresa de telas si no tiene ni idea? - se regocijó Antonio.

-Pero Óscar aprende cualquier cosa súper rápido. Esta misma semana se pone al día del mundo de las telas. ¿A qué sí? - Alex me miró a los ojos buscando mi colaboración, como en una partida de cartas. Empezaba a tener dudas sobre si Alex quería realmente ayudarme, o ganarle el debate a su padre. A Alex no le gustaba perder nunca.

-Tu padre tiene razón, Alex. No tengo ni idea de telas - estaba en paro, pero no tenía ni la más mínima intención de sentarme a estudiar el fascinante mundo de las telas y los estampados.

-Está bien, como quieras. Yo solo pensaba que era una buena oportunidad para ti - Alex había perdido esta batalla, pero no la guerra. Tenía claro, que tarde o temprano volvería a la carga con el tema.

Tras la conversación sobre mi futuro laboral, se hizo un incómodo silencio. Nadie decía nada. Sandra cuchicheaba cosas al oído de Francesco. Me pregunté, si le estaría sugiriendo algo indecente, pues Francesco no paraba de sonreír. De pronto, la pareja se puso en pie. Francesco cogió la cuchara del café y dio unos toquitos al vaso para llamar la atención de todos.

-Bono, Sandra y yo, tenemos un cosa molto importante que deciros.

Todos le miramos expectantes. Hasta Antonio estaba tenso. Como hubiera dejado preñada a su hija pequeña sin casarse, ni su encanto italiano le iba a sacar de esa. Egoístamente, eso sería bueno para mí, volvería a ser el yerno favorito, aunque fuera por descarte.

-Bueno, pues eso, que tenemos algo que anunciaros- reiteró Sandra, aumentando, aún más, la expectación de la audiencia.

Justo cuando se disponían a sacarnos de la incertidumbre, como pasa en la tele con los anuncios, apareció Antoñito retrasando el clímax del discurso.

-Pero, ¿dónde te habías metido, chaval? Corre ven siéntate aquí a mi lado - dijo Antonio haciéndole un hueco.

-No, me siento aquí con Óscar. - Había hecho un amigo fiel. Espero que si alguna vez Antoñito llegaba a ser rico, se acordara del día en que alguien le salvó de quedarse traumatizado de por vida.

-No sé qué mosca le ha picado – dijo Antonio, mirando al niño que estaba sentado a mi lado, cabizbajo.

-Venga Sandra, ¿qué ibas a decir? Que nos tienes en ascuas – les apresuró, Aurora.

La pareja se miró y haciendo una cuenta atrás sincronizada, soltaron la bomba.

-¡Nos casamos!

Tras unos segundos para digerir la noticia, la familia García explotó de felicidad y corrió a abrazar a los futuros esposos. Antonio, que parecía celebrar más que su hija no estuviera embarazada que la propia boda, sacó una botella de champagne Moët & Chandon que guardaba bajo llave en el mueble del salón. Al abrir el mueble vi un paquete gigante de papel higiénico. Antoñito, que también lo vio, me miró con cara de “no entender por qué guardan el papel bajo llave”. No podía darle una explicación porque yo tampoco lo entendía. Además, el daño ya estaba hecho. -Demasiado tarde -. Y le di unas palmaditas en la espalda para consolarle.

Alex cogió las copas de champagne y las repartió por la mesa. Después, Antonio sirvió el caro champagne y brindamos por la feliz pareja. La velada había tenido un final feliz. Nadie se acordaría de los incidentes del día. O, al menos, eso pensaba yo hasta que llegamos al coche.

9. Alex y su ametralladora de cariño

-Pero, ¿cuál es tu problema? - Alex estaba la mar de tensa.

-¿A qué te refieres? - no es que me estuviera haciendo el loco, es que no sé si se refería al hecho de haberle tirado la copa de vino a Francesco o haberle dado su camisa a Antoñito para que se limpiara el culo con ella. Tenía que ser lo primero, tardarían un rato en descubrir lo de la camisa. Antoñito me había dicho que la había escondido bien, al fondo del armario del cuarto de baño. Empecé a reírme solo. Me estaba imaginando la cara que pondría Francesco cuando viera su camisa Dolce Gabbana. Se lo tenía que contar a David y a Dino, se iban a morir de la risa... Camisa Dolce Marrana... y me volví a reír con mi ocurrencia.

-¿Te parece gracioso tu comportamiento? - se estaba enojando de verdad.

-No me río de eso - mejor ponerse serio...

-Pues, ¿de qué te ríes?

-De nada, una tontería que me acordado - me encantaría contárselo, pero igual a ella no le hacía mucha gracia.

Entonces Alex sacó la ametralladora y empezó a disparar:

-Le tiras la copa a Francesco.

-Ha sido un accidente - comencé a esquivar las balas.

-Aplastas a un niño de seis años.

-Pero... con el peso de uno de doce - intenté buscar un chaleco antibalas, pero solo encontré el reflectante en la guantera.

-Rechazas una oferta buenisima de trabajo. Te pones contra la pared como si estuvieras castigado - en este punto dejé de defenderme y comencé a encajar los disparos.

-Si lo que pretendías era dejarme en ridículo delante de mi familia, lo has conseguido - hay momentos de pareja en los que es mejor callarse, y este era uno de ellos. Alex nunca se había enfadado tanto conmigo. Era cierto que la había liado un poco, y quizá mi comportamiento no había sido el mejor, pero me parecía excesivo -. En cuanto lleguemos a casa...

Oh, oh. ¿Cómo terminaría la frase, Alex? Pensé en varias posibilidades:

... llamas a Francesco para aceptar el trabajo

...llamas a mis padres para disculparte.

Y luego venían las peores como:

... coges la maleta y te vas de casa. Quizá viendo a Francesco, Alex se había dado cuenta de que yo era un perdedor. Quizá había escuchado a su padre y quería buscarse un marido de provecho. Pero de ninguna de las maneras me esperaba lo que Alex estaba a punto de decir:

-En cuanto llegues a casa te desnudas, y me haces un hijo.

-¿Qué? - ¿había oído bien?

-Pues eso, que te desnudas, te metes en la cama, y me haces un hijo, sin rechistar.

Supuse que ya no estaba enfadada, así que intenté besarla en la mejilla, pero se apartó.

-¿Qué pasa? ¿No has dicho que te haga un hijo? Pensé que ya no estarías enfadada.

-Estoy igual de enfadada. Pero de ninguna manera voy a permitir que mi hermana pequeña tenga un hijo antes que yo. Así que en cuanto lleguemos a casa no ponemos a ello. Y así, todos los días hasta que me quede embarazada.

Me quedé en silencio reflexionando, intentado digerir sus palabras, su... ¿amenaza? Hacer el amor todos los días... ¿Era un premio, o un castigo? Porque por su tono de

voz parecía más de un castigo. Claro que desde otro punto de vista... era un premio. No habíamos hecho el amor a diario desde que empezamos a salir juntos. La ventaja de estar en paro era que siempre estaría descansado y lleno de energía. Así, que por mí no quedaría. Pero, a continuación, empecé a analizar la parte profunda del mensaje. Quería que tuviéramos un hijo. Quería que me convirtiera en padre. Sabía, que este día llegaría, pero, no estaba preparado, no estaba preparado para tener un hijo. La petición no podía llegar en peor momento: estaba sin empleo, y perdido en la vida. Quizá podía convencer a Alex para retrasarlo unos meses. Por lo menos, hasta que encontrara un empleo decente.

-Tenemos tres meses de margen pare que me quede embarazada. Me acabo de bajar una aplicación del iPhone que te dice los días con más posibilidades para fecundar. ¡Hoy hay máximas posibilidades!

Parecía que no. Que no iba a haber manera de conseguir una prórroga.

-¡Genial! - contesté en voz baja. Tenía un nudo en la garganta que no dejaba salir la voz. Esto es lo que debes sentir al ser padre... una soga al cuello.

-¿Qué?, ¿no te oído?

-No, que digo que genial lo de la aplicación. - ¿Qué podía haber mejor que el iPhone diciéndote el día que tienes que follar con tu mujer? Un sueño romántico, hecho realidad.

Por fin llegamos a casa. Tenía hasta miedo de entrar en mi propio hogar. Más que hacer el amor a mi guapa mujer parecía que me llevaban a una sala de tortura medieval. Alex estaba decidida en su propósito, y cuando tiene algo en mente nada se le pone por delante. Entramos en la habitación y me empujó contra la cama. Si no hubiera sido por las circunstancias, hasta sería una escena sexual de alto voltaje. Intenté resistirme, tímidamente. Pensé en las mujeres más feas que conozco. En Ramona, mi vecina del tercero que tiene chepa y bigote. En mi exjefa Victoria y su camisa de leñador del norte... Pero la técnica no funcionaba, o mejor dicho la cosa funcionaba sin problemas. Unos minutos más tarde, la suerte estaba echada. Esto era como jugar al Euromillón, pero con muchas más posibilidades. Me quedé tumbado en silencio junto a Alex. Por lo menos, ahora, sonreía.

-¿Estás bien? No dices nada. -¿Por qué las mujeres insisten en que hablemos después de hacer el amor? ¿Qué quieren que digamos? ¿Que comentemos las mujeres jugadas... como después de ver un partido?

-Sí, estoy bien. - Tenía que medir bien mis palabras. No podía decir que todo este tema de ser padre me tenía acojonado.

-Mira – dijo, mostrándome el iPhone -. Ya está marcado. Cada vez que lo hacemos se añade un corazón en el día del coito.

-¡Qué romántico!

-Sí – Alex, como Antoñito, tampoco pillaba mi ironía.

-Nos toca otra vez el lunes.

-Aquí estaré.

Solo hombres, por favor

Por fin estaba con mis amigos. ¡Cómo les había echado de menos! Habíamos quedado para jugar un rato al fútbol los tres. Hacer un poco de ejercicio y charlar un rato. Habíamos hecho una especie de triángulo y nos pasábamos el balón mientras hablábamos.

-El otro día vi a Laura. Me preguntó por ti - dijo David mientras me pasaba el balón a media altura. ¡Laura! Hacía días que ya no pensaba en ella. Al oír su nombre me vino a la mente la sensación de libertad, de juventud, de hacer lo que quisieras.

-¿Dónde la viste?

-En su casa. Fui a recoger a Patricia para ir al cine, y estaba allí.

-¿Al cine? ¡Se nos ha vuelto un romántico! ¿Es tu novia?- dijo Dino burlándose de David, mientras le pasaba el balón.

-¿Romántico? Si te digo lo que hicimos luego... - le contestó David, devolviéndole el balón con mucha más fuerza -. Pues eso, que Laura me preguntó por ti. Me dijo que habías quedado en llamarla, pero que nunca lo había hecho.

-Podíamos volver a quedar todos, un día. La última vez lo pasamos genial - sugirió Dino.

-Dino, por ti no me ha preguntado nadie.

-No quiero saber nada de ninguna mujer, tío. Bastante jaleo tengo ya en casa - no sabía si contarles que Alex quería que tuviéramos un hijo. Por un lado necesitaba hablar de esto con mis amigos, pero por otro, me parecía un tema personal de Alex y mío. Además, sabía que David no era muy fan de los niños.

-¿Qué te pasa, Óscar? ¿La búsqueda de curro? – preguntó David.

-No te agobies, Óscar. Ya sabes que el mercado laboral está muy mal. Seguro que encuentras algo pronto – dijo Dino, intentado consolarme.

-Claro que sí, tío. Y nosotros estamos aquí para lo que haga falta – dijo David.

La exaltación de amistad me abrió el corazón. Realmente necesitaba hablar del tema con alguien, y este era el momento perfecto.

-Alex quiere que tengamos un hijo, ya.

Las respuestas de mis amigos difirieron un poco:

La de Dino: -¡Qué bien, Óscar! ¡Cuánto me alegro!

La de David: -¡No jodas, Óscar! ¡Cuánto lo siento!

La diferencia de criterios me ayudaría a valorar los pros y las contras de ser padre. Les conté lo de la comida en casa de mis suegros, el incidente con la camisa de Francesco, con esto se murieron de risa. Les conté el anuncio de la boda de la hermana de Alex. Les conté cómo Alex se había vuelto loca por ganar la competición de tener un hijo antes que su hermana. Les conté cómo realmente me sentía... ¿Cómo iba a ser padre? No tenía nada que ofrecerle a mi hijo. No tenía empleo, no sabía hacer nada en especial, no tenía ningún talento... Era un desastre. Yo quiero mucho a mi padre, adoro la relación que tengo con él, y sentía fascinación por la relación padre-hijo, de hecho estaba escribiendo un libro sobre ello. Pero, sinceramente creía que nuestra rama de los García debía de acabar conmigo. No debía perpetuar la especie. Mi abuelo era increíble, mi padre es increíble, y yo... era una mierda. Corría el riesgo de que la evolución siguiera en caída libre. Aunque, según nos habían explicado en el colegio, los hijos toman la mayoría de los genes de los abuelos. Si era afortunado, los genes de mi hijo me saltarían por encima sin rozarme.

-Tener un hijo es lo más maravilloso que hay en el mundo, Óscar. Yo no veo el momento de tener mi propia familia – dijo Dino, intentando animarme.

-Yo soy tu mejor amigo, Óscar, y tengo que ser sincero contigo. Solo hay una cosa mejor que ser padre... no serlo. – David también me mostraba su apoyo, a su manera.

Entonces mis dos queridos amigos se enzarzaron en una discusión sobre la paternidad.

-¡Pero, qué dices! ¡Ser padre es lo más bonito del mundo! – Dino.

-Después de no serlo, claro – David.

-Cuando eres padre comienza la vida. – Dino.

-Cuando eres padre comenzará la vida de tu hijo. Porque tú, ¡mueres! – David.

-De todas maneras, no hay nada que pueda hacer – dije interrumpiendo

la discusión –. Alex, ya ha tomado su decisión...

David se quedó pensando. Parecía que intentaba recordar algo.

-¡Ya! ¡Ya lo tengo! Tienes que ponerte calor todos los días en las pelotas.

-Pero, ¿qué dices? ¿Cómo qué calor en las pelotas?

-¡Que sí, calor en las pelotas! Un amigo mío lo leyó en una revista y estuvo así dos años.

-¿Con calor en los huevos?

-Sí, el calor mata a los espermatozoides.

-Y su mujer... ¿no se quedó embarazada?

-No, lo hacían todos los días, pero no se quedaba... Hasta que su mujer le pilló.

-¿Y qué pasó?

-Se divorció de él.

-No jodas, ¡pues vaya remedio que me das! No puedo hacer eso, Alex me mataría si se entera.

-Bueno, quizá no dos años, pero puedes ganar algo de tiempo. Unos meses.

-David tenía razón, quizá podía comprar algo de tiempo. Por lo menos hasta que me asentara otra vez.

-No le hagas ni caso, Óscar - dijo Dino. Entonces, David le pegó un fuerte pelotazo a Dino en la cabeza. Éste, enojado, cogió el balón y con todas sus fuerzas lo lanzó intentando alcanzar a David. Pero Dino, que era el peor futbolista de la historia, lanzó el balón desviado hacia la derecha, y éste impactó de lleno... en mis pelotas. Caí desplomado al suelo. Me moría de dolor.

-¿Estás bien? ¿Estás bien? – Dino corrió a socorrerme.

-Me duele mucho. – Había sido un duro golpe y me retorció en el suelo como un gusano.

-¡Salta de cuclillas! Pero, ¿qué has hecho, Dino? Lo has dejado estéril.

-¡Cállate, es culpa tuya! Tú querías dejarle estéril con el calor en los huevos. – Se defendió Dino.

-Al menos mi solución del calor era reversible.

-Esto es una señal divina... El karma no quiere que sea padre.

-Esta delirando, ¿le llevamos al médico?

-Estoy bien, Dino. Estoy bien.

David me tendió una mano y me ayudó a incorporarme.

-Creo, que más que calor, voy a tener que ponerme hielo. – Mis amigos me abrazaron. No sé si por el golpe que acababa de recibir, o por la pesadumbre interior que tenía.

-Solo una cosa, mejor no tengas un hijo hoy. Con ese golpe igual te sale tonto – dijo David, con sincera preocupación.

-Sí, mejor, espera unos días, Óscar. No creo que haya evidencias científicas, pero por si acaso. - Dino tampoco se fiaba del fuerte golpe.

Terapia de frío y calor

Alex no estaba cuando llegué a casa. Seguía haciendo incontables horas extras en el banco. Me duché y comprobé que mi pequeño amigo estuviera bien. Tenía un buen hematoma y me dolía bastante, pero sobreviviría. Abrí en el iPhone, la aplicación “del amor”, que Alex me había descargado en mi móvil, también. Se había empeñado en que yo participara absolutamente de todo el proceso. Miré los días de corazones y los días en blanco. Gracias a Dios, hoy era un día en blanco, no nos tocaba hacerlo esta noche. Tenía veinticuatro horas para recuperarme. Me senté en el sofá a esperar a Alex, y pedí unas pizzas, no me apetecía nada cocinar. Cogí una bolsa de guisantes

congelados, y me la puse en mis partes. Si el calor mataba a los espermatozoides, ¿qué haría el hielo? ¿Crearía súper espermatozoides, híper competentes y eficaces? Mañana mismo empezaría con la terapia destructiva del calor, pero hoy tenía que bajar la inflamación.

Las pizzas llegaron antes que Alex. Le puse varios mensajes, pero tenía el móvil sin cobertura. Al cabo de un rato, Alex contestó:

“Sigo aquí en la oficina. Salgo en diez minutos”.

Me moría de hambre, además las pizzas se iban a enfriar. Mi estómago no tenía por qué sufrir las consecuencias de la sobre explotación laboral. Abrí la caja y me comí dos porciones. El resto lo guardé para cuando Alex llegara.

Como de costumbre, en el último mes, Alex llegó de mal humor y echando pestes del trabajo. Me empezaba a preguntar si el ascenso había merecido la pena. Quizá ganaba más dinero, pero se había convertido en una persona amargada, siempre estaba cansada y quejándose de todo.

-¿Qué te ha pasado? - dijo señalando la bolsa de guisantes que tenía sobre los calzoncillos.

-Nada, que Dino me ha dado un pelotazo en los huevos – contesté riéndome. En ese momento me pareció dolorosamente gracioso.

-Pues menuda gracia, ¿no? – pero Alex no compartía el humor por la situación.

-Bueno, no pasa nada. Ha sido sin querer.

-Solo falta que te haya afectado la fertilidad. ¡Es que os creéis que tenéis veinte años! - aquí venía otra vez el discurso de los veinte versus los treinta. - Que digo yo que ya no tenéis edad para estar dando pelotazos.

-Pues anda que no hay futbolistas que se retiran a los cuarenta – dije defendiendo mi postura, con un huevo hinchado.

-Esos son profesionales. Vosotros es que estáis tontos sin más.

-Pues yo voy a seguir jugando.

-Pues si vas a seguir jugando te compras un protector de huevos. No me voy a arriesgar a que me dejes sin hijos por tus tonterías.

-¿Cómo voy a llevar una huevera? Nadie lleva huevera...

-Los boxeadores llevan, ¿no?

-Sí, pero yo solo juego al fútbol con mis amigos, no nos damos golpes.

-No hay nada que discutir, Óscar. Si quieres seguir jugando, mañana te la compras y punto.

No tenía ganas de seguir con el debate: “huevera sí, huevera no”... para un rato que nos veíamos, mejor pasarlo tranquilo.

-Está bien, mañana me la compro - y mañana empiezo con la terapia balneario volcánico en las pelotas, también. Claro, que eso no se lo dije.

Al terminar de cenar, nos dimos un beso de buenas noches. A pesar de la pequeña discusión sobre la protección de mis partes más preciadas, no nos habíamos enfadado tanto como en otras ocasiones. Alex estaba realmente cansada. Con las palizas a trabajar que se pegaba no era de extrañar que después de cenar se le cerraran los ojos. Tenía un aspecto horrible, unas ojeras hasta los pies y la cara demacrada. Me preocupaba un poco su salud, esperaba que estos horarios salvajes fueran solo algo temporal. La acompañé hasta la cama y me quedé un rato con ella. Los dos nos acurrucamos como si fuéramos uno, hasta que Alex se quedó dormida. Después, sigilosamente, me levanté y volví al salón. Me senté en el sofá, puse la tele de fondo y encendí el portátil. Ver a Alex en ese estado... me rompía el corazón. Tenía que encontrar un trabajo pronto. Sé que eso no cambiaría su situación en el banco, pero al menos tenía que sentir que la estaba ayudando. Mañana tenía mi primera entrevista.

Era como comercial de banca. La oferta era espantosa, y nada me apetecía menos que trabajar vendiendo hipotecas y créditos, pero de momento era de lo único que me habían llamado. Me puse a investigar un poco sobre el banco con el que tenía la entrevista y me preparé para las típicas preguntas que siempre te hacían: ¿Por qué quiere trabajar usted aquí? ¿Cuáles son sus puntos fuertes y débiles? Y todo ese tipo de preguntas absurdas que un día alguien con mucho tiempo libre, probablemente sin empleo, se inventó. Enseguida me aburrí. Es difícil preparar una entrevista para hacer algo que no te importa una mierda.

Abrí el documento con mi libro. Hacía muchos días que no escribía. Con todo el tema de los testículos y espermatozoides, recordé una historia que me había pasado de niño. Empecé a escribir sin parar. Esta no era la primera vez que me daba un fuerte golpe en los huevos. Cuando tenía seis años, precisamente la edad de Antofito, casi pierdo mis dos testículos....

A mi padre le habían ofrecido dar unos cursos de verano en la universidad de Murcia, y papá aceptó. Era una buena oportunidad para ganar un dinero extra, pues acababan de comprar la nueva casa. Y además, podríamos pasar todo el verano cerca de la playa. Papá acababa pronto las clases. Recuerdo que a veces comíamos en un chiringuito junto al mar menor. Otras veces comíamos en casa y después nos echábamos la siesta los tres juntos. Era muy pequeño, pero lo recuerdo como un verano feliz. Por las mañanas veía los dibujos animados. Siempre me han encantado los superhéroes. Bueno, me siguen encantando. Encuentro fascinante el hecho de tener poderes sobrehumanos, y poder emplearlos en ayudar a la gente. Llevar una vida secreta, llena de emociones. ¿A quién no le gustaría ser un superhéroe? Mi favorito es Spiderman. Un chico del montón, frágil y enclenque como yo. Una persona ordinaria, que un día le pica una araña y desarrolla sus súper poderes; sus sentidos arácnidos. “Un gran poder, conlleva una gran responsabilidad”. Ese era yo. De niño me pasaba el día con el disfraz de Spiderman puesto. Un día viendo los dibujos de Spiderman, entré en un estado de súper motivación. Realmente pensaba que me había picado una araña murciana y podía hacer todo lo que mi ídolo hacía. ¿Poder es querer? ¿Quién coño se inventó eso? ¡Mentira!... Me asomé por la ventana y convencido de que una telaraña saldría de mi mano salté desde el segundo piso. Pero, la ley de la gravedad es, incluso, más fuerte que la ilusión de un niño de seis años. Caí de cuclillas en el suelo. La tela de araña no había salido, pero por lo menos había aterrizado dignamente. Me quedé quieto, milagrosamente no me había roto nada. Pero de pronto, un terrorífico dolor en mis pequeñas pelotas se apoderó de mí. Caí desplomado y lo siguiente que recuerdo es estar en el hospital. Mi madre lloraba desconsoladamente... todo el impacto había ido a los testículos, había que operar. Su único hijo se iba a quedar estéril, adiós a la ilusión de ser abuela algún día. Mamá firmó todos los papeles para que me llevaran a quirófano. No puedo culpar a mi madre por ello, la comprendo, se trataba de una elección entre la vida y mis huevos. Gracias a dios en ese momento apareció un superhéroe de verdad: ¡Papá! Tras hablar con todos los médicos paró la operación. Papá llamó a todos sus contactos de la facultad de medicina y localizó al mejor especialista que había en España y me llevó volando como un auténtico superhéroe. Gracias a él, conservo la posibilidad de perpetuar mi apellido. Al acabar el relato, se me ocurrió un título para el libro: “Mi padre, mi súper héroe”.

Primera entrevista

Llegó el día de mi primera entrevista. Las oficinas del banco estaban cerca de la casa de mis padres, así que cuando acabara con la entrevista me acercaría a casa a comer con ellos.

Me había puesto el único traje y la única corbata que tenía. El uniforme de las bodas,

así lo llamaba yo. Me miré en el espejo de la cocina, e hice una última revisión a mi look antes de salir de casa. Parecía otra persona vestida de traje, más mayor, más serio, más profesional. No es que me sintiera a gusto vistiendo así, pero tengo que reconocer que daba el pego. Aunque, como dice Dino: "Aunque la mona se vista de seda, mona se queda". Mochito estaba seco, sin una gota de gasolina, así que decidí coger el autobús para ahorrar algo de dinero. Además, la entrevista no era hasta las doce, tenía tiempo de sobra.

Llegué a las oficinas del banco con bastante antelación, así que tuve que hacer tiempo hasta que me llamaron. Dentro, todos eran corbatines con cara de amargados, y yo me había mimetizado a la perfección con el ambiente.

El entrevistador tenía mi misma edad, más o menos. Aunque él estaba calvo y con más tripa. Después de todo, me conservaba mejor de lo que había pensado.

Empezó el interrogatorio con las típicas preguntas absurdas, a las que yo contestaba dando un giro de ciento ochenta grados a lo que realmente pensaba. Me pareció una situación cómica perfecta para una película.

-¿Por qué quiere ser comercial del banco?

Respuesta: - Siempre me ha apasionado el mundo de los bancos. Mi familia pertenece al mundo de la banca.

Pensamiento: Lo pregunta en serio. ¿Quién coño quiere ser comercial de banca? Pues porque habéis sido los únicos que me habéis llamado...

Lo mejor, vino cuando me ofreció las condiciones laborales.

-Aquí, en este banco trabajamos a comisión. Así que por cada diez clientes que consigas para nosotros, usted recibe una comisión. Su salario base es ¡cero! ¿Le parece bien?

Respuesta: - Sí, claro. Me parece bien. Me gusta el sistema de las comisiones.

Pensamiento: ¿Que si me parece bien trabajar gratis? Un sueño hecho realidad.

-¿Tiene alguna pregunta más?

Respuesta: -No, todo muy claro, gracias.

Pensamiento: Sí, ¿nunca te han pegado una hostia durante la entrevista?

Después del típico: si es usted seleccionado le llamaremos para una siguiente ronda de entrevistas, que yo, con mi cara de cretino amargado dirigiré personalmente, nos despedimos sabiendo que nunca más nos volveríamos a ver... por suerte.

La primera entrevista había sido un desastre, y mucho me temía que por lo que había visto en las ofertas de trabajo, todas iban a ser parecidas. ¿Qué iba a hacer con mi vida? Tenía que pensar en alguna idea que me sacara de esta situación. Tenía que pensar más rápido. Si tenía algo de inteligencia, era el momento de demostrarlo.

A solas con papá

Papá me vino a recoger a la puerta del banco. Me hizo tanta ilusión verle que casi me pongo a llorar. Era como cuando me venía a recoger al colegio. Él siempre estaba muy ocupado, con las clases, los congresos y sus libros. Mamá era la que siempre me venía a recoger, así que cuando papá me venía a buscar por sorpresa era una alegría indescriptible.

Mamá tenía cita en la peluquería. Nos fuimos a comer los dos solos.

-¿Te apetece sushi? - propuso papá.

-Sí, claro. Un montón.

Hacía unos días que les había dicho a mis padres que me habían despedido. Mamá se había disgustado mucho. Ella se preocupaba por todo. Papá había intentado animarme. "No te preocupes, seguro que encuentras algo mejor enseguida. Tú valías mucho para ese trabajo. Te habías acomodado y te habías estancado. Seguro que esta es buena oportunidad para encontrar algo mejor, que te llene más". Esas habían sido

sus palabras. Ojalá fuera verdad. Decepcionar a papá era algo que me dolía profundamente.

Llegamos al restaurante. Papa miró la carta de vinos, y pidió una botella de blanco. Él también estaba contento de pasar un rato conmigo a solas.

-Pide lo que tú quieras – dijo cerrando la carta. Cuando veníamos al japonés, siempre me dejaba elegir a mí. Cuando iba con Alex, yo siempre le dejaba a ella. Imagino que es un gesto involuntario hacia los que más queremos. La camarera se acercó a pedir la orden. Mezclé un poco de lo que más quería, con un poco de lo más económico. Papá estaba jubilado y ya no tenía tanto dinero como antes. Y yo, pues... no tenía un duro. Fantaseé unos segundos con tener un buen sueldo algún día, y poder invitar a papá a todo lo que quisiera. Pero, hoy no iba a ser el día.

Enseguida nos trajeron las primeras piezas. Empezamos comiendo los maki rolls, las más pequeñas, e íbamos dejando las que más nos gustaban para el final. La favorita de papá es el niguri de anguila, y la mía el de salmón.

-¿Qué tal la entrevista?

-Fatal – contesté con sinceridad.

-¿Un banco? ¿Para qué era exactamente?

-Para comercial.

-Pero eso a ti no te gusta nada, ¿no?

-No, pero es de lo único que me han llamado de momento, papá.

-Bueno, hijo. No desesperes, son tiempos difíciles. Yo también estuve en paro antes de conseguir la plaza definitiva en la universidad. Incluso tuve que trabajar de comercial para una editorial, durante una temporada. ¡Dios, cómo odiaba ese trabajo! Pero tenía que sacar adelante la familia. Tú, eras tan pequeño - papá suspiró -. Tómalo con calma, como un tiempo de reflexión. Un tiempo para pensar en lo que quieres hacer con tu vida.

Recordaba perfectamente la época en la que papá había estado en paro. Yo era muy pequeño, pero los niños se dan cuenta de esas cosas, aunque los adultos piensen que no. Escribiría un capítulo sobre esto en el libro. Recuerdo ver a mis padres preocupados, hablando todo el día de dinero. Recuerdo verles discutir más de lo normal. Recuerdo que papá no tenía ganas de jugar al fútbol conmigo. Yo sabía perfectamente que papá estaba triste, quizá no entendía completamente el concepto del “paro”, pero sabía que el problema estaba relacionado con el dinero: Papá y mamá necesitaban dinero. Recuerdo querer ayudarles y sentarme en mi cuarto a escribir cuentos, pensando que los podíamos vender y reunir el dinero que necesitábamos. ¡Qué inocente era! Aunque era un niño, me sentí un poco tonto por haber pensado que mis estúpidos cuentos podían ayudar. Nunca le he contado a nadie esto, nunca le enseñé los cuentos a papá.

Me hubiera gustado contarle que, ahora, estaba escribiendo un libro, pero no me atreví. ¿Y si nunca llegaba a terminarlo? ¿Y si me pedía que se lo dejara leer y le decepcionaba? Quizá otra vez me estaba comportando como un niño inocente, pensando que alguien iba a comprar mi libro.

-¿Necesitas dinero, hijo? Puedo prestarte algo hasta que encuentres trabajo. Ya sabes que ahora con la pensión ya no gano mucho, pero mamá y yo tenemos algunos ahorros. Si quieres hacer un master, estudiar algo o montar un negocio, puedo darte algún dinero.

-No, papá. Gracias, de verdad, que no necesito dinero. De momento voy tirando. Y además, Alex tiene un buen sueldo.

-Sí, ¡qué tía! Directora regional. Tenías que haber estudiado económicas como ella. Mira qué buen trabajo tiene. -No, por favor, ciencias y letras otra vez... - Bueno, si necesitas dinero, me lo pides. Prefiero dártelo ahora, que cuando me muera.

-No digas eso, papá.

-¿Qué? Ya soy mayor. Ya estoy en la última etapa de mi vida.

¿Cuántos años más voy a vivir?

-No eres tan mayor - tenía un nudo en la garganta. Las palabras de papá estaban a punto de hacerme llorar. ¿Por qué había tenido que sacar el tema de la muerte? Si quería podíamos hablar del tema de las ciencias y las letras todo lo que quisiera.

-No, Óscar, hijo. La vida es así. Tienes que acostumbrarte a vivir sin mí.

Se hizo un silencio. Después, papá, cambió de tema, posiblemente se había dado cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

-Bueno, ¿me vais a dar un nieto pronto o no?

¿Qué le pasaba a todo el mundo? ¿Se habían puesto todos de acuerdo para que me convirtiera en padre? ¿Había venido un viento paternal de París?

-No sé, papá. No sé.

-Bueno, yo no os digo nada. Son cosas vuestras. Lo cierto es que me haría mucha ilusión ser abuelo. Conocer a mi nieto antes de que me muera. - Otra vez volvía a sacar el tema de la muerte, y otra vez volvían las lágrimas a brotar de mis ojos. No pude contenerme, roto por la emoción, le conté que estaba escribiendo un libro sobre la relación padre-hijo. Le dije que había historias personales de nosotros e historias con el abuelo. Vi cómo papá, también, se emocionaba. Él también adoraba a su padre. Ojalá estuviéramos los tres juntos en este momento. Ojalá hubiéramos tenido más tiempo los tres juntos...

Papá y yo nos despedimos, me dijo lo mucho que se alegraba de que estuviera escribiendo un libro. Me pidió que se lo dejara leer cuando acabara el primer borrador para ayudarme con las correcciones. Le dije que aún me quedaba mucho, que ni siquiera sabía si sería capaz de acabarlo. No quería ponerme presión extra, y de paso rebajaría sus expectativas sobre el libro.

Aunque papá insistió en llevarme hasta casa, al final le convencí para que me dejara en la parada del autobús. La vida era la hostia, no hace muchos años, él se preocupaba por mí cuando conducía, porque no tenía mucha experiencia. Y ahora era yo el que me preocupaba por él, porque ya no le veía con los mismos reflejos. Toda esta conversación sobre la muerte me había dejado muy sensible. Pensar en perder a mi padre era la cosa que más me aterrorizaba del mundo; me dejaba sin respiración.

10pm

Esa tarde, Alex llegó pronto a casa y en cuanto acabamos de cenar hicimos el amor varias veces. Era la primera que vez que le deseaba suerte a mis espermatozoides en su expedición hacía el óvulo. No podía quitarme de la cabeza la conversación con papá. Me atormentaba la idea de que mi padre no conociera a su nieto. Si íbamos a tener un hijo, cuanto antes mejor. Mi abuelo murió cuando yo tenía dieciocho años. Había tenido la suerte de pasar mucho tiempo con él. Le echaba mucho de menos. Recuerdo que en su último año de vida el abuelo estaba muy emocionado porque su nieto iba ir a la universidad. No le importaba que no fuera a ser abogado, médico o ingeniero, él, siempre estaba muy orgulloso de mí. Desafortunadamente murió antes de que empezara el curso. Tengo muchos recuerdos de mi abuelo, hicimos muchas cosas juntos, pero no nos dio tiempo a hacer todo lo que me hubiera gustado. El tiempo pasa volando, sin pausa y con prisa.

El reloj nunca para

Me senté con tristeza, frente al ordenador. El libro, como el tiempo, tenía que seguir avanzando. Esa noche escribí una historia que se llamaba: "Los tres nunca comimos sushi juntos". Era una historia ficticia en la que mi abuelo, mi padre y yo nos sentábamos a comer sushi en un restaurante. Los tres charlábamos sobre la vida. Mi abuelo que nunca había comido sushi se extrañaba de comer pescado crudo, y preguntaba que si no ponían pan para comerlo. Después hacía un lío con los palillos y los tres reíamos, mientras cada uno contaba una historia de su infancia. Fue una velada imaginaria muy divertida.

Había alcanzado la página ochenta del libro. Empecé a hacer cálculos. Si conseguía escribir cinco páginas al día, en unos veinticinco días podría conseguir terminar el primer borrador. ¿Quién sabe? Quizá sería capaz de escribir el libro completo y venderlo. Empecé a fantasear con no tener que hacer ningún trabajo que me disgustara, solo dedicarme a escribir. Sé que era difícil, pero hoy estaba ilusionado.

10. Pensábamos que sería dicho y hecho

Sábado por la mañana

En un abrir y cerrar de ojos pasó el primer mes. Y pronto llegó la primera decepción para Alex, al ver que no estaba embarazada. Alex estaba acostumbrada a conseguir todo lo que se proponía a la primera. Supongo que también se imaginaba que se iba quedar embarazada a la primera, pero nadie puede desafiar a la madre naturaleza. Nunca la había visto ponerse tan triste. Me costaba entender por qué se ponía así... solo había pasado un mes desde que había decidido intentar ser madre. Supongo que son cosas que solo las mujeres pueden sentir. Intenté comprenderla y consolarla. Me puse a investigar en Internet. El tiempo normal en quedarse embarazada es entre seis meses y un año. Al parecer no era tan fácil, ¿acaso habíamos malgastado una fortuna en preservativos durante todos estos años?

Fuimos a la farmacia, Alex se compró un bote de ácido fólico. Su amiga Almu, experta en nutrición, le había dicho que ese suplemento aumentaba la fertilidad. Me sentí un poco mal por haberme puesto calor en los huevos en un par de ocasiones. Dudaba, que eso hubiera sido la causa, pero me sentí mal. ¡Maldito David, por qué le habría hecho caso!

Nuestra relación de pareja seguía en caída libre. Alex estaba siempre cansada y del mal humor por culpa del trabajo, y encima ahora se unía el estrés de no quedarse embarazada. Por mi parte, yo seguía de fracaso en fracaso en mi búsqueda de empleo, no había conseguido ninguna entrevista desde lo del banco, y cada vez tenía menos ganas de hablar con nadie, estaba realmente desanimado. Me encantaría hacer un voto de silencio y permanecer así siete años. Pero hoy, lo estaba pasando muy mal al ver a Alex tan triste, quería hablar con ella, solo que me costaba encontrar las palabras adecuadas para esta nueva situación a la que nos enfrentábamos. A pesar de nuestra diferencia en los últimos meses, aún nos queríamos mucho.

Por la noche quedamos con nuestros amigos Fran y Verónica. Alex se arregló para la ocasión, se puso muy guapa. Parecía más animada.

¿Quién cuida de quién?

Esa noche habíamos quedado, con nuestros amigos Fran y Verónica, en un restaurante de comida árabe en el centro de Madrid. Al entrar nos quedamos observando la decoración, y comentando lo bonito que estaba el restaurante. Nos encantó la idea de que las mesas eran muy bajas y no había sillas. Había que sentarse en el suelo sobre unos cojines, al auténtico estilo árabe. Lo que al principio parecía una novedad de los más cool, a los veinte minutos estábamos hasta las narices. ¿Quién coño quiere comer en el suelo cuando existen las sillas? Yo no sabía en qué posición ponerme sin que me doliera la espalda. Acabé cenando de rodillas como si fuera una penitencia.

Fran y Verónica acababan de venir de vacaciones de una ruta por la costa oeste de los Estados Unidos. Habían ido con sus padres y como era de imaginar tenían un millón de anécdotas que contarnos. Al parecer todos los treintañeros nos encontrábamos en esa nueva fase de ver cómo nuestros padres siguen cuidando de nosotros, pero al mismo tiempo nosotros empezamos a cuidar de ellos.

-Mi padre estaba hecho un manojo de nervios con el viaje. De verdad, es que últimamente todo se le hace un mundo. Simplemente el tener que renovar el pasaporte le parecía un gran reto. Que si había que coger hora por Internet, y eso era un lío. Que si solo le daban cita en el pueblo de al lado, y allí era imposible de aparcar. Yo creo que no voy al viaje, me dijo finalmente. Fíjate, que él ha sido una persona que

ha llevado su propia empresa y se pasaba el día en la carretera. “Pero padre, ¿a ver cuál es el problema?” le pregunté... Nada, le cogí cita online y nos fuimos juntos a arreglar el pasaporte. En un día estaba hecho.

-Bueno a tu padre le dará pereza conducir, pero es que el mío se cree que tiene veinte años cuando conduce. ¡Coge unas velocidades! - dijo ahora Verónica.

-Sí, eso Verónica, cuéntales la que lio tu padre en Estados Unidos, con el coche.

-¡Ay, dios! pues eso que mi padre, el tío, se cree que tiene veinte años.

Cogimos un coche para hacer el trayecto de Los Ángeles a las Vegas. En todo el camino, no había más que desierto y carretera. Mi padre insistió que quería conducir él. Y a mitad de camino se vio confiado y empezó a acelerar. No sé a qué velocidad íbamos, pero yo sentía que estábamos en el rally París–Dakar.

-A lo mejor confundió millas con kilómetros – le interrumpió Alex.

-Yo creo que sí. El caso es que de repente, como en las películas de acción de Hollywood apareció un coche de policía de la nada y nos empezó a perseguir con la sirena. Nos echamos a un lado, y vino un policía pistola eléctrica en mano...

-Todos estábamos cagados, mi padre que se había llevado un tarjetero con toda la gente que conoce en España, se puso a buscar, rápidamente, el teléfono de su abogado – dijo Fran.

-Y claro, como mi padre estaba al volante el policía le empezó a hablar a él, y como no habla ni papa de inglés, pues no se enteraba de nada, solo sonreía al policía y asentía con la cabeza. Suerte que al final el policía resultó ser un tipo majo, y solo nos apercibió porque ya sabes allí lo serios que con estas cosas. Pues se va al policía y mi padre lo primero que dice es... “¿Que qué coño decía el tonto ése? Porque no sé inglés sino le canto las cuarenta. Iba perfectamente a la velocidad.... Es que es la leche.

-Bueno y esa es otra, con el idioma. Las que liaban con el inglés. Mi madre no se enteraba de nada, pero le daba igual. Ella les hablaba en español, pero lo que hacía es hablar más despacio y más alto, como si le fueran a entender así – dijo Fran, riéndose -. Pues nada, ella empecinada que así, que hablando despacio y a voces le entendían. Pero a ver madre, ¿cómo te van a entender aunque hables alto y despacio, si no saben el idioma? A ella le daba igual.

Nos reímos con las historias de nuestros padres. Por sus palabras podía ver cómo ellos, también, estaban muy unidos a su familia. Como contando las historias divertidas, hablaban siempre con ese cariño por las personas que más quieres. Me hice una nota mental para mi libro. Tenía que reflejar ese momento en que ya no solo son los hijos las que la lían y tus padres te sacan del apuro sino al contrario, son los padres las que la lían y los hijos les sacan del apuro a ellos, aunque no se dejen.

Lo pasamos bien durante la cena. A pesar de comer de rodillas, nos habíamos reído como hacía tiempo, con las anécdotas de nuestros padres. Alex se había divertido, parecía haber olvidado, aunque fuera por un rato, el tema de la maternidad.

No es trabajo para treintañeros.

Después de más de un mes de espera, por fin había conseguido una nueva entrevista. Era una entrevista para trabajar para una empresa online. En la descripción de la oferta decía que había que escribir artículos para páginas de Internet. El sueldo no era gran cosa, de hecho no era ni siquiera cosa, pero me ilusionaba la posibilidad de trabajar escribiendo. Para esta ocasión, no me había puesto el traje de las bodas. Daba por sentado que sería un ambiente más desenfadado que el banco. Llegué pronto, como de costumbre. Era una oficina diáfana, sin puertas ni despachos. No había recepcionista así que un chico me dijo que esperara en la puerta. Parecía un buen sitio

para trabajar, la gente parecía relajada y la mayoría vestían con vaqueros y camiseta; ¡¡justo, mi atuendo habitual! Me arrepentí de haberme puesto una camisa. Para un día que pretendo ir elegante... Pensaba que así causaría una buena impresión, pero estaba claro que cualquier cosa que no fuera una camiseta estaba fuera de lugar. Hasta había un tío en pantalón corto y chanclas... ¿sería el sitio perfecto para mí? Había quedado a las once con el señor Muñoz. Un chico de unos veinte años se acercó a saludarme. Pensé que sería un becario, o algún asistente del señor Muñoz.

-¿Óscar?

-Sí, soy yo.

-¿Qué tal? Soy José Muñoz - dijo mientras me estrechaba la mano.

Me quedé un poco desconcertado. ¿En serio? ¿Este chaval con granos por toda la cara era el señor Muñoz? Eché un vistazo rápido a la empresa, a la gente que me rodeaba. Me había dejado llevar por los detalles superficiales, la decoración bohemia de la oficina, los ordenadores Apple última generación, las chanclas hawaianas, la atmosfera relajada... Pero no me había dado cuenta que la media de edad no sobrepasa los veinte años. No solo estaba fuera de lugar por mi camisa, que perfectamente me había planchado mi madre en mi última visita a casa, estaba fuera de lugar porque tenía quince años más que la mayoría de los empleados. Probablemente pensarían que era algún cliente o algún empresario que venía a hacer negocios con el "señor" Muñoz. Mierda, me sentí avergonzado. Era uno de esos momentos que dices: "Tierra, trágame". ¿Cómo podía ser tan "loser"? Era un auténtico fracasado, acabaría trabajando de recadero para mi nuevo cuñado, Francesco. Eso, si no descubría que su camisa llena de caca había sido el resultado de mi mente maquiavélica. Volví a centrarme en el "señor Muñoz" y la entrevista. Ya estaba aquí, y no me quedaba más remedio que proseguir.

-Yo soy Óscar García – dudé entre estrecharle la mano al estilo

tradicional o chocarle los cinco al estilo más moderno.¿Cómo debía tratarle? Finalmente, opté por el estilo tradicional, para ir sobre seguro.

Nos sentamos en su mesa.Sacó un par de colas light de la máquina de la oficina, y empezamos a charlar. La entrevista empezó bien. Me estuvo contando cómo había montado la empresa hace un año con tan solo dieciocho años.Hasta había aparecido en una de esas revistas para emprendedores.Era uno de esos chicos que se había criado con un ordenador en la mano. Era bastante "friki", pero parecíaun tío majo. No tenía ninguna intención detrabajar para alguien que podía ser mi hijo, así que estaba totalmente relajado.Usé la hora como terapia personal, sentaba bien vomitar tus inquietudes y frustraciones a un desconocido que no volverías a ver en la vida.Le conté que lo verdaderamente me gustaba era escribir, y que en estos momentos estaba trabajando en mi propio libro. Me preguntó si tenía algún blog. Le dije que no, que no había tenido tiempo de crearlo pero, que era un futuro proyecto que tenía en mi agenda. Aunque la verdad es quenunca había pensado en ello. Después me empezó a preguntar por redes sociales que ni siquiera había oído hablar de ellas: Instagram, Flickr y un montón de nombres raros más. Por lo menos conocía Facebook, pero yo apenas lo usaba. Alex había insistido en crearme un perfil para compartir las fotos de los dos. Estaba claro que no pertenecía a esa generación de las redes sociales y los blogs. Yo era de la generación de las cámaras de fotos con carrete que llevabas a revelar a la tienda, de las cintas de casete que rebobinabas con un bolígrafo y de ligar en la calle y no a través de chats con el ordenador... Por fin, la entrevista terminó.

-Tengo que entrevistar a un par de candidatos más, antes de tomar una

decisión – dijo el "señor" Muñoz. Después, nos despedimos y le deseé suerte con la empresa. En cierto modo, sentía admiración por él. ¿Cómo había conseguido tener su propia empresa a esa edad? Yo casi tenía el doble de sus años y andaba mendigando por un trabajo.

Al salir vi al siguiente candidato. Una niña muy mona de unos diecinueve años. Me recordó un poco a Laura por su forma de vestir. Salí corriendo de la oficina, necesitaba aire fresco.

En el corazón de Madrid

Estaba en pleno centro de Madrid, en la plaza de Callao. Hacía algún tiempo que no paseaba por el centro durante el día. ¡Cómo lo echaba de menos! Cómo echaba de menos pasear por las abarrotadas calles de Madrid. Hasta el ruido de los coches me parecía una sinfonía. Odiaba el silencio de las afueras... ¿Calidad de vida? ¿Acaso era un sinónimo maquillado para la palabra “aburrimiento”? Respiré profundamente el aire contaminado. Mis pulmones se pusieron contentos, recordando los viejos tiempos. ¡Maldita casa en las afueras! ¡Maldita vida!...

Empecé a pasear por la Gran Vía en dirección a nuestro antiguo barrio, el barrio de Malasaña. Por el camino iba meditando sobre mi futuro. Quizá había llegado la hora de ser realista. Ya tenía una edad considerable... Posiblemente ya no era ni joven, ¿sería una persona de mediana edad? ¿Había algún organismo oficial que determinara en qué momento abandonas la juventud? Quizá debería abandonar cualquier tipo de sueño y ponerme a trabajar en lo primero que encontrara, reconocer que había fracasado e intentar disfrutar de las pequeñas cosas del día a día. Seguí caminado por Gran Vía hasta girar en la calle Fuencarral. Había bastante gente, más de lo que me imaginaba para ser por la mañana un día de diario. Me pregunté en qué trabajarían todas esas personas, ¿qué profesiones tendrían? ¿Serían parados como yo, o simplemente, trabajaban por las tardes? Me paré enfrente de un escaparate, no tenía intención ni dinero para comprar nada, pero poseía todo el tiempo del mundo. Me quedé mirando unos bolsos de piel, que valían una fortuna. Seguro que a Alex le encantaban. Pronto sería su cumpleaños y este año estaba sin blanca. No sabía qué le iba a regalar. Tendría que comprarle una tarjeta y escribirle algo bonito. A lo mejor podía incluir en la tarjeta un “pagaré” algo así como: “vale por un bolso de piel cuando tenga dinero”... Suspiré, pensando en lo mucho que me gustaría hacerle buenos regalos. Presentarme en casa con uno de esos bolsos, y regalárselo por sorpresa. Vi, en el reflejo del escaparate cómo se dibujaba una sonrisa en mi rostro.

Malasaña, mi barrio... mi antigua vida.

Después, seguí andando hasta entrar en el barrio de Malasaña. Pasé por la plaza de San Ildefonso, que estaba abarrotada de gente. En este barrio, a veces, costaba diferenciar a los pobres de los hípsters. Los dos llevaban largas barbas, pelo descuidado y ropa ajada, pero unos se sentaban en las terrazas y los otros en los bancos de piedra, unos bebían caros capuchinos, y los otros, cervezas de litro de la marca más barata. Al final, me senté en el lado de los hípsters, quería un café, y además no había espacio en los bancos de piedra. Antes vivíamos a doscientos metros de esta plaza. Alex y yo, nos sentábamos en las terrazas los días de verano, cuando volvíamos de trabajar. Apenas había pasado un año, pero parecía que había sido mucho más tiempo desde que nos habíamos mudamos. Quizá en las afueras el ritmo es más lento y la vida pasa más despacio. Aquí, en este barrio, habíamos pasado los mejores momentos como pareja. Nos habíamos emborrachado, habíamos salido de jueves a domingo, habíamos visto cientos de películas que alquilábamos en el videoclub, (sí, en este barrio todavía existían los videoclubs) y habíamos hecho el amor millones de veces. En este barrio le había pedido a Alex que se casara conmigo. Era un barrio de treintañeros nostálgicos como yo, y lo echaba mucho de menos. ¿Qué nos había pasado? ¿Por qué nos habíamos distanciado tanto? ¿En qué habíamos

cambiado? Éramos tan felices en nuestra pequeña casa de cuarenta metros. Ahora, tenemos el triple de espacio, y casi ni hablamos. Quizá sea cierto el dicho de que el roce, hace el cariño.

Hípsters

De pronto, oí que alguien decía mi nombre.

-Óscar, Óscar - me giré. Era Manuel. Me levanté para saludarle.

-Manuel, ¿qué tal? Cuánto tiempo - dije, mientras le estrechaba la mano para saludarle. Pero Manuel me apartó la mano y me dio un abrazo.

-¿Qué tal? ¿Cómo tú por aquí? Has vuelto al barrio, ¿o qué?

Manuel era nuestro antiguo vecino de arriba. Probablemente tendría mi edad, aunque aparentaba muchos más años. Era uno de esos hípsters del barrio. Llevaba un look de pordiosero, con una larga barba descuidada. A juzgar por la longitud de la barba, no se la había cortado desde la última vez que le vi. Seguramente, era la barba lo que le hacía parecer más mayor, o quizá la vida nocturna a la que acostumbraba. A pesar de su aspecto desaliñado, Manuel tenía mucho dinero.

Había montado un restaurante cuando los precios del barrio no estaban por las nubes y ahora el negocio era una máquina de hacer dinero. Aunque era nuestro vecino, su piso no tenía nada que ver con el nuestro. Manuel había comprado toda la parte de arriba del edificio. Una vez me había invitado a ver la casa. Era como uno de esos lofts que salen en las revistas. Tenía una inmensa terraza desde la que se veía todo Madrid, y en el centro de la terraza había un gigantesco jacuzzi al que invitaba a sus ligues (en plural). Como estaba soltero tenía varias “novias” que iban rotando por el jacuzzi, como si tuvieran asignado un día de baño a la semana. Desde nuestra habitación se oían todas sus fiestas, y Manuel tenía una vida amorosa muy activa... Alex y yo reconocíamos sus ligues por los gritos que daban en el jacuzzi. Estaba la gritona, la que repetía Manuel, Manuel, Manuel, sin parar, la que decía: “Madre de Dios, Madre de Dios”, y de vez en cuando aparecía alguna nueva que añadir a la lista. Era un hípster triunfador. Le tenía envidia de la sana. Con nosotros, siempre se había portado bien, la verdad. A veces, nos regalaba caras botellas de vino del restaurante, y siempre que íbamos a cenar nos hacía unos buenos descuentos.

-Qué va, solo estoy dando un paseo por aquí – contesté, con un sentimiento de añoranza –. ¿Te apetece un café? Si no tienes prisa, claro.

-Sí, tengo un rato libre ahora – dijo mirando su reloj, que tenía el tamaño de un cucú de pared.

Manuel se sentó y pidió un “Flat White” al camarero. Si trabajas en este barrio, tienes que conocer el vocabulario hípster, aunque yo no veía ninguna diferencia entre el café con leche de toda la vida y el “Flat White” que le acababan de traer.

-¿Qué tal el restaurante? – pregunté para romper el hielo, pues nos habíamos quedado en un incómodo silencio.

-Muy bien, viento en popa.

-Me alegro. Me alegro mucho.

-¿Sabes que voy a abrir otro en el barrio?

-¿En serio?

-Sí tío, siempre tengo lista de espera en el restaurante. Así, que lo pensé, y he comprado otro local en el barrio. En dos semanas inauguramos.

Manuel me dio la tarjeta del nuevo sitio.

-¿Eat Village? Me gusta el nombre que le has puesto.

-Sí, como el East Village the New York. En vez de “East”, “Eat”. Va ser un restaurante muy al estilo neoyorquino.

-¡Es una idea genial! Perfecto para este barrio. Seguro que es un éxito.

-Y tú, ¿qué haces con tu vida? ¿sigues trabajando en la universidad privada, ésa?

-Qué va, me echaron del trabajo por el tema de la crisis económica, y nada, ahora estoy buscando. De hecho, vengo de una entrevista.

-Y, ¿qué tal?

-Va, toda una mierda. Es difícil encontrar curro cuando pasas de los treinta.

-Vente a currar conmigo – dijo, de repente -. Bueno, no sé de lo que estás buscando, pero yo necesito camareros para el nuevo restaurante. La proposición me pilló desprevenido, no sabía muy bien qué contestar.

-No sé, la verdad, es que ni siquiera yo mismo sé de lo que estoy buscando. Estoy hecho un lío con mi vida...

-Pues, mientras te decides puedes trabajar conmigo. Solo tienes que decírmelo. Me das un toque al móvil y lo arreglamos en un segundo.

-Lo cierto, es que el dinero me vendría bien - lo que no sabía es si Alex le iba a hacer mucha gracia que trabajara en el restaurante de Manuel. Además, eso supondría tener que trabajar todos los fines de semana hasta las tantas. Casi ni nos veríamos, ya. Tendría que consultárselo -. Déjame que me lo piense. Pero, te agradezco mucho tu oferta.

-Claro, lo que necesites.

Después de la propuesta laboral, empezamos a charlar sobre temas más banales. Manuel me contó que los nuevos vecinos se habían quejado del ruido del jacuzzi. “No sabéis cómo os echo de menos”, me dijo. No le conté que nosotros nunca nos quejábamos, pero también oíamos, con todo detalle, sus juergas con las chicas del jacuzzi. Quién sabe, quizá se convertiría en mi nuevo jefe en unas semanas, tenía que tener un poco de cuidado con lo que decía a partir de ahora, no le fuera a sentar mal. Me pregunté qué chica habría ido a su casa el día que se quejaron los nuevos vecinos. Seguro que había sido la de “¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios!” esa era la que más gritaba con diferencia.

Nos dimos un abrazo y nos despedimos. Quedé en decirle algo del trabajo en los próximos días. De camino a casa, empecé a imaginarme cómo sería mi vida trabajando en el Eat Village. Me imaginé poniendo copas a chicas guapas y preparando gin-tonic para mis amigos; seguro que venían a verme. Quizá hasta les pudiera hacer descuento, se lo tendría que preguntar a Manuel. También, Alex podría venir a visitarme con sus amigas. Así, nos veríamos un rato. Me imaginé recomendando caros vinos ecológicos a los hípsters del barrio, sirviéndoles la comida y recibiendo buenas propinas. En este barrio siempre se dejaban buenas propinas a los camareros. Además, seguro que conocía un montón de gente interesante. Tendría muchas historias, mucho material de primera mano para escribir en mis libros. Me estaba empezando a ilusionar con la idea. Ahora, solo me faltaba convencer a Alex. Últimamente, nuestra relación se había enfriado mucho más de la cuenta. Nos habíamos alejado el uno del otro. No quería tomar decisiones que nos separaran aún más. El fin de semana hablaría con ella. Era mejor esperar al sábado, cuando no llegara cabreada y cansada del trabajo.

Había sido un día realmente raro. Había salido de casa para hacer una entrevista en una empresa online, y me habían acabado ofreciendo un trabajo en uno de los restaurantes más fashion de Madrid. Como decía mi abuelo: “Cuando una puerta se cierra otra se abre”.

Sábado – Día de compras

El sábado, Alex puso el despertador a las diez. Hoy tocaba ir de compras. Alex quería

buscar el vestido para la boda de su hermana. No me apetecía en absoluto ir. ¿A qué hombre le apetece ir a buscar un vestido de bodas? Pero, después de pasarme toda la semana vagueando, mientras ella trabajaba hasta el amanecer, era lo menos que podía hacer. Además, quería contarle mi encuentro con Manuel y la oferta en el restaurante.

Hacía muchas semanas que no me levantaba tan pronto. Cada día había ido prorrogando más la hora de acostarme, y como resultado me levantaba cada vez más tarde. Empezaba a llevar, peligrosamente, una vida de crápula. Claro, que si iba a trabajar en el restaurante de Manuel, mejor estar acostumbrado a los horarios nocturnos. Además, en los últimos días me había enganchado a la serie de "Dexter" y no podía parar de verla. Me encantaba la serie y me sentía muy identificado con el personaje, no porque quisiera matar a nadie, al menos, no de momento, sino porque Dexter Morgan era una persona vacía. Y así me sentía yo en las últimas semanas.

Alex propuso que desayunáramos en un Starbucks. Me pareció bien, aunque llegar hasta el centro comercial sin cafeína fue una odisea. Pedimos dos cafés latte y dos muffins. El azúcar y la cafeína enseguida hicieron efecto, y empezamos a reaccionar. Alex comenzó a contarme la idea del vestido que tenía en mente, y empezó a enseñarme unos modelos que había seleccionado, previamente, en Internet. Tenía una auténtica selección, ahora entendía por qué quería venir tan pronto al centro comercial; nos esperaba un largo día por delante. Empezamos con la búsqueda tienda tras tienda. El ritual consistía en: pasearse por la tienda inspeccionando el terreno, después Alex seleccionaba todo los modelos que le gustaban, y me los iba dando para que yo los sujetara, mientras ella seguía con la selección. Como eran vestidos largos tenía que elevar mucho los brazos para no arrastrarlos por el suelo. Después de una hora, tenía un dolor tremendo en los brazos de sujetar los vestidos. Para ser un buen hombre percha hay que tener unos bíceps desarrollados si no, no se puede aguantar. Estaba totalmente fuera de forma, esto no podía seguir así. El lunes, sin falta, me apuntaría a un gimnasio... Una vez hecha la selección, le devolvía los vestidos a Alex, para alegría de mis brazos, y desaparecía en el vestuario por un tiempo indefinido, segundos, minutos, horas... quién sabe lo que estaría pasando dentro de ese probador. Pero ahí no acababa mi función, porque después de hombre percha me convertía en el Richard Gere de "Pretty Woman"... Alex salía del vestuario, me hacía un pase, y yo le daba mi opinión. Empecé con un cien por cien de sinceridad, quería ayudarla de verdad. Pero después de la octava tienda, me puse a observar a los hombres percha con más experiencia que yo. Maridos con muchos más años, y más vestidos de boda a sus espaldas. Empecé a analizar su ritual. Ellos leían el periódico deportivo y cada vez que sus mujeres salían del probador les decían que ése era el vestido perfecto. Me pareció un poco cruel, porque la verdad es que algunos vestidos les quedaban horribles. Pero enseguida entendí por qué lo hacían... lo importante era salir de allí cuanto antes. Hasta un marido despistado le dijo a su mujer, al salir del vestuario, que ése era el vestido ideal, que no lo pensará más. Ni siquiera, se había dado cuenta que la mujer no se había probado ningún vestido, y había salido con el mismo que había entrado, porque se había equivocado de talla al cogerlo. Y es que, como en todas las profesiones, hasta en la de hombre percha, hay quién vale y quién no vale.

Comer en un centro comercial... para qué queremos más

Hicimos un descanso para comer. No había mucho donde elegir en el centro comercial, todos eran sitios de comida rápida. Al final nos metimos en una pizzería. Una chica muy mona, que apenas llegaba a la veintena, nos trajo la carta.

-¡Oye, no le mires el culo! - dijo Alex enfadada.

-¿Pero, qué dices Alex? Si estaba mirando la carta. - La acusación me

pilló desprevenido. No iba a negar que en alguna ocasión le había mirado el culo a otra mujer. Pero, esta vez tenía un hambre que me moría y lo único que había mirado era el menú, y el plato de espaguetis con tomate de la mesa de al lado.

-Sí, ya – dijo poco convencida.

Giré la cabeza, para ver dónde estaba la camarera, pues ni siquiera sabía de quién estaba hablando Alex.

-¿Ves?, otra vez la has mirado.

-Claro, no paras de decirlo. No sabía ni dónde estaba - me defendí.

Alex siguió mirando la carta. Parecía renegada.

-¿Qué vas a pedir? – preguntó.

-Pizza Barbacoa.

-Eso es una gochada. ¡Vaya, no hay ensaladas!

-¡Pídetes una pizza!

-No quiero pizza.

-Tienen las cuatro estaciones, que te gusta.

-Que no quiero pizza, Óscar. No seas pesado.

-Pues no hay otra cosa, Alex.

-Entonces no quiero nada.

-¿Cómo no vas a comer? ¿Qué te pasa?

-Estoy deprimida. Todos los vestidos me quedan mal. Tengo que adelgazar antes de la boda.

-¿Pero qué dices? Yo te veo muy bien.

-Y tú tampoco deberías comer la pizza barbacoa. Estás echando barriga.

-¿Yo? ¿Pero, qué dices? - ¿Por qué me atacaba a mí? Encima que le había dicho que estaba estupenda.

La camarera se acercó a tomar la comanda.

-¿Ya sabéis lo que queréis, chicos? - preguntó con un aire jovial y desenfadado.

-Sí, yo una pizza barbacoa - dije agachando la cabeza, dejándole claro a Alex que no estaba mirando a la camarera.

-Yo una coca cola light... y una pizza cuatro estaciones – dijo finalmente con resignación.

-Tenemos que apuntarnos al gimnasio.

-Sí, yo también lo había pensado. Podemos ir juntos - si tenía que cargar con las perchas más días, iba a tener que ejercitar los brazos un poco.

-Vale, pero con el nuevo trabajo no tengo tiempo de nada. Me paso diez horas sentada, y así no se puede. Se me está poniendo el culo gordo. Lo he visto en el vestuario al probarme los vestidos.

-Vamos Alex, ánimo. Yo creo que estamos bastante bien para ser de mediana edad.

-¡De mediana edad! - exclamó enojada.

-Bueno... casi... Tenemos treinta y cinco. Eso es mediana edad, ¿no?

-De mediana edad serás tú. Yo no. Yo soy joven.

-Sí joven, sí. Solo que... - me lo pensé dos veces, y no continué con la frase. Por suerte la camarera llegó con las dos pizzas para sacarme del apuro. Quizá Alex tenía razón, y la edad estaba en la cabeza. Quizá Alex era joven y yo era de mediana edad.

... y entonces... encontró su vestido

Tras el tentempié, continuamos a la caza del vestido. Por suerte la pasta da energía y

pude continuar cargando los vestidos sin problemas. Cuando todo parecía indicar que tendríamos que volver otro día para continuar buscando, Alex salió con una gran sonrisa del vestuario. Era un vestido largo de color entre naranja y rosa, no lo tenía claro, pero lo que sí que tenía claro, es que estaba preciosa, espectacular.

-¿No te gusta? - me preguntó, probablemente porque me había quedado sin palabras.

-¡Qué dices! ¡Me encanta! ¡Estas guapísima! ¡Increíble!

-Me queda bien, ¿verdad? - dijo girando sobre sí misma, como una bailarina.

-Parece que te lo han hecho a medida.

-¿Te gusta el color?

-Sí, me gusta mucho. Es...

-Salmón – ese era el color que no me salía: Salmón. Yo creo que las mujeres ven más colores que los hombres.

-Entonces, ya está decidido. Me lo llevo. Voy a cambiarme. - Alex me dio un beso y se retiró al vestuario repleta de felicidad.

¿Cómo podía costar tanto un vestido? Trescientos euros, ¡madre mía! Menos mal que yo tenía mi traje para bodas, entrevistas y bautizos y no tenía que comprarme nada.

Alex estaba muy contenta, y yo también. No solo por verla sonreír, sino también por haber acabado con la cansada búsqueda.

-Ahora, tengo que encontrar unos zapatos y una corbata salmón para ti. - Pues no, todavía no habíamos acabado.

-Yo pensaba llevar una corbata negra - dije intentado reducir la búsqueda a solo los zapatos.

-No, La corbata tiene que ser del mismo color que el vestido.

-¿En serio? Está bien. Pero no va a ser fácil encontrar una corbata salmón.

Doce horas y treinta minutos después, teníamos el vestido, la corbata y los zapatos. Al llegar a casa caímos rendidos en el sofá. Había sido un día largo, pero productivo. Alex se quedó dormida sobre mi hombro. Al final no le había dicho lo de trabajar en el restaurante. No pasaba nada, era algo que podía esperar hasta mañana.

Desayuno sin diamantes, pero en la cama.

El domingo, me desperté pronto. Alex seguía dormida. Me levanté sin hacer ruido y empecé a preparar el desayuno para los dos. Hacía tiempo que no le llevaba el desayuno a la cama. Eché naranjas, manzanas y zanahorias en la licuadora. Batí la leche hasta que conseguí sacar espuma, como en los verdaderos capuchinos. Después, vertí unas gotas de aceite en la sartén y cuando estuvo lo suficientemente caliente, preparé huevos revueltos. Puse dos rebanadas de pan de molde en la tostadora, estas saltaron cuando la cuenta atrás llegó a su fin, y las dejé sobre un plato llano, para luego poner los huevos encima. Tenía una pinta deliciosa. A Alex le encantaba desayunar huevos revueltos. Lo puse todo en una bandeja y admiré mi obra de arte. ¿Por qué había dejado pasar tanto tiempo desde la última vez que le llevé el desayuno a la cama? Me sentí mal. Quizá el hecho de que nos hubiéramos alejado, últimamente, era culpa mía. Había descuidado pequeños detalles, como llevarle el desayuno a la cama, o dejarle notas de amor en su bolso para que las descubriera cuando llegara al trabajo. Mañana haría eso, le dejaría una nota. A partir de ahora quería ser más detallista con ella. Volver a hacer las cosas que hacía cuando empezamos a salir. Cogí la bandeja y avancé despacito hasta llegar a la habitación. Tenía pensado gritar: “¡Sorpresa!”, pero entonces vi a Alex sentada en la cama con cara de pena. Parecía que estaba a punto de echarse a llorar. Así que cambié el

sorpresa por:

-He hecho el desayuno.

-Gracias - contestó con tristeza.

Me acerqué a la cama y puse la bandeja sobre sus piernas. Después me senté a su lado.

-He hecho huevos revueltos - a lo mejor no se había dado cuenta de que estaban sobre la tostada.

-¡Qué ricos! Muchas gracias – pero su voz seguía revelando profunda tristeza.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué estás triste?

Pequeñas lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

-Me va a venir la regla – y después las pequeñas lágrimas crecieron hasta formar un mar en sus mejillas. Otra vez había llegado el mismo momento, y otra vez no sabía qué decir. La besé en la frente y en los pómulos. Podía distinguir el sabor salado de su llanto. Seguí besándola un rato, intentando consolarla, quería que supiera que estaba a su lado, que estábamos juntos en esto.

-No lo entiendo, lo hemos hecho tan bien este mes - dijo mostrándome el iPhone con todos los corazones que registraban nuestra actividad amorosa.

-Vamos, no te preocupes, es cuestión de tiempo.

-Lo sé. Pero me siento tan triste. No lo puedo explicar.

Nos pasamos la mayoría del domingo metidos en la cama, hablando, leyendo y viendo películas. Desde que Alex había decidido quedarse embarazada, su cuerpo era una bomba de hormonas a punto de estallar. Yo también sentía el tic tac de la explosión en mi cabeza. La mayor parte del tiempo, un mar de dudas me invadía. ¿Quería ser padre? ¿Estaba preparado? ¿Era el mejor momento? Pero, cuando llegaba este día, el momento en que sabía que ese mes tampoco iniciaría mi carrera hacia la paternidad, me sentía mal, muy mal. Me sentía muy triste por Alex y deseaba con todas mis fuerzas que el siguiente mes se quedara embarazada.

Tengo una oferta

No sabía si era el mejor momento de sacar el tema del trabajo. Pero, después de pasar horas en la cama el uno junto al otro, sentí que podíamos hablar de cualquier tema.

-El otro día vi a Manuel en Malasaña, nuestro vecino de arriba.

-¿Cuándo? No me lo habías dicho.

-Después de la entrevista di un paseo por el barrio. Me senté a tomar un café en la plaza de San Ildefonso y le vi.

-¿Y qué tal está? ¿Qué te contó?

-Bien, bien. Va a abrir otro restaurante.

-¿En serio? Tiene que estar forrado.

-Sí.

-¿Te acuerdas de las fiestas que se corría en el jacuzzi?

-Pues, debe seguir igual, porque me ha dicho que los nuevos vecinos se han quejado por el ruido que hace.

-No me extraña. A mí me despertó varias veces.

-Te acuerdas de: ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios!

-¡Madre de Dios! - repitió Alex, y los dos nos echamos a reír.

Era un buen momento para contarle la oferta de Manuel.

-¿Sabes que me ha ofrecido trabajar para él?

-¿Cómo que trabajar para él? ¿En el restaurante?

-Sí, en el nuevo restaurante.

-¿Y qué le has dicho?

-Que lo tenía que pensar. – Se hizo un silencio.
-Pero en el restaurante... Tendrás que trabajar hasta tarde... Y los fines de semana. ¿Cuándo nos vamos a ver?
-Ya. Pero, Alex, no encuentro otra cosa - dije con resignación.
-Date tiempo. Seguro que pronto encuentras algo.
-Nadie me llama Alex. Tengo treinta y cinco años y no sé hacer nada. -Ahora, eran mis ojos los que derramaban lágrimas, y Alex la que me besaba en la mejilla.
-Sabes que con mi sueldo podemos ir tirando los dos, solo tenemos que reducir los gastos.
-Lo sé, pero tengo que hacer algo.
-Puedo hablar con mi hermana. Francesco está a punto de abrir la oficina en Madrid.
-¡Ni de coña!
-¿Prefieres trabajar en un restaurante para un “vive la vida” como Manuel, y que no nos veamos nunca, a tener un buen trabajo con tu cuñado?
-Futuro cuñado. Y sí, lo prefiero – sin darme cuenta, ya había tomado mi decisión: trabajaría en el “Eat Village” haciendo piña coladas, mojitos, y margaritas.
-No te entiendo. A veces pareces tonto - contestó Alex, impulsivamente.
-De hecho, prefiero recoger mojones de perro a trabajar con Francesco - añadí ahora yo, impulsivamente. Y así acabó el domingo de lágrimas.

11. Septiembre, el final del verano

Llegó septiembre. Llegó el fin del verano. Había empezado a refrescar en Madrid. Las piscinas se habían vaciado. Los niños habían vuelto al colegio y los adultos a sus trabajos. Para mí, nada había cambiado. Seguía levantándome a las once, o a las doce. Qué más daba, no tenía ninguna motivación, no tenía nada que hacer. Había abandonado prácticamente la búsqueda de trabajo y había abandonado por completo el libro. Me había auto convencido que no era lo suficientemente bueno para escribir, que no era lo suficientemente bueno para nada. Me limitaba a hacer la compra y la comida para los dos. El resto del día lo pasaba tumbado en el sofá. Leía, veía Dexter y ojeaba páginas pornográficas como si fueran la prensa diaria. Así, llegaba mi otoño. Me había dejado de afeitar y tenía una larga y descuidada barba. Por suerte para mí, ahora estaba de moda. Aunque la mía no era por ser hípster sino por dejadez. Quedaban dos semanas para la boda de Sandra, y Alex estaba más nerviosa que la novia. No sé qué era lo que le producía más histeria, si la ceremonia de su hermana pequeña o el hecho de que la cuenta atrás para quedarse embarazada antes que Sandra llegaba a su fin. Alex estaba muy alterada, le molestaba absolutamente todo lo que hacía. Y eso que no hacía, literalmente, nada. Esa tarde habíamos salido juntos a hacer la compra. Prefería ir solo por las mañanas, tomarme mi tiempo para ver los productos, probar todas las degustaciones gratis, ojear las novedades editoriales y cinematográficas, pero Alex había insistido en ir juntos.

-¿Tienes que comprar cuchillas de afeitar? – preguntó Alex.

-No, tengo en casa.

-¡No pensarás ir a la boda con esa barba! – ahora cogía lo de las cuchillas. No había pillado la indirecta a la primera.

-A mis amigos les gusta. Dicen que es muy hípster.

-Pareces un vagabundo. Es la boda de mi familia, así que haz el favor.

-Como quieras - dije para no discutir.

-Entonces, seguro que tienes cuchillas.

-Que sí, Alex. Me desesperaba, me sacaba de quicio, últimamente no la soportaba.

Seguimos por el pasillo de higiene personal. Alex se paró a leer unos test que al parecer te decían el día de máxima fertilidad. Los echó en el carro, después cogió dos botes de ácido fólico, ahora me lo hacía tomar a mí también.

-Si este mes no me quedo, tenemos que ir a hacernos unas pruebas de fertilidad.

Alex no quería esperar al año como le había dicho el médico, y estaba empeñada en que nos hiciéramos unas pruebas en un centro privado para comprobar que todo estaba bien. Ya me imaginaba como en las películas, en una salita de hospital con una revista porno y un bote para que depositara mi muestra, ¡no podía ser cierto! Justo al lado de los palitos de fertilidad, y las vitaminas para ayudarte con el embarazo estaban todos los condones. Extra, súper, con estrías, de colores y de sabores. Los miré con añoranza, esa columna me recordaba a mis años de diversión. ¿Acaso se había pasado ya la mejor etapa de la vida? ¿Venía el declive y el aburrimiento después de los treinta y cinco? Me arrepentí de no habérmelo pasado mejor en mis veinte. Lo había pasado bien, pero me arrepentí de no haber hecho más locuras. Tenía que haber viajado con una mochila por el mundo, tenía que haber vivido una temporada en Ibiza, tenía que haber hecho el amor con más mujeres, con todas: guapas, feas, delgadas y gordas. Haber gastado toda la maldita columna izquierda de condones del supermercado...

Un, dos, tres, amor. Un, dos, tres, amor...

Esa noche cenamos rápido y casi en silencio. Últimamente no teníamos mucho que decirnos, y cuando hablábamos era para discutir. Al acabar recogí los platos intentando no hacer ruido, Alex estaba con el portátil trabajando. Me senté en el sofá con el iPad y me puse los cascos para no molestarla. Me llegaba por la última temporada de Dexter, estaba muy interesante. Nunca había conectado tanto con un personaje. Dexter era un incomprendido como yo, alguien a quien le costaba empatizar con la gente...

Alex se acercó por detrás y empezó a hablarme. No oía, solo la veía mover los labios y las manos. Me quité los auriculares para volver al mundo real.

-Te espero en la cama. Esta noche toca hacerlo.

-Ahora voy - contesté con desgana.

Alex había establecido un régimen militar amoroso. Cada tres días tocaba hacer el amor. Ni uno más, ni uno menos. Siempre, cada tres días. Las cosas que se hacen por imposición apestan. Hasta algo tan maravilloso como hacer el amor, se puede convertir en una pesadilla. Prefería mil veces quedarme viendo Dexter que hacer el amor con mi mujer. Era muy triste, jamás le podría contar esta sensación a nadie. Posiblemente, solo el propio Dexter me entendería, pero él, era un personaje de ficción. Hicimos el amor de manera programada, al parecer unas posiciones ayudan más en la fertilidad que otras. Últimamente, me evadía cuando lo hacíamos. A veces, incluso, me imaginaba que estaba con una de esas chicas de las páginas porno que había visto. Así, se me pasaba el rato mejor.

Luego, cuando Alex se dormía me volvía a levantar y seguía viendo Dexter. Dentro de tres días, volveríamos a hacerlo, otra vez.

En septiembre vuelve el fútbol.

Este sábado empezaba nuestra liga de fútbol, otra vez. No tenía ganas de apuntarme este año, pero David y Dino no me habían dado opción, y me habían inscrito sin mi consentimiento. Así, que aquí estaba otra vez con mis pantalones cortos, y ahora, con mi poblada barba. David ya no me llamaba Oscarinho, ahora me llamaba Espartano, por eso de la barba.

-¡Vamos, hay que ganar! ¡Por Esparta! – me decía sin parar. David

estaba muy contento, había empezado a salir más o menos en serio con Patricia, la amiga de Laura. Quién hubiera imaginado que David pudiera echarse novia, y menos en esa fiesta loca. ¿La fiesta? Parecía que habían pasado años en lugar de meses. No había vuelto ver a Laura, desde entonces. A veces David me hablaba de ella. Decía que me mandaba saludos, y yo se los mandaba a ella, eso era todo.

La vida era una incógnita: Yo, que estaba amargado y deprimido, era todo pelo; me había dejado una buena melena y una larga barba. David, por el contrario, rebosaba felicidad, y en unos meses se había quedado calvo del todo. ¿Acaso el universo castiga a los felices dejándoles calvo y a los infelices nos da pelo? ¿O simplemente, está todo en manos del azar? Al que veía igual era a Dino. Cuando tenía veinte años aparentaba cuarenta, y ahora que casi tenía cuarenta seguía aparentando cuarenta. Otro misterio a resolver...

El partido estuvo muy reñido. En la primera parte nos mantuvimos firmes y nos fuimos al descanso empatados. Pero en la segunda, el fondo físico nos falló, y perdimos cuatro a dos. Como siempre, sin importar el resultado, nos fuimos a celebrarlo al bar de la oreja.

-Creo que deberíamos empezar a trabajar el fondo físico – dijo Dino con un plato de oreja en una mano y una cerveza en la otra.

-Para de comer oreja, que luego te desfondas – David le arrancó el plato de las manos.

-¿Pero qué dices? La oreja es pura proteína. Yo he corrido hasta el final del partido. Y eso, que soy el mayor...

-Para ser un Dinosaurio ha estado bien – dijo David, devolviéndole el plato como premio. Dino aceptó la “especie de cumplido” con una sonrisa de oreja de oreja, como no podía ser de otra manera dado el plato que estaba comiendo.

-¿Y a ti qué te pasa, Espartano? No dices ni pio - dijo David, dándome un buen golpe en la espalda para que reaccionara.

-Ánimate Óscar, toma un cacho de oreja – me ofreció con generosidad, Dino.

-Estás en la inopia, macho. En el tercer gol se te ha colado el tío como si nada.

-Ya, no le he visto – me disculpé por mi mala actuación.

-Venga coño, que eres un espartano. Te los tienes que comer a todos

-.Si David seguía tan pesado con lo de espartano, iba a tener que cortarme la barba antes de tiempo. Hasta echaba de menos lo de Oscarinho, y mira que lo odiaba.

-No, en serio. ¿Qué te pasa, Óscar? – preguntó Dino con preocupación.

-Estoy hecho una mierda. Estoy hecho un lío. – Hacía tiempo que no hablaba con nadie de cómo me sentía, y exploté.

-Soy una mierda. No encuentro curro, y lo peor es que tengo treinta y cinco años y no sé hacer nada. Nadie me quiere contratar. Y, luego está Alex. Me está volviendo loco. No sé qué hacer, hasta se me ha pasado por la cabeza divorciarme – me quedé en silencio, pensando en lo que había dicho. La palabra divorcio había cruzado mi mente en alguna ocasión durante el último mes, pero nunca la había dicho en alto.

-Es normal pasar por momento difíciles durante el matrimonio – dijo Dino, que había tomado el papel de amigo responsable –. Alex es una chica increíble y hacéis una pareja estupenda. No puedes echarlo todo a perder por una mala etapa.

-Sí – asintió David. Dándole la razón a Dino por primera vez en la historia.

Ahora, la palabra divorcio me volvía a sonar demasiado fuerte. Pero, ¿por qué había salido de mi boca? Estaba claro, que lo tenía en la cabeza.

-Lo sé. Pero, ya no somos las mismas personas que nos enamoramos.

Los dos hemos cambiado mucho. Si nos conociéramos ahora, jamás saldríamos juntos - ¿Era eso verdad? ¿O, simplemente, estaba cabreado con el mundo? ¿Qué pasaría realmente si Alex y yo nos conociéramos ahora? ¿Nos volveríamos a gustar? ¿Nos enamoraríamos? Creo que no. Pero, ¿era esa una razón para el divorcio? A lo mejor le pasaba a todas las parejas...

-Es que me vuelve loco, os lo prometo. Todo lo que digo le parece mal. Si yo tengo frío, ella calor. Si yo quiero carne, ella pescado. Nunca estamos de acuerdo. Y, luego está el tema de tener hijos. Ya solo hacemos el amor por obligación, no porque nos apetezca – David no hablaba, pero estuvo atento y me trajo otra cerveza justo cuando más la necesitaba.

Bebí un largo trago. Me sentía mejor. Me había desahogado. Miré a mis amigos, Dino estaba a punto de llorar, y David se frotaba la calva con las dos manos como cuando está preocupado. Había soltado un auténtico dramón de discurso a mis amigos. David se acercó y me dio un fuerte abrazo, de esos que duelen, de esos que solo alguien que te quiere es capaz de darte. Luego vino Dino y repitió la técnica con menos fuerza, pero con el mismo amor.

-Ya lo tengo – exclamó David –. ¿Sabéis lo que tenemos que hacer?

Tenemos que ir a pasar el fin de semana a Ibiza. ¿Os acordáis cuando fuimos hace

quince años?

-¡Fue increíble! – respondí rápidamente, regocijándome en los recuerdos.

-¿Os acordáis de las inglesas que conocimos en el hotel? – dijo Dino.

-¿Cómo te acuerdas, pillín? – contestó David, haciendo que Dino se sonrojara, fruto de una mezcla de orgullo y vergüenza. Esa era una de las pocas veces que Dino había triunfado con las mujeres.

-¡Qué borrachas estaban! – dije, recordando la noche.

-¡Y nosotros! – dijo Dino.

-Sí, es verdad. Es verdad – asentí. Y los tres no echamos a reír.

-Lo digo en serio. ¿Por qué no nos vamos unos días?

Por mucho que me apeteciera irme con mis amigos, era imposible en estos momentos.

-No tengo un duro, tío. Hasta que no encuentre trabajo, no puedo hacer nada. Y encima me gasté todo lo que tenía ahorrado en la maldita licuadora de masticación lenta... trescientos euros.

-Sí, qué cara era. Y yo ni la he usado – dijo Dino con pena, que también se la había comprado después de haber visto el documental de alimentación.

-¡Qué raros que sois! ¡Qué cosas os compráis! – a David también le habíamos intentado convencer para que se la comprara, pero no cayó; claro que él no vio el documental con nosotros, sino ya veríamos –. Vamos, vais a comparar un viaje a Ibiza, con una mierda de licuadora.

-Hombre, visto así – no podía quitarle la razón.

-Venga, yo te dejo el dinero – insistió David.

-De verdad, que no puedo – por mucho que me gustaría irme a Ibiza con mis amigos, no podía decirle a Alex que me iba de viaje sin más. No lo vería bien, al menos no hasta que empezara a trabajar de nuevo -. Pero en cuanto empiece a currar, nos vamos – dije para no desanimarle.

-¿Prometido, Espartano?

-Prometido –. Definitivamente, en cuanto llegara a casa me afeitaría.

Al afeitarme se aclararon las ideas.

Me había desahogado y me sentía mejor. Al llegar a casa, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Manuel. Había llegado la hora de asumir la realidad. La oferta de trabajar en el nuevo restaurante era lo mejor a lo que podía aspirar. Qué importaba lo que pensara Alex, qué importaba lo que pensarán los demás.... Solo esperaba que aún necesitaran personal en el restaurante. Escribí un mensaje de texto a Manuel, me daba apuro llamarle:

“Hola, Manuel. ¿Qué tal estás? ¿Sigues en pie la oferta de trabajo? Gracias, Óscar”. Lo releí un par de veces, era corto y conciso, y le di a enviar. Allí iba mi futuro laboral, volando por el espacio de las telecomunicaciones...

A esperar respuesta...

Alex estaba con su hermana organizando cosas de la boda, así que estaba solo en casa. Me preparé un zumo en la licuadora de masticación lenta, ya que me había costado el equivalente a un viaje a Ibiza, por lo menos tenía que sacarle provecho. Cada cinco minutos echaba un vistazo al móvil, ¿y si Manuel ya no necesitaba camareros para el restaurante? Era gilipollas, por qué no habría aceptado antes. Por qué había escuchado a Alex, ¿qué le importaba lo que hiciera con mi vida? A medida que pasaba el tiempo y Manuel no contestaba, más me enfada yo con Alex. “¡No debería haberla hecho caso!” Me repetía una y otra vez. Si Manuel no me contestaba

en la próxima hora, imprimiría cien currículos y me pondría a repartirlos por todos los restaurantes de Malasaña. Tenía claro que quería trabajar en mi antiguo barrio, aunque estuviera lejos de casa, estaría cerca de donde había sido feliz.

El teléfono sonó. Era un mensaje de Manuel:

“Me viene perfecto, Óscar. ¿Puedes empezar hoy a las siete?”.

¿Que si podía empezar a las siete? Podía empezar ahora mismo si quería...

“Allí, estaré”.

Mandé el mensaje, y empecé a dar saltos de alegría. Hace unos días tenía dudas sobre si trabajar en el restaurante, y ahora lo celebraba como si me hubiera ofrecido el mejor trabajo del mundo.

Un nuevo trabajo, ¿una nueva vida?

Eran las cuatro de la tarde, aún tenía tiempo suficiente para afeitarme, arreglarme y llegar al restaurante. Un ligero cosquilleo se apoderó de mi estómago. Empecé a ponerme nervioso al pensar en el trabajo. ¿Sabría manejarme bien? Pedir la comanda, abrir las botellas de vino, a veces se me quedaba el corcho dentro la botella, esperaba que eso no me pasara el primer día.

Antes de afeitarme me miré por última vez en el espejo. No me quedaba mal la barba de vagabundo. Me hice un selfie de recuerdo, y después recubrí la negra barba con blanca espuma y comencé con el afeitado. ¡Cómo dolía! ¡Cómo tiraba del pelo! Nunca había tenido una barba tan larga, deberían vender espuma con anestesia para estos casos. Cuando acabé, volví a mirarme otra vez en el espejo. Parecía que me acababa de quitar diez años de encima. Me gustaba más así. Además, David tendría que cortar el rollo de “Espartano”. Volvía a ser: “Oscarinho”.

No sabía si tendría que llevar uniforme o no en el restaurante. Por si acaso, me puse mi camisa blanca, que me pareció lo más socorrido. Fui corriendo hacia la parada de autobús, al final se me había echado el tiempo encima. Me monté en la última fila, era el único asiento libre que quedaba sin tener que sentarse con nadie al lado. El autobús estaba lleno hasta arriba, sobre todo gente muy joven que bajaba al centro de Madrid para salir de marcha. Algunos llevaban botellas de alcohol camufladas en bolsas de la compra, e iban bebiendo a escondidas como si fueran cometiendo un delito de estado. Me hizo gracia porque me acordé de cuando Dino había escondido la marihuana en la bolsa del Corte Inglés. El teléfono sonó, era otro mensaje. Pensé que sería Manuel, probablemente querría que fuera a otra hora. Saqué el móvil del bolsillo y desbloqué la pantalla. Era Alex:

“Llegaré un poco más tarde, sobre la hora de cenar. ¿Qué haces tú?”.

Con los nervios de empezar en el restaurante, me había olvidado por completo de Alex. Tenía que decirle que esta noche empezaba a trabajar allí, y que llegaría tarde a casa. Se iba a enfadar de lo lindo, pero me daba igual. Hasta incluso, una parte de mí quería que se enfadara. Sin tener claro el por qué, como en casi todos los conflictos, le había declarado la guerra. El divorcio era una opción que ya no me sonaba imposible...

“Esta noche empiezo en el restaurante de Manuel. Yo también, llegaré tarde”. Mandé el mensaje. Mientras escribía el mensaje vi una notificación de la aplicación de fecundación del iPhone. Esta noche tocaba “noche de amor”. Definitivamente, Alex se iba a mosquear mucho, perderíamos una de las últimas oportunidades de procrear antes de la boda de su hermana. Alex tardó en responder:

“¿Cómo que empiezas en el restaurante? ¿Cuándo pensabas decírmelo?”.

Sí, estaba enfadada....

“Te lo digo, ahora”. Eso, sonaba demasiado borde. Lo borré, y en su lugar escribí: “Ha surgido. Me ha pedido que si por favor, podía ir”. Tampoco había necesidad de lanzar los misiles en el primer día de guerra.

“Haz lo que quieras”. Respondió Alex. Precisamente, eso es lo que pensaba hacer a partir de ahora... lo que quisiera.

Eat Village

A las siete menos cuarto llegué a la puerta del “Eat Village”. Estaba hecho un flan, muy nervioso. Me hubiera quedado un rato más en la entrada, pero no tenía tiempo. Cogí aire profundamente y abrí la puerta hacia mi nueva vida. El restaurante era increíble. Tenía una decoración muy cuidada que recordaba a Nueva York. Nunca había estado en la Gran Manzana, pero por todas las películas que había visto, me imaginaba que sería así. Los suelos eran de madera, y habían dejado parte de la pared con el ladrillo original. Tampoco habían cubierto las tuberías, y las bombillas caían sobre cuerdas, directamente del techo. Era una perfecta imperfección. Nada más entrar había una larguísima barra con sillas de madera cada una de un color. Todavía no había nadie en el restaurante, era pronto para la hora de cenar, por lo menos en Madrid, desconocía los horarios de los neoyorquinos. Únicamente había un pequeño grupo de amigos en la barra tomando unos sofisticados cócteles de colores, adornados con frutas y sombrillas hechas con palitos de madera.

Uno de los camareros se acercó hasta donde estaba. Era un chico en sus veintes, probablemente menos de veinticinco. Tenía una larga barba y llevaba la camisa un poco remangada, lo que permitía ver sus brazos totalmente tatuados, hasta donde prácticamente empezaba la mano; se mimetizaba, a la perfección, con el estilo del restaurante.

-¿Tiene reserva, señor? - me preguntó, con mucha educación.

Eché un vistazo rápido pero no vi a Manuel.

-Había quedado a las siete con Manuel, el dueño.

-Un momento, ahora le llamo. Creo que está en la cocina. ¿Cuál es su nombre?

-Óscar. Soy un amigo. - El chico se fue. Me arrepentí de haber dicho lo de amigo. Ahora, todos pensarían que tendría un trato de favor con el dueño. Además, en realidad tampoco es que fuéramos lo que se dice amigos, amigos... habíamos sido vecinos, y ahora iba a ser mi jefe.

Los camareros estaban preparando las mesas para la hora de la cena. Todo el personal tenía un aire moderno, como el restaurante. A lo mejor no debía haberme afeitado la barba, me daba un aspecto más adecuado para el trabajo. Aunque, por otro lado, así parecía más joven, porque estaba claro que era el más mayor de todos, después del dueño.

Manuel se asomó por la puerta de la cocina, estaba hablando por teléfono. Me saludó con la mano y me hizo un gesto de que esperara un momento. Un minuto después, colgó el teléfono y se acercó.

-Qué bien que me has llamado, Óscar. Me haces un favor que no veas. Dos camareros me han cancelado en el último momento, y andamos muy justos de personal.

-Muchas gracias a ti, por darme el curro. Me hace mucha ilusión trabajar aquí. El restaurante es una pasada.

-Te voy a presentar rápido a todo el staff. A Carlos ya le conoces – dijo señalando al camarero que me había atendido al entrar. Ese es Abdón, y estas son Carmen, Alicia y Beatriz - las tres chicas, que estaban liadas preparando las mesas, me saludaron con un gesto rápido. Definitivamente, todos mis nuevos compañeros aparentaban entre los veinte y los veinticinco años. Eso, hizo que me diera un pequeño bajón, pero intenté animarme, no podía caer en el derrotismo antes de empezar a trabajar. Además, seguro que nadie adivinaba mi verdadera edad.

-¿Cómo llevas el tema de los cócteles? ¿Sabes preparar alguno? – me preguntó Manuel.

-Alguno – contesté, sin pensar.

-Bueno, no te preocupes. Se aprende rápido – dijo Manuel, que enseguida se dio cuenta de que alguno, significaba “ni puta idea” – hoy te necesito en la barra.

-Perfecto. – La verdad es que prefería estar en la barra que atendiendo las mesas. Me ponía nervioso pensar que se me podía caer un plato encima de un cliente. La barra me pareció un sitio más seguro para mi primer día. Empecé a mirar todas las botellas como si fueran libros en una biblioteca. Había, aproximadamente, más de doscientas variedades de alcohol. La mayoría, ni las conocía. Dentro de la barra había un chico muy moreno preparando un cóctel con maestría. Empezó mezclando varias botellas, tan sólo pude reconocer la botella azul de Bombay Sapphire. Después echó en la mezcla varios tipos de lo que parecían zumos de frutas, puso hielo en la coctelera y empezó a agitar con fuerza. Preparó las dos copas para recibir la mezcla, y finalmente las adornó con trozos de frutas tropicales. ¿Cómo iba a hacer yo eso? La exhibición de coctelería creativa me había puesto muy nervioso. Mis gin-tonic caseros no tenían comparación.

-Este es Pedro, nuestra estrella de la coctelería – dijo Manuel, presentándome al artista.

-Hola, ¿qué tal? Soy Óscar.

-Yo, Pedro – dijo el chico con acento de las islas canarias.

-Eres de Canarias, ¿no?

-Sí, de Tenerife.

-Óscar empieza hoy con nosotros. No tiene experiencia. Así que esta noche quiero que le enseñes a preparar los cócteles básicos.

-Sí, jefe.

-Te dejo en buenas manos, Óscar. Luego nos vemos.

Manuel se marchó y me quedé a solas con Pedro, detrás de la barra. Por suerte, el restaurante seguía vacío. Tendría algo de tiempo para aprender cosas básicas antes de que empezara a llegar la gente.

-¿Nunca has trabajado de barman? - me preguntó Pedro.

- No.

-¿Y qué hacías antes?

-Llevo un tiempo sin empleo, pero antes trabajaba de administrativo.

Siento que tengas que perder tu tiempo enseñándome - me disculpé.

-No te preocupes. Todos hemos empezado de cero alguna vez, ¿no?

me sonó bastante sincero -. Vamos a empezar con el mojito, que es lo que más piden.

Cócteles y Sueños

Pedro empezó a enseñarme varios cócteles, algunos los había probado, y otros ni los conocía: Mojito, Fizz, Daiquiri, Cosmopolitan, Manhattan... Así una larga lista. Un rato después de la primera lección de coctelería básica, llegaron los primeros clientes. Al principio, me temblaba la voz cuando les preguntaba qué querían, pero, poco a poco, empecé a ganar confianza, y cuando me quise dar cuenta la barra estaba llena hasta arriba.

Pedro atendía a toda velocidad. El ritmo era cinco a uno. Él preparaba cinco cócteles en el tiempo que yo hacía uno. Me daba apuro molestarle, pero no recordaba cómo se hacían muchas de las bebidas, y le tenía que preguntar constantemente. Me pareció oír a alguien quejándose de mi lentitud... “nos ha tocado el novato”.

Pedro me dio un toque en la espalda.

-Óscar. Mira qué dos bellezones.- Estaba demasiado concentrado en lo mío, como para fijarme en esas cosas.

-¡Madre mía! - dije al girarme y ver dos chicas muy llamativas.

-Vinieron, también, la semana pasada. Atiéndelas tú.

-¿Yo? No jodas, Pedro. Ve tú, por favor. - Solo me faltaba que las dos tías buenas me pidieran un cóctel que no tuviera ni idea de preparar. No me apetecía nada quedar en ridículo.

-Ahora os atiende mi compañero - les dijo Pedro, a traición.

No me quedó más remedio que acercarme a ellas.

-¿Qué os pongo? – pregunté tímidamente.

-Mucho - contestó una de ellas. Y las dos empezaron a reírse. Iban bastante contentillas. Parecía que el Eat Village no había sido su primera parada de la noche. Por qué narices les habría dicho: “¿Qué os pongo”? Era la típica broma que David siempre hacía a las camareras cuando estaba borracho. Cuando alguna camarera guapa nos preguntaba: “¿Qué os pongo?” David siempre contestaba “me pones mucho”, y ahora, yo me había convertido en el objetivo de la broma. ¿Significaba eso que pensaba que era guapo? Probablemente solo se estaban riendo de mí.

-¿Y de beber? - pregunté con una sonrisa. Mejor tomárselo a bien.

-Dos mojitos. – ¡Menos mal! Resoplé con alivio. El mojito lo tenía controlado.

Comencé a preparar los mojitos como Pedro me había enseñado. Las dos chicas no paraban de mirarme.

-Las tienes locas – me susurró Pedro en la oreja.

La de años que hacía que no sentía esta sensación de ser admirado y deseado. Esta sensación de poder sexual que sientes cuando estás detrás de una barra, subido en un escenario, o simplemente eres el protagonista de la historia. Por unos instantes, mi autoestima se elevó a niveles de la década pasada, cuando tenía veinte años y me sentía joven y atractivo...

Les serví el mojito y las dos chicas aplaudieron. Gracias, gracias, gracias de parte de mi ego. Ahora, me quitaría el sombrero, si llevara.

-¡Esta riquísimo! – exclamó una de ellas, mientras absorbía por la pajita.

-Yo le he enseñado a hacer mojitos - Pedro, apareció por detrás. Era justo que reclamara su premio al esfuerzo de profesor.

-Pues, le has enseñado muy bien, entonces – volvió a repetir una de las chicas, a la que parecía gustarle.

-¿Eres nuevo, no? – preguntó la otra. Dudé si lo preguntaba porque a ella no le había gustado su bebida o porque no me había visto antes.

-Sí, he empezado hoy.

-No te vimos la semana pasada.

-Hoy es mi primer día.

-Yo soy Claudia – dijo una de ellas, con acento argentino.

-Pamela – se presentó la otra chica, que no me quitaba ojo y que tenía un acento mejicano.

-Soy Óscar – les di la mano, pues me pareció más profesional que dar dos besos desde detrás de la barra.

-Su mesa ya está lista - les avisó una de las camareras.

-Bueno, pues nos vemos después de cenar –dijo Pamela.

-Aquí estaré. Que disfrutéis la cena.

Mientras se alejaba, no pude quitar la vista del culo de Pamela. Estaba realmente tremenda la mejicana. Seamos sinceros: si no estuviera detrás de la barra de este restaurante de moda, esa tía jamás me hubiera mirado. ¡Me encantaba trabajar aquí!

¡Qué le den por culo a los trabajos administrativos! pensé mientras lanzaba un vaso al aire y lo hacía girar como Tom Cruise en la película de cóctel y sueños. El vaso se me resbaló y cayó al suelo haciéndose añicos, justo cuando Manuel entraba en la barra. ¿Sería el karma, recordándome que la vida no es una película?

-Lo siento, Manuel - me disculpé rápidamente, mientras cogía la escoba y el recogedor.

-No pasa nada – contestó. Pero por la cara que puso, probablemente, me había visto hacer malabarismos con el vaso.

El restaurante empezó a vaciarse poco a poco. Tan solo quedaban un par de mesas que se llegaban por los postres. Pedro y yo empezamos a recoger la barra. Meter los vasos en el lavavajillas, secar a mano las copas de vino y a reponer las botellas que se habían acabado.

-Ya nos vamos – Pamela se acercó hasta la barra para despedirse.

-¿Os ha gustado la cena?

-Sí, todo estaba muy bueno. ¡Oye! Vamos a ir a tomar unas copas por aquí cerca. ¿Os queréis venir cuando acabéis?

-Hoy, no puedo – contesté, sin dudar un solo segundo. Su gesto de sorpresa revelaba que no era una mujer acostumbrada a ser rechazada. Pero, no quería empeorar aún más las cosas con Alex. Una cosa era haber aceptado este trabajo contra su voluntad, y otra presentarse a las seis de la mañana por haber estado de fiesta. Además, estaba destrozado, había sido una noche intensa.

-Es que tengo que levantarme mañana temprano – mentí para excusarme.

-Bueno, te dejo mi teléfono por si cambias de opinión.

Pedro, que estaba atento a la conversación me acercó papel y bolígrafo. Pamela apuntó su número, y junto a él, dibujó una carita sonriente. Según la veía alejarse, pensaba en lo mucho que hubiera disfrutado de este trabajo cuando estaba soltero. ¡Viva Méjico y el tequila! Otra vez me invadió la amarga sensación de haber tirado por la borda parte de mi juventud. ¿Cómo sabemos que nuestra media naranja, es realmente nuestra media naranja? ¿Hay alguna fórmula científica para estar seguros, o simplemente, es un acto de fe?

-¿Pero, qué haces Óscar? ¿Cómo le dices que no a esa mejicanita? – dijo Pedro, que estaba acelerado.

-Yo estoy casado, tío – dije, mostrándole mi anillo. Pedro se quedó alucinando, como si le hubiera dicho que soy de Marte.

-¿En serio? ¿Pero, tú cuántos años tienes, Óscar? – Ya estábamos con la maldita pregunta de cuántos años tienes. ¿Por qué la gente quiere saber la edad de todo el mundo? ¡Qué manía con preguntar la edad de los extraños! ¿Acaso no les habían enseñado en el colegio, que eso era de mala educación?

-Tengo... treinta y dos años – mentí, sin saber muy bien por qué.

-¡No jodas! Entonces eres de la quinta del ochenta y tres, como mi hermana.

-Intenté hacer cálculos, rápidamente, para ver si los años coincidían, pero necesitaba más tiempo para resolver la suma. A los de letras, se nos coge rápido si mentimos con los números...

-Sí, del ochenta y tres – contesté finalmente, esperando que los números cuadraran.

-Fíjate, yo te echaba veintisiete, o algo así. ¡Qué fuerte! ¡Treinta y dos!

Menos mal que por lo menos me había quitado tres años de un tirón. Tenía que haber dicho que tenía treinta, o ya puestos, veintinueve. Ya que podía elegir, ¿por qué no retroceder una década? Seguro que Pedro pensaba que era un loser. Treinta y dos y

empezando aquí conmigo, con un chaval de veinte y pocos a hacer cócteles. O quizá todo estaba en mi cabeza, y Pedro ni siquiera se planteaba esas cosas.

A cien por hora

Los siguientes días transcurrieron muy rápido. Con el trabajo del restaurante, apenas me daba tiempo a pensar en nada. Y eso era bueno. Incluso varios días, me había presentado voluntario para hacer turnos dobles. No quería tener tiempo libre, no quería estar en casa, no quería pensar en nada, ni afrontar la realidad, solo quería estar en el restaurante. A Alex casi no la había visto en los últimos días. Un par de noches, incluso, había dormido en el sofá. No quería despertarla a las horas que llegaba. La noche anterior tenía un aviso en el iPhone: tocaba hacer el amor, era noche de máximas posibilidades. Pero ni Alex bajó a buscarme, ni yo subí a buscarla. ¿Nos estábamos separando de verdad? ¿Era éste el proceso?

Ya era viernes otra vez. Esta noche era la última que trabajaba de la semana. Manuel me había dado el fin de semana libre por todos los turnos dobles que había hecho. El sábado había reservado mesa en un restaurante, cerca de casa, para cenar. Le había mandado un WhatsApp a Alex para ver si le apetecía ir. Había sido muy raro quedar con ella por mensaje, sin vernos o llamarnos. Tenía pensado que hablaríamos sobre nuestra relación en la cena. Estaba claro que la cosa ya no funcionaba. Pero, no sé si me atrevería a sacar el tema. Me gustaría saber qué pensaba ella de todo esto. Quizá pensaba como yo. Quizá ella también pensaba en separarse y no decía nada por miedo a hacernos daño. Quizá después de la cena sería el fin de nuestra relación... ¿La última cena? El fin de Óscar y Alex... Puede, que ni siquiera fuera a la boda de su hermana. Claro que, no creo que su familia me echara mucho de menos.

Viernes Noche

No estaba muy hablador. Me limitaba a preguntar a los clientes qué querían, y hacer los cócteles en silencio como si fuera un barman en una película muda. Estaba presente en cuerpo, pero no en espíritu. Intentaba organizar en mi cabeza el discurso para soltarle a Alex en la cena. Quería decirle que nuestra relación ya no funcionaba, pero por otro lado tampoco estaba al cien por cien seguro de que quería divorciarme, y desde luego no quería hacerla daño. Siempre que veía a Alex llorar se desangraba una parte dentro de mí...

David y Dino habían quedado en venir a verme esta noche al restaurante. Eso, me animaría. Era el último fin de semana del mes, y el Eat Village estaba más tranquilo de lo habitual, no era el único que vaciaba las arcas antes del día treinta. Pedro tenía el día de descanso, estaba solo en la barra. Sentí cómo el teléfono vibraba en mi bolsillo. No nos permitían llevar el móvil encima cuando estábamos atendiendo, pero a veces cuando no había muchos clientes me lo guardaba, y lo echaba un vistazo de vez en cuando, sin que el encargado se diera cuenta. Era Alex, otra vez. Me pareció raro que me llamara a esas horas, seguro que quería que comprara algo antes de volver a casa, probablemente leche o pan de molde para desayunar. Además, tampoco podía contestar ahora, así que guardé el móvil en la mochila que tenía en la taquilla. No quería que Manuel me llamara la atención. Era un buen jefe, pero con temas como el de usar el móvil durante el turno de trabajo, no pasaba una.

Me animé bastante cuando vi a mis amigos entrar en el restaurante.

-Bueno, pero si tenemos aquí a Tom Cruise con la coctelera – dijo David al llegar a la barra.

-Todavía no controlo eso de los malabarismos con las botellas, pero dame tiempo - los tres nos saludamos efusivamente, desde la barrera que separaba

clientes de empleados.

-¡Cómo mola el restaurante, Óscar! ¡Qué chulo! – dijo Dino, admirando la decoración.

-Aquí se tiene que ligar un montón. ¿No me digas que no, Oscarinho? si Dino, se había fijado en la decoración, David se fijaba más en las oportunidades del negocio.

-Pues, ahora que lo dices, el otro día un par de tías tremendas me dijeron que si quería quedar con ellas cuando acabara de trabajar.

-¿En serio? Este sitio es una mina. Lo he visto nada más llegar – dijo David, contento de que su intuición fuera cierta.

-Eso es el poder de atracción de la barra. Hay una explicación científica para eso – dijo Dino, mientras se comía los panchitos que otros habían dejado.

-Pero qué poder ni qué mierdas dices, Dino. Óscar liga porque es guapo. Si yo me pongo detrás de la barra ligo todavía más, y si te pones tú, no ligas nada, ni aunque te subas a una silla detrás de la barra.

-El poder de la barra – repitió Dino, ignorando la explicación de David.

-¿Qué queréis tomar? Os invito yo, que tengo descuento de empleado.

-No sé. Ponme una birra.

-Sí, a mí también.

-¿Una birra? Aquí no podéis pedir una birra. Este es el sitio más fashion de Madrid. Tenéis que pedir algo más sofisticado. Os voy a preparar un gin-tonic que vais a alucinar.

-Bueno, como quieras.

-Dejarlo en mis manos - tenía ganas de mostrarles mis recién adquiridos conocimientos en coctelería. Finalmente, me decidí por algo sencillo, pero sofisticado. Le preparé un Hendrick con pepino, tomate, zanahoria y pimienta.

-A ver si os gusta.

-¿Pero, qué es esto, Oscarinho? ¿Cuántas cosas le has echado?

-A mí me sabe a ensalada – dijo Dino con cara de asco.

-Joder, Oscarinho. Esto es una ensalada de la huerta no un gin-tonic –protestó ahora, David.

-¿Pero qué decís? Esta mezcla es lo que más piden.

-A mí ponme un Beefeater con una rodaja de limón, como siempre – pidió David.

-Sí, a mí también – le siguió Dino.

-No me seáis, que esto no es el bar de la oreja. Esto es la última tendencia en coctelería.

-¿A ver si ahora te has vuelto un hámster de esos, Óscar?

-¿Cómo que un hámster, Dino? – le pregunté, sin saber a qué se refería.

-Sí, esos modernos de las barbas largas y tatuajes. Como tus compañeros - susurró.

-¿Un hípster?

-Sí, eso.

-¡Qué dices, Dino! Yo soy el mismo de siempre. La verdad es que esto sabe a ensalada – dije probando un de los gin-tonic que les había preparado. Los tres nos echamos a reír.

12. Todo cambia en un segundo

Dino y David se fueron después de acabar su tradicional gin-tonic de Beefeater. Había sido agradable que vinieran a visitarme al trabajo. Un rato después, se marcharon los últimos clientes. Había dos mesas, que se habían eternizado con los postres, los cafés, los chupitos y la conversación. Esa es una de las buenas costumbres que tenemos los mediterráneos, hacer de cada comida un ritual. Pero claro, la costumbre se convierte en una tocadura de pelotas, cuando trabajas en un restaurante. Acabé de recoger la barra, cogí la mochila y me marché directo hacia la parada del autobús. A veces me quedaba a tomar una copa, cortesía del Eat Village, con mis compañeros, después de trabajar. Pero esa noche estaba muy cansado. Necesitaba un día libre como agua de mayo.

Me senté en el autobús camino de casa. No veía el momento de estar tumbado en la cama. Saqué el móvil de la mochila para quitar el modo silencio. ¡Tenía treinta llamadas perdidas y cinco mensajes de voz de Alex! El corazón me dio un vuelco, sabía que algo malo había pasado. Podía, perfectamente, oír los latidos de mi corazón mientras marcaba el número del buzón de voz. Era la voz de Alex:

“Óscar, tu padre ha tenido un accidente con el coche. Tranquilo, está bien. Solo un fuerte golpe. Estamos en el hospital. Ven en cuanto lo oigas. Esta noche tiene que quedarse en observación. Tranquilo, está bien”.

Sentí un pinchazo muy fuerte en las sienes, y luego en el pecho. Me dolía mucho la cabeza, y me costaba respirar. Me bajé del autobús, tan pronto como se paró en la siguiente parada, y busqué un taxi que me llevara al hospital. El camino se me hizo eterno. ¿Y si Alex me había dicho que estaba bien para que no me preocupara? ¿Y si era algo más grave? La posibilidad de perder a mi padre, era como mi propia muerte, nada podía dolerme más.

Madrugada en el hospital

Por suerte, no había tráfico a esas horas, y llegué enseguida al hospital. Alex me estaba esperando en la recepción.

-Está bien, Óscar. Tranquilo. Está bien – repetía sin parar. Pero yo necesitaba verlo con mis propios ojos.

Entré en la habitación corriendo. Mi padre estaba tumbado sobre la cama y mi madre sentada junto a él. Tenía la cara amoratada y llena de heridas del golpe, y un brazo escayolado. Corrí hacia él y lo abracé con fuerza, pero con cuidado.

-Estoy bien, hijo – ahora sí, sus palabras me tranquilizaron, entonces rompí a llorar sin parar -. Estoy bien hijo, no llores – repitió papá, mientras acariciaba mi pelo con su brazo sano -. Ha sido solo un susto, hijo – me quedé un rato más tumbado sobre su pecho. Seguía llorando.

-¿Estás bien, papá? – le pregunté cuando conseguí incorporarme.

-Sí, hijo. Ha sido solo un susto. Yo me quiero ir a casa pero los médicos insisten en que pase la noche aquí por precaución.

-Sí, mejor quédate – me sentía más tranquilo si estaba en el hospital, rodeado de gente que le podían atender si lo necesitaba.

-Te quiero papá. – “Te quiero” no es una frase que nos digamos mucho de hombre a hombre. Ni siquiera de padre a hijo o de hijo a padre, aunque sea la persona que más quieras del mundo, nos lo guardamos en nuestro interior. Los hombres somos así, tacaños en la lengua de los sentimientos. Pero, esta vez, necesitaba decírselo. Tenía que saber lo mucho que le quería. Tenía que saber que le necesitaba siempre a mi lado, que le debo todo y que sin él no era nada.

Quería quedarme con papá toda la noche. Pero solo permitían un acompañante por

habitación. Papá insistió en que estaba bien, que nos fuésemos a casa a descansar. El médico nos dijo que si pasaba buena noche le darían el alta al día siguiente por la mañana, así que me fui con Alex a casa.

Me despedí de mis padres, y quedé en venir al día siguiente a las siete de la mañana cuando empezara el horario de las visitas.

¿Quién nos quiere en esta vida?

Durante el camino de vuelta apenas hablamos. Alex conducía.

-Gracias por venir – le dije mientras acariciaba su mano sobre la palanca de cambios.

-He venido en cuanto me he enterado. Te he llamado un millón de veces, pero saltaba el contestador.

-Lo sé. Tenía el móvil en la taquilla del restaurante. Allí no lo podemos usar.

-Bueno, lo importante es que está bien. Verás cómo mañana le dan el alta – dijo Alex, al darse cuenta de mi pesadumbre.

-Sí, eso es lo importante.

Por la noche no pude dormir. Estaba preocupado. Además, me sentía horrible por no haber estado junto a mi padre cuando me necesitaba. ¿Y si hubiera sido más grave? No me hubiera enterado hasta horas después. Empecé a maldecir el trabajo en el restaurante, y empecé a maldecirme a mí mismo por todo lo que se me ocurría. ¿Por qué narices no había cogido el teléfono cuando vi la primera llamada de Alex? Era un gilipollas. Un auténtico gilipollas.

El infinito es mañana.

Iba a ser una larga noche, y estaba claro que no iba a poder pegar ojo. Me senté en el sofá, y encendí el portátil. Me puse a escribir la frase “soy un gilipollas” durante mil veces, una a una, nada de corta y pega. Después, me cansé, y abrí el libro para continuar escribiendo. El incidente de hoy me había recordado que no somos eternos, la muerte de mi abuelo me lo dejó muy claro, pero a veces parece que olvidamos que tenemos los días contados, y perdemos el rumbo distraídos por banalidades. ¿Y si no hubiera vuelto a ver a papá? Jamás hubiéramos hecho ese viaje juntos a Nueva York del que siempre hablamos. ¿Por qué seguimos aplazándolo y aplazándolo como si tuviéramos todo el tiempo del mundo? Si tuviera dinero suficiente esta misma noche compraría los billetes y mañana estaríamos desayunando en el verdadero East Village. Si vendía el libro, haría eso... me iría con papá a Nueva York.

Desayuno en el hospital

A las siete de la mañana estaba en la puerta del hospital. El médico le dio el alta a papá por la mañana y nos fuimos a casa. Por suerte tenía el fin de semana libre para estar con él. Creo que si hubiera tenido que ir a trabajar hubiera mandado a la mierda el restaurante, de todas maneras.

El coche de papá había quedado siniestro total después del golpe. Así que fui a recogerles en Mochito. Papá y mamá se sentaron juntos atrás, para ir más cómodos. A Mochito le llevó varios intentos arrancar. Supongo que también estaba conmocionado con el susto del accidente. No en vano, había pertenecido a mi padre antes que a mí, es normal que estuviera afectado.

-Este coche está hecho una cascarría - dijo mamá al ver que no arrancaba-. Vas a tener que ir pensando en cambiarlo.

¿Cambiar a Mochito? Él era mucho más que un coche para mí. Era un amigo, un compañero fiel. Además, los dos habíamos envejecido juntos. A él se le habían caído los embellecedores, a mí un poco el pelo. Él se quejaba de los amortiguadores y yo de los lumbares. Él ya no corría tanto y yo tampoco. ¿Debemos cambiar las cosas que tienes cariño solo porque ya no funcionan como antes? No era mi filosofía, y menos desde hoy.

-Le tengo cariño, mamá. Además, no está tan viejo – dije defendiendo a mi amigo.

-¡Mi pobre Annie! – suspiró papá.

Annie era el querido BMW de papá. Lo de ponerle nombre a los coches lo había cogido de él. “Un coche con carácter tiene que tener nombre”. Tenía razón: Chiti Chiti Bang Bang, Kitt (El coche Fantástico), el Batmovil...

-Bueno papá, lo importante es que tú estás bien.

-Sí, eso es lo importante. Además, Annie estaba ya para jubilarse – dijo mamá, que estaba empeñada en renovar la flota automovilística de la familia.

-Pobrecilla, ha quedado destrozada. ¡Pero cómo coño no he visto el coche que venía de frente! - gritó papá, dándose capones en la cabeza con las manos. Eso de darse en la cabeza cuando haces las cosas mal, era algo que también había heredado de él.

-¡Pero qué haces, Óscar! - gritó mamá, mientras le sujetaba las manos -. ¡Pero, cómo te das en la cabeza! ¿No sabes que acabas de tener un traumatismo craneoencefálico? - después le dio un beso con mucho cariño en la mejilla.

Me pregunté si Alex y yo seríamos así dentro de treinta años. Me pregunté si ni siquiera estaríamos juntos dentro de treinta años.

Reflejos y mensajeros

Papá se tumbó en la cama, y cayó dormido en cuanto llegamos a casa. Me senté en la cocina a desayunar con mamá. El café empezó a hervir y apagué el fuego. Mis padres todavía usaban la misma cafetera italiana que antes de que me fuera de casa. Probablemente tenía más de quince años, pero seguía haciendo un café maravilloso, incluso mejor antes. Me animó un poco saborear el viejo aroma a café recién hecho. Alex y yo usábamos una cafetera de las nuevas, de pastillas. Era cómoda y limpia. Especialmente útil cuando ibas con prisa por las mañanas. Pero el sabor era diferente. O quizá, simplemente, me sentía nostálgico de los buenos recuerdos que ese aroma me traía.

Preparamos unas tostadas con aceite de oliva para acompañar el café. Mamá, parecía muy cansada, seguramente, tampoco hubiera dormido nada en toda la noche.

-¿Por qué no te acuestas, mamá?

-Tengo muchas cosas que hacer, hijo. Además, no quiero quedarme dormida por si tu padre me necesita. – Me quedé pensando en lo duro que tiene que ser estar solo cuando alcanzas una cierta edad. Sin nadie con quién contar cuando lo necesitas. Sin duda esa era una de las cosas buenas de formar una familia.

Acabamos de desayunar, en silencio. Aunque adoraba a mi madre nunca habíamos tenido muchos temas de conversación que compartir. Especialmente desde que me había hecho mayor, habíamos dejado de contarnos nuestros problemas e inquietudes.

-Estoy preocupada por tu padre – dije finalmente, mamá.

-No te preocupes, mamá. El médico ha dicho que el golpe en la cabeza no ha sido importante, y el brazo seguro que se recupera pronto.

-No es eso – suspiró.

-¿Qué pasa, entonces? –pregunté con inquietud.

-Hace tiempo que tenía que haber dejado de conducir.

-¿Por qué lo dices? – me había dado cuenta que mi padre había perdido un poco de reflejos, pero nada importante.

-Está muy torpe. Ya hemos estado a punto de tener varios golpes este mes. Y hace unas semanas se mareó conduciendo, por suerte estábamos en una carretera sin tráfico.

-¿Cómo que se mareó conduciendo? ¿Y por qué no me habéis dicho nada?

-No queríamos preocuparte.

No podía echarle nada en cara a mi madre por no haberme contado lo de papá, la verdad es que yo también hacía lo mismo. ¿Era así cómo funcionaban las familias? Están siempre ahí para ayudarte, y se ocultan cosas para no crear preocupaciones.

-Le he pedido varias veces que deje ya de conducir. Podemos ir andando y en autobús a todos los sitios. Pero tu padre no me hace caso. ¡Ya sabes que es un cabezota!

-A lo mejor se ha despistado un par de veces, sin más. Le puede pasar a cualquiera, mamá. – No quería afrontar la idea de que mi padre se estaba haciendo mayor.

-No, hijo. Tienes que hablar con él. A ti te escucha. No podemos arriesgarnos a que tenga otro accidente.

-Venga, mamá. No te preocupes. Tengo que ir a recoger las cosas de papá al taller donde llevaron el coche. Luego os llamo.

-Vale. No se te olvide hablar con él cuando haya descansado.

-No – le di un beso, y me despedí.

Camino del taller no podía dejar de pensar en la petición de mamá. Cómo le iba decir a mi padre que tenía que dejar de conducir. No podía hacer eso. No podía ser yo quién le dijera eso. Le destrozaría. Tendría que ser un médico, o en la revisión del carnet. Claro, que ahí, con tal de que pagues, siempre te dicen que estás bien. Pero yo no se lo pensaba decir. No quería ser la persona que le dijera que estaba mayor, y que había llegado la hora de viajar en el autobús de los jubilados. Mi padre me había llevado a todos los lados: al colegio, al fútbol, a casa de los amigos, de vacaciones... y siempre había sido un conductor de primera.

Llegué al taller. Se me hizo un nudo en el corazón cuando vi a Annie. Estaba totalmente destrozada. Tenía el morro hundido hasta el volante. Por suerte había saltado el airbag, y papá siempre llevaba el cinturón. El encargado del taller me dio una bolsa con todos los efectos personales que había en el coche. Comprobé que estaban todos los papeles, y las gafas de ver que papá guardaba en la guantera. Me despedí de Annie. La vida era una mierda. Annie había quedado hecha añicos, y yo tenía dos opciones: decirle a mi padre que dejara de conducir, o no decir nada y esperar que esto no volviera a pasar. Sentía mucha rabia interior. Cogí una piedra y la lancé contra un árbol. Deseé que hubiera algo que pudiera romper en esos mismos instantes. El iPhone sonó. Volví a pensar en estamparlo contra el suelo, pero no podía ser. Al menos no hasta que terminara de pagarlo. Se iba a salvar por segunda vez... Habría que cambiar el refrán por: tienes más vidas que un iPhone, en vez de un gato.

Era un mensaje de David. Se me había olvidado por completo que teníamos partido de fútbol. No me encontraba de humor para ir, aunque por otro lado me vendría bien despejarme. Dar unas patadas al balón me calmaría, y me ayudaría a pensar en otras cosas. Llamé a mamá para comprobar que papá estaba bien, y para decirle que tenía todas sus cosas. Papá seguía durmiendo, jugaría el partido y estaría en casa para cuando se despertara.

¿Dónde está el límite?

Iba bastante justo de tiempo para llegar antes de que comenzara el partido. Dino me había dicho que otra vez éramos los justos para jugar, que si yo no iba, cancelarían el partido. Aceleré hasta donde Mochito podía alcanzar. No me importaba el riesgo de la velocidad, no me importaba que me pusieran una multa. En las últimas horas había alcanzado el límite en que las cosas te pueden importar. Estaba de uñas con mi vida. El árbitro estaba a punto de darnos por no presentados, cuando Dino me vio corriendo hacia el campo.

-¡Aquí está, señor árbitro! - gritó Dino. El árbitro puso cara de pocos amigos. Ya se veía de fiesta con un cubata en la mano. Ahora, tendría que esperar un rato más.

-¿Cómo está tu padre? - David y Dino me abrazaron.

-Bien, bien. Sólo un susto.- Les devolví el abrazo. Dino y David eran como de la familia. Se habían pasado toda el día preguntándome por el estado de papá, y se habían ofrecido para ayudarme en lo que necesitara. Sabía que podía contar con ellos, y ellos conmigo.

-¿Entonces al final jugáis o qué? – nos interrumpió un chaval del otro equipo, con prepotencia.

-¿Seguro que preferís que os demos una paliza? Si no os presentáis, perdéis solo uno a cero – continuó otro con la misma chulería.

Hoy jugábamos contra los primeros clasificados de la liga. Eran todos chavales en plena forma que apenas alcanzaban la veintena. Pero eso no les daba derecho a semejante actitud.

-¡Anda y que te den, cara cono! – fue lo primero que se me ocurrió al ver su cara alargada con forma de pepino. Probablemente le hubieran sacado con unas ventosas al nacer.

Dino y David me miraron sorprendidos por mi agresividad. Tenía los niveles de testosterona a tope, como si me hubiera comido un cordero crudo a mordiscos. Ahora entendía a Brad Pitt en “El club de la lucha”, yo también tenía ganas de golpear a cara cono. Pero me conformaría con chutar fuerte el balón en cuanto sacara, puede que hasta apuntara a sus huevos, con esa cara tan fea, él sí que se merecía no dejar descendencia.

-Ya veremos quién gana – les desafió Dino, que aunque sabía que nos iban a dar la del pulpo, quería mostrarme todo su apoyo.

-Tranquilos. Tranquilos, que se nos enfadan los “puretas”. No os preocupéis que os dejamos meter uno – ahora sí que cara cono se iba a llevar lo suyo. Podía meterse con mi cara, con mis orejas, con mi nariz, pero llamarnos “puretas”, era algo imperdonable. Probablemente lo hubiera dicho por Dino que tenía canas, o por David que estaba calvo. Pero me había ofendido de la ostia.

El balón echó a rodar, y en menos de cinco minutos ya nos habían cascado dos goles. Ni siquiera le había podido dar un pelotazo a cara cono porque no había tocado el balón. Y encima habían pasado dos veces la pelota por debajo de mis piernas. Nos estaban humillando. El final de la primera parte se acercaba y llegaron el quinto y el sexto gol en contra. Estaba asfixiado, ya ni podía perseguir a cara cono y su cuadrilla. ¿Tendría que comerme mi orgullo y hacer referencias a la nueva generación? ¡Nunca!

Estábamos a punto de llegar al ecuador del partido. Cuando David le hizo un regate a uno cerca del área, parecía que iba a llegar nuestro gol del honor. Se disponía a chutar cuando cara cono le cazó la pierna por detrás y lo tiró al suelo. David se levantó como una exhalación en busca de cara cono y comenzaron los empujones. Enseguida todos nos unimos a la tangana, hasta Dino, que siempre era un ejemplo de antiviolencia.

El árbitro ponía paz como podía con su silbato. Tras unos empujones y unos insultos nos separamos. La falta había sido al borde del área, y aunque reclamamos penalti, no

podimos convencerle. Cara cono se puso en la barrera. Le supliqué a David que me la dejara tirar.

-No falles, Óscar. Confiamos en ti – me animó Dino. Pero, yo no tenía ninguna intención de meter gol. Ni siquiera de chutar a puerta. Solo, quería estallar el balón con todas mis fuerzas en la jeta de cara cono.

Cogí carrerilla como hacen los profesionales. Y eché a correr como un miura, sin levantar la vista de mi víctima. No sé muy bien lo que pasó. Recuerdo que solté la pierna con todas mis fuerzas pero el balón ni se movió. Segundos después estaba en el suelo retorciéndome de dolor. Me había destrozado la pierna. Miré hacia arriba, y vi un millón de caras que me rodeaban. Hasta cara cono estaba preocupado. No pude evitar que unas cuantas lágrimas se me escaparan del dolor. Me había tirado diez años sin llorar y en los últimos meses parecía que me había dejado el grifo abierto.

David y Dino, me cogieron como un saco de patatas y me llevaron al coche. Otra vez camino del hospital...

De vuelta al hospital.

-¡Se está mareando! - gritó Dino.

-¡Dale aire! ¡Dale aire! – David le daba instrucciones médicas a Dino, mientras conducía a toda pastilla.

-No puedo mirar, tiene la pierna fuera de sitio. Yo también me mareo si miro. - Dino era un gran amigo, pero el mundo no se había perdido un buen enfermero.

Me miré la pierna, estaba muy hinchada y la tibia parecía fuera del sitio. Creo que vi un cacho de hueso saliendo por la piel. Casi pierdo el conocimiento...

-¡Respira! ¡Respira! – decía Dino, mientras miraba hacia otro lado.

-Coño Dino, que no está pariendo. Dile algo para animarle. Venga

Óscar, veras qué pedazo de enfermera te va a atender. No va a saber qué pierna tienes fuera de sitio – David y sus gilipolleces, pero me hacían reír.

Me metieron por urgencias y me hicieron una placa. Veredicto: ¡Rotura de tibia y peroné! Sí, eso que lees en los periódicos deportivos, que te crees que solo le pasa a los jugadores de primera división. Me colocaron el hueso, que me dolió mucho y me llevaron en camilla a una habitación. Hasta el día siguiente no me operaban, así que me sedaron con calmantes para que no sufriera. Un rato después, no me dolía nada ni el cuerpo, ni la mente, ni el alma... ¡Estaba en armonía artificial! Deberían vender estos calmantes sin receta, para los malos días.

La habitación se llenó de toda la gente que me quería. Papá, mamá, Alex, David y Dino. Debería sentirme afortunado, pero los calmantes me habían dejado sin sensación, ni sentimiento.

-¿Estás bien, hijo? – Papá me sujetaba la mano, con su brazo sano.

Los papeles se habían invertido en tan solo veinticuatro horas.

-Pero, ¿cómo has venido, papá? Tienes que descansar.

-¡Va, ya estoy bien! ¡Ya se me ha pasado! Ni caso a los médicos. –

Papá era de otra pasta. Yo no era tan fuerte, ni de lejos. Me pregunto si es porque es de otra generación, donde los hombres eran más hombres, o porque es un padre, y cuando te conviertes en padre te haces más fuerte.

Alex y mamá me acariciaban el pelo cada una por un lado de la camilla. Dino me daba palmaditas en la pierna sana y David me levantaba el pulgar cada tres minutos. Era agradable ser querido, a pesar de las circunstancias.

-Haz el favor de decirle a tu hijo que deje ya el fútbol. Que ya no tiene edad – le dijo Alex a mamá.

-Óscar, haz caso a Alex. Tienes que hacer cosas más suaves, que ya

no eres un crío. – Las mujeres parecían de acuerdo en que debía colgar las botas.

-¡Haz Tai Chi! – propuso Alex.

-Sí, el Tai Chi está fenomenal. En el centro cultural del barrio dan clases de Tai Chi, y yo he visto que van muchos hombres.

-Pero, mamá, hombres de por lo menos sesenta años.

-Ya no eres un niño, Óscar. El fútbol es muy violento – continuó mamá.

-¡Qué coño va a hacer, Tai Chi! ¡Eso es una tontería! – papá salió en mi defensa haciendo tonterías con los brazos como si estuviera haciendo Tai Chi, aunque más bien parecía que estaba bailando sevillanas -. Déjale que juegue al fútbol. Hay muchos futbolistas de primera división que juegan hasta los cuarenta, sin problemas. – Sabía que siempre podía contar con papá, y él siempre podría contar conmigo. A partir de ahora estaría más pendiente de él. Le llevaría en coche a dónde quisiera, pero de ninguna manera le iba a decir que estaba viejo para conducir. Éramos uña y carne, palo y astilla, y nos apoyaríamos hasta el final.

-Haz yoga – soltó de pronto, Dino.

-Eso, haz yoga, Óscar. ¿Ves? Hasta tu amigo te lo dice – a mamá, siempre le había caído bien Dino. David no tanto porque decía que era un “vive la vida”.

-Eso, Óscar haz yoga – continuó David, con tono jocoso, y haciendo como si se fumaba un porro cuando nadie le veía. Los tres nos echamos a reír acordándonos de nuestra aventura para conseguir la marihuana.

-No tiene gracia, es un tema serio. Tienes que cuidarte. – Pero Alex no sabía que sí que tenía gracia. Solo que no podía contarle por qué.

Con la risa me entraron muchas ganas de hacer pis. David que era el más fuerte de los presentes, me ayudó a levantarme. Me incorporé como pude sobre una pierna.

-Óscar, macho, se te ve el nardo – dijo David, provocando las risas de todos los presentes, incluyendo la enfermera que acababa de entrar. La bata que me habían puesto, no podía ser más pequeña. Juraría que era una bata para niños, probablemente no tendrían limpias para adultos, y aunque yo no era muy alto... no me cubría lo suficiente.

-¡No sé por qué coño me han quitado los calzoncillos! – protesté. No entendía que para operarme la pierna me tuvieran en pelotas.

Se acabó la hora de las visitas. Y todos se marcharon. No había necesidad para que nadie se quedara. Mañana me operarían y pronto estaría fuera del hospital.

Rehabilitación desde cero

La operación salió bien, pero los médicos me dijeron que hasta dentro de unos meses no volvería a andar sin muletas. Tendría que hacer mucha rehabilitación. Esto era un serio contratiempo, pues me devolvía a la casilla de salida en cuanto a la búsqueda de trabajo se refería. Por lo menos, Manuel me había dicho que podía volver al restaurante cuando me recuperara. No es que pensara hacer carrera de barman, pero me había hecho a la idea de trabajar allí una temporada. Mi relación con Alex había mejorado, ligeramente, durante los últimos días. Había estado muy atenta conmigo durante toda la operación, y se había pasado las tardes en el hospital haciéndome compañía. Eso sí, en cuanto me dieron el alta me había obligado a hacerle el amor, pues según el termómetro estaba ovulando. Había sido un poco lamentable hacerlo con la escayola. No sabía muy bien dónde colocar la pierna, y Alex estaba preocupada de hacerme daño. Tenía para meses así que tendríamos que mejorar la técnica. Hasta había buscado en google “hacer el amor con la pierna escayolada” y al parecer no era el único, pues hay varias páginas sobre el tema. Había vuelto al aburrimiento absoluto, pero encima ahora casi no me podía mover.

Me pasaba todas las tardes leyendo en el sofá. En tres días me había terminado dos libros. Alex se había escapado a la hora de comer, y había traído comida china. Como yo no podía cocinar y Alex no tenía tiempo, esta semana nos habíamos alimentado de comida china, pizzas y pollo frito. Iba a ser difícil perder la barriga después de esto. Estos meses sin moverme iban a romper mi línea para siempre. Sería un cuarentón sin pelo y con barriga. La caída en picado era inevitable.

El teléfono indiscreto

El teléfono de Alex volvió a sonar, llevaba así toda la tarde. Se había dejado el móvil en casa y no paraban de llegarle mensajes. Me estaba poniendo de los nervios, interrumpiendo constantemente mi lectura. Pero, estaba fuera de mi alcance y no me apetecía levantarme por el esfuerzo que me requería. Otra vez volvió a sonar. ¡Era demasiado! Me giré hacia un lado y me incorporé como pude. Cogí las muletas y anduve hasta la cocina. La intención era quitar el sonido y dejarlo donde estaba. Pero entonces vi que la mayoría de los mensajes eran de su jefe, Javier. Que su jefe le mandara mensajes era normal, pero Alex tenía una BlackBerry del trabajo. ¿Por qué le mandaba veinte mensajes a su móvil personal? Quitó el sonido y me quedé dudando unos instantes sobre lo que debía hacer. Mi pequeño demonio y mi pequeño ángel volvieron a deleitarme con su presencia. Hacía tiempo que no les veía. “Son cosas privadas, no te gustaría que ella leyera tu móvil, ¿verdad? Decía el pequeño ángel. Pero el pequeño demonio empezó a meter cizaña: “Te la está pegando con queso con el peineado, ése” el tío sabía bien dónde hurgar en la herida. Cada uno tenía sus propias virtudes: el pequeño demonio era ingenioso y dominaba el arte de la manipulación, y el pequeño ángel era honesto y sensato. Así, que como pasa en el mundo de la política, el sensato y honesto perdió la batalla. Cogí el teléfono con la boca porque no tenía bolsillos y volví al sillón con las muletas. No me costó descifrar la clave de desbloqueo del móvil. Después de tantos años juntos nos conocíamos a la perfección... ¿O quizá no? Quizá los dos teníamos más secretos de lo que nos creíamos. Prácticamente todos los mensajes que tenía en el móvil eran de Javier. Me metí en el historial de su conversación y empecé a retroceder día tras día, mientras leía con rapidez e intentaba descubrir por qué le pedía perdón a Alex una y otra vez. Por fin llegué al viernes dieciséis de mayo. “Siento haberte besado”...

Estaba tan sumergido en mi investigación que ni siquiera me había enfadado, solo quería seguir descubriendo más y más. Intenté ubicar la fecha. Viernes dieciséis de mayo era el día que Alex había salido a cenar con su jefe, el día que le habían ascendido y el día que yo había besado a Laura. Esta era la prueba empírica de que el karma existía. Me apunté una nota mental, tenía que mandarle un email a David Safier, el autor de “Maldito Karma”: “Hola David, tú no me conoces. Soy un admirador de todos tus libros. Oye, que sí, que el karma existe. Si tú besas a otra chica, el universo manda un tío para que bese a tu mujer. ¡Comprobado!”. Continué leyendo como si de un thriller se tratara.

“Ya te he dicho que no pasa nada. Ha sido un beso, sin más”. Al parecer no le había abofeteado por besarla, como en las películas.

“No me digas que nunca has pensado en esto”. El tío no se daba por vencido. “Alguna vez”. ¡Qué! Esto sí que no me lo esperaba.

“Pero estoy casada y quiero a mi marido”. La cosa mejoraba un poco.

“¿Eres feliz?”. Tenía que pasar de pantalla para ver la respuesta de Alex. Me daba miedo seguir mirando. Hacía algún tiempo que tenía dudas sobre nuestra relación. Supongo que Alex también las había tenido. Muchas veces había pensado que no era lo suficientemente bueno para ella, que acabaría dejándome por alguien como Javier. Le eché valor a mi intromisión de la intimidad, y pasé de pantalla.

“Sí, soy feliz” decía su mensaje, pero tampoco me sentí aliviado. ¿Éramos realmente felices? Sin duda lo habíamos sido durante varios años, pero las cosas ya no eran iguales. Está claro que las relaciones evolucionan, ¿pero tienen que evolucionar así? ¿Hacia el desgaste y la rutina? Me levanté con esfuerzo y volví hasta la cocina para dejar los secretos en su sitio. Alex jamás me contaría que Javier la había besado, y yo jamás le diría que había besado a

Laura. La diferencia es que yo lo sabía y ella no. Ojalá no hubiera mirado el móvil.
¡Bendita ignorancia!

13. ¿Vivan los novios?

Llegó la mañana de la boda. Alex se levantó temprano, la ceremonia era a las doce. Se puso el vestido color salmón que habíamos ido a comprar juntos, y se hizo un moño al estilo Audrey Hepburn, estaba guapísima. Como no me cabía el traje con la escayola tuve que romper el pantalón. Adiós al traje de las bodas, de las comuniones, de los bautizos y de las entrevistas de trabajo. Tendría que invertir en otro. Pero sería en el futuro, ahora estaba cojo y sin blanca. Me puse la corbata salmón a conjunto con el vestido de Alex, y nos miramos en el espejo. Hacíamos buena pareja, por lo menos en el reflejo de la realidad, pero todo el glamour se acabó cuando Alex empezó a andar como una modelo con sus tacones de diez centímetros, y yo la seguía a trompicones con mis muletas. Parecía King Kong detrás de la bella rubia.

Entramos en la iglesia, y aunque nunca he sido religioso me dio un escalofrío. Sentía los ojos del de arriba clavados en nosotros. Me imaginé que estábamos en los años bíblicos y el pueblo nos apedreaba al grito de: “¡Pecadores! ¡Pecadores!”. Nos sentamos en primera fila. ¡Cómo odiaba la primera fila! Yo era siempre de la última fila: en el colegio, en el instituto y en la universidad, en todos los sitios menos en el autobús, porque me mareaba. En la última fila puedes pasar desapercibido, aquí no podía ni mirar el móvil, y tuve que tragarme la ceremonia entera sin pestañear. Encima tenía que levantarme y sentarme cada dos minutos. Vamos, que ni en rehabilitación hacía tanto ejercicio. Alex me dijo que me quedara sentado, pero no quería que mis suegros me miraran mal. Ya me habían echado una buena mirada de desaprobación al verme llegar con las muletas y el traje rasgado como un rapero. Pero si algo me daba miedo de la iglesia era el momento de: “Daos la paz”. Fue un alivio que Antonio fuera el padrino de la boda y no estuviera en el banco con nosotros. No quería que me diera el beso de judas en la casa del señor. Alex no paraba de llorar, estaba muy emocionada. A mí me venían flashes de nuestra boda, entonces le cogía la mano. Pero, a veces me venían flashes de Alex besándose con Javier y se la soltaba. ¡Qué poderosa es la mente!...

-¿Dónde vas? – Alex se levantó del banco.

-A tomar la hostia sagrada.

-¿Qué? – lo había oído, pero no me lo podía creer.

-A tomar la hostia, ¿vienes?

-¿Te has confesado?

-No – dijo poniendo una sonrisa angelical.

-No puedes ir, si no te has confesado – dije como si fuera un devoto de la capilla.

-Claro que sí. Yo no tengo ningún pecado. - Le mandé un mensaje por telepatía. Pero no lo pilló.

Y allí estaba tomando la hostia sagrada como si nada hubiera pasado. Yo podía ser un pecador. Pero era un pecador honesto.

El banquete

El convite era espectacular. Se veía que la familia del tal Francesco manejaba pasta. Y entre los italianos y mis suegros que tampoco andaban mal de dinero, habían montado una fiesta por todo lo alto. Lo malo es que era una especie de buffet frío, y había que estar de pie todo el tiempo.

En las mesas había toda clase exquisiteces: langosta, angulas, caviar, jamón ibérico... Como podía, iba de mesa en mesa con la muletas y a la pata coja, cogía un poco con la mano y directo a la boca. Al principio llevaba un plato de plástico, y en el camino de una mesa a otra lo cogía con la boca. Pero unos niños italianos empezaron a decir: un

cané, un cané y a reírse de mí. Así que dejé el plato.
-¡Óscar! ¡Óscar! – una voz de niño gritó mi nombre.
-¡Antoñito!
-Qué bien que has venido, Óscar. Estaba solo y aburrido.
-¿No juegas con los niños?
-No, se han metido conmigo.
-Y conmigo – por lo menos ya no estaríamos solos en la boda.
-¿Qué te ha pasado? ¿Te has lanzado otra vez por los aires como en casa de Antonio, y te has roto la pierna?
-Ha sido jugando al fútbol.
-Jolín. ¿Seguro que le diste una patada a alguien? ¡Qué bestia!
-Sí, le hice una entrada descomunal a un tío que tenía cara de cono – para alguien que me idolatraba, no le iba a contar la verdad sobre cómo me había hecho añicos la pierna yo solo.
-No me gusta nada la comida. Todo son cosas raras. No hay pizza, ni hamburguesa, ni croquetas... solo me gusta el gazpacho – se quejó Antoñito.
-Yo no he podido comer casi nada. Con la pierna así, imposible...
-Yo te sujeto el plato, si quieres – se ofreció Antoñito –. ¿Cogemos gazpacho? Está buenísimo. Ya me he bebido cinco vasos.
-Pero chaval, que te va a volver a entrar cagalera. Y hoy, sí que no le podemos mangar la camisa al novio.- Los dos no echamos a reír -. Anda, vamos a por las cigalas que tienen una pinta buenísima.
-No las he probado nunca.
-Te van a encantar – definitivamente, había hecho un amigo de por vida y a largo plazo.

Bailar a la pata coja

Antoñito se quedó dormido sobre una mesa. Nos habíamos dado una paliza tremenda de comer. Yo le había mostrado un mundo nuevo gastronómico, y él a cambio, me había llevado el plato y pelado los crustáceos. Hacíamos un buen equipo. Ya había anochecido por completo, y la gente bailaba animada música española de Rocío Jurado y música italiana de Raffaella Carrá. ¡Toma ya!.. Alex se había sentado un rato conmigo, pero yo sé que le encanta bailar, y no quería que se perdiera parte de la fiesta por mi mala pata, así que le había dicho que se fuera a disfrutar del baile.
-¿Quiere uno, señor? – un camarero se acercó hasta la mesas, y me ofreció un chupito.
-¿Qué es?
-Jagger Master, señor.
-Sí, por qué no. – Nunca lo había probado. Había oído que era un poco fuerte, pero qué más daba, no tenía que conducir. Así, que de un trago me lo bebí. Era una pena que Antoñito solo tuviera seis años y no pudiera acompañarme. Claro, que por otro lado, ¿quién se iba a enterar? Cuando el camarero se dio la vuelta, meneé a Antoñito para que se despertara.
-¿Qué pasa, Óscar?
-Nada. Toma, bebe.
-¿Es gazpacho?
-Algo así - Antoñito se lo bebió de un trago, y volvió a dormirse.
El camarero siguió pasando varias veces. Como todos estaban bailando nadie le hacía caso, así que me convertí en su mejor y único cliente. Debía de llevar siete u ocho chupitos, puede que alguno más, cuando me di cuenta que estaba muy borracho. Veía a la gente bailar, pero parecían que estaban en otra

dimensión. Me acerqué hasta la pista de baile saltando a la pata coja. Se me habían olvidado las muletas, pero me di cuenta a mitad de camino y pasaba de volver a por ellas. La gente tenía la cara deformada, y se movían como demonios. ¿Estaba alucinando? Empecé a seguir sus bailes, a hacer la danza del infierno a la pata coja. La gente me miraba, y reían con una sonrisa que se escapaba de su cara, como si tuvieran vida propia. Vi un pequeño demonio en llamas que venía hacia mí como una bola de fuego. Era Antoñito pero en versión desfigurada. Me decía cosas pero no le entendía. Nos cogimos de la mano y empezamos a dar vueltas como dos demonios salvajes del oeste. De pronto algo salió disparado de mi boca. ¿Era fuego? No, era vómito lanzado a velocidad de vértigo. No paraba de potar. Parecía un dragón enfurecido. La gente empezó a correr despavorida. Normal que me tuvieran miedo. Me caí al suelo sobre la pierna mala, y grité como si me hubieran herido. ¿Quién había disparado al dragón? Si algo había cicatrizado la pierna en estos últimos días, se acababa de joder... Noté que alguien me levantaba, contra mi voluntad.

-Déjame. Déjame en el suelo – le supliqué que me dejara morir en suelo, pero no me hizo caso; de hecho me levantó de muy mala hostia.

-¡Vamos, Óscar! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Uno, due, tre! – era Francesco.

-No soy Óscar. Soy un dragón. - Le miré enojado y le solté mi última bola de fuego antes de perecer. Vamos, que le poté la camisa.

Lo último que recuerdo es Alex riñéndome por vomitar en la camisa de Francesco, y yo diciéndole que eso no era nada después de haberle dado su camisa a Antoñito para que se limpiara el culo con ella. Después vi cómo Antoñito salía corriendo, ¡pequeño demonio, cobarde! Y ahí acabó la noche para mí.

Abre los ojos

Me desperté en mi cama. Tenía el pijama puesto y la escayola rota. Me dolía mucho la cabeza, mucho más que la pierna. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Sabía que no estaba muerto, el cielo no podía tener tanto desorden como mi lado de la cama. Empecé a mover las manos, y luego los pies. ¡Ay! ¡Cómo me dolía la pierna, ahora! Estiré el brazo para tocar a Alex, pero no estaba. Tan solo, una almohada vacía. Empezaron a venirme pequeños flashes de la noche anterior. Deseé que todo hubiese sido un sueño. Poco a poco me fui incorporando. Nunca me había dolido así la cabeza. ¡Maldito Jagger Master! Las muletas estaban perfectamente colocadas sobre la mesilla. Tenía que haber sido Alex. Fui hasta al cuarto de baño y me miré en el espejo. Tenía un aspecto horrible, y, probablemente habría matado la mitad de mis neuronas. Cada vez iba a ser más difícil encontrar un buen trabajo. Tonto y cojo, menuda combinación ganadora. Bajé hasta la cocina. Sobre la mesa, había un zumo de naranja y una caja de ibuprofeno. ¡Tenía una mujer, que no me merecía! Debajo del vaso de zumo, había una nota. La cogí con temor. Al parecer, ella también se había dado cuenta de que se merecía algo mejor. La carta ocupaba un folio entero. Si me iba a dejar, me podía haber hecho un resumen, por lo menos. Con la resaca que tenía, no estaba como para leer un testamento.

“Querido Óscar: Lo primero, espero que te encuentres bien. Por favor, ve a que te pongan una nueva escayola, en cuanto puedas. Te la rompiste ayer al caerte.” Qué detalle por su parte, empezar la carta así: preocupándose por mí. Probablemente sería una estrategia que le habían enseñado en el banco, para cuando tenía que mandar cartas a los embargados.

“Me ha costado mucho tomar esta decisión. Pero necesito estar sola una temporada. Necesito pensar. No sé qué nos ha pasado. Y, desde luego, no sé qué es lo que te ha pasado a ti. ¿Acaso, has perdido la cabeza? Te pido, por favor que tú también te tomes tiempo para reflexionar sobre tu comportamiento. Lo de ayer fue bochornoso. ¿Cómo

has podido hacerme esto, delante de toda mi familia? Vomitar a todos los invitados al grito de: ¡Soy un dragón!” ¡Mierda! Ahora recordaba el maldito dragón. “¡Y darle alcohol a un niño de seis años!” ¿Tendría Antofñito resaca, también?

“Me has humillado delante de todo el mundo: Mis padres, mi hermana, Francesco... delante de todos. Mi familia no quiere que sigamos juntos. Pero, quiero que sepas, que esta es una decisión que tomo por mí misma. Me marché unas semanas a casa de mis padres. Por favor, no me llames. Necesito pensar.

Cuídate. Te quiero. Alex”.

Volví a la cama. No tenía fuerzas para nada. Me quedé dormido, profundamente, y hasta el día siguiente no me levanté.

Cierra los ojos

Me miré, otra vez, en el espejo. Seguía teniendo un aspecto lamentable. Quizá, sea cierto el dicho de que “el tiempo lo cura todo”. Pero, estaba claro que veinticuatro horas no eran suficientes.

No tenía ganas de hacer nada, ni de hablar con nadie. La casa estaba más triste y silenciosa que nunca. Alex no pasaba mucho tiempo en casa, últimamente, pero, su presencia la llenaba de color y alegría. Sin ella, este hogar no tenía ni color, ni alma. Entiendo perfectamente que nuestra casa estuviera tan triste, pues Alex era la que la mimaba, limpiaba y ordenaba. Mientras que yo, solo la desordenaba y maltrataba. Pero, ¿por qué estaba yo así de triste? ¿Acaso no era esto con lo que tantas veces había fantaseado? Volver a estar soltero. Hacer lo que me diera la gana. Lo cierto es, que estaba más triste que nunca. Parece que los hombres solo valoramos las cosas cuando las hemos perdido. Solo quería estar con Alex. Solo quería que volviera a nuestra casa. Solo quería que todo volviera a ser como antes, otra vez.

Sabía que me había dicho que no la llamara. Pero, no podía más con esta situación. Cogí el teléfono y marqué su número. No respondía. Saltó el contestador: “Hola, soy Alex. En este momento, no puedo atenderte. Deja tu mensaje y te llamaré, cuando pueda.” Me quedé mudo, sin saber qué decir. Y, otra vez, me puse a llorar. Cuando fuera a arreglarme la escayola, tendría que decir que, por favor, me volvieran a tapar los lagrimales.

Te echo de menos

Pasó una semana, sin saber nada de Alex. Llevaba siete días y siete noches sin salir de casa, y apenas había comido. Me había alimentado de cajas de cereales que teníamos en la despensa, pero ya se habían acabado. Pronto, tendría que salir a por provisiones. No podía seguir así: hacía más de una semana que no me duchaba, me afeitaba o me lavaba los dientes. Me había convertido en un hombre del cromañón. Hasta creo que había desarrollado ciertos gestos más dignos del gorila que del humano. Me aisé y me puse ropa limpia, me seguía sintiendo una mierda, pero, ahora, una mierda humana. Llamé a David, y nos fuimos al hospital para que me pusieran una nueva escayola.

-Gracias por traerme.

-Qué dices, tío. Tú eres como un hermano para mí. No tienes que darme las gracias. – Nos fundimos en un abrazo.

-¿No has hablado todavía con ella?

-No. No me coge el teléfono – suspiré.

-Seguro que se le pasa. Es cuestión de tiempo - David, trataba de consolarme.

-No lo sé. – Había empezado a aceptar, que quizá no volviéramos a estar

juntos.

-¿Sabes lo que tenemos que hacer? Tenemos que hacer ese viaje a Ibiza, de una vez por todas.

-Sí, tienes razón. Tenemos que hacerlo. – Me apetecía de verdad hacer un viaje con mis amigos –. En cuanto me recupere de la pierna, nos vamos Dino, tú y yo. Pero, en plan tranqui, ¡Eh! ¡No más, Jagger Master! – nos reímos.

-Tranquilo, Óscar. Si viene Dino, ya sabes que el plan es tranqui.

-Por lo menos, en Ibiza no hay museos, a los que nos haga ir a las ocho de la mañana. – Volvimos a reír.

14. ¿El tiempo lo cura todo?

Con los días, empecé a sentirme más animado. Volví a llamar a Alex. Estaba convencido de que esta vez lo cogería. Pero el teléfono estaba apagado. Hacía días que ya no daba señal. ¿Dónde estaría? Le dejé un mensaje en el contestador: “Llámame. Te echo de menos. Te quiero.”

Había vuelto a escribir. El siguiente capítulo trataba de las relaciones de pareja. Muy oportuno, en este momento de mi vida.

“¿Qué hago, papá? ¿Cómo recupero a mi mujer? ¿Cómo hago yo, para mantener mi matrimonio cuarenta años, como tú y mamá? ¿Cuál es vuestro secreto?”

Recuerdo que cuando era pequeño, había un par de chicos en mi clase que sus padres estaban divorciados. Siempre he sido un chico muy sensible. Para mí, era una tragedia que sus padres no estuvieran juntos. Imaginar, por aquel entonces, a mis padres separados, era algo muy doloroso. ¡Cómo magnificamos todo cuando somos niños! Por lo menos, Alex no se había quedado embarazada.

Sonó el móvil. Paré de escribir. Era un mensaje de David: “No me mates”.

“¿No me mates?”. No entendía el mensaje. No sabía a qué se refería. Me imaginé que se habría equivocado. Probablemente fuera para alguna de sus amantes, hacía unas semanas que ya no estaba saliendo con Patricia. Volví a dejar el móvil en la mesa, y justo cuando me disponía a volver a escribir, llamaron a la puerta.

Enseguida descubrí a qué se refería David con eso de: “No me mates”...

-Hola – esa voz angelical y al mismo tiempo tentadora, solo podía ser de una persona.

-Hola, Laura – pero, ¿qué hacía aquí, en mi casa?

-David me ha dado tu dirección. Me ha dicho que estabas solo y que te alegrarías de verme... Espero que no te importe que me haya presentado por sorpresa.

-No, no – intentaba recomponerme del shock –. Claro, que no me importa - de hecho, me alegraba de verla. Laura tenía algo que hacía que me sintiera bien cuando estaba a su lado. No me refiero al hecho físico, sino más bien a algo... espiritual o como quieras llamarlo. Nuestras personalidades casaban a la perfección. Además, estaba muy aburrido y tenía muchas ganas de charlar con alguien –. Pasa, por favor - Laura entró en el salón. Yo la seguía con las muletas. Llevaba varios días haciendo calor en Madrid, una especie de mini-veranillo, y otra vez, llevaba una minifalda vaquera muy corta. Con esta chica, era mejor quedar en invierno, si no querías perder la cabeza. No pude evitar mirarla el culo mientras la seguía a trompicones. Me pareció algo grotesco, pues con los andares de las muletas me sentí, otra vez, como un gorila del zoo, persiguiendo a la hembra para aparearme.

Laura se paró en el centro del salón y giró sobre sí misma haciendo una rueda de reconocimiento. Después, empezó a curiosear entre las fotos de las estanterías.

-Pues, esta es mi casa. Bueno, mía y de -... Laura había cogido una foto en la que estaba con Alex. Pero, no sabía si debía mencionar que estaba casado. Al menos, legalmente.

-Tranquilo, ya sé que estás casado. Me lo dijo, David - me quedé callado, con rostro serio. ¿Cómo debía reaccionar? Son cosas que nunca se ensayan -. ¡Ey! No pongas esa cara. No he venido a montarte el pollo, ni nada de eso. Solo he venido a ver cómo estabas. Además, me apetecía verte. Me gustó charlar contigo la última vez que estuvimos juntos.

-Sí, a mí también - lo cierto es que era un alivio que lo supiera. No me apetecía nada tener que andar dando explicaciones.

-Además, estoy haciendo un estudio para la universidad de treintañeros con crisis de identidad y me vienes perfecto.

-¿En serio? – no me fastidies, que había venido para analizarme para un

estudio de clase. Entiendo que era perfecto para esa muestra, pero no es que me apeteciera mucho ser utilizado de conejillo de indias.

-¡Que no, tonto! ¡Que es coña! – volví a sentir un gran alivio, por segunda vez en un minuto.

-¿Qué tal la pierna?- eso, mejor cambiar de tema.

-Bien, ya solo me queda un mes y medio para quitarme la escayola.

-Tus amigos te echarán un montón de menos en el equipo de fútbol.

-No te creas. No era mi mejor temporada. Además, me parece que ha llegado el momento de colgar las botas. Es lo que hay, la edad no perdona.

-¡Qué dices! ¿Quién te ha dicho esa tontería? - mi mujer y madre. Pero no contesté, me quedé callado como si hubiera sido idea mía.

Laura se acercó mucho, pero mucho, haciéndome temblar hasta en la escayola.

-La edad está aquí. No se te olvide - dijo, dándome varios toques con el dedo en la cabeza.

-¿Quieres tomar algo? No sé lo que tengo. No he hecho mucha compra últimamente.

-¿Dónde están las bebidas? – preguntó, mientras dirigía rumbo hacia la cocina.

-En el armario de la despensa. Junto al fregadero.

-Perfecto. Tú, siéntate, que yo las preparo - me senté en el sofá. Cerré el ordenador. No conocía mucho a Laura, pero ya me había dado cuenta de que era muy cotilla. No quería que viera la novela y me empezara a hacer miles de preguntas. Mientras Laura preparaba las bebidas, yo empecé a plantearme qué debía hacer. Quizá, solo había venido a charlar conmigo. Después de todo, ella también pensaba que congeniábamos. Pero, ¿qué debía hacer si quería algo más? No iba a negar que la deseaba, pero en este momento de mi vida no quería ninguna historia con otra mujer, sólo quería volver con Alex. ¿Y si Alex jamás volvía a casa? No sabía nada de ella desde hacía un mes. El teléfono no daba señal, en el banco me habían dicho que estaba de vacaciones y después de lo que pasó en la boda no podía llamar a sus padres. Todos los días miraba el buzón, pues mucho me temía que cualquier día recibiría los papeles del divorcio. ¿Debía perder la oportunidad de empezar algo con otra persona con la que congeniaba y además me atraía tanto?

Recuerdos del pasado

El marco de fotos que Laura había estado mirando, estaba torcido. Alex no soportaba que las fotos estuvieran ladeadas, siempre las alienaba con perfecta simetría. Me levanté a colocarlo. Era una foto que nos habíamos hecho en nuestro viaje a Ámsterdam. Los dos sonreíamos de oreja a oreja. Nos habíamos comido una magdalena de marihuana y no parábamos de reírnos y de hacernos fotos. Qué bien lo pasamos. Cómo la echaba de menos. Lo tenía claro: Si no estaba con ella no quería estar con nadie. Coloqué la foto perfectamente y me volví a sentar en el sofá a esperar a Laura.

-Ya están aquí las bebidas. No tenías tónica, así que he preparado los gin-tonic con limón.

-Perfecto – cogí mi copa, y cuando me disponía a beber, Laura me detuvo.

-Espera. Hagamos un brindis.

-¿Por qué brindamos? - no es que la vida me sonriera últimamente. Me costaba encontrar razones para brindar.

-Por las piernas rotas, las diferencias de edad, las buenas y largas conversaciones, y los besos eternos - a Laura le sobraban motivos para brindar por la

vida.

Ahora sí bebimos mientras nos mirábamos a los ojos. Hubiera sido un momento romántico digno de película de Oscar. No mía, sino de los premios de Hollywood. Pero, no era ni el momento, ni el lugar, ni la chica. Laura acercó sus labios a los míos. Me quedé quieto. Apartarse hubiera sido una ofensa a esos preciosos labios.

¿Te pasa algo? – abrí los brazos y miré hacia el techo, en busca de una buena respuesta.

-Lo siento. Me gustas mucho. No te imaginas cuánto. Pero, solo pienso en volver con mi mujer. La echo mucho menos - Laura miró hacia abajo, hacia la copa. Esta vez era ella era la que buscaba una buena respuesta. Pero, como el alcohol es mejor consejero que el techo, enseguida encontró una buena frase.

-No te preocupes. Lo entiendo. Me alegra que tengas las cosas claras.

Ojalá estéis juntos otra vez, pronto.

-Gracias por entenderlo... - silencio eterno -. Me encantaría que siguiéramos siendo amigos. Lo digo en serio. Me gusta mucho charlar contigo de todas las cosas. Puedo ser yo mismo.

-Me parece bien. A mí también me gusta hablar contigo. Además siempre viene bien el consejo de alguien mayor, ¿no?

-¡Qué graciosa! Recuerda que la edad está aquí – ahora era yo quién le daba en la cabeza con mi dedo.

-Chapó. Pero si somos amigos tendrás que dejar de mirarme constantemente el culo. O, te crees que no me he dado cuenta.

-Me temo que eso va a ser imposible, amiga.

-Entonces, volvamos a brindar.

Laura se quedó esperando a que yo hiciera el brindis. Esta vez me tocaba a mí.

-Por las amistades peligrosas, los amores imposibles y los culos que jamás podrás dejar de mirar.

-¡Qué brindis más malo! – dijo Laura mientras bebíamos, mirándonos a los ojos. Después, nos echamos a reír como buenos amigos.

Soledad

No soportaba la soledad de la casa. Todo me recordaba a Alex, y se me hacía muy duro pasar el día allí, solo.

Empecé a irme todos los días a casa de mis padres. Después de comer, papá preparaba un gin-tonic a su estilo, que consistía en apenas echarle unas gotitas de ginebra para darle sabor. “Unas pícaras gotas de alcohol en la tónica”, decía papá. Los dos nos sentábamos en el salón. Papá cogía su libro y se ponía a leer, mientras yo escribía con el portátil. ¿Qué mejor momento para pasar tiempo con tu padre, que cuando estás escribiendo un libro sobre la relación padre-hijo? Mamá se reía siempre que entraba en el salón. “Vaya dos hombres que me he echado” decía. Y es que papá seguía con el brazo en cabestrillo y yo con la pierna escayolada en alto. La situación tenía algo de gracia. Aunque los protagonistas de mi libro eran los hombres, mamá se merecía un monumento por cuidarnos y aguantarnos. Mamá era el alma de la casa de mis padres, como Alex lo era de la nuestra.

Ilusiones

Estaba muy centrado en la escritura del libro. Me había puesto un mínimo de cinco páginas al día, y hasta que no acababa de escribirlas no me levantaba del sofá. Y es que la escritura, como cualquier otra profesión, requiere disciplina. Ahora lo tenía claro. Cuando acababa mi tarea, daba un paseo con papá alrededor de la manzana. Cada

vez charlábamos de una cosa. A veces de la economía del país, a veces de literatura, y otras veces de los sitios que nos gustaría visitar. Tenía muchas ganas de hacer un viaje con mis padres. No había vuelto a viajar con ellos desde que era un niño. Si alguna vez tenía dinero les prepararía un viaje sorpresa a Nueva York. También le prepararía un viaje sorpresa a Alex, si volvíamos a estar juntos, claro. Estas fantasías me mantenían con ilusión.

Lo primero que hacía al llegar a casa, era mirar en el buzón por si había recibido una carta de Alex. Después, la llamaba por teléfono y le dejaba un mensaje diciéndole lo que había hecho durante el día, y lo mucho que la echaba de menos. Esta era una de las cosas que más me arrepentía de nuestra relación: No haberle contado cada día lo que había hecho, y no haber prestado atención cuando ella me contaba su día. Aunque fuera para quejarse del trabajo. Tenía que haberla escuchado atentamente. Tantas cosas que cambiar si algún día me daba una segunda oportunidad.

El ladrón de galletas

Encendí la ducha y me até una bolsa de plástico a la escayola para que no se mojara. ¡Qué hartito estaba! ¡Qué ganas tenía de darme una buena ducha de cuerpo entero, sin miedo a mojarme la pierna! Cuando me disponía a meterme en la bañera oí un ruido. Era la puerta de casa, alguien había entrado. El corazón me palpitaba a doscientos por hora. ¿Había un ladrón en casa? Cogí la bata de Alex, que estaba colgada detrás de la puerta y me la puse. Si tenía que defenderme, mejor en bata que en pelotas. Me acerqué a la puerta del cuarto tan silenciosamente como las muletas me permitían. Me quedé quieto, sin hacer ruido. Definitivamente alguien había entrado y estaba en la cocina. Oí cómo abría una caja, y se ponía a masticar algo crujiente. ¿Se estaba comiendo mis galletas? ¡Maldito bastardo! Las había dejado sobre la mesa para desayunar mañana. Por lo menos tenía las muletas para defenderme. Me quedé escondido detrás de la puerta con una muleta en la mano, listo para golpear al primero que se acercara. Alguien venía por el pasillo, estaba acojonado. Parecía que era solo uno, tendría posibilidades de derribarlo y salir corriendo a la calle. Estaba apenas a un metro de mí. Elevé un poquito más la muleta para coger fuerza. Y, justo cuando me disponía a golpear, oí una voz conocida.

-Óscar, ¿eres tú? – era Alex.

-¿Alex? – pregunté para confirmar.

-Soy yo, Óscar. ¿Dónde estás?

-Aquí – encendí la luz y salí de detrás de la puerta.

-¿Qué haces ahí, escondido?

-Me has asustado. Pensé que había entrado un ladrón.

-¿Un ladrón? – preguntó mientras daba un mordisquito a una de las galletas.

-Sí, un ladrón... de galletas.

Se hizo un silencio infinito. Alex estaba más guapa que nunca. Quería correr a abrazarla. Pero, no sé qué es lo que ella quería.

-Te he echado de menos – dije, agachando la cabeza.

Alex, vino corriendo y me abrazó. Dejé caer la muleta y nos fundimos en uno. Apoyé mi cabeza sobre su hombro. Cómo había echado de menos su olor.

-Yo también te he echado mucho de menos – dijo finalmente. Tenía

miedo de moverme. Quería quedarme así para siempre. Le besé en el cuello y después nos separamos para besarnos los labios.

-Te quiero mucho - hacía mucho que no le decía “te quiero” ¿Por qué me costaba tanto?

-Yo también te quiero, amor – respondió Alex.

-Alex encendió la luz y vio que llevaba su bata rosa.

-¿Qué haces con mi bata?

-Estaba en la ducha, y es lo primero que he encontrado para ponerme...

-Se te ve todo – dijo, señalando la parte baja de la bata.

-Como en el hospital. Está claro, que las batas no son lo mío – nos reímos.

-¿Cómo tienes la pierna?

-Mejor. Ya solo me queda un mes para quitarme la escayola.

-¿Quieres que te ayude a ducharte?

-Sí.

Alex me ayudó a enjabonarme, mientras mantenía la escayola fuera de la bañera para que no se mojara. Era una sensación muy agradable, el sentir cómo Alex se preocupaba por mí otra vez. Después nos tumbamos en la cama e hicimos el amor. No me importaba ni me molestaba la escayola. Me sentía tan a gusto con Alex. Solo con ella podría tener este grado de intimidad.

-¿Dónde has estado todo este tiempo?

-He estado en Italia. La familia de Francesco tiene una pequeña casa en la Toscana. Sandra y Francesco insistieron en que me quedara allí una temporada para descansar.

-Te he llamado todo los días.

-Lo sé, he escuchado tus mensajes al regresar. No tenía cobertura allí, y tampoco quería encender el móvil. Necesitaba desconectar de todo. Es un sitio precioso. Tenemos que ir juntos a pasar unos días.

-No creo que Francesco te deje la casa para que vaya yo – dije, recordando el incidente de la boda.

-Sí, es verdad, no creo - volvimos a reír. Parecía que el episodio de la boda era agua pasada y podíamos empezar de nuevo -. Pero podemos hacer un viaje antes de que me incorpore al trabajo la semana que viene - propuso Alex.

-No te preocupes, Alex. No hace falta.

-Lo digo en serio. Quiero que hagamos un viaje juntos.

Alex se levantó y cogió el Ipad.

-¿Qué haces? – le pregunté, intrigado.

-Voy a reservar el viaje, ahora mismo. ¿Dónde quieres ir?

-No sé.

-Vamos, corre. Dilo, o reservo lo primero que salga en la pantalla.

-Podemos volver a Ámsterdam - dije, recordando la foto. Siempre había querido volver allí. Lo habíamos pasado tan bien juntos cuando fuimos por primera vez. El viaje a Ámsterdam lo tenía en mi memoria como uno de los momentos álgidos de nuestra relación.

-Me parece genial. Voy a reservarlo ahora mismo - Alex, también parecía entusiasmada con la idea de volver a la bonita capital holandesa.

-Ya está, reservado. Mañana salimos a las dos de la tarde.

-¿En serio? ¡Estás loca! - cuando nos conocimos, Alex era muy espontánea. Pero hacía muchos años que no le había visto hacer una locura. Y, la verdad, es que me encantaba volver a ver a esa Alex alocada de la que me enamoré.

Ámsterdam

La vida puede ser increíble. Hace un día estaba, solo, en casa, deseando que Alex volviera conmigo. Y, ahora, estábamos andando de la mano, por las preciosas calles de Ámsterdam. Es una ciudad preciosa. La gente parece feliz y relajada. Todo el mundo en sus bicicletas, paseando alrededor de los canales. Sus casitas de colores estrechas

y alargadas, y sus bonitos establecimientos y cafeterías.

Después de pasear un rato por los canales, llegamos a la zona centro. La zona de los famosos coffee shops.

-¿Te acuerdas? Fue aquí, donde probamos la magdalena mágica – dijo Alex señalando una cafetería.

-Sí, es verdad – enseguida reconocí el coffee shop, que no había cambiado nada a lo largo de los años.

-¿Entramos y pedimos una? – Alex seguía en su estado de locura.

-No sé, Alex - puede que el coffee shop no hubiera cambiado con los años. Pero el tiempo sí había pasado por nosotros.

-Vamos. No me seas aguafiestas - Alex me cogió de la mano y me arrastró dentro del local.

Me senté en una de las mesas, mientras Alex pedía. Me daba mucha vergüenza hablar en mi inglés cutre, así que le dejaba a ella que pidiera siempre.

-Two Capuchinos and two muffins - la camarera dejó los cafés y las magdalenas sobre la mesa.

-¡Madre mía! ¿Estás segura? Acuérdate que la última vez nos cogimos un colocón que no veas.

-Venga, Óscar. No seas cagao. Príngala en el café y cómetela.

La magdalena era de vainilla y con el café estaba muy buena. Me la comí en un abrir y cerrar de ojos. Si no llevara marihuana, hasta me hubiera pedido otra.

-¡Qué rica está! ¿Tú no te comes la tuya? – Alex no había empezado su magdalena.

-Sí, ahora. Toma, come un cacho de la mía. – Tenía bastante hambre, así que me empecé a comer la de Alex, también.

-Qué buena está la jodía – dije entre risas. Parecía que ya me estaba haciendo efecto la maría –. Voy a llevarle una de estas a tu padre y a Francesco. ¡Seguro que me perdonan! – ahora ya sí que no podía parar de reír. Me lloraban los ojos de la risa. Alex, que no había probado bocado, se reía de mí.

-Óscar.

-¿Qué, Alex?

-Tengo que decirte algo.

-Dime, dime – no podía parar de reír. Si miraba a Alex me descojonaba de la risa.

-Estoy embarazada.

-¿Qué? ¿Embarazada? ¡Qué cachonda! – ahora me reía más que nunca.

-Es cierto, vas a ser papá.

-¿Que voy a ser papá? ¿Cómo voy a ser papá si estoy fumado?

-Sí, Óscar. ¡Vamos a tener un bebé! – Alex estaba radiante de alegría. Y yo, radiante de colocado.

15. Anestesia para las noticias

Horas después, estaba en la cama con los ojos como platos. Tengo que reconocer que nunca me hubiera tomado mejor el enterarme que iba ser padre. Había sido una forma original de recibir la noticia. Y me había reído lo suyo. Pero ahora, me había entrado una ansiedad tremenda. Daría cualquier cosa por tomarme otra magdalena mágica, y seguir riéndome de las circunstancias. Iba a ser padre y no tenía ni trabajo. ¿Qué clase de padre era? Tendría que hacer muchos cambios en mi vida en cuanto llegara a Madrid.

Alex no quería que se lo dijéramos a nadie hasta que pasaran los tres primeros meses. Se me hizo muy difícil ocultárselo a mis padres y a mis amigos. Por suerte me habían quitado la escayola y ya empezaba a andar, aunque cojeando un poco. Había vuelto a trabajar en el restaurante y cuando tenía un rato libre me sentaba a trabajar en el libro. El estar ocupado me ayudaba a no pensar demasiado. Además, ahora que había vuelto a trabajar, y a recibir un salario me sentía mejor. Sentía que estaba haciendo algo por mi futuro hijo. ¿Es así cómo funciona la felicidad? ¿Haciendo cosas pensando en otros? ¿Me aportaría felicidad ser padre? ¿Amargura? ¿Un poco de todo?

-Este es vuestro hijo - dijo el ginecólogo señalando el monitor.

-Mira, Óscar. Nuestro hijo. – Alex estaba muy emocionada. Pero, yo no veía nada en el monitor. Tampoco tenía muy claras mis emociones. Estaba abrumado por la situación, y no sabía muy bien lo que sentía. Estaba contento, preocupado, ansioso... Era una mezcla difícil de describir con palabras. Pero lo que sí que tenía claro, es que me alegraba mucho de ver a Alex así de feliz.

Abre la botella antigua

Papá y mamá celebraron por todo lo alto la noticia. Papá abrió una botella de un champagne francés carísimo que tenía guardado hace mil años.

-¡Un García más! – decía una y otra vez papá, con orgullo.

En casa de mis suegros, también hubo champagne y brindis.

-¡Voy a ser abuelo! ¡Qué alegría! - gritaba Antonio, que no paraba de besar a Alex. A mí, hasta me dio un apretón de manos, que yo identifiqué como un: “no la cagues o te mato”, más que un: “enhorabuena”.

-Sabes que puedes cambiar el orden de los apellidos - le sugirió Antonio a Alex, cuando se creía que no estaba escuchando.

-Pero, papá, los dos apellidos son García. Se va a apellidar García García.

-Sí bueno, pero tú hazme caso, y pon nuestro García primero – insistía Antonio.

Curiosamente, lo más difícil fue contárselo a mis amigos. No sabía cómo iban a reaccionar. Ahora que iba ser padre ya no podría quedar con ellos tan a menudo. Tenía miedo de perderlos. Tenía miedo de que me dejaran de llamar para tomar una cerveza, o cosas así. Mis amigos eran una parte muy importante de mi vida, y ahora les iba a necesitar más que nunca. Pensé que lo mejor sería contárselo después de tomar unas copas. Fuimos al bar de la oreja, el favorito de Dino.

-Ponme otra ronda de cervezas y otra tapa de oreja, por favor - le pedí al camarero.

-¿Otra ronda, Óscar? – preguntó con curiosidad, Dino.

-Y, una racioncita de oreja, solo para ti, Dino. Invito yo.

-¿Qué celebramos, Óscar? – ahora era David quién preguntaba.

-Dos cosas: La primera, que nos vamos a Ibiza. He encontrado una oferta muy buena para el mes que viene.

-¡Ese es mi Oscarinho! - gritó David, brindando con tal fuerza que casi rompe el vaso de Dino.

-Igual, hace frío y no nos podemos bañar...

-¡Qué más da! - me interrumpió, David -. Lo vamos a pasar genial. Además, en Ibiza las tías van desnudas, aunque esté nevando – y volvió a brindar con energía.

-Pero este viaje es para que estemos los tres juntos. No para que te vayas con tías - le recriminó Dino.

-Que sí. Que sí. Claro, tú como sabes que no vas a ligar.

-Y, ¿cuál es la segunda noticia? – preguntó Dino.

Había llegado el momento de soltar la bomba. Esto es como tirarse a una piscina fría, mejor de golpe sin pensarlo.

-¡Voy a ser padre!

-¡Qué cachondo, Óscar! Solo hay una cosa mejor que ser padre... - como no continuaba con la frase, los dos se quedaron callados. Mudos.

-Pero, ¿que es cierto? ¡No me jodas, Óscar! Dame un abrazo - David me abrazó, y después se unió Dino. Saltaron sobre mí con tal fuerza que caímos al suelo, que estaba asqueroso lleno de cabezas de gambas y huesos de aceitunas.

-¡Parar! ¡Parar! Que esto está muy sucio.

Después de revolcarnos por el suelo y ponernos perdidos, nos incorporamos.

-Un brindis por Óscar - propuso David, elevando su cerveza -. “Solo hay una cosa mejor que ser padre: ¡Que lo sea tu amigo! - los tres nos echamos a reír.

-Es broma, Óscar. Me alegro mucho. Y sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

-Menos para cambiar pañales - dijo Dino con sinceridad -. ¿Qué pasa?

Es una fobia que tengo. Como al que le dan miedo las arañas, o volar en avión, o los espacios cerrados...

Octubre en Ibiza

Aquí estábamos los tres, paseando por playa d'en bossa. Habían pasado quince años desde que venimos por última vez. Hacía buen tiempo para ser octubre, y hasta nos habíamos atrevido a darnos un baño. Después, nos sentamos a tomar una cerveza en el famoso Bora Bora.

-Tengo una pequeña sorpresa - dijo Dino, sacando una fotografía de la cartera. Éramos los tres, con quince años menos, bailando en este mismo lugar, en el Bora Bora.

-No me jodas. ¡Cómo hemos cambiado! – exclamé con una mezcla de rabia y nostalgia.

-Qué mayores estamos - dijo Dino con pena.

-Tú ya parecías mayor en la foto, Dino – dijo David, apartando la foto de su vista -. Pues yo me siento joven y de puta madre.

-Mira, aquí en la foto tenías pelo, David. Aunque, ya se dejaban intuir las entradas.

-Dino, ¿tú no sabes que a las tías les gustan los calvos? ¿No te has dado cuenta todavía? - David se levantó y empezó a bailar con un grupo de chicas extranjeras.

-Ya nos va a dejar solos - protestó Dino -. Mira que le hemos dicho que este viaje era para estar los tres juntos.

-Venir a bailar – nos llamó David.

Dino y David se quedaron bailando con las chicas. Yo me subí un rato al apartamento para llamar a Alex que acababa de salir de la revisión del médico.

-Hola, amor. ¿Qué te ha dicho el médico?

-Todo está perfecto. No te preocupes. ¿Qué tal lo estáis pasando vosotros?

-Lo estamos pasando muy bien. David y Dino están bailando en el Bora Bora. Yo me he venido un rato al apartamento. Quería hablar contigo, ahora, volveré a bajar.

-Me alegro que lo estéis pasando bien, los chicos juntos. Porque dentro de poco habrá un chico más que tendrás que llevar contigo.

-¿Qué?

-Es un niño, Óscar. Vamos a tener un niño.

-¿Es seguro ya?

-Sí, se le un poco el pitito.

-Sí, entonces es seguro.

16. Papá, papá y papá...

Iba a tener un hijo. Me senté un rato para reflexionar. Hasta entonces no había querido pensar en si sería niña o niño. Iba a ser su padre, como papá era mi padre. Y, mi padre sería su abuelo. ¿Por qué pensaba en estas cosas tan básicas pero a la vez complejas? Tendría que enseñarle todas las cosas, que a mí me enseñó mi padre: A jugar al fútbol, a defenderse en una pelea, a hacer ecuaciones de segundo grado, bueno, eso mejor que se lo enseñara Alex. Le enseñaría a afeitarse, y cuando llegara el momento tendría que hablar con él, del uso de los condones. Por suerte, ahora existía Internet, a lo mejor podía librarme de esta última parte... ¡Cuántas cosas! ¿Sería capaz de estar a la altura? Yo tenía el mejor padre del mundo. Quería que él, también, lo tuviera. Ojalá me mirara algún día con el orgullo que yo miro a mi padre. Ojalá me quisiera como yo quiero a mi padre. Escribiría todo esto en el último capítulo del libro. Me despedí de Alex y volví a bajar para darles la noticia a mis amigos.

14 de Febrero, San Valentín

Óscar junior junior había elegido un día curioso para nacer: El día de los enamorados. Probablemente fuera un romántico que le gustara escribir poesías a las chicas. Y, probablemente, como todos los que vivimos en el romanticismo, se llevaría incontables desilusiones. Pero, eso era algo que tendría que experimentar por sí mismo.

Tenía miedo de cogerle. Tenía miedo de hacerle daño. Era tan pequeño. Las mujeres se lo pasaban de mano en mano como si nada. Supongo que tienen un don especial para estas cosas. Todos estaban pendientes del niño, yo me quedé al lado de Alex. Acariciando su pelo y haciéndole caricias en la cara.

- ¡Qué cara de listo, tiene el jodío! Este, es de ciencias como nosotros

decía Antonio por lo bajinis a su familia.

La verdad, es que tenía cara de listo. Pero era una mezcla perfecta entre Alex y mía. Era de ciencias y de letras.

Por fin llegó el turno de cogerle. Estaba aterrorizado. Le sujeté con los brazos, como mamá me indicaba, y ya no me moví. Papá se puso a mi lado y nos hicimos una foto los tres. Los tres Óscar. Los tres Óscar García. Me sentía muy feliz.

17 de Febrero.

Óscar junior dormía profundamente en la cuna, cuando terminé la última línea de mi libro. Estábamos en el salón, yo en la mesa y él a mi lado. Le gustaba estar cerca de mí, ya desde los primeros días. Terminar el libro fue otra sensación de alegría. Nunca pensé que fuera capaz de escribir trescientas páginas. Miré la fotografía del móvil que habíamos tomado en el hospital. Papá, Óscar y yo. Las dos personas más importantes de mi vida. ¿Me había convertido en el cabeza de la familia García? Para mí, papá siempre sería el capo de los García. Pero, quizá había llegado ese momento en el que Vito Corleone le entrega a Michael los poderes. Había llegado ese momento en que era mi obligación cuidar y proteger a los míos, como papá lo había hecho antes.

25 de Marzo

Hoy he recibido una gran noticia. Una editorial quiere publicar mi libro. Papá ha sido la primera persona a la que se lo he contado. Después, se lo he contado a Óscar junior cuando se ha despertado. No sé si me ha entendido. Pero seguro que sabía que algo bueno estaba pasando porque ha sonreído, y acto seguido se ha cagado de la

emoción. Y eso es exactamente lo que me ha pasado a mí cuando me han llamado....
Me he reído y me he cagado...

1 de Mayo Entonces: ¿son los treinta los nuevos veinte?

El calor vuelve a llegar a Madrid. Voy conduciendo en Mochito camino de la presentación de mi libro. Óscar junior cada día está más grande y espabilado. Alex está guapísima y feliz. Papá y mamá están muy contentos con su nieto. Y ahora que he publicado el libro hasta Antonio habla conmigo. Dino y David no paran de comprarle regalos al niño y están a la gresca por ver quién es el padrino. Ojalá pudiera elegir a los dos. Si me preguntas si los treinta son los nuevos veinte... te diré que no. Pero, ahora, no te diré que son peores, sino diferentes...

¿Quién iba a decir que éste iba a ser un gran año? He tenido un hijo, he escrito un libro y he plantado dos plantas de marihuana en la terraza de casa.

Fin